

DAI
CIÓN



J. J. FRANCO

LAS VIAS
DEL CORAZON



TOMO II

PQ4692

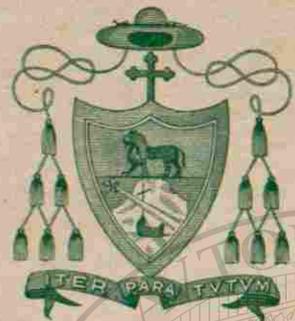
.F3

V5

V.2

C.1





1080022116

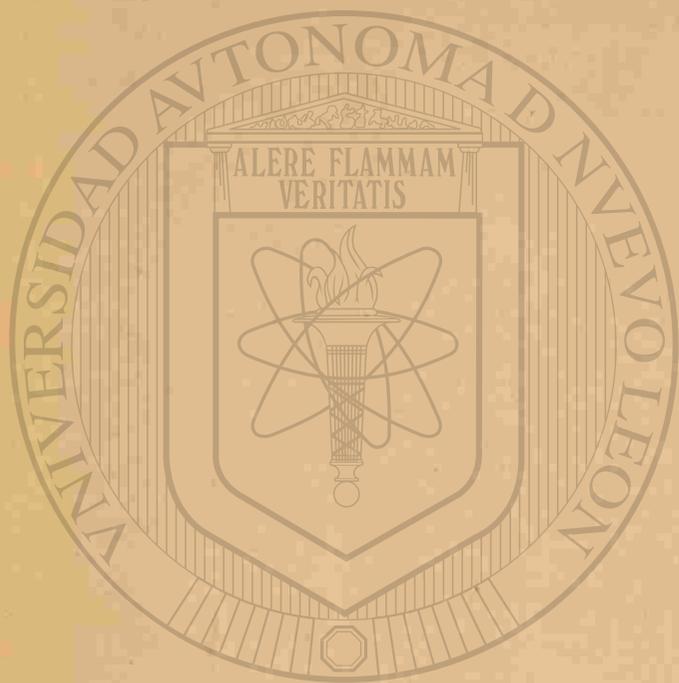


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LAS
VÍAS DEL CORAZÓN

RELATO DE AYER

NOVELA ESCRITA

POR D. JUAN JOSE FRANCO

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS, Y REDACTOR DE
«LA CIVILTA CATTOLICA.»

TRADUCIDA POR

D. JOSE MARIA CARULLA,

Abogado del Ilustre Colegio de Madrid.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

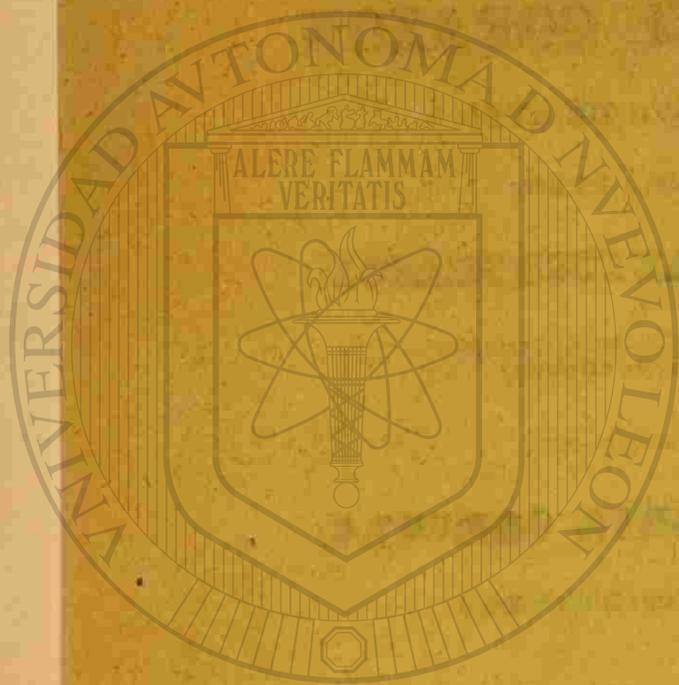
MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIENESTAR SOCIAL

TIPOGRAFIA DE «LA VOZ DE MEXICO»

Calle de Chavarría número 6.

1890



BIBLIOTECA

DE

"LA VOZ DE MEXICO"

Sección recreativa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





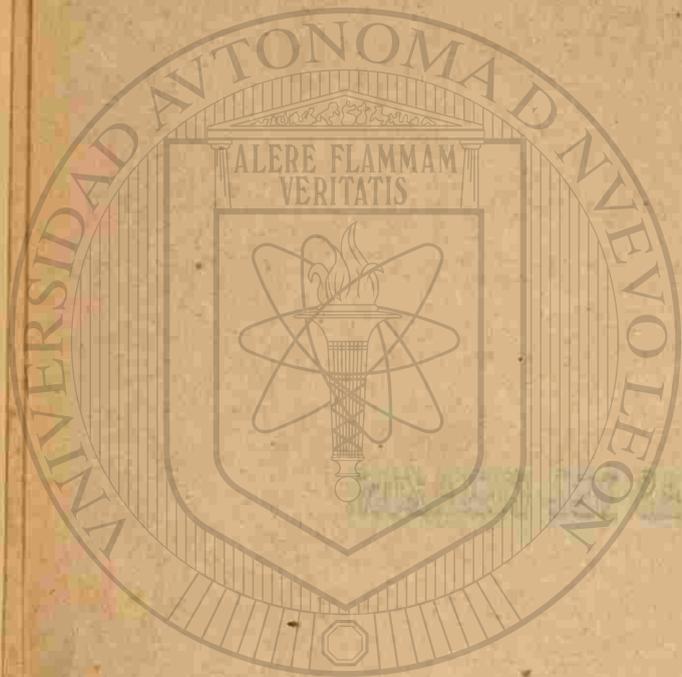
UANL

LAS VIAS DEL CORAZÓN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LAS
VÍAS DEL CORAZÓN.

RELATO DE AYER.

NOVELA ESCRITA

POR D. JUAN JOSE FRANCO

DE LA COMPAÑIA DE JESUS, Y REDACTOR DE

«LA CIVILTA CATTOLICA»

TRADUCIDA POR

D. JOSE MARIA CARULLA,

Abogado del ilustre Colegio de Madrid.

TOMO II.

MÉXICO

TIPOGRAFIA DE «LA VOZ DE MEXICO»

Calle de Chavarría número 6.

1891.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Biblioteca Universitaria

Capilla Alfonso



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Valverde y Tellez

46972
VALVERDE Y TELLEZ

PQ 4692

.F3

V5

V.2



BIBLIOTECA CENTRAL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

LAS VIAS DEL CORAZON

RELATO DE AYER

XLVIII.

UN GOLPE DE ESTADO.

La fatigosa rendición de sí misma á Julia, á la razón, á la conciencia y á su propio corazón, realizada por mistress Needle al anochecer, le dió por primer fruto un poco de descanso por la noche: de otra manera, el fantasma de la discordia irreparable con todos sus amados la hubiese tenido en el lecho de Procusto. Al despertarse á la mañana siguiente, todo lo sucedido en la tarde anterior parecióle un sueño. No sabía

010742

compaginar la actitud severa con su hijo con la condescendencia que mostrara con Julia. Una especie de remordimiento conturbaba un poco su conciencia; pero fijándose en las vivas razones expuestas por la joven, se apagó completamente. Tenía de bueno que, dado una vez un paso por virtud de un convencimiento razonable, no se retiraba ligeramente. A fin de afirmarse, llamó á sus hijas, y con una multitud de limitaciones, explicaciones, excepciones y aclaraciones, les permitió que llevaran á la condesa de Giacinti un alfiler de amatista que les dió, diciendo estas precisas palabras: "Para honrar á la Madre de Dios en el cielo, sin adorarla."

Clara y Clemencia corrieron saltando y llenas de gozo á informar á su maestra, que, recibiendo gran consolación, añadió por su parte un dije de coral, acompañándolas para que cumpliera el encargo. En su corazón daba la joven gracias á Dios y á la Virgen por la victoria campal. La timorata *pietista*, consintiendo lo que no podía impedir ya, no había cedido un punto en su encarnizamiento contra el *papismo*. E infiriendo lo arcano de lo sucedido en público, resolvió enterarse bien de los progresos que podía John haber hecho en el

camino de las innovaciones. Estimulabamos á ello un leve caso, que en otros tiempos hubiese pasado inadvertido; la llegada de un pliego con el sello de Florencia dirigido á John: carta grande y doble. Mistress Ana la vió, la palpó, la pesó, fiscalizó la cifra gótica inexplicable del sello y el escrito, en el cual creyó ver la mano de sir Roberto Smith, aunque algo desfigurada la letra por causa del pulso tembloroso. Su primer movimiento fué abrirla: pero se contuvo para no poner en peligro aquella poca paz doméstica que, bien ó mal, había vuelto á florecer entre las diversiones del campo. Sin embargo, sus sospechas habíanido fermentando y aumentándose, porque John no le había dicho palabra del contenido de la epístola; habían llegado al extremo, después de la escapatoria de su primogénito á la procesión. ¡Celos de madre! Hasta se le había ocurrido que John, antes de dar el último paso, habría pedido consejo á sir Roberto Smith por carta, y que le habría dado licencia para obrar según su deseo.

Aprovechando la coyuntura de haber querido John ir á Florencia para ver al dentista, como decía él, ó para visitar á Smith, como ella pensaba, creyó que la o-

cación era muy propicia para fiscalizar su cuarto y hacer un examen detenido de sus papeles. Su moderación y su carácter de dama inglesa se oponían por cierto un poco á expediente semejante, no delicado, al parecer; mas ella se animó con la fuerza del razonamiento: Soy su madre, dijo; es menor, y tengo el deber de preservarlo á todo trance de la ruina (1). Tomó precauciones; recomendó á Julia que hiciese tomar el aire á sus discípulas, que las llevase al bosquecito y que lo dispusiese de modo que durase toda la mañana el pasatiempo. —Estamos, decía ella, en lo último de nuestra excursión veraniega, y la hora de volver á Parque Verde llama con piedras á la puerta. —Es fácil comprender cuan ale-

(1) Cónstanos que este procedimiento ha sido calificado por alguno de poco digno de una señora inglesa de la fina educación propia de nuestra Needle. Nosotros, sin embargo, creemos que su intención y la suprema gravedad del motivo cohonestan un expediente lícitísimo en sí al que ningún padre italiano, francés, español ó alemán dudaría recurrir, á ser preciso. Lo llamamos *lícitísimo*, no sólo en virtud del cuarto precepto, sino también por una costumbre universal, en disposiciones legislativas aprobada. La Sala de Casación de Turín reconoció, en sentencia de 15 de Enero de 1857, que "el director de un colegio, no sólo está autorizado, sino que tiene obligación de interceptar las cartas dirigidas á los colegiales, que contuviesen cosas contrarias á las buenas costumbres; el alumno no puede pretender la restitución, ni aun después de salir del establecimiento." (*Jurisprudencia de los Estados Sardos*, tom. IX, p. 1.^o) ¡Cuánto más, pues, podrá examinar una madre los papeles de su hijo en un caso tan grave como lo es aquel en que peligrá la fe! — [Nota del *ilustre autor*.]

grememente pasó la joven aquel día con las amadas niñas, constando á todas que podían impunemente hablar de la Virgen María y recomendarse á Ella de común acuerdo. Sin embargo, no quiso precipitarse ni abusar imprudentemente del favor alcanzado. Cien veces vinieron á la punta de su lengua reflexiones que se relacionaban con otras ideas católicas; pero cien veces se abstuvo, limitándose á responder á lo que las pequeñas curiosamente preguntaban acerca del regalo hecho á la Virgen y del espectáculo de la procesión.

Entre tanto mistress Needle, que se quedó sola en casa, abrió las puertas del salón por el cual entrábase á su cuarto y al de su hijo. En cuanto á la llave del cajoncito, tenía preparada, porque habiendo probado días atrás las llavecitas de todas las cerraduras, descubrió por fin una que perfectamente ajustábase á la de aquel; hábale faltado sólo tiempo para servirse de ella con la comodidad que apetecía. Mas ¡cuán cruel le salió el primer uso que hizo! Todo estaba ordenado: un paquete de cartas á la izquierda, y una multitud de cuadernos de varias medidas á la derecha; una carta solo había en medio,

abierta y echada precipitadamente allí al parecer. Era la carta precisamente á sir Roberto Smith: claramente lo decía el sobre, que mistress Needle reconoció á la primera mirada.

Mas he aquí un misterio. El carácter se asemeja en todo y por todo al de Julia.—¿Es posible?—exclamó estupefacta la señora. Buscó ansiosamente la firma, leyendo con claridad: “Julia de los Laureles.”—¿Qué puede ser esto? ¡Un billete de Julia para John! ¡Una carta que no recibe mi hijo sin pasar antes por Florencia. . . .! ¿Habrá un principio de amor? No puede ser: se hablarían á solas sin tales rodeos.—Este soliloquio duró un instante, y al momento vino la solución del enigma. En el principio de la carta había cuatro renglones escritos oblicuamente por sir Roberto, que decían: “Señor John, os envió esta carta de miss Julia. Colma la laguna de mi tratado, ó bien lo hace más extenso. Añadidlo, pues, á mis escritos, y tendreis un tratado completo, en el cual demuestran: 1.º, que ninguna de las particulares iglesias protestantes tiene los caracteres de la de Jesucristo; 2.º, que todo el protestantismo no se puede llamar una Iglesia unificada en los puntos esenciales,

por versar nuestras divisiones sobre estos; 3.º, que la fe sola en la Biblia no nos hace individuos de la verdadera Iglesia cristiana. A la verdad, este tercer punto me turba muchísimo, por destruir el mas hermoso sueño de mi vida. Mas estoy enfermo, y próximo acaso á comparecer en el tribunal de Dios; no quiero partir con el remordimiento de haberos enseñado una falsedad. Retráctome de todo lo que dije de la iglesia fundada sobre la creencia en la Biblia. Niégolo por las razones que aduce miss Julia, y por cien mas que se presentaron luminosas después de esa primera chispa. No os aconsejo lo que debeis hacer, por estar inseguro yo mismo.—Vuestro, *Smith.*”

—¡Malvado viejo! exclamó mistress Needle.—¡Así, pues, se destruye radicalmente la fe del hijo mio. . . .! Lo mismo que Julia. . . .! ¿quién la mete á desempeñar el papel de doctora sobre la Biblia? ¿Por qué se pone á escribir desde aquí á sir Roberto Smith? ¿Por qué no lo deja con sus errores. . . .? Mas leamos.—La señora se puso á leer ávidamente, apoyada en sus codos. En el principio excusábase Julia de no haber cumplido antes la promesa de escribir á sir Roberto, y mucho mas excu-

sábase después del atrevimiento de tratar con él un punto religioso gravísimo; protestaba que se decidió por su afecto á la verdad, sin añadir nada suyo, recopilando sólo lo que había sacado de los controversistas católicos. Demostraba con breves palabras que por el hecho de prestar fe á la Biblia no forma ninguno parte de la Iglesia católica y apostólica que fundara Jesucristo, la cual reconocen también los anglicanos como precisa para la salvación de cada uno de los fieles: añadía que para pertenecer á la Iglesia del Redentor era preciso someterse al poder gubernativo de la sociedad cristiana, y admitir su magisterio, su disciplina, su predicación y sus Sacramentos.

Hasta entonces la doctrina gustó extraordinariamente á mistress Needle, por cuanto se armonizaba en todo y por todo con sus opiniones anglicanas, no menos que con la verdad católica.—Si Julia no quiere mas, decía ella comentando el texto, ciertamente no pide demasiado... Tiene cien razones... Es la doctrina de todos los anglicanos que piensan bien... Si Smith no conoce tales elementos del Cristianismo, está loco rematado... Mas ¿por qué no leer esta carta juntamente con Julia? Ex-

plicarame su sentido, comprendiendo mejor la impresión que puede haber producido en la fe de mi hijo.—En este pensamiento se fija, fluctúa y se resuelve añadiendo:—Julia es franca y fiel: tendrá confianza en mí.—Dicho y hecho. Toma el cajoncito de los escritos, llévalo á su estancia, deja cerrado el gabinete de John, y corre á buscar á la joven: Pregunta, y le contestan que se ha encaminado con las niñas al bosquecillo de la casa. A él vuela llevando la carta en el pecho. Pide á la joven que se siente aparte con ella, en tanto que las niñas se divierten, y le dice:—Oye: he dado un golpe magistral; un verdadero golpe de Estado. ¡Pero *psit!* Que John no lo averigüe ni tenga el menor indicio.

— Ya sabeis si descubrió las cosas.

—No podía yo estar tranquila sin ver el fondo de su corazón, añadió mistress Needle. Soy madre... he abierto su cofrecito, y he hallado sus cartas mas íntimas, sin excluir la tuya.....

—Perdonad, dijo la joven interrumpiéndola; es un error.

La señora, en el ardor de sus pensamientos, no advertía el equívoco, y repuso:

—Sí, sí; una carta tuya, con tu firma.

Julia, modesta y segura: —Oís aseguro

que no es posible: jamás he dirigido una línea ni media á nuestro John.

—No hablo de una carta escrita por tí á él, repuso la Needle corrigiéndose. Nunca he pensado en ello. Hablo de una carta de tu puño, que remitiste á sir Roberto Smith. Mírala. Y sacóla del seno.

Julia, tranquilizada:—Bien: ¿qué pensais hacer con ella?

—Quisiera que me la leyese y explicases, para saber de qué muerte debo morir.

—¿A qué fin decís eso? preguntó Julia. No logro entenderos. Es una carta sencillísima en la cual expreso alguna buena idea (no mía, sino recuerdos de lecturas), para librar al señor Smith de una ilusión sobre la iglesia sin cabeza ni cola que pretende fundar sobre la Biblia.

—Me consta, me consta, dijo la Needle: más lee, por merced: quiero inferir qué castillos en el aire puede haber fabricado con ella mi John. Para cerebro delirante, no hay otro. Pero que no le digas nada.—

Admirando Julia la increíble y absoluta confianza que la señora ponía en ella tratándose de cosas tan delicadas y trascendentales, leyó rápidamente las frases con que dirigía Smith al joven su carta,

confesando la impresión profunda que le produjera.—No sin disimular el gozo de su corazón, preguntó friamente:—¿Queréis que la lea toda?

—Sí, desde la primer palabra hasta la última; despacio y con calma; quiero meditar cada sílaba.

—Os obedeceré gustosa, respondió Julia con voz mansa y flexible.—Y se puso á leer distintamente.

Mistress Needle se apacentaba dulcemente con la lectura, é iba también aprobando con gestos mientras se intentaba demoler el edificio de la iglesia fantástica discurrida por sir Roberto Smith, queriéndola edificar solamente sobre el tomo bíblico. Parecíale, sin embargo, menos ortodoxa la doctrina de la joven, cuando siguiendo la lectura, decía: “Vos, respetable señor, veis claro que por el sólo hecho de prestar fe á un libro juzgado divino, no entráis en la sociedad orgánica que fundó Jesucristo: á lo mas, podreis decir, que la Escritura es para vos la regla del creer y del obrar, ó sea vuestro código de Religión. Pero ¡cuán falaz es aun semejante regla no estando en la Iglesia romana! Ante todo, la Biblia no es sin duda un código:

los dogmas y los preceptos hállanse en ella aquí ó allá esparcidos por incidencia entre cien cosas mas. ¿Es posible que queriéndonos dar Cristo un Código de legislación completa, segura, fácil, universal para doctos é ignorantes, nos envolviera sus dogmas y preceptos entre las historias, las profecías y las plegarias? Afirmarlo es suponer á Dios inexperto en materia de religión, y proferir, por consiguiente, una blasfemia. Si hubiera intentado hacernos el beneficio de un Código, lo hubiera dispuesto como lo hacen los legisladores, dividiendo sus leyes en capítulos y en artículos breves, luminosos é inteligibles para todos los lectores; hubiera distinguido cuidadosamente los preceptos de los consejos; hubiera declarado, en fin, que cada uno cuidase de aprender el código, considerándolo la suma exclusiva autoridad religiosa. Ahora bien: no hallando nada de todo esto en el divino volumen, debemos inferir que Dios no intentó darnos en la Biblia un código absoluto, sino sólo una consolación espiritual y un fundamento, ó bien una guía para la enseñanza de la Iglesia, á la que dijo: "Enseñad á todas las gentes." Solo en este sentido se puede llamar á la Escritura código de religión.

"Mas concedamos (es falso evidentemente) que la Biblia sea el código, ó á lo menos un código legislativo: ¿qué legislador es tan loco que para establecer ó conservar una sociedad se contente con escribir para ella un reglamento, dejando que cada socio libremente lo entienda y aplique á su capricho? Esto conduciría solo á fundar un semillero de litigios, y no un todo social: conduciría únicamente á la segura impunidad de los trasgresores, al reinado de rebeliones, á la monarquía mas anárquica, á una Babel incurable y eterna, como pasa precisamente con los que rechazaron el poder de la Iglesia romana. ¿Cómo atribuir á Dios un designio tan inepto, que no se le ocurriría ni á un hombre de mediano buen sentido? No, respectable señor Smith; es de suprema precisión que la sociedad sea sostenida por un poder central y regulada por un tribunal que explique la ley, haciéndola cumplir con autoridad; tratándose, por otra parte, no sólo de doblegar los brazos á la obra, sino de someter la mente, fuerza es que infalible sea el magisterio supremo. Si no, podría obligar á los fieles á creer lo falso: ni aun Dios puede imponernos la obligación de considerar como verdades las mentiras.

Por consiguiente, infiero que, aun cuando fuera la Biblia un código de leyes, subsistiría siempre la necesidad de una iglesia para explicarlo, y la obligación de pertenecer á ella, reconociendo su magisterio infalible.

“Os parecerá ello mas evidente, respetable señor, observando que la Biblia es oscura. De tal la califica San Pedro en su epístola, como sabeis. Además, basta considerar un poco la naturaleza misma de las cosas. ¿Cómo ha de poder comprenderse sin dificultad un libro que se redactó hace miles y miles de años, en abstrusa lengua, desconocida casi por todo el mundo, escrito según las costumbres y relaciones de su época? ¿Cómo pueden comprenderlo los ignorantes, los iliteratos, las mujeres, los campesinos, los obreros que forman y formarán siempre la mayor parte del género humano? No ignoro que algunos pretenden que el libro divino se aclara enteramente por la virtud sobrenatural del Espíritu Santo.....”

—¡Yo! dijo mistress Needle interrumpiéndola; creo que leyéndolo lo alcanzo todo.

—Os creo, contestó Julia; mas ¿cuántos están educados como vos en Inglaterra y

en el mundo? Además, ¿quién os asegura de no equivocarnos al creer entenderlo? ¿De dónde viene que un día una interpe-lación os parece verdadera, y otro día falsa? Si el libro se comprende por sí ¿cómo innumerables católicos y protestantes escribieron sobre él muchas bibliotecas de comentarios? ¿Cómo, además muy frecuentemente comprendieron los pasajes de una manera contradictoria, cual si Dios con una misma palabra dijese á uno blanco y á otro negro? Mas oid lo que yo escribí á sir Roberto:

“Pregunto: ¿cuándo prometió Dios esta virtud sobrenatural del Espíritu Santo á cada uno de los lectores de la Biblia? Negando los protestantes la infalibilidad á la Iglesia, ¿concederá á cada uno de los fieles? Desmientenlo los hechos, porque los supremos jefes del protestantismo, que se suponen mandados por Dios para reformar la Religión cristiana, comprendieron la Escritura uno al revés del otro, y cada cual según su propia opinión. Jura Lutero haber hallado en la Biblia el luteranismo con el siervo albedrío; Calvino leyó en ella el calvinismo con la predestinación de los hombres para el infierno; Zwinglio el “zwinglianismo,” que destruye la Eucaris-

tía; Sehewedemborg descubrió en la Biblia todos sus sueños, que nos hacen reír; Fox halló allí el *cuaquerismo*, que reniega de la divinidad de la propia Biblia; Socino, con ella en la mano, niega la Trinidad de las Personas, la Encarnación del Verbo, la divinidad de Cristo, la resurrección de los muertos y la condenación en el infierno. Los anglicanos en tiempo de Eduardo VI distinguieron en la Biblia cuarenta y dos artículos de fe; reinando Isabel sólo halláronse treinta y nueve: en pocos años tres artículos habían desaparecido de la Biblia. Así, las doscientas ó trescientas sectas protestantes, como los demás herejes anteriores, leyeron en la Biblia lo que quisieron leer, ó sea sus propios errores. Simón Mago en los tiempos de San Pedro hablaba siempre de la Biblia, citándola á propósito y á despropósito, lo mismo que los "Darbistas," los "Puseistas," los "Mormones" nacidos ayer, y los "Viejos católicos" nacidos hoy. En fin: todas las mas monstruosas aberraciones de la malicia humana se apuntalaron siempre con textos de la Escritura entendida por el libre examen privado. Ahora bien: ¿os parece posible, respetable señor, que haya dado Dios al hombre por guía un juguete

de goma elástica, que cada uno estira según su propio capricho? ¿Y que en el estirar según el propio capricho este juguete consista toda la profesión de la religión cristiana?"

—¡Tú quieres demasiado! exclamó entonces mistress Needle herida en lo vivo de su devoción á la Biblia. ¿Por ventura los católicos no entienden la Biblia también á su manera?

—Nunca, respondió la joven. Podemos leer la divina Escritura, sin tomar las privadas interpretaciones como reglas de nuestra fe. Nuestra regla de fe es la enseñanza de la Iglesia; de aquella Iglesia llamada por San Pablo columna de la verdad; de aquella Iglesia por la cual dice Jesucristo: "Estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos;" de aquella Iglesia contra la que, según las frases del Salvador, no prevalecerán las puertas del infierno.

—Y la Biblia, preguntó la Needle, ¿no la considerais vosotros palabra infalible de Dios?

—Ciertamente; más ella solo, y no nuestras interpretaciones. Observad la sábia y divina dispensación de las divinas Escrituras vigentes en la Iglesia católica. Posee

la Iglesia el sagrado volumen que fué consignado por los Apóstoles; ella, según la tradición, determina los libros que lo componen, velando sobre cada versión, y hasta sobre las impresiones; declárase soberana intérprete autorizada y definitiva de ellos, intimidando á los audaces aquellas palabras de Cristo: "Al que no escuche á la Iglesia, ténlo por infiel y pecador." De donde resulta que puede cada fiel espaciarse con toda seguridad por los jardines de la palabra de Dios, cuyos límites reconoce fueron establecidos por una infalible autoridad; no teme que nadie pueda quitarle ni una hoja del árbol de la vida. Con otras palabras: por la infalible definición de la Iglesia, sabe cuántos y cuáles son los libros inspirados, como también los capítulos y pasajes que debe considerar revelación del Espíritu Santo. Con esta certidumbre, el católico goza de una inmensa libertad, porque nadie le prohíbe inquirir humildemente los sentidos más ocultos de la sagrada revelación, á menos que pretenda descubrir otros dogmas con textos escriturarios, contra el sentido universal de la Iglesia. Así goza el católico los frutos de la divina palabra, sin exponerse, por tanto, á los peligros de comprenderla mal

ó disfrazarla. Oid como discurro . . . ó sea como discurren los católicos, pues nada he puesto inventado por mí.

—Escucho siempre, considerando el efecto que tu carta puede haber producido en el ánimo de John.

Julia siguió leyendo: "Pienso que el protestantismo es el adversario capital de la Biblia . . ."

—He aquí, dijo la Needle interrumpiéndola, he aquí un absurdo flagrante. Tenemos nosotros siempre la Biblia en la mano, adorándola casi. ¿Cómo podemos ser nunca sus enemigos?

Julia:—Escuchad á sangre fría. "El protestantismo, en su rebelión á la Iglesia, pretendió arrancar la Biblia de manos de la autoridad eclesiástica, fingiendo deponeerla sobre los altares, y decir á los pueblos que se saciasen con este maná, que los sacerdotes les habian arrebatado. Realmente hicieron en ella deshonestos estragos. Observad. Lutero empezó la predicación; incensaba la Biblia con una mano, y destruía con la otra la Epístola de Santiago, diciendo (son palabras suyas) que hedíale á estiércol; después, sucesivamente á medida que adelantaba en su devoción á la Biblia, rasgaba otras tres. á saber, la de

S. Judas y dos de San Juan, porque no las creía buenas; después rompía los libros de Tobías y de Judit, porque no le gustaban; después la profecía de Baruc, después el libro de Job y después el Eclesiástico, porque no le parecían bien; le disgustó el Apocalipsis más tarde; vaciló luego sobre los tres Evangelios primeros, pareciéndole seguro el de San Juan. Quedábanle las Epístolas de San Pablo, que tenía en gran aprecio, hasta que un día tuvo el capricho de someter á examen la Carta á los Hebreos, y no encontrándola según su antojo ¡afuera! Calvino, por el contrario, sacó del basurero la Epístola de Santiago, allí echada por el otro apóstata, y pasándola por su nariz inspirada, reconoció que olía á quinta esencia celeste, volviéndola, en efecto, á la Biblia; por el contrario, no dispensó su favor al Apocalipsis, rechazándolo de continuo como una mascarada insupportable entre los libros santos. Verdad es que los calvinistas y los luteranos, andando el tiempo, avergonzaronse de tales locuras, aceptando nuevamente algunos libros desechados por Lutero y Calvino, los Anglicanos, á despecho de aquel, admitieron la Epístola de Santiago; á despecho de éste, el Apocalipsis, y la Carta de

San Judas á despecho de los Reformados franceses: ¿qué prueba todo esto? Prueba que ¡ay de la Biblia si la entregan á la privada facultad de quien juzgarla quiera! ¡Y vos, respetable señor, quereis establecer vuestra Iglesia sobre la Biblia! ¡Ni siquiera podeis saber vosotros (sin la iglesia católica) qué libros la componen! ¿Qué fundamento es este del cual desconoceis sus piedras principales? Ciertamente considerais piedra fundamental el libro de los hechos de los Apóstoles; mas los "schwedenborgianos lo echan en un rincón, con el propio derecho con que Lutero y Calvino desecharon otros libros canónicos. Teneis por archi-fundamental el sacro Génesis, el Exodo, el libro de los Números, el Levítico y el Deuteronomio: mas he aquí que á vuestra obispo anglicano Colenso, se le ocurre refutarlos considerándoles fabulosos! ¡Ved los daños inmensos que causaron y causan los protestantes á la Biblia! ¡Ved hasta qué punto vacila el fundamento de vuestra Iglesia bíblica!"

—Dí lo que quieras, añadió entonces mistress Needle: siempre te contestaré que tengo, guardo y poseo la Biblia. ¿Viste ó no viste aquel libro que hay sobre la mesa constantemente?

—Sí, dijo Julia; teneis un libro que llamais la Biblia: más abridle, mi excelente señora, preguntando á los apóstoles de la Reforma, y á vuestros mayores sábios, si cada una de las páginas de aquel volumen es verdaderamente palabra de Dios. ¡Oíreis qué coros de dementes! Quién condena una página y quién blasfema de otra. Arranca Lutero varios libros, otros Calvino, otros los Anglicanos, otros Schwedemborg, otros Colenso. y así otros reformadores: vos seguís con el tomo impreso, incierta sobre qué parte contiene la palabra de Dios y cuál es invención del hombre. ¿Es regla de fe, por consiguiente? ¿Qué regla de fe la que alárgase y acórtase á gusto, se endereza y se tuerce por la mano de cada cual? Fuera de que no ignorais que muchos protestantes rechazaron terminantemente toda la revelación bíblica. Mientras Lutero daba por la vez primera el escándalo de mutilar la Biblia, los "Schwenhfeldianos" negaban en seguida que fuese inspirada por Dios; los anabaptistas la suponían interpolada por el diablo, los *cuáqueros* antepóníanla, y antepónenla hoy aún, á su propia luz individual; los Mormones no admiten más biblia que la bajada del cielo para su como-

didad; los racionalistas hacen oír en casi todas sus cátedras protestantes de Prusia, Francia, Inglaterra y Suiza que la Escritura es simple mitología. ¿Qué os queda, pues, del libro hermoso que teneis en la mano con tal gusto? El libre examen lo ha partido en cien trozos y los ha echado después al viento, declarando que la Biblia no tiene más valor que las obras de Cicerón y Demóstenes.—

Se irritaba interiormente mistress Needle, como si se le quitára la biblia; y no sabiendo qué responder, dijo:—Admitiré que muchos entre nosotros desprecian la biblia: siempre será verdad que entre nosotros hay más que la respetan que entre los católicos. Sólo los protestantes hemos fundado las sociedades bíblicas para difundir la Sagrada Escritura por los pueblos; nosotros proveemos también de ellas á los católicos, á los cuales sus sacerdotes la quitan de la mano.

—Precisamente sobre esto, respondió Julia, añadí algo á sir Roberto al fin de la carta. Oidlo. "Con esto veis, respetable señor, que aun cuando todo el mundo creyera en la biblia, no por ello existiría en el mundo una Iglesia de creyentes. Necesítase absolutamente una autoridad única

y reconocida que gobierne á cada uno de los asociados. De aquí podeis inferir con evidencia cuán inútilmente se fatigan los expendedores de biblias. Antes de jactarse de ser apóstoles del Verbo de Dios, afirmen bien cuáles son y cuáles no los libros inspirados; de lo contrario, expónense al peligro de conservar la palabra de los hombres y no la de Dios, de distribuir el pan y el arsénico, conceptos divinos é invenciones diabólicas, porque fraude diabólico es dar como revelado por Dios lo que dictó el hombre. Hagan, pues, las paces las sociedades bíblicas de Inglaterra con las sociedades bíblicas de Alemania, de Francia y de Suiza; pónganse de acuerdo entre sí á fin de saber si son buenas las biblias mutiladas por los anglicanos, ó mejores las mutiladas por los ginebrinos. Cuando lo hayan hecho, podrán vanagloriarse de cuidar (á lo menos á su modo) de la biblia. Por lo demás, que renuncien á convertir al mundo con tal expediente: la biblia no ha fabricado jamás iglesia alguna, y nunca la fabricará sin la voz divina de aquellos á los cuales dijera Jesucristo: "Id, enseñad á todas las gentes." Además, al distribuir las biblias á los católicos hicieron un ultraje notorio á la verdad y al

buen sentido. ¿Cómo? No se ponen de acuerdo entre sí sobre cuál es la biblia verdadera y cuál la falsa; ignoransi es revelación divina ó invención humana, ¿y luego pretenden hacerla leer á los católicos? ¿á los católicos, que hace diez y nueve siglos poseen la verdadera biblia intacta, sin haberse arancado nunca un capítulo ni un versículo? ¿Cómo se atreven á propinarnos sus biblias mutiladas, corrompidas, hechas pedazos caprichosamente? ¿A nosotros, que la leemos entera, darnos sus biblias monstruosamente traducidas ayer! ¿A nosotros, que tenemos nuestra Vulgata latina, la cual remóntase á los primeros siglos, así como tantas traducciones en la lengua propia, exquisitamente dirigidas y aprobadas por la Iglesia!"

—Oye, dijo entonces la Needle interrumpiéndola con un poco de cólera. Escribes á Smith cosas lindas y poéticas, mas aquí tu celo te pone la venda. ¿Puedes negar que á los fieles católicos está vedada la lectura de la biblia?

—Lo niego absolutamente. Adquirid mil biblias sanas en idioma vulgar, encárgome yo de distribuir las todas á los católicos. .; tened la certidumbre de que ningún sacerdote llevarálo á mal, puesto que al frente

de la biblia italiana, está la aprobación del Pontífice y una viva exhortación para que la conviertan todos en su pasto espiritual.

—Me dices una paradoja.

—La paradoja es de los que aseguran dicha falsedad, haciendo hincapié, no en el odio vuestro (conozco vuestro corazón, constándome que es un corazón de paloma sin hiel), pero sí en el de muchos protestantes que aceptan incontinenti las más odiables calumnias que les dicen contra la Iglesia católica. Sabed, pues, que la Iglesia aprueba, ensalza y excita la lectura de los libros sagrados; sólo que no lo hacen con afectación, ni cree la lectura precisa para la salvación de cada uno de los fieles. No la cree precisa: primero, por ser imposible que los lean muchísimos que no saben leer, y Dios no manda lo imposible; segundamente, porque en ningún pasaje de la biblia manda Dios la lectura de ella; además, porque muchos leyéndola no comprenderían una palabra: realmente, poned la biblia en manos de Domingo, el pajareiro de John, ¿qué sacará? lo mismo que sacan vuestros mineros de Parque Verde: nada y menos que nada; por último, porque todo lo que hay en la biblia indispensable para la salvación, lo ha recogido la

Iglesia en el Catecismo que hace aprender á sus hijos, sin necesidad de biblia: añadir pudiera la quinta, la sexta, la séptima y muchas otras razones . . . —

Mistress Needle no chistaba: oía y callaba. Julia dijo:—Ahora bien; oid la conclusión de la carta, y vereis que, resumiéndolo todo, puede haber hecho algún bien al señor Smith y no puede haber hecho mal á vuestro hijo: “Yo, pues, concluyo esta epístola desaliñada (la escribo á ratos), esforzándome por compendiarla de algún modo. En primer lugar, quien imagina ser cristiano solo por creer en la Biblia, vive por completo en un error. En segundo lugar, es clarísimo que la creencia en la Biblia, no es bastante ni para tener un código de religión, no siendo una compilación de dogmas y preceptos, sino un libro de historias, profecías y oraciones. En tercer lugar, aunque la Biblia fuese un código, se necesitaría siempre un tribunal ó un magistrado infalible para aplicarle, como también la sumisión de los fieles al magistrado, so pena de no haber una agregación de iglesias, sino una infinidad de opiniones. En cuarto lugar, la Biblia no puede siquiera establecer una religión de mentes y corazones unidos en una so-

ciudad, porque, abandonándose al libre examen de cada uno, cada uno leerá en ella sus propios caprichos, como pasa en las innumerables sectas protestantes, y como no pasa ni puede pasar en la Iglesia católica. En quinto lugar, la Biblia no es suficiente para reunir los ánimos en un vínculo social, porque se rasga el propio volumen en las manos del libre examen; quién destruye una página y quién quita un libro, habiendo llegado á tal punto, que entre los protestantes es muy común la opinión de que toda ella es un libro puramente de los hombres, nada inspirado por Dios. Son ridículos los esfuerzos de los que procuran dilatar la Iglesia, multiplicando las biblias ó imbuyendo á cada uno de los lectores que la entiendan según su sentido privado. En una palabra: el protestantismo, que introduciendo en la biblia el libre examen pretendió haber descubierto la Biblia como Colón descubrió la América, ha construido ciertamente un caos de opiniones contradictorias en materia de Religión, destruyendo, en cuanto á sí, aun la posibilidad de que haya en su seno una iglesia única. Respetable señor Smith, permitidme que os hable según corresponde á vuestra edad, como una hija á su padre.

Teneis ya muchos años; el tribunal del Señor os aguarda de lejos ó de cerca. Si mis palabras os producen cualquiera duda en punto á vuestro parecer sobre la iglesia bíblica (parecer que ya tuvo Zwinglio una vez, siendo ahora renovado por la secta evangélica nacida recientemente en Florencia, en discordancia con los valdenses, con los anglicanos, con los luteranos y con todos los demas); si os producen, repito cualquiera duda, estudiad y resolved al fin como corresponde á un hombre que teme á Dios y no juega con su propia salvación. Os reverencio con leal y profundo cariño. A mi retorno, ó mas bien á mi paso por Florencia, confío en poderos ver algunos instantes, hallándoos sano del cuerpo al par que victorioso del último y acaso sólo error que os aparta de la iglesia católica.....”

—Luego, exclamó entonces mistress Needle, ¿tú lo crees casi católico?

—No más lo retiene, en mi sentir, fuera del catolicismo, dicha ocurrencia suya “zuingliana.”

—¿Cómo lo sabes? ¿Te lo ha dicho?

—Nunca me dijo palabra de esto, respondió Julia; mas en su modo de discurrir en sus cartas

—¿Te ha escrito con frecuencia?

—Cinco cartas ó seis.

—¿Qué te decía en ellas? preguntó la Needle.

—Nada de su conversión; mas yo conocía en el sonido de sus palabras un alma verdaderamente agitada; un alma inquieta y ansiosa de la verdad; un alma que no tenía repugnancia á lo verdadero. Conoce la Religión católica lo mismo que yo, y si se determinase á ser papista, como decís vos, no tendría precisión de que lo catequizaran ni cinco minutos.

—¿Qué le has contestado?

—¿Yo? Todo lo que sabía, sirviéndome de mis recuerdos de antiguos estudios y de lo encontrado en los libros de los controversistas.

—¿Y confías verle católico? preguntó mas ansiosa la Needle.

—¿Así lo esperase de vos como de él lo espero! repuso Julia.

—¿Ah miserable! exclamó la Needle abrazando estrechamente á su amada amiga: eres una víbora, y sin embargo no puedo dejar de amarte, como si fueses una paloma. Obras el mal con tanto convencimiento de que obras el bien, que me espantas ¡Comienzo á temer por mí!

Quisiera poder aborrecerte, rechazarte, huirte mas si te miro y me hablas, me fuerzas á perdonártelo todo eres la mujer más peligrosa del mundo ¡Qué mala eres! Te amo como si fueses hija mía Pero, dime, ¿no sientes en tu corazón nacer algún ódio á mí, por encontrarme tan enemiga de tus opiniones religiosas?

—No, madre mía, respondió Julia: no hay en mi corazón una fibra que os quiera mal por esto, y arrancaríala si existiese. No sois enemiga de mis opiniones, y estais únicamente alucinada: el día en que caiga el velo que os tiene cegada, comulgareis cerca de mí, en la Iglesia católica; será el día más hermoso de mi vida.

—¿Cruel! ¿Esperas esto?

—Sí, en la misericordia de Jesucristo: Dios es piadoso con los que yerran de buena fe.

—Espero lo contrario, mas temo por John: ¿me lo has seducido?

—Jamás le dije palabra de religión, sino para contestar á sus preguntas.

—¿Lo consideras cercano á declararse católico?

—Vuestro John es impenetrable

alguna buena idea he descubierto en él; mas de positivo nada sé.

—Voy ahora, concluyó diciendo la Needle, á pasar en revista todas sus cartas. Demasiado temo que sir Roberto me lo haya hechizado. Encontraré quizá en aquellos escritos la estocada mortal. . . . De todas maneras, tu harías mejor no escribiendo á Smith: no hubiera caído la carta de rechazo en poder de John.

—Señora, respondió lo joven á mistress Needle que se retiraba; no temais á la verdad nunca: es benéfica siempre y saludable.

XLIX

UN PROCESO SECRETO EN FAMILIA.

Aun m habíase alejado diez pasos de Julia, cuando mistress Needle se arrepentía de haber enterado á la joven del proceso que intentaba formar secretamente á la conciencia de John.— ¡Siempre así, decía: grito, grito, grito, y luego voy á echarme en brazo de Julia, que hace de mí lo que quiere. . . . ! ¿Qué necesidad tenía de leer con ella la carta? Solo ha servido para persuadime de que puede haber impresionado de terrible modo el corazón de mi hijo. . . . ¿Cómo no, si medio ha

alguna buena idea he descubierto en él; mas de positivo nada sé.

—Voy ahora, concluyó diciendo la Needle, á pasar en revista todas sus cartas. Demasiado temo que sir Roberto me lo haya hechizado. Encontraré quizá en aquellos escritos la estocada mortal. . . . De todas maneras, tu harías mejor no escribiendo á Smith: no hubiera caído la carta de rechazo en poder de John.

—Señora, respondió lo joven á mistress Needle que se retiraba; no temais á la verdad nunca: es benéfica siempre y saludable.

XLIX

UN PROCESO SECRETO EN FAMILIA.

Aun m habíase alejado diez pasos de Julia, cuando mistress Needle se arrepentía de haber enterado á la joven del proceso que intentaba formar secretamente á la conciencia de John.— ¡Siempre así, decía: grito, grito, grito, y luego voy á echarme en brazo de Julia, que hace de mí lo que quiere. . . . ! ¿Qué necesidad tenía de leer con ella la carta? Solo ha servido para persuadime de que puede haber impresionado de terrible modo el corazón de mi hijo. . . . ¿Cómo no, si medio ha

perturbado la cabeza del pájaro viejo, sir Roberto? Julia, por otra parte, pretende que no debo temer la verdad. Sí, si sus chácharas fuesen verdaderas; pero ella juzga tener la verdad de su parte, cuando no consigo pronto desenredarme de sus redes. Se alcanza bien; ha estudiado de continuo estas materias, sabe de memoria los libros de controversia, y yo rada más que un poco de mi biblia. De todas maneras, en Parque Verde no se'é la única en combatir y ganaré el desquite si he perdido la partida: hallará John allí quien le vuelva el juicio.—

Con tales pensamientos entraba de nuevo en su casa, decidida, por supuesto, á no dejar un papelito en la cajita de John, sin fiscalizarlo minuciosamente. Se cerró en su cuarto con el terrible cofrecito, dejando á la puerta orden de que nadie anunciaran. La cosa primera que halló fué un hilo de papeles separados, llenos de borrones. No se podía dudar: eran borradores recientes. Leyó al frente del primero: "Misión." Seguía el juicio formado: "Me parece una exuberancia morbosa de fenómenos religiosos: demasiado ardor de predicar por una parte, y demasiado furor de oír por otra; demasiada manía de

confesiones y de santa sena; demasiadas demostraciones de culto público. Pero se ha de considerar (me dijo miss Julia, papista hasta la médula de los huesos) que aun en tiempo de los apóstoles lo hacían así. La misión predicada por San Pablo en Mileto hermánase perfectamente con la del fraile del Casentino. También San Pablo predicaba todos los días, como el misionero de aquí; el pueblo llevábale los libros malos que había de quemar, como se ha hecho en la plaza de la parroquia; corrían los fieles á confesar sus pecados al Apóstol, como corren aquí á confesarlos al sacerdote. ¿Es bien claro que los de Mileto se confesaron del mismo modo que los papistas de hoy? Lo ignoro; mas es positivo que el texto de los Hechos de los Apóstoles no dice lo contrario: es cierto que antes de la Reforma, en todo el mundo oriental y occidental se practicaba la confesión auricular; es indudable que nuestro "Prayer-book" enseña abiertamente que "Dios ha dado poder y mandamiento á sus ministros para declarar y pronunciar á su pueblo penitente la remisión y absolución de sus pecados." Esto es conforme con lo que la Biblia nos dice: "Los pecados que perdoneis quedarán perdonados, y los que

retengais quedarán retenidos." Ahora pregunto: ¿cómo puede un ministro prudentemente perdonar ó prudentemente retener el pecado, ignorando de que se trata? El texto bíblico es favorable, pues, á la práctica papista de la confesión. En Cambridge supe que en muchas parroquias nuestros ministros anglicanos habian restablecido en su virtud el uso de la confesión, libre para quien la desease, y que muchos fieles del Alta Iglesia confiesan ni mas ni menos que los *romanistas*. Es un estudio que deberé hacer de nuevo cuando logre algunos de los libros publicados por los puseístas. Entre tanto dejo así la cosa, con libertad á los romanos para que se confiesen con sus sacerdotes, y á los puseístas para que se confiese con los nuestros."

—¡Menos mal! exclamó mistress Needle: aguardaba cosa peor.

En el fondo de la página se leía: "He asistido nueve días á la misión católica. Quitando algún exceso en la devoción á la Virgen, la cosa me parece linda y buena. El fraile truena con las máximas eternas é instruye con los catequismos prácticos. Es una cosa bien distinta de los discursos almibarados de nuestros ministros, que lo

dejan todo según lo encuentran. . . . Quiero hablar con aquel fraile."

Un ¡ay! huyó de la boca y del corazón de la propia madre.—Comienza mal, dijo ella; mas no nos pongamos la venda antes del descalabro.—No tardó, empero, á ver con sus ojos la ejecución del propósito, amenazador, porque así comenzaba el papel siguiente: "Hoy día tantos, á tal hora, he tenido una conferencia con el misionero papista. Me recibió cortésmente. Supe después que aquel rudo fraile había nacido caballero. He querido saber qué piensan los católicos sobre la salvación de los protestantes, y especialmente los católicos fanáticos. Tomé ocasión del Purgatorio, respecto del que había predicado. Preguntéle:—Suponiendo por un instante la existencia del Purgatorio, ¿crees que el alma de mi padre puede hallarse aun en aquel lugar?"

"Nunca he dudado en la salvación eterna de mi padre; pero esto lo dije para entablar de algún modo la plática. El fraile sabía que yo era protestante, y me contestó:—Para responderos razonablemente, debería primero saber algo de vuestro padre. ¿Hallábase bautizado?"

—"No lo dudo: bautizado según la li-

turgia anglicana, en la cual se prescribe que pronuncie el ministro las palabras del sacramento, y al mismo tiempo que metan al niño en el agua, ó que la derramen sobre su cabeza.

—“¿Observásteis alguna vez, me preguntó el fraile, que vuestro padre mostrara dudas sobre su creencia?”

—“Nunca, le respondí.

—“¿Os parece (perdonad, señor, que os haga tal pregunta, pero es preciso), os parece que vuestro padre obró como un hombre honrado y pío?”

—“No tenía capacidad para juzgarle: le perdí antes de que cumpliera diez años; mas según lo que puedo saber, fué óptimo. Además, mi madre me lo propone siempre por modelo; y me consta que lo quería entrañablemente.”

Al leer estas frases, se le cayeron á la Needle dos vivas lágrimas de sus ojos, y con un gemido profundo exclamó:—Lo amaba, sí, lo amaba, porque lo merecía: nunca tu padre se metió con los misioneros papistas!—

“Me preguntó entonces el fraile de qué modo había muerto mi padre. Respondíle que había muerto en su cama, circundado por su familia, sin asistencia de sacerdote;

que en los últimos días, conociendo que su enfermedad era mortal, se hacía leer por mi madre y por mí los salmos penitenciales; pero poco antes de su agonía habíame bendecido, como también á mis hermanas de pocos años, y abrazado á mi madre, diciéndole al oído algunas palabras, por las cuales lloró ella.” (Al llegar á este punto las perlas regaban las mejillas de la curiosa lectora, como dos arroyos.) “Después quiso que todos se retirasen, y quedó sólo, con mi madre á un lado y conmigo al otro. Comenzó entonces á pedir perdón de sus culpas á Dios; hízose recitar sobre el “Prayer-book” la oración “Almighty and most merciful Father,” con otras expresiones de contrición y esperanza en los méritos de Jesucristo, entrando así en agonía. Concluida la relación, el fraile se detuvo un rato, pensativo, y luego respondióme:—Acaso el alma de vuestro padre todavía está en el Purgatorio, y acaso ya en el paraíso. Nada sé, como vos mismo podeis comprender; mas un protestante (así lo creemos nosotros) que viva con plena buena fe, y espire sin grave culpa en el alma, ó compungido con perfecta contrición, se salva indudablemente. He aquí cómo razonan los teólogos romanos: este

hombre no es protestante, sino materialmente, y por ignorancia inculpable, siendo su voluntad deliberada, vivir y espirar en la Iglesia de Jesucristo; sin saberlo, pertenece con el corazón á la Iglesia católica. Dicho esto, el fraile se dirigió á mí recomendándome que sondeára mi conciencia y viera si tenía buena fe y muchas cosas más. Yo no tengo precisión de sondearla; amo la verdad y odio la mentira. El día y hora en que conozco que profeso un error, es siempre para mí el último día y la última hora del error."

Así concluía el manuscrito. Mistress Needle, enjugando las lágrimas de sus ojos, no pudo menos de confesar que su hijo procedía en sus especulaciones con admirable rectitud de conciencia, y que al ocuparse en la salvación eterna de su padre, mostraba tener un corazón mejor del que ordinariamente aparecía. Reconoció además que la respuesta del misionero no era tan mala como se podía aguardar de un papista y de un fraile. Aun aquella pregunta que dirigió á John sobre su buena fe la compelió á interrogarse sobre la suya. Tuvo un instante de turbación, que adormeció echando mano de los otros papeles. Había un cuaderno en blanco enteramen-

te, á excepción del título, que decía: "Purgatorio;" y debajo: "Vease el Belarmino en la Biblioteca nacional de Florencia ó en el "British Museum de Londres, pero examinarlo todo: es el mas ámplio y leal tratadista de polémica." La Needle infirió, con gran amargura, que su hijo vacilaba también respecto del Purgatorio, y que había preparado un cuaderno para escribir sus observaciones en pro y en contra, consultando ante todo á un autor papista, de los mas difamados entre los protestantes.

En el momento en que sobre lo dicho se atormentaba, vió brillar á sus ojos un paquete con dos ó tres cuadernos cosidos juntamente, sobre los cuales habia escrito con grandes caracteres: "Impresiones religiosas en Italia." Desaparecieron todas las demás ideas de su mente, y abrió el libro con temblorosa mano, como si rasgá-
 ra el velo que cubría la conciencia de su hijo. Su corazón palpitaba con terribles golpes. No lo había aun abierto, cuando asaltábale ya un remordimiento:—¿Puedo yo violar el santuario de su conciencia. . . ? Si no soy su madre lo hago solo para su bien guardaré sus secre-

tos ni aun él lo sabrá
Va en el asunto su eterna salvación, si se
pierde —Al fin la venció su
ansiedad furiosa de conocer la perseverancia
ó apostasía de su hijo: leyó.

Allí John refería en primer lugar extensamente lo sucedido en Turín; el milagro del Santísimo Sacramento que contó Julia, la visita al templo monumental, la apuesta que quiso pagar religiosamente, y la negativa de la joven. Aumentó esto la buena opinión que la señora tenía de la napolitana, pareciéndole bien igualmente aquel acto leal de su hijo. Pronto, sin embargo, dió una estocada á su corazón cierta notita del joven que decía: "En suma: la presencia real de Cristo en el Sacramento no repugna. No condeno á los anglicanos que la creen, y me inclino mucho á creer en ella, á lo menos hoy. Mañana se verá."

—¡Apostasía primera! exclamó dolorosamente la mujer. Esto va contra el "Prayer-book. Espero abjuraría de ella al día siguiente Es cierto, con todo que aquel milagro hizo también vacilar por un instante mi fe, habiendo pasado una noche medio entre anglicana y puseis-

ta; mas supe quitarme de encima las dudas pasajeras.—

Seguían en otras páginas apuntes sobre la peregrinación á los valles valdenses. Mistress Needle los leyó ávidamente. La señora toscana que los había acompañado era calificada por John de bruja, de astuta como una gitana, y de expresa *archidiabla*. —Quizás tiene razón mi hijo, pensó la Needle, que reflexionaba entonces desapasionadamente sobre el arte malignísimo con que por ser protestante evangélica le había desacreditado la iglesia valdense.—¡John, se dijo, penetra más de lo que parece! Me felicito.—Del discurso pronunciado en Turín por el ministro valdense, dejó su hijo este recuerdo: "¡Todo jugo de adormideras! Un sermón adaptable á todas las Iglesias presentes y futuras, existentes y posibles, incluso la turca y la budista." Aun entonces la Needle, suspirando, dió la razón á su primogénito.

Una observación traspasó su alma. John contaba fielmente la visita que hicieron en Génova al templo valdense y al oratorio puseista, observando precisamente las censuras artísticas que oyó á Julia. Por fin concluía: "Mi madre no toleraba siquiera

el nombre de *puseísmo*: yo, por el contrario, lo sufro, y en cierto modo lo apruebo. ¿Cómo desconocer en los puseístas el derecho de interpretar latamente el "Prayer-book," cuando todas las Iglesias protestantes, y aun la nuestra, conceden á cada fiel el derecho de interpretar con libre examen la Biblia? ¿Qué poder tienen la reina Isabel con el rebaño de sus Obispos para fabricar una religión á su modo? ¿No son ellos los que declararon falibles á los Concilios y á la Iglesia toda? Acepto mi "Prayer-book" á beneficio de inventario; creo que si lo aceptara ciegamente, sin juzgarlo primero, dejaría de ser protestante. Un protestante que no juzga su fe, no es digno de su nombre; es ilógico, estúpido y renegado. La opinión de su Iglesia puede aceptarla el católico á ojos cerrados, reconociendo como reconoce infalible el magisterio del Papa. En cuanto á mí, estoy y estaré siempre persuadido de que tengo vista y sindéresis tanto como mi madre, el lord Arzobispo de York y la graciosa reina Victoria."

—¡Apostasía segunda! dijo gimiendo mistress Needle: ¡reniega de la liturgia y del código religioso de su Iglesia! ¡A lo menos se atribuye autoridad para juzgar-

lo!—Y continuó mas desalentada hojeando el libro que contenía los ocultos pensamientos de su hijo. Detrás de la rebelión contra el *Prayer-book* venía una serie de breves apuntes, en los cuales se reflejaban como un lucido espejo las disputas diarias debatidas por ella con Julia Mistress Needle descubría maravillada que su hijo había dado cuenta exactísima de los ligeros litigios, que juzgó llamaradas subitáneas, nacidas y muertas casi á un tiempo mismo. Con todo, John había resumido las conversaciones en pocas y claras frases, tocando el vivo de las cuestiones francamente resueltas en el sentido de Julia. Algunas fueron para ella completamente novísimas, de donde infirió que John había ventilado sus dudas con la joven demasiado más frecuentemente de lo que sabía. Esto le demostraba del todo que su hijo aceptaba muchas prácticas papistas como necesarias. ó á lo menos como laudables.

Uno de los apuntes compendia las ideas de John sobre la devoción de María. Titulábase: "Mis ideas sobre el culto de la bendita Virgen." Estaba dividido en párrafos, cada uno de los cuales señalábase con su propia fecha. Refería extensamente el ímpetu de indignación experimentada

en la basílica de la Santísima "Annunziata" á vista de los adoradores de la Virgen, y la casi certeza de su idolatría. Poco á poco el principio tan luminoso se oscurecía, y John notaba las respuestas incontrastables de Julia para desvanecer la acusación, las alegaciones del Evangelio y las razones fulminantes por las que se llamaba convencido y de parecer diferente. Las últimas frases, de data más reciente, contenían un propósito práctico. "Es permitido invocar á la Virgen bendita, y hasta es útil evidentemente. Sin flagrante impiedad, no puede negarse á ella en la gloria el derecho que de continuo ejercitó sobre la tierra, de interceder cerca de su celeste Hijo y de la Divinidad. Rezaré el Ave María, por ser la oración más conforme con la Biblia, y la recitaré todas las tardes en el "Evening prayer," inmediatamente después del Padre nuestro. Por última nota añadía: "He dado satisfacción á miss Julia, confesándola que no he descubierto en ningún libro de devoción católica una frase idolátrica sobre la Virgen. Mecostó un poco esta confesión; mas habíala ofendido dolorosamente con la calumnia, y era mi deber desdecirme. El propio día dije á mis hermanas que pueden rezar el Ave

María y cualquiera otra oración á la bendita Virgen que hallen en los libros de su maestra, no sólo sin detrimento de su conciencia, sino con ventaja espiritual. (¡Desventurado! exclamó la mujer. Eres tú el que has imbuido tales ideas en su mente. Julia, extraña y papista, nunca osó hacer otro tanto.) Añadí que se guardasen de decir una palabra, á fin de no irritar la persuasión ajena, intolerante y farisáica."

Entonces escapó del corazón de la pobre madre un agudo gemido, y las lágrimas brotaron de sus ojos, cual si hubiera recibido una herida subitánea:—¡Es demasiado! ¡Es demasiado! iba ella repitiendo ¡Me llama intolerante y farisáica! Mejor es que no lea más.—Y dejó caer su rostro entre las palmas, herido por el dolor desmesurado. Conservaba la facultad de la razón; á la primera perturbación de la injuria, calmada poco á poco, siguió la reflexión y el examen:—¿No he dado yo misma ocasión, por ventura. . . . ? ¿Repeliendo razones y pruebas. . . . ? ¿Condenándolo todo y siempre. . . . ?—Y luego, como si un rayo de luz la iluminase de repente:—¡Miserable! Yo misma le dí razón. . . . ¡Ayer y hoy! ¡He permitido á mis hijas lo

que las toleraba él dos meses atrás! ¡Estoy condenada! Si hoy tenía razón para permitir á mis hijas que rogasen á la Virgen, no la tuve antes para impedirselo. ¡Yo propia he rogado á Ella, convencida de que obraba perfectamente.! De todas maneras, no debía escribir mi hijo en sus memorias esta frase cruel, ni decirla tampoco á sus hermanas.—

La herida de la frase quedó pronto envenenada por mucha más grave consideración, porque, reanudando la lectura, advirtió un nuevo é inesperado acto de rebelión contra la Alta Iglesia. En aquellas páginas se rechazaba terminantemente la justificación por la sola fe, aceptándose como verdad incontrastable la precisión de las buenas obras: una y otra doctrina se confirmaba con sólidas razones y abundante riqueza de textos bíblicos, que dan á conocer el estudio detenido hecho por John de la materia. No se podía renegar más explícitamente del dogma anglicano. Como si esto no bastase, John se desprendía por sí mismo de la objeción sacada de los artículos de su Iglesia, respondiendo con dos palabras: "Mi Iglesia es falible, y vale su aserción solo en cuanto la prueba con las divinas Escrituras. Ahora bien. Aquí

las divinas Escrituras estan evidentemente contra ella. Acepto sobre este punto todo el dogma romano, como lo acepta el óptimo y amadísimos protestante sir Roberto Smith." Allí, aprovechando la ocasion, tejía el elogio desu venerando amigo: Hombre incomparable (le llama), de probidad perfecta, de vastos estudios y de lealtad absoluta, que menospreciaba con espíritu seguro cualquiera falsedad, aunque estuviera en boga entre los protestantes. inclinándose reverente á cualquiera verdad, aunque la descubriera en el campo de los papistas." A esta rebelión particular seguía una especie de sublevación universal contra su propia Iglesia y contra el protestantismo todo. John aceptaba las iglesias protestantes, pero como instituciones humanas más ó menos dignas de respeto, más ó menos erróneas: negábales abiertamente derecho para dogmatizar, porque ninguna de ellas atrevíase á declararse infalible, y ninguna hubiera podido tener tal audacia, por cuanto evidentísima era en ellas la falta de los caracteres de la verdadera Iglesia de Cristo, una, católica, apostólica. Era este un compendio de los escritos de sir Roberto, referidos allí, aprobados y reducidos á breves y sustanciosas senten-

cias, cada una de las cuales, á guisa de puñal, traspasaba el corazón de la devota protestante. Asistía la desolada madre, con desaliento creciente, á tales progresos de la apostasía de su hijo, no pudiendo en adelante dudar de ella. Cada nueva página le rasgaba de inexorable modo el velo que hubiera querido conservar sobre la vasta destrucción de todo lo que había durante muchos años, con tantas solicitudes, edificado en el corazón de su primogénito.— ¿Qué resta, preguntábase, qué resta, sino concluir: “Puesto que ninguna Iglesia protestante es verdadera, me rindo á la papista, única que lo es?” Y leía con terrible angustia las últimas páginas del libro, que continuaban en blanco, diciendo consigo propia, llena de angustia:— ¡En este lugar consignará su total apostasía.....! ¿Es posible que con esta fermentación de pensamientos papistas, á que se deja conducir por su voluntad, y por las seducciones de aquel mal viejo, de un instante á otro no dé un paso último en el precipicio.....? ¿Quién sabe lo que trama hoy en Florencia.....? ¡El dentista, sí! Hoy pasa el día en consultas con su pérfido seductor..... Acaso mañana me anunciará su desventura extrema y mía.

La consternación de mistress Needle llegaba á su colmo. Había leído y había visto demasiado con sus ojos. El mal le parecía irremediable.— ¿Qué puedo yo hacer? Conozco su obstinación indómita ... Cuando ha metido un clavo, perezca el mundo, pero siga el clavo..... ¿Alejarle de casa? Dentro de pocos meses será mayor de edad y dueño de sí; un acto severo puede lanzarle á una separación eterna. ¡Es la pérdida de la familia.....! ¿Dejarlo libremente conversar con sus hermanas? Mas, ¿quién me dice que no sembrará su veneno en aquellos inocentes corazones? ¡Es la pérdida de la familia!—

En esta fluctuación cruel de partidos, uno mas pernicioso que otro, un dependiente de la estación del telégrafo llegó á la villa Giacinti, bastante apartada de la población, trayendo un parte. Abriólo la Needle. John participaba desde Florencia que no podría volver aquella tarde; deseaba presenciar los últimos momentos de sir Roberto, al parecer muy próximo á la agonía. Faltó poco para que con ímpetu de venganza le imprecara la mujer, diciendo: ¡Dios te ha cogido, traidor de mi sangre y homicida de mis hijos! Mas pronto, herida por su conciencia, cumplió su de-

ber, y dijo:—¿Qué hago, cruel.....?
 ¡Contra un viejo infeliz y moribundo....!
 ¡Moribundo á causa de una enfermedad
 que contrajo por causa mía! Hizo detener
 al dependiente del telégrafo, y rogóle que
 llevase á la oficina la respuesta, escribiendo
 lo siguiente: Caro John: Apruebo. Hazle
 presente mi aflicción y la nuestra. Ansío
 que parta del mundo en paz con nosotros.
 —Tu madre.” Dobló y selló. Cuando hizo
 llamar al hombre, que tomaba un refrige-
 rio, una duda la oprimió.—Si John vuelve
 mañana, ¿cómo le recibiré? Con qué acti-
 tud? Estoy demasiado agitada y conmovi-
 da.....Aun no he resuelto el
 partido que debo tomar.....¿Callar?
 ¿Hablarle de su apostasía.....?
 Me vería embarazada si se pusiese ahora
 delante de mí. Rompió el sobre, añadien-
 do: “Posdata. No lo abandones. Si muere,
 asiste á sus funerales. Nos detendremos
 aquí tres días, y no más.”

L

UNA NOCHE BORRASCOSA.

En tanto que mistress Needle con su inde-
 cible terror estudiaba los manuscritos de su
 hijo, sacando de ellos dolor y desespera-
 ción, Julia entreteníase con sus discípulas
 que jugaban. Desde el sitio para cazar pá-
 jaros pasó al colmenar del marqués Lauri,
 esforzándose por divertirse, ya en el jar-
 dín, ya en el campo, con tal de volver tar-
 de á casa. Traslucía que se avecinaba en
 ella un temporal, ó acaso una borrasca no

fácil de sosegar. Había formado este pronóstico por el aire severo con que habíase alejado de ella la señora después de leerse la carta bíblica y de confiarla el secreto examen de las cartas de su hijo.

Habiendo entrado en casa poco antes de la hora de comer, procuró acercarse á las habitaciones de mistress Needle. Empujó un poco la puerta, preguntando:—¿Me permitís?—Vió á la señora sentada junto á su mesita, con la frente entre sus manos, y una porción de cuadernos y papeles extendidos delante:—Ven, Julia, dijo: soy la más desventurada mujer del mundo. Empero el que no me mata sufre hoy quizás la pena de su delito.—Julia no supo que responder: callaba por estar indecisa. Prosiguió la Needle:—¿Sabes que sir Roberto se muere? He aquí el parte telegráfico de John que anuncia su agonía.

Julia no pudo contener un impetuoso suspiro:—Qué desventura! Dios mío, ayúdadle!

—Sí, sí, ruega por él..... El es quien arrancó la fe del corazón..... Basta; déjame ahora en paz..... Esta noche no volverá John. Piensa en las niñas..... Has que me traigan un caldo.

—¿Cómo! ¿No venís á comer?

—No.

—¿Os sentís mala?

—Pésimamente..... déjame sola.

Aunque hubiera querido Julia detenerse y proporcionar algún consuelo á su señora, no sabía bien qué partido tomar. Retiróse por entonces. Después de la comida, entrada la noche y acostadas las niñas sin que siquiera viesen á su madre, decidióse á penetrar de alguna manera en el corazón de la infeliz, proporcionándola un alivio para su dolor espantable, si era posible. Toda tentativa fué inútil: mistress Needle agradeció la solicitud amorosa de Julia, mas no hubo medio de que se desfogase con ella, volviendo á la lectura con más ahinco que antes.

Tempestuosas y llenas de angustias crecientes trascurrían para ella las horas de la noche. Ni siquiera pensó en dormir. No sabía separar los ojos de aquellas páginas sobre las "Impresiones religiosas," que laceraban una por una las fibras más sensibles de su maternal corazón. Después de leer, releer y meditar, se dijo:—No puede negarse; John desconoce la divinidad de todas las Iglesias protestantes, renunciando

do la fe en que ha nacido, y en la cual se había educado..... A lo más tolera la mía con falso respeto, como una invención humana —A leer volvía un rato el manuscrito, y luego lo cerraba, y después lo abría nuevamente. Rechazaba el libro lejos de sí como un enemigo, y á poco lo acercaba para sumergirse en las horribles páginas. Arrepentíase de haber puesto los ojos en tan crueles secretos, y entre tanto se fijaba en cada una de las frases, á fin de interpretar sus escondidos misterios. Así sucesivamente toda la noche, sin reposo ni tregua. Proponíase alguna vez leer tranquilamente un artículo y discurrir una respuesta que oponerle de manera que lo aniquilase. Mas entonces, con su angustia desesperada, no descubría sino miserables escapatorias, cuya vanidad vanísima confesaba, exclamando por ello casi furibunda:—¡Ha sabido John encontrar buenos maestros de error! Es mas fácil proferir un despropósito que refutarlo. ¡John está perdido! ¡Desunida y en discordia perpetua la familia! —Y lloraba.

Julia, entre tanto, antes de acostarse, había fervorosamente rogado por Smith moribundo y por la desolada señora. A eso de las tres de la mañana, habiéndose des-

pertado un momento, ocupada su mente sólo en las cosas del anterior día, se vistió y asegurarse quiso de que la señora estaba en su lecho. Salió, acercándose de puntillas á su habitación. Vió luz por los resquicios, ladeóse, y oyó el ruido de los papeles, y el crujir de la seda, y el suspirar, y el gemir.—Es preciso entrar, dijo para sus adentros, y ver qué novedad ocurre. —Pareciéndole indiscreción entrar demasiado de improviso, metióse nuevamente poco á poco en su cuarto, y moviéndose allí, metió ruido, hizo que sus pisadas por la antecámara se oyeran bien, tosió, y al fin empujó dulcemente la puerta de la señora abriendo sin aguardar respuesta, y exclamando:—¿Todavía no estais en el lecho?

—¿Y tú? respondió la Needle, como despertando de un sueño.

—No me hubiese acostado de seguro, á prever que habíais de quedar atormentándoos así con estos papeles. Vamos; son las tres de la mañana y tiempo teneis aun para un sueñecito. Os ayudaré yo á...

—Es inútil: ni siquiera podría cerrar los ojos.

—A lo menos probadlo, dijo afectuosamente Julia.

—¡Imposible! Cara he pagado mi cu-

riosidad: he visto con mis ojos lo que me hará infeliz toda la vida. . . . Marcha John á grandes pasos por la vida de la impiedad. . . . ¡Desventurado! Habiendo tenido un padre y una madre que solo pensaban en la religión. . . . Lo he visto hace poco: reniega de todas las religiones protestantes, y no se alcanza qué quiere creer ó dejar de creer. . . . ¡Pobre hijo mío! Casi hubiera querido más que abrazara el Alcorán que verlo sin religión alguna. —

Comprendió la joven, al oír estas palabras, que la pobre mujer casi deliraba; con dulces maneras y caricias se puso á tranquilizarla, diciéndola que no se hiciera un velo de su aflicción; que era increíble absolutamente que no alimentase John sentimientos religiosos; que todo el día lo pasaba especulando sobre la Biblia; que devoraba cuantos escritos de polémica y apologéticos venían á su mano; que, como ella veía, con sus estudios religiosos había casi compuesto un libro, y que esto era indicio evidente de ser un joven cuidadoso de su alma y de los pensamientos de la otra vida.

—En él hay no poco maligno y perverso, respondió la Needle. Lee, aunque sólo

sea este trozo donde acaba el examen de las iglesias protestantes. . . . Acaso será también opinión tuya que yerran; pero te horrorizará el modo violento y desvergonzado con que se lanza contra las debilidades de la suya: parece que goza y triunfa echándola en rostro sus divisiones, sus escándalos y sus máculas. Por supuesto que no es harina de su costal: es hiel sacada de las pérfidas escrituras de aquel viejo desgraciado que quizás se muere ahora. Empero es siempre verdad que John ha caído en la red y ha renegado de todo aquello que antes creía, no sabiéndose qué piensa creer en el porvenir.—Y alargaba el manuscrito á Julia.

La joven, oponiéndose, respondió: Leeré y haré todo lo que os plazca; pero consentid en hacer lo que os aconsejo cuidando de vos misma. Hacedme, por el pronto, el favor de poner los papeles en el cajoncito.

La Needle los puso.

—Ahora, continuó Julia con amoroso imperio, lo voy á poner en su sitio, y volveré incontinenti.

Lo anunció y lo hizo. La señora quedó atronada, no sabiendo resistir á la vence-

dora ternura de su amiga. Al regresar Julia, dijo:—Vos ayer no comísteis: estais con el almuerzo desde las diez: ¡diez y seis horas sin tomar nada! Esto es querer enfermar. ¿Qué tomareis?

—No tengo apetito.

—De todas maneras, dijo Julia, he despertado á Kelerina. En este momento os dispone un té con leche ¿Os apetece un té con vino de Marsala . . . ? Procurareis pasar un sorbo. Fijando después en su rostro una mirada de desaliento:—

Descubro en los ojos algo que no me gusta.—Vamos, á lo menos os echareis en el canapé, tranquilizándoos quince minutos.

—Al decir esto, tomó á la señora de la mano, y levantándola con dulce violencia, porque apenas podía moverse por tanto estar sentada, hizo que se colocase cómodamente en aquel, apoyó su cabeza en las almohadas, la descalzó y tocóle los pies.

—¡Están helados! dijo Julia; estais aterrada por el frio: la sangre toda está en la cabeza.—Envolvió sus pies en un paño de lana con dobleces, extendió sobre su cuerpo un mórbido chal de viaje, sujetándolo por los lados: habiéndose después sentado junto á ella, tomó su pulso, y observándola tranquilamente, dijo:—No soy “médica,”

mas nosotras las de Nápoles entendemos eso un poco por la práctica Verdadera fiebre no hay; pero siento cierta fermentación Naturalmente; la inedia, la debilidad, el frio, la pena . . . Una taza de caldo bien caliente os dará fuerzas: un poco de sueño, en la cama, concluirá de sanaros.—Entonces mirando fija y amorosamente sus ojos, exclamó:— ¡Vos habeis llorado!

Un rio de lágrimas fué la respuesta. Abrazó la joven á la desolada señora, preguntando:—¡Oh! ¿Qué ocurre de nuevo . . ? Hablad; decidlo todo á vuestra hija.—

La infeliz mujer, gimiendo y sollozando, hizo entera confesión de sus dolores é inquietudes para el porvenir. Sin este desahogo, se sentía fallecer. Se puso á explicar que había leído y vuelto á leer los más secretos papeles de su hijo, en los cuales notaba los movimientos más íntimos de su corazón. Su hijo se declaraba, ora puseísta, ora católico, en puntos esencialísimos, criticando la alta Iglesia de guisa venenosa increpándola por errores en materia de fe, y suponiéndola sin derecho para enseñar autorizadamente á sus hijos; para colmo de audacia, repelía todas las religiones hermanas de la suya.—En resumen,

concluía la Needle lamentándose, es un apóstata, y á mi misma me acusa de celo farisáico por haber vigilado siempre á fin de conservar en mi casa la fe. . . . ¿A qué religión, pues, se acomodará él? ¿á la rusa? ¿á la católica? ¿á la puseísta? No lo sé; mas sí que, sea cual sea la que adopte, queda roto para siempre todo vínculo entre yo y él: nuestra familia está deshecha. . . . ¡luego en la otra vida. . . . ! Tú propia puedes gozar viendo cómo se acerca á tus opiniones; pero debe afligirte tal desastre, tal ruina, tal exterminio de mi casa.

—Julia, estrechando sobre su pecho la mano de la mujer afligida:—Pobre madre, le respondió; hasta tal punto no gozo por vuestro quebranto, que como vos siento también desgarrado mi corazón: sabéis si os he amado siempre, mi dulce bienhecho-
ra, y que para disminuir un dolor vuestro daría gustosamente la sangre de mis venas. Pero conceded lugar á la reflexión, juzgando con espíritu tranquilo, y. . . .

—No puedo: lo terrible del mal me vuelve loca, y pierdo la razón.

—Oid, sin embargo, un momento. ¿Podéis negar en John una gran rectitud de conciencia? ¿Un amor entrañable á la verdad? Cien veces habeis presenciado la fie-

reza, por no decir la ferocidad, con que defendía sus opiniones anglicanas y las vuestras. ¡Cómo, después de dar un asalto á mis creencias, patrocinaba furiosamente las suyas! ¡Cómo se revolvía! ¡Cómo reluchaba con el fin de no ceder un punto! Si pues muda de opinión ahora en algunos particulares, claro es que se rinde por la fuerza de un convencimiento incontrastable. ¿Quereis negarle la libertad de lo que juzga necesario para su salvación? ¿Constrñirle á lo que juzga malo y pernicioso? ¿Qué os dice la conciencia?

—Dios me libre de imponerle nunca obrar contra su conciencia, respondió la Needle; pero deploro su ceguedad.

—Supongamos que está ciego; la ceguedad no es culpa, y no debe disminuir en vós la confianza en su salvación: lo que quita la esperanza del cielo es la malicia de la rebelión contra la verdad conocida, y no un error involuntario con buena fe. Ciertamente no desesperais de verme á vuestro lado en el paraíso, aunque me creéis ciega en muchas cosas.

Ciertamente no; mas ¿cómo se puede permanecer impassible cuando se ve un hijo extraviándose y pasar de la luz á las tinieblas?

—Una cosa es permanecer impassible,

respondió Julia, y otra suponerlo todo perdido por un error en él inocente. Por lo demás, digo "error" queriendo abundar en vuestra opinión porque no podríais demostraros á vos misma que realmente ha caído en él. Lo imagináis, os persuadís de ello, os convenceis por causa de vuestra educación y del hábito inveterado; mas no podeis persuadiros con razones de que se aparta de la verdad. De lo contrario, podríais hasta convencerlo á él, que de seguro no se rebela contra las razones evidentes.

Haceos una reflexión sencilla y sosegada. Observad que tomáis como guía vuestra iglesia anglicana. Ahora bien: aquellas cosas que reputáis errores, ¿las rechaza ella como tales? Hay millares y millares de anglicanos del partido puseísta, "tratariano," ritualista, que admiten casi todos los que juzgais errores, deplorándolos en vuestro John: v. gr., la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, la confesión, la invocación de la Virgen, el purgatorio, con otros varios dogmas y prácticas del Catolicismo; sin embargo, la iglesia anglicana, no sólo no los repele de su seno, sino que les da con largueza sus cátedras y sus parroquias. Decidme: ¿quereis ser más an-

glicana que la Iglesia anglicana? Sopor-tais....

No puedo conformarme con el pensamiento de tener en casa un puseísta o un...

Mistress Needle no se atrevió á decir un católico; mas Julia, cogiendo al vuelo la idea, replicó.—¿Pues no tolerais á Kelerina? ¿No me tolerais á mí?

—Tú naciste católica, no apostataste.

—¿Pero quién es, preguntó Julia con voz dulce y persuasiva, quién es el verdadero apóstata? El que rechaza la verdad conocida; no el que, juzgando verdadero un dogma, lo profesa ¿Tendríais el valor de llamar apóstatas á tantos millares ó millones de hombres y mujeres, los más ejemplares y los más ilustres de vuestra Iglesia, que todos los días se pasan al partido que llamais semipapistas, ó papistas? ¿Son apóstatas los centenares y millares de catedráticos, de caballeros, de canónigos, de párrocos y de vicarios salidos de la Alta Iglesia en el año anterior, que son ahora fervientes católicos, sacerdotes ó religiosos en la Iglesia romana? ¿Teneis aliento para llamar apóstatas á los que, por el convencimiento de una verdad resplandeciente, renuncian las rentas, las ganancias, los empleos, la for-

tuna, y, en fin, todos sus intereses? Poned una mano en vuestro corazón, y comprendereis con qué atroz injusticia los juzgais desertores de la verdad conocida, sellándolos con el nombre infame de apóstatas. A lo más podeis creer que yerran ; Mas como sabeis que yerran ? ¡Y si errais vos mi buena señora y madre mía! ¡Y si errais vos!—

Al decir esto, estrechaba Julia la mano de la desoladísima mujer; sus apremiantes razones, aducidas con la suavidad de un afecto incomparable, fluían gota á gota, como un bálsamo sobre una herida abierta, disminuyendo el escozor ardiente. Pasaron así unos veinte minutos: Kelerina entraba con la cafetera sobre una bandeja y con la leche humeante. Julia mezcló los líquidos, desmenuzó dentro de la taza un poco de pan inglés, y sirvió á la señora, que sintióse muy aliviada por ello y por el caldo. Después Julia, merced á la prepotencia que da la persuasión de que se presta un servicio necesario, la obligó á que se metiera en su cama; luego, mirando á su alrededor, y viendo que no faltaba la menor cosa con el fin de que pudiese descansar tranquilamente, dijo:—Ahora dejaos mandar un poco por vuestra hija, no os leván-

tareis antes de que haya venido á tomaros el pulso. Procurad dormir, desvanecer los pensamientos tristes; prometeos á vos misma no pensar siquiera un instante como el cruel lord Seether, que sabedor una noche de que su hija era católica, la echó antes de amanecer, siendo hermosa, pura y pia como un ángel, para que mendigara un refugio de los extraños.

Horrorizóse la Needle por tan brutal crimen (Julia lo mencionaba de proposito), y repuso:—No necesito prometer: tengo corazón. Me irrito, me consumo y me atormento yo misma. ¿Y después? Después sufro y callo ¡Pobres madres!

—Pues bien, para sufrir con más quietud necesitase una oración. Os la sugeriré yo, de forma que no lastime ni poco ni mucho vuestra conciencia. Y juntando con amoroso atrevimiento sus dos palmas, fué pronunciado estas palabras: “Omnipotente Señor y Padre amante de vuestros hijos, vos veis mi aflicción. Mi amado hijo, mi primogénito, se aparta de las creencias que le inspiré, á fin de hacerle vuestro esclavo fiel, y encaminarle por la vía de la eterna salvación: Vos descubristis la rectitud de mis intenciones. El ó yo dejamos ahora el buen sendero, que es solo uno. Tened pie-

dad piedad, Señor, del que yerra; iluminadle, si yerra él; iluminadme, si yerro yo, y dadnos vuestra paz á los dos. Lo suplico por los méritos de nuestro único Mediador y Salvador Jesucristo, y por la intercesión de la bendita Virgen María. Amen."

Mistress Needle dejó que Julia obrase y dijese á su gusto; repitió las palabras, obediendo como una criatura de tres años obedece á su madre. Por la fatiga de la gran lucha faltábanle fuerzas para resistir, las razones habíanla convencido, las caricias de su amiga angélica habíanla desarmado y persuadido; la plegaria, repetida de corazón, la infundió un principio de reposo.

Más tarde volvió Julia. Había la señora dormitado y dormido. El primer ímpetu de la violenta tempestad había pasado, subsistiendo sólo una especie de calma honda y muda: era una profunda pero sosegada melancolía.

LI.

FORTUNA Y VIRTUD.

John volvió á la villa Giacinti á la tarde del día siguiente. Habló poco de los dientes y del dentista. Dijo que sir Roberto había mejorado, y que los médicos dábanle algunas semanas más de vida. La Needle recibió á su hijo sin fiestas ni rigidez. Algo desagradable y frío leíase aún en toda su actitud. El joven lo atribuyó á un resto de disgusto por lo de la procesión,

dad piedad, Señor, del que yerra; iluminadle, si yerra él; iluminadme, si yerro yo, y dadnos vuestra paz á los dos. Lo suplico por los méritos de nuestro único Mediador y Salvador Jesucristo, y por la intercesión de la bendita Virgen María. Amen."

Mistress Needle dejó que Julia obrase y dijese á su gusto; repitió las palabras, obediendo como una criatura de tres años obedece á su madre. Por la fatiga de la gran lucha faltábanle fuerzas para resistir, las razones habíanla convencido, las caricias de su amiga angélica habíanla desarmado y persuadido; la plegaria, repetida de corazón, la infundió un principio de reposo.

Más tarde volvió Julia. Había la señora dormitado y dormido. El primer ímpetu de la violenta tempestad había pasado, subsistiendo sólo una especie de calma honda y muda: era una profunda pero sosegada melancolía.

LI.

FORTUNA Y VIRTUD.

John volvió á la villa Giacinti á la tarde del día siguiente. Habló poco de los dientes y del dentista. Dijo que sir Roberto había mejorado, y que los médicos dábanle algunas semanas más de vida. La Needle recibió á su hijo sin fiestas ni rigidez. Algo desagradable y frío leíase aún en toda su actitud. El joven lo atribuyó á un resto de disgusto por lo de la procesión,

sin sospechar un momento que hubiera fiscalizado sus papeles: ni su madre, y mucho menos Julia, le dijeron palabra sobre la cosa.

Hallábanse ya en la víspera de la marcha. El marqués Lauri intimaba una solemne visita á sus colmenas. Hubo que obedecerle. John, Julia y las niñas gozaron alegremente aquel espectáculo, novísimo para ellas, de un colmenar ingenioso, dispuesto con orden y aun con elegancia exquisita. Oyeron con placer las explicaciones innumerables con que disertaba el doctor propietario, y comieron la miel sabrosísima que les ofreció. Mistress Needle, si bien esforzabase por ser cortés y mostrarse contenta, llevaba en el rostro un velo de tristeza, que rompía en vano con su sonrisa. Sólo Julia penetraba su origen y significación.

Tal fué el día último pasado en la villa Giacinti del Casentino. No resplandeció más claro el siguiente, á pesar de los cumplimientos de la despedida. Mistress Needle daba las gracias, sí, de corazón á sus huéspedes, y proponíase mostrarles su gratitud de gentil manera; pero no podía evitar un gemido que brotaba de lo más hondo de su corazón.—¡Ojalá no hubiese visto nun-

ca esos lugares!—Con su pensamiento fijo del todo en su país natal, anhelaba las frescas y silenciosas sombras de Parque Verde; la permanencia en Italia había sido este año, según ella, grandemente funesta. No hay que decir si Julia pensaba de distinto modo. Habiendo visto un poco aparte á la señora de la casa:—Condesa, le dijo dad gracias á Dios; el favor que habeis hecho á esta familia excelente ha complacido mucho al Señor, que vió vuestras intenciones piadosas.

—¿De que lo inferís? preguntó la Giacinti.

—Me lo dice un angelito, respondió Julia, y lo vislumbro casi con mis ojos, por los efectos.

—Yo no he visto nada; protestantes vinieron, y *archiprotestantes* se van. No he visto más novedad que aquella escapada del primogénito que se metió en la procesión, y aquellas cuatro perlas dadas á la Virgen.

—¿Os parece poco? Además, dijo la joven, solamente habeis visto una parte, la mínima: lo restante cónstame á mí. Aunque no hubiese más, aquel aire de pena y aquel tinte taciturno que hace algunos

días ha tomado mi buena señora, parece-me un excelente pronóstico.

—¿Haceis mucho caso de él? ¿No puede concluir mañana?

—Sin duda; mas debéis saber que un docto sacerdote muy experto en esta clase de asuntos, me dijo ya en Turín que sería este el anuncio primero de cualquier cambio saludable. Aun cuando sé bien que ha tenido la señora recientes motivos de aflicción, veo en esta oscuridad ó imagino ver claro. La comparo con el tiempo que precede á la lluvia.

—¿No teneis otro dato positivo?

—Entiéndome yo, repuso Julia.

—Que os consuele Dios, acabó diciendo la condesa de Giacinti; si algo pasa, no dejéis de hacérmelo saber.—

En Florencia, debiendo descansar hasta el siguiente día, quiso la Needle ante todo ver á sir Roberto. Le costaba muchísimo: —¿Es mi más cruel perseguidor! iba diciendo suspirando: es el hombre que más me ha perjudicado en toda la vida. ¡Ojalá que nunca lo hubiese visto! Mas soy en cierto modo la causa de su muerte: á no invitarle al teatro aquel día, no sucediera la catástrofe. De todas maneras, por el mal que me hizo entiéndase con Dios y con su

conciencia, no me toca juzgarle. Muera en paz sabiendo que mi perdón, y si quiere mi amistad, le acompañarán en su agonia: no le pediré cuenta en el tribunal de Dios del irreparable daño que me causa.

Fué á visitarle volando. Sabía que había agravado, sin quedar esperanza de curación. Prevínola John que pasó aquel día y el anterior á la cabecera del enfermo constantemente. Constábase á ella tal asiduidad de su hijo pareciéndole officiosa en extremo, pero no sabía reprenderla. Al verlo con sus ojos junto al lecho de su terrible adversario, sintió más vivamente que se abría de nuevo su herida, como si hurgasen con un hierro la llaga muy abierta. Ofrecióle sir Roberto la mano descarnada, y la estrechó ella murmurando pocas palabras de cortesía y dolor. Sentóse y calló. El enfermo acababa su conversación con el joven, diciendo:—toda vez que ha llegado Julia, preguntádselo, y conducidme al que os indique. ¿Habeis comprendido? No dejadlo dicho, no; sino hacer que venga con vos y cuanto antes.

John disponíase á salir. Su madre se atrevió á preguntarle:—¿á dónde vas?

—Respondió Smiht por él:—por favor, no lo indagéis; os amargaría saberlo. No

bien llegue la persona que mando llamar, rogaré que os retireis.

—Pero

—No, no, dijo el enfermo interrumpiéndola con gravedad; no resistais á un hombre que ha llegado al borde de la tumba. En estos instantes se adquieren derechos que nadie debe disputar.—

Estas solemnes palabras quitaron el aliento á mistress Needle. John salió precipitadamente.

—Ahora estoy á vuestras órdenes, señora, dijo Smith con voz débil, pero clara y tranquila. No me dejo engañar por apego á la vida; alcanzo muy bien que mis horas están contadas, y

---Sin embargo no me parece

—Amiga mía, no me lisonjeeis por bondad de corazón: esta llaga me devora la vida y es incurable; lo sé y lo veo: he conseguido que lo confiese mi doctor cuando esforzabase por engañarme y hacerme concebir nuevas esperanzas

---Me asustais, dijo la Needle.

---No, repuso Smith; no quiero asustaros; no estoy espantado yo mismo. Os aconsejo que presenciéis, si lo deseais, mis horas últimas con espíritu tranquilo. La

muerte es inevitable: resta sólo aceptarla con dignidad de hombre y sentimiento de cristiano.

—¡Esto es estóico!

—No; es solamente razonable. ¿A qué fin querer vivir cuando el soberano Señor de la vida dice que hemos vivido bastante? Doy gracias al Señor porque el género de muerte que me manda me dejará el uso de las facultades hasta el fin, y acaso libre la lengua todo el día de mañana.

Sir Roberto descansó entonces un poco: estaba fatigado. Mistress Needle hizo ademán de alzarse y despedirse; mas el enfermo la detuvo con una señal. Reposó un buen rato con toda comodidad, en silencio, y dijo después:—Tengo que hablaros.

La señora temió un ataque sobre determinado punto religioso, mas no sucedió lo que pensaba. Smith dijo con voz firme:—Me consta que os he contristado.

—Por favor, dijo la señora interrumpiéndole, no digais esto: perdoneos Dios como he perdonado yo

—No pido perdón, porque no me arrepiento; estoy contentísimo de lo que hice, y ahora lo haría nuevamente Creo haber obrado bien, y muero con la espe-

ranza de que un día ú otro me agradeceréis que os haya contristado por la libertad con que dije verdades á vuestro hijo.

Callóse la Needle, que se juzgaba vivamente ofendida, y continuó el enfermo:— Si bien os he contristado, espero que os prestareis cortés á ultimar un asunto mio de intereses que deseo con el alma disponer: es cosa fácil y de un momento.

—Decid, repuso la señora, esforzándose por aplanar su frente arrugada.

—Tengo un peculio, que no forma parte de mi patrimonio registrado, y que no se menciona en mi testamento. Está en un paquete de títulos italianos, cuya renta servíame para no desatender las obras pías. Quiero dejar ese peculio á vuestra miss Julia.

La Needle no pudo contener un ¡oh!

—Sí, á miss Julia. Haré llevar los títulos hoy á vuestra casa y á vuestra mano; se los entregareis á ella no bien recibais el anuncio de mi muerte.

—Espero no recibirlo . . . tan pronto. . . Mas, decidme: ¿tiene Julia conocimiento de vuestra resolución?

—No lo sabe, ni lo debe saber, sino después de mi muerte. . . . Es una demostración de la inmensa gratitud que le profeso.

¡La buena miss Julia! ¡Con qué modestia, cariño y suavidad de maneras me comunicó los tesoros de su ingenio y de su fe! Aunque no me convenció su palabra, infundióme un principio de duda, y con ello un rayo de luz inefable. . . . Le debo la paz que gozo en este instante, y la esperanza del cielo. . . .: moriré católico.

Escapósele á la mujer una señal involuntaria de disgusto. El doliente, recogiendo sus fuerzas, continuó:—Respetad el voto de un moribundo: sabed que en esta hora se obedece á la conciencia. . . á la voz de Dios.—Y se calló, haciendo nuevamente á la dama una indicación para que aguardase.

Multitud de pensamientos distintos y contrarios hervían en la mente de la señora: ansiedad de oponerse al propósito de Smiht, impotencia para encontrar las palabras, religioso temor de aconsejarle contra su conciencia, remordimiento de no intentar siquiera contenerle, y desesperación de conseguir lo que intentaba. Al propio tiempo conocía la conveniencia de dar gracias á sir Roberto, por haber pensado en la joven, é ignoraba cómo expresarse, sin indicar demasiado probable su muerte. Después de mucho discurrir y batallar, pro-

nunció la siguiente frase forzada é inútil:
—Cuando lleguen á mi poder los títulos, os mandaré un recibo....

—Precisamente lo que no quiero.... ninguna formalidad..... ni una línea en papel.

—Os fiáis, pues, del todo....

El enfermo se sonrió:—¿De quién me fiaría si no me fiase de vos? ¡Darías la sangre por aquel ángel.....!

Maravillóse la señora de ser tan bien conocida por Smiht, y con vivo placer respondió:—En esto teneis razón..... mas tambien ella, pobre muchacha, me quiere como una hija.... Deberia daros las gracias por el gentil pensamiento en favor suyo, y sin embargo no me atrevo á pensar que se deba cumplir.

—No os confundais con cumplimientos: veo á la muerte adelantarse, y la miro sosegado.

En esto se oyó la campanilla. Dijo el enfermo:—Señora, son vuestro amado y el sacerdote católico que debe preparar la ceremonia. Retiraos, si no teneis valor para presenciar mi abjuración.

—¿Y mi hijo? preguntó ansiosamente la mujer.

—Deseo que continúe aquí: no os opongais.

—¿Creeis que tiene vuestros propios sentimientos?

—¡No, por desgracia!

La pobre madre, con el corazón temblante por el nuevo escándalo de que no podía sustraer á su hijo, resignóse y dijo:

—Sigamos en paz.

El enfermo:—Aún podríais hacerme otro favor.

—¿Cuál? Lo que yo pueda.....

—Haced que por hoy me asista miss Julia, aunque sin decirle palabra de aquello.

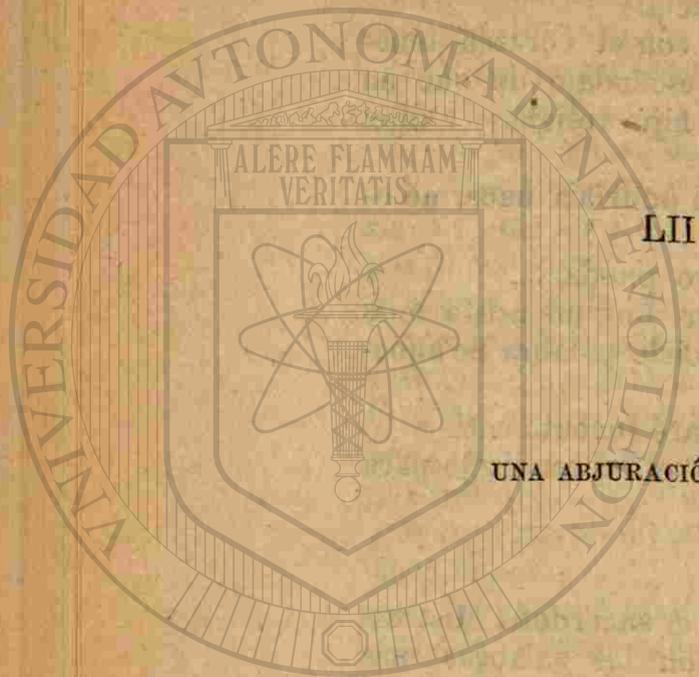
—Es justo: la rogaré incontinenti.

—Gracias.... Hará el aprendizaje para cuando abjureis vos.

—Espero que no.

—Espero que sí.

John entraba con el sacerdote. Mistress Needle se despidió con las palabras más corteses que pudo, simulando calma en el semblante, y encubriendo la tempestad de su interior.



UNA ABJURACIÓN Y MEDIA

Volvió mistress Needle de casa de sir Roberto tan conmovida y fuera de sí, que apenas hallaba el camino. Por tantos golpes que llovían sobre su corazón, profundamente devoto á la iglesia anglicana, sentíase casi sin fuerzas; entonces comprendió que debía deponer las vanas resistencias, y, como fragil esquiife combatido por la fortuna dominante, abandonar el timón

continuando á merced de los vientos.—Contentemos á este moribundo; contentemos á John; contentemos á Julia; contentemos á todos..... sólo yo seré la victima sacrificada..... ¡Permita Dios que en Parque Verde podamos desenredar una madeja tan enmarañada!—E ignoraba que no pasarían muchas horas sin un nuevo sacrificio.

Al saber Julia el deseo de sir Roberto, y la razón del deseo, no supo encubrir el ímpetu del júbilo que sentía.—¡Un alma salvada! exclamó; ¡del bautismo al cielo! Voy volando.... Mas haced el favor de decirme (se contuvo un instante al imaginar las condiciones de la casa): ¿quién hay allí? ¿No hay alguna señora que al enfermo asista?

—Estarás tú, respondió la Needle.

--¿Yo sola? ¿Y con Jhon? ¿Todo el día...? Iré gustosamente á visitarlo; pero todo el día....

—Comprendo, comprendo tu delicadeza. Quisieras que fuese yo también; ¿no es verdad?—¡A ver cómo abjura uno de mi religión! ¡A presenciar una apostasía!

—Hacedme, señora mía, el obsequio, respondió modestamente Julia, de no pronunciar esta palabra. No se apostata de-

lante del sepulcro. En presencia del tribunal de Dios, el moribundo no desea sustituir la verdad con la mentira, ni la salud con su perdición eterna. El otro día os expliqué ya el verdadero sentido de la palabra *apostasía*.

—Al fin de cuentas, dijo la Needle apaciguada, es siempre un abandono de mi religión: no me place verlo con mis ojos. A lo más (estoy en el baile y debo bailar. ¡Ah Parque Verde!) para contentarte, iré después del medio día, y si quieres volver entonces conmigo, lo harás.—

Con tal promesa corrió la joven á casa de sir Roberto. En ella no halló al sacerdote. Habíase presentado precipitadamente por haber comprendido mal las palabras de John, imaginando al protestante forastero casi en su agonía. Viéndolo fuera de peligro por entonces, había examinado su fe, marchándose después, á fin de proveerse de las facultades necesarias y proceder regularmente, según el ritual de costumbre, tanto al recibir la retractación como al administrarle los Sacramentos. Antes de dirigirse al palacio episcopal, fué á sacar dos religiosas del Buen Socorro, y enviólas al enfermo. Habiendo Julia, pues, encontrado allí tan excelente compañía,

entró mucho más alegre á ver á sir Roberto, quien la juzgó una visión angélica.— ¡Qué gracia! exclamó Julia, no bien puso los piés en su alcoba; ¡qué gracia os concede Dios! ¡Ah, señor Smith, si no me amargase veros entre tantos dolores!

Smith repuso:—Doy gracias al Omnipotente y á vos. Estoy decidido á no pensar en mis dolores. Decidme lo que debo hacer para disponerme á recibir los Sacramentos católicos.

—¿Qué Sacramentos recibireis? ¿Nada os ha dicho el sacerdote?

—Me ha preguntado sobre mi fe, contestándole yo que habiendo meditado palabra por palabra la profesión impresa con las actas del Concilio de Trento, aceptábala toda. Me hanterrogado largamente acerca del Bautmo, concluyendo por decirme que no le quedaba duda de que debía sólo disponme para la confesión, á fin de recibir al señor en viático, y para la Extremaunción dijo que la Confirmación no es posible por estar el Prelado en la santa visita.

—¿Nada más óo?

—Sólo que mandarí las dos Hermanas de la Caridad que vais. Espero que llegará

muy pronto: habladme, pues, de Dios, del alma y de la fe: os escucho.

Julia, con rostro sereno, haciéndose ayudar por las Hermanas, le acomodó en su lecho, levantó su almohada, extendió los bordes de la sábana, y sentóse á su cabecera.—Puesto que lo deseais, dijo, os sugeriré lo que me dicta el corazón, y no perderemos el tiempo, que es precioso.

—Sí, sí, no pido más: ansío morir perfecto católico.

Ante todo, no os confundai por el ansia de hacer mucho: hablaré yo, y oidme vos tranquilamente. Reservad algunas fuerzas para la profesión de fe y p^{ra} confesaros.

—A propósito, dijo Smit: aún me queda un punto poco claro, debe importancia, por el cual retardabale día en día....

—No importa, dijo Julia. Ya que os tarda ultimar vuestra reconciliación, es bastante que con fe firm creais el símbolo de los Apóstoles; es la profesión de fe que habeis meditado, y en general contiene todo cuanto enseña la Santa Madre Iglesia.

—Y el Sumo Pontífice *ex-cathedra*, añadió Smith.

Julia prosiguió:—(e es una misma cosa, á saber, lo que enseña la Iglesia y su

Jefe visible. Si Dios os da tiempo y vida, aclarareis los puntos no claros. ¿Teneis algún juicio contrario de algún modo á cualquiera de los artículos de la fe conocidos?

Smith dijo por señas que no.

—Entonces, todo está concluido para la retractación. ¿Teneis presente la doctrina del sacramento de la Penitencia?

—La conozco toda: me lo figuro á lo menos. He leído los teólogos católicos. Hace días que voy preparándome para la confesión; pero recordadme mejor el modo práctico.—

Estaba presente John, y, según costumbre, permaneció en silencio, meditando, escribiendo en su memoria todos los actos de Julia y de Smith, ansioso siempre de hacer algún servicio al venerado maestro, aunque no sabiéndole prestar alguno, si no se lo indicaban. Julia, que muy bien había conocido su intención, procuraba conseguir que sus palabras redundasen en beneficio del uno y del otro. Procuró, pues, compendiar en un breve y lucido catequismo la práctica del Sacramento; tenía el asunto muy presente por haberlo estudiado á fondo para responder á cualquiera pregunta de los protestantes de la familia. Apenas hubo comenzado, una de las

Hermanas anunció que cierta señora forastera pedía entrar para ver á Smith.

—¿Quién es? preguntó el enfermo.

—Dice que se llama mistress Needle.

Julia fué á su encuentro. Habíala sorprendido el temor de que hubiese vuelto con alguna idea atravesada desagradable, y sobre todo importuna en aquellas circunstancias. Todo lo contrario. A la mujer atribulada faltóle ánimo para dejar solo completamente á su hijo, expuesto á los peligros de una función católica, tan peligrosa como ella se figuraba que sería la retractación del protestantismo, hecha por un hombre como Smith, á quien su hijo consideraba como un semi-dios. Arrepintiéndose por una parte de la otorgada venia, y por otra, sin atreverse á revocarla, iba con el fin de atenuar el peligro y contener de algún modo á su primogénito con su presencia. Dijo á Julia que quería contentar á sir Roberto, mostrándose con él tolerante hasta el extremo de asistir á su cambio de religión. Fué introducida. Saludóla el enfermo sonriéndose, y dijo, inclinando la cabeza:—Me consolais de veras; gracias. Ella se detuvo entonces en la alcoba de Smith ó en su antecámara, no hallándose tranquila en ningún sitio: con más

frecuencia estaba cerca del lecho, escuchando las palabras de Julia é infiriendo la impresión que podían causar á su hijo.

Con respecto á la joven, reanudó su catequismo, que interrumpióse pronto de nuevo por la llegada del sacerdote. Este, oyéndola hablar en inglés, y sabedor de que disponía al enfermo para la confesión, la dejó seguir con toda libertad. Retiróse, rogando á Julia que le llamase, no bien estuviera Smith en disposición de confesarse. Iba la joven recordando la celeste institución del Sacramento; y su continuo uso desde los tiempos apostólicos, sin prescindir de que revivía entre los anglicanos y otros en la edad presente. Haciendo ver que recordaba estas cosas en provecho de Smith, realmente proponíase matar dos pájaros de una pedrada, ó sea, esclarecer la mente del enfermo y destruir las preocupaciones, no sólo de John, sino de mistress Needle. Recordando la necesidad del Sacramento como medio de salvación después del pecado, insinuó también diestramente su inefable dulzura y suavidad para el que ansía ser perdonado por Dios con sincero corazón. Tocó las partes esenciales; los modos de confesarse, cómo debía decirse el número de los pecados y las mane-

ras compendiosas ó aproximativas á que debía recurrirse, cuando la memoria faltara. En fin: en pocas palabras guió al convertido como un muchacho, cortés y discretamente sí, pero con franqueza y sin humanos respetos.

Agitaba el pobre viejo la cabeza, en actitud de aprobar y agradecer. John no perdía palabra, con el ánimo profundamente conmovido, más que por lo que decía Julia, por la persuasión quieta y solemne que demostraba su maestro, argumentador antes tan terrible y altivo. No sólo estuvo presente á la ceremonia de la retractación sino que pidió el ritual. Habiéndose ofrecido el sacerdote á recitar la fórmula en nombre del enfermo, á fin de no molestarle demasiado, diciéndole que bastaba su aceptación con las palabras del juramento final:—No, repuso Smith, no quiero. Ansío que mi último aliento se apague pronunciando una vez la verdad entera.... aquella verdad que busqué toda mi vida.... mas la buscaba con soberbia.... fiando sólo en mi lógica.... y la verdad huía delante de mí... Ahora que Dios me la concede, quiero confesarla toda con mis labios.—

Fué, por consiguiente, complacido, aunque procurando el sacerdote algunos mo-

mentos que cobrase bríos con discreta pausa. Es imposible decir el golpe terrible que sufría el corazón de mistress Needle al escuchar aquellas palabras, al ver los mezclados silencios significativos, y sobre todo al descubrir á John en un acto tan repugnante á la creencia que le infundiera. ¡Y no poder hablar la menor cosa! Hubiérase dicho que estaba más próxima que el moribundo á la agonía. Sin comprender el latín de la retractación, adivinaba demasiado algunas frases que se proferían. Miraba entonces el rostro de su hijo, á fin de cojer al vuelo en él cualquiera señal de aprobación ó desaprobación. Vanamente: John era de marmol, se podía esperar ó temer todo de él, pero principalmente lo segundo. Un instante hubo en que no fué posible que se lisonjease ni tuviese gran esperanza; entendió y entendió demasadamente, viéndolo con sus ojos, el mal fruto (así lo creía) del escándalo. Habiendo llegado sir Roberto á las precisas frases con que se rechazan y abjuran todas las herejías en general, añadió algunas en su lengua propia, diciendo con voz clara y conmovida:—De un modo especial, y con plena deliberación del ánimo, convencido por la gracia de Dios, reniego y anatematizo la he-

rejía anglicana, no menos que todos y cada uno de sus treinta y nueve artículos, á excepción de los conformes con la divina Escritura y con las enseñanzas de la Iglesia católica romana.—

Una tan categórica y resuelta condenación debía parecer bastante al fervoroso convertido; pero sacando más brío de la fuerza invicta de su espíritu, añadió.—Reniego también y abomino la biblia de la Iglesia anglicana, por estar incompleta y falseada, como también por haberla prohibido la autoridad eclesiástica de Roma, admitiendo y venerando con todo mi corazón la sagrada Biblia pura y santa de la Iglesia de Jesucristo; la Vulgata entera.—La joven alargó con prontitud este libro al sacerdote, que alargólo al enfermo, quien lo besó en prueba de que lo aceptaba. Entonces acordose sir Roberto de no haber echado aún de sí la biblia anglicana, y dispuso que se arrojase al fuego que allí ardía en la chimenea. Hallola John, y sin vacilar un momento, cumplió el mandato. Faltó poce para que su madre no se desmayara de pena y espanto. Smith terminó su abjuración poniendo la mano sobre la Biblia y pronunciando pausadamente las palabras últimas: “Esta verda-

dera fe católica, fuera de la cual ninguno puede salvarse, y que ahora espontáneamente profeso y creo verdaderamente, prometo y juro retenerla y confesarla toda inviolada, *constantísimamente*, con el auxilio de Dios, hasta el último aliento de mi vida, procurando que mis subordinados y los que dependan de mí la profesen, enseñen y prediquen. ¡Ojalá me ayude Dios y este divino Evangelio!”

Entonces el sacerdote cumplió el rito de la reconciliación, suplicando después al neófito que descansase algo. Julia, en el ínterin, sentada siempre á su lado, le hacía señas con el dedo para que callase, mientras le iba sugiriendo de cuando en cuando en inglés dulces sentimientos de gratitud y júbilo por su ingreso en la Iglesia de Jesucristo; sentimientos que visiblemente descendían por sus oídos á su corazón, puesto que veíase al anciano inclinar la cabeza y medio decir algunas palabras, levantando sus ojos al cielo. Por sí mismo advirtió que ya era tiempo de llamar al confesor. Dejaronle sólo con el ministro de la clemencia. No sabía John aún apartarse, y quedó en pie á la puerta, como de centinela. Durante este tiempo, su madre

no dijo palabra. Sólo cuando vió que las Hermanas disponían la mesa para el sacro Viático, recobróse y dijo á Julia:—¿Qué nueva ceremonia se dispone?

—La santa Comunión, respondió la joven.

—Creía yo, dijo la Needle, que primero los rebautizaban.

—No, señora; la Iglesia católica reputa válido el bautismo de vuestra iglesia, y sólo se puede renovar cuando no consta que se ha recibido el sacramento.

—Sin embargo, pudiera referir los nombres de algunos anglicanos ciertamente bautizados y ciertamente rebautizados.

—Os diré, repuso Julia, que á veces se sabe bien que realizó la ceremonia el ministro anticatólico, pero se ignora de qué manera. Por desdicha, en alguna iglesia protestante va tomando pie aquel abuso de conferir el sacramento con aguas destiladas; en algún lugar, el demonio, (no puede ser nadie más) ha introducido la costumbre de que, para mayor solemnidad, un ministro vierta el agua y pronuncie otras palabras.

Estas frases hicieron mudar de color á mistress Needle.—¿Y qué mal sobrevendría de esto? preguntó ansiosamente.

—Un mal horrible; el niño quedaría privado de la gracia sacramental; sería un verdadero pagano ó un infiel, por no haberle bautizado verdaderamente ni el uno ni el otro ministro.

Interrumpió Julia esta conversación, á fin de aproximarse de nuevo al doliente, que debía disponerse á la Eucaristía. El sacerdote hubiera querido dejar para después este Sacramento, para no molestar con impresiones continuas al pobre viejo, ya demasadamente fatigado. Mas éste, brillando con inefable alegría por la sacramental absolución, protestaba que, lejos de cansarse, sentíase más bien rejuvenecer, y suplicaba que le confirieran el último sello de su reconciliación con la Iglesia y que le proporcionarán su mayor consuelo:—¿Quién sabe, decía él, lo que puede suceder más tarde! Ahora me siento tranquilo en mi fe y en mi conciencia: no perdamos tiempo.—Fué preciso condescender. Volviéndose á John, que estaba cerca, en el borde opuesto de la cama:—Amigo, díjole, si no teneis valor para caer de rodillas ante el Cuerpo, la Sangre, el Alma y la Divinidad de Jesucristo, presente en realidad en la Sagrada Eucaristía, podeis re-

tiraros á otra estancia. A mi alrededor, en estos instantes, sólo debe reinar la fe.

—Mas vos, ¿teneis fe, respondió John, en la presencia de Cristo en el sacramento?

—Estudiada la cosa años y años, digo que no hay verdad expresada más claramente en las divinas Escrituras. Creo en la presencia de Cristo en la Eucaristía, como estais vos aquí.

—Nuestro *Prayer-book* sobre este particular no está claro, dijo John, porque

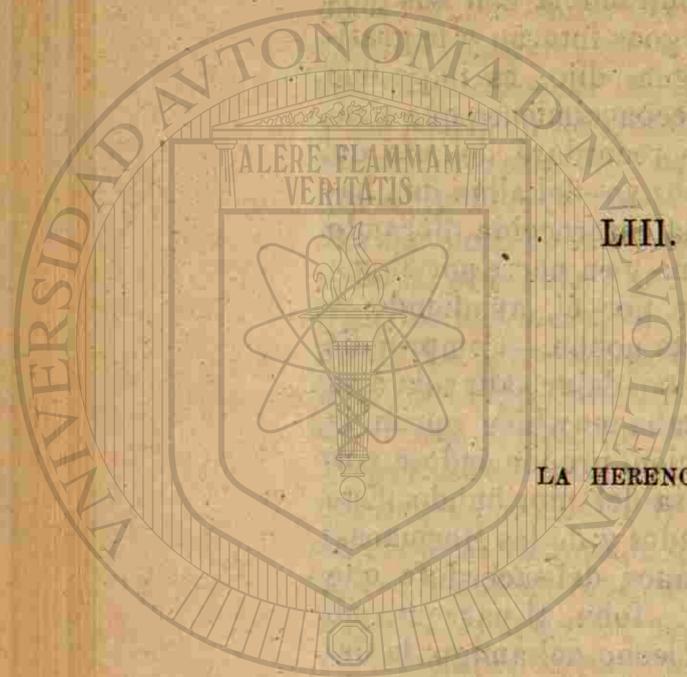
—Porque se contradice: mejor es así: si no, seríamos. . . . esto es, seríamos todos idólatras.—

Estas palabras parecieron á John un enigma; no supo comprender que, no siendo sacerdotes los ministros anglicanos, la santa Cena es una fantasmagoría, y la Eucaristía por ellos manipulada un pedazo de pan que adorarse no puede sin idolatría. Empero no se atrevió á decir más. Hizo pasar á Julia, la cual, en un libro devoto que había enviado á buscar á su casa, fué leyendo las oraciones más dulces que conocía, con las cuales el enfermo, acompañándolas de corazón, dispúsose para la suprema felicidad del cristiano sobre la tierra. Llegado el fin de un largo y devoto acto de fe, advirtió la joven que una lágrima bañá-

ba las pupilas del viejo, y se detuvo un instante. Sir Roberto la dijo.—Repetidme la oración, que al alma me llega.—A poco se oía el ruido de la pequeña campana en la calle y por la escalera. Conducíase de la parroquia el sagrado Viático con pompa solemne, llenándose la casa de clérigos y cofrades con hachas encendidas. A poco, el sacerdote rogaba, según el rito, por la paz de todos los de allí. Mistress Needle retiróse algo y se puso detrás de las cortinas al pie del lecho, sin dar muestras de fe ni de infidelidad; respetaba por máxima las ceremonias de todas las iglesias. El moribundo, en presencia del sacrosanto Misterio, hízose levantar sobre las almohadas, descubrióse, y con voz cansada, sí, pero muy resuelta, hizo un acto ardiente de fe, que llenó de lágrimas y de sollozos á los circunstantes. Miró la Needle, viendo á la luz de las hachas el rostro del moribundo compuesto y radiante de alegría profunda. John cayó de rodillas, inclinándose con viva demostración de piedad, lo cual sirvió para que fuese más irremediable la herida del corazón de la madre:—¡No me ha servido! decía gimiendo y consternada; ni aun mi presencia lo puede contener. . . . ¡Es papista!

Terminada la función, y restablecido el silencio en la casa, Julia reanudó cerca del neófito su ministerio angelical, inspirándole tranquilamente acciones de gracia, así como actos de plena resignación y del sacrificio de la vida. Absorto el enfermo en la oración, parecía recibir aquellos sentimientos con faz serena y gozosa. Por fin, siempre señor de sí y altivo regulador de sus actos, dijo á Julia que cesase é hiciese ir á mistress Needle. ¡Pobre señora! Hallábase sentada sobre un sofá en la antecámara, consumiéndose de afán y esperando el fin para llevarse á su hijo. Presentóse temblando en aquella semi-obscuridad de la alcoba del enfermo, el cual, con la sutil voz que le quedaba (en su virtud entendió ella que debía acercar el oído á los labios del enfermo), dijo:—Demasiado habeis hecho para honrar hasta el fin la amistad. Sois madre, retiraos ahora libremente. . . . Si alguno de vuestros hijos quisiese un día imitarme, guardaos de oponeros. . . . que la ira de Dios os castigue. Extendióle la mano, que apretó mistress Needle, inclinando la cabeza y diciendo:—Adios sir Roberto Smith,—Adios.—Y retiróse como si hubiese oído su sentencia.

Se despidió también Julia en presencia de su señora. El moribundo quiso que le diese la mano, y mirándola con sus ojos reanimados por el goce interno y la gratitud:—Piadosa virgen, dijo, es imposible expresar todo el reconocimiento que siento por vos. . . . Os recordaré delante del Señor. . . . Acordaos vos del alma que habeis salvado.—Julia enternecida, llorando en parte por la pena y en parte por el gozo, prometió rogar por él, añadiendo:—Os veré otra vez esta noche.—Comprendió la conveniencia de no dejar salir sola á su señora, que imaginaba muy bien oprimida por la nueva aflicción, proponiéndose volver más tarde á casa del moribundo. Este (además de sus criados y de las Hermanas) continuaba en manos del sacerdote, que no cesó de asistirle. John, al parecer, no sabía separarse del lecho del amigo: le dejaron.



LIII.

LA HERENCIA.

En la calle, mistress Needle habló poco, y nada en su casa. Cerróse incontinenti en su cuarto. Persegújala la imagen dolorosa de John, de rodillas, adorando la Eucaristía.—¿De qué sirve luchar de nuevo? decía ella; no hay escape y es preciso beber de este cáliz. Las ideas de sir Roberto se le han metido en la mente; lo he leído con mis ojos en sus pupilas; y con

mis ojos lo acabo de ver Esta retractación inexplicable, increíble, absurda, lo concluye de precipitar. ¿Qué le queda ya por hacer, habiendo doblado la rodilla ante la Eucaristía en mano del sacerdote papista? ¿Qué puedo yo? ¿Alejarlo de mí? Ni pensarlo, ahora que está en vísperas de su mayor edad. ¿Cerrarle la boca? ¿Cómo, si no hace caso de lo que le digo? Sólo me queda sufrir; sufrir y callar.—No advertía mistress Needle que en esta resolución de paciente silencio, sin darse cuenta de la cosa, entraba también la terrible amenaza del moribundo: “Guardaos de oponeros; que la ira de Dios no os castigue.”

Otro molestísimo pensamiento contribuía mucho á desalentarla: el peculio que sir Roberto había prometido á Julia. Pensaba:—¡Y si fuese una suma considerable! Según él, es una bicoca, más todo es relativo; no me maravillaría de que la bicoca fuese la bella suma de cuatro ó cinco mil esterlinas. ¿Quién sabe lo que á Julia se le ocurrirá no bien cobre la cantidad! ¿Y si le diese la ocurrencia de volver á Nápoles? No será: no nos pongamos la venda antes del descalabro. Además, ¿quién sabe? no todo el mal viene pa-

ra dañar; acaso saliendo ella saldría el papismo de mi casa: John, solo, en Parque Verde, sería sin duda más tratable.....

Pero no, ¡soy á veces cruel é injusta! deploro el bien ajeno y calumnio á Julia.—Procurando con el mayor ahinco conjeturar el efecto que produciría en la italiana una suma considerable caída en su mano, no sabía resolverse á creer que la joven amorosa pudiese abandonar á la familia Needle. Igualmente, sacando bien sus cuentas, no descubriría pretexto para inculparla por haber promovido debates sobre materias religiosas.—John y yo, añadía, somos los verdaderos culpables; él con demasiada frecuencia le daba motivo, poníase á sofisticar, suscitaba disputas, y cogía las ocasiones por los cabellos..... yo le daba la razón..... ¡Demasiado! Ella tiene una palabra que enamora. ¿Qué culpa tiene la gata si es loca la criada? Por lo demás, ¿puedo negar lo que veo con mis ojos á todas las horas del día, esto es, que quiere mucho á mis hijas y las trata con ternura de ángel.....? Voy á saber cómo les ha presentado la abjuración de sir Roberto.—

Con este nuevo pensamiento se libró de sus cavilaciones, corriendo á buscar á sus

niñas. Entreteníase Julia con ellas en el estudio, procurando recobrar el tiempo perdido por la mañana. Habiendo llamado la madre á la más pequeña, comenzó, sin descubrirse, á indagar lo que quería. Tardó poco en reconocer que ignoraba la niña completamente la escena de casa de Smith, porque Julia no había dicho nada. En su virtud, se acusó y reprendióse á sí misma por su mal humor incipiente contra la joven. En esto entraba John precipitadamente con un pliego bastante voluminoso y sellado, dirigido á ella.—¿Qué me traes? preguntó la madre.

—Os lo manda sir Roberto, dijo John alargándolo.

—¿Qué contiene?

—Lo ignoro. Solamente sé que sir Roberto hizo que salieran todos de su habitación antes de hacérmelo tomar, queriendo que lo escondiera cuidadosamente debajo del capote; dos veces me repitió: “En poder de vuestra madre; no lo dejéis, no, en su escritorio, sino en sus manos.”

—Veré de qué se trata, respondió la madre con artificiosa indiferencia.

—Ahora vuelvo á su casa: ¿qué le diré?

—Dile que será completamente obedecido; es un deber sacrosanto.—

Parecíale á John extraño que ignorara su madre el contenido del pliego, y al propio tiempo prometiera cumplir la comisión. Sin embargo, queriendo sobre todo ver nuevamente al moribundo, tomó el sombrero y se fué. Habiendo mistress Needle vuelto á enviar á Clemencia al estudio, rompió los sellos con ansiedad suma, contando los valores; halló ciento diez mil libras nominales en billetes italianos y de otros países.—Con esta herencia, mi Julia sale de sus estrecheces..... recobra lo perdido, y se vuelve, si no rica, poco menos. ¿Puedo aguardar que quiera seguir comiendo pan en casa no propia? ¿Que no recuerde que á cada pájaro le pareciese su nido hermoso.....? ¡Este bienaventurado sir Roberto, vivo y difunto, ha de ser mi ruina!—Olvidándose de todos los juicios confirmados poco antes en favor de la querida Julia, volvió á confundirse por mil castillos en el aire, y á batallar en un laberinto de designios, dudas y arrepentimientos sin fin ni salida.

Resolvió, respecto de su hijo, no resentirse con él por lo de la retractación.—¿De

qué aprovecharía estar diariamente abrumándolo con reproches? La curación, si es posible, la intentaré yo en Parque Verde con el auxilio del cura (tenía mistress Needle al reverendo Star por un ministro eminente): si es necesario, tendré de mi parte algún doctor con borlas.—John no compareció en todo el día: sólo después de comer, cuando Julia pensaba en dar las buenas noches al enfermo, oyerónse los pasos presurosos de aquel.

—¿Cómo está? le preguntaron á una voz la madre y Julia.

—Ha espirado.

—¡Oh! dijo Julia, y dejóse caer sobre un sofá temblando, vencida por la ternura.—

John refirió con todos sus pormenores los últimos instantes del difunto, que nada tenía de nuevo y extraordinario. Una crisis violenta se había manifestado á eso de las cinco: le pregunté si estaba contento de su determinación.—Contentísimo, me respondió; sólo me arrepiento de no haberla tomado en mi juventud.—Faltóle la voz. El sacerdote se apresuró á ungrle con los Santos Oleos; le recitó en un libro largas oraciones, que iba mezclando con algunas palabras en el oído, y con bendiciones en

forma de cruz. Smith bajaba los ojos aceptándolo todo. Dábale también á besar las manos, los pies y el pecho de un Crucifijo; como también á veces la imagen de la Virgen bendita

—¿Y besaba el enfermo?

—Siempre, una vez ó dos.

—Y tú ¿qué hacías?

—Limpiábale la frente sudada, como lo hacían las religiosas. Algunas veces me daba las gracias mirándome. Al fin el sacerdote le recordó las palabras de Jesucristo en la Cruz, diciendo en latín: *In manus tuas commendo spiritum meum*; levantó una vez más los ojos al cielo, y cerrándose sus párpados, dió las últimas boqueadas: todo estaba concluido.

Levantóse Julia, y corrió á su cuarto. Creyeron que se ponía mala. Siguióla mistress Needle; y las hijas detrás. Vieron á la joven de rodillas ante el Crucifijo y se retiraron. A la señora, empero le tardaba cumplir el encargo del difunto. Palpitante, pues, por la expectación, no sabía si tener ó concebir esperanzas, apresuróse á entrar en el cuarto de la napolitana con el rico legado. Continuaba Julia de rodillas.—Julia mía, dijo la Needle; te anuncio una noticia muy alegre.

Julia la detuvo con una señal de su mano suplicante, y dijo:—Un momento.—Añadió al terminar su plegaria:—Perdonad señora: no quería interrumpir ciertas oraciones á las cuales corre unida la indulgencia, que confío proporcionará gran socorro al alma del difunto, si aun necesita de auxilio. Es inútil que os explique yo esto. Vamos, decidme la noticia muy alegre.

—¿No serás mala si te lo participo todo de golpe.? He aquí lo que te deja el pobre difunto: siete ú ocho mil libras de renta.

Atónita Julia y dudando, abrió un poco el pliego, y mirando los títulos exclamó:—¿Qué es esto? ¿Qué tenía yo que ver con Smith? ¿Se abrió el testamento ya?

—Es cosa, respondió la Needle, que ha pasado entre yo y él á solas: nada tiene que ver con el testamento, ni hay un solo papel escrito, ni siquiera un recibí.

—No alcanzo ni comprendo nada. ¿Qué misterio hay aquí? Os daría el difunto seguramente alguna explicación. . . .

—Ninguna explicación; sólo me dijo que tenía contigo grandes obligaciones. . . .

—Pero. ¿qué obligaciones? Hé-le hablado rarísimas veces, y escrito al-

gunas cartas: después no lo ví hasta esta mañana.

—¿Qué quieres que te diga? Sé que hizo gran caso de lo que le hablaste y escribiste, queriendo mostrarse reconocido con este peculio tan fácil de manejar. Vamos: ¿de qué sirve hacer calendarios? Siempre fué un hombre singular, pero al fin ha obrado magníficamente, y me felicito.

—Haga Dios á su alma, dijo Julia, tanto bien como me hace á mí, pobre y necesitada. Mas, por merced, ¿no habeis contribuido también vos con alguna sugestión amorosa? Decidme la verdad sin escrúpulos de modestia.

Aunque á mistress Needle se le presentaba una gran coyuntura para hacer méritos, su virtuoso espíritu era hostil á la mentira, y respondió francamente:—Sólo á él debes estar reconocida: fué un movimiento de todo punto espontáneo, sin haberle yo dicho palabra ni media. Por el contrario, para decirlo todo, no dejó de inspirarme algún recelo.

¿Recelo? ¿Cuál?

—¿Qué sé yo.....!

—Hablad, hablad: entre vos y yo todo debe ser muy limpio como el aire: ¿qué recelo?

Buscaba mistress Needle las frases para expresar cortesmente su sospecha de ser abandonada, y no hallando algunas más á propósito, dijo:—Surgió en mi mente la duda de si con este legado cuantioso podrían nacerte alas y . .

Comprendió la joven al vuelo el temor de la señora, y levantándose con ímpetu, echando los brazos á su cuello:— ¡Ah madre mía, exclamó; me lastimais en lo más vivo del corazón! ¿Creis, por tanto, que mi gratitud depende sólo de la necesidad? Me recogísteis poco menos que en la calle, y me llamásteis amiga é hija ¿os dejaría y dejaría á vuestras angelitas para gozar lejos de vos algunos miles de libras? Las consigo desde ahora en vuestras manos, sin contar siquiera los títulos: vos las administrareis, por gran merced, con vuestros bienes; con las rentas ayudaré á mi familia.

Mistress Needle, confusa y contenta, respondió á Julia con las más tiernas demostraciones de amor que pudo; pero sentía repugnancia grande á tomar el pliego nuevamente, y quería que Julia pensara más en el asunto.

La doncella:—No, no; lo he pensado bastante: no existe otro partido posible.

—Y puso en sus manos los títulos, sin quererlos examinar ni desenvolver.

Dos semanas después, mistress Needle hizo hallar á Julia sobre su escritorio una obligación en forma del capital que le había confiado, con la promesa de dar á la joven las rentas cada semestre, según se cobrara en Londres. Esto sucedía después del retorno á Parque Verde. La fama del cambio de fortuna de la joven no quedó de tal manera entre la señora y el procurador, que no lo traslucieran algo todos los demás del castillo.

En su virtud, aumentóse no poco el buen nombre de la joven, que se convertía más que nunca en amiga de mistress Needle. Hubo quien volvió á recordar su noble nacimiento. En cuanto á ella, no dijo á nadie palabra de su estado presente ni del anterior. Sólo escribiendo á su padre, le aseguró que podía contar con dobles auxilios, exhortándolo además á fin de que colocara en colegios excelentes á sus hijos, *hermanastros* de ella, ofreciendo pagar la pensión. Figuróse el padre que le daría mucho más la inglesa: pero no preguntó nada, considerando que por su mérito lo habría conseguido.

Otro regalo había recibido Julia, col-

mándole de alegría desmesurada. John, al día siguiente de fallecer Smith, la dijo en secreto:—Mientras el moribundo pronunciaba la profesión de fe, le acompañaba con el corazón....

—¿Todos los artículos? preguntó Julia.

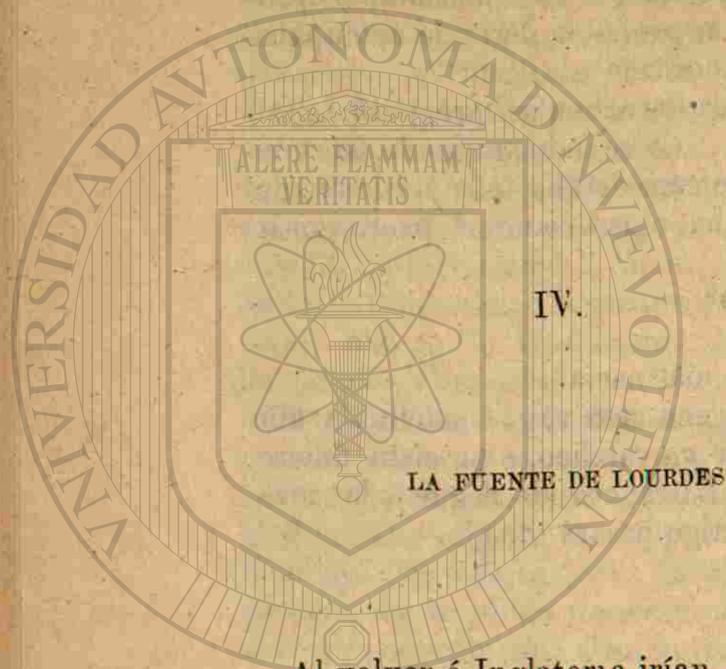
—Casi.... Y cuando muriendo, me confesó que se consideraba feliz por la retractación hecha, moría en mí el protestantismo....

—¿Todo?

—Todo.

—¿Algo más nacía?

—Sí, alguna cosa vaga é indefinida; aún no sé si soy ya católico, ó puseísta únicamente.... Basta; cuando llegue á la mayor edad, algo pasará de fijo.—



Al volver á Inglaterra irían por Niza, Marsella y Calais, no habiendo la señora podido resignarse á pasar de nuevo la galería del *Mont Cenis*. Cada uno de los viajeros tomaba su especial fisonomía, según sus propios pensamientos y designios. Las niñas, levantadas de cascos, sólo pensaban en los placeres de Parque Verde; en los campos verdes de trigo en yerba, en las calles de árboles umbrosos, en los prados

llenos de flores, y en los jardines exuberantes por la primavera de Northumberland. Acariciaba su maestra tales inocentes esperanzas, pareciendo libre de cualquier otro afán ó idea. Mistress Needle, con la frente nublada por las cosas pasadas, y sobre todo por los tristes presentimientos del porvenir, procuraba mostrarse tranquila. Con el espíritu no viajaba, sino que había llegado á Parque Verde, poniendo en orden cien cosas que allí reclamaban su presencia y su mano como potente patrona de la parroquia. John no parecía más abstraído y distraído á su vuelta de Italia de lo que lo pareció cuando fué por la vez primera. Con todo, imaginaba Julia descubrir en él algo más reposado, si no más sereno, lo cual atribuía sin vacilar á las circunstancias de haber el joven decidido casi pasarse á la Iglesia católica.

Su madre, no queriendo dar fe á tan angustioso misterio, lo estudiaba continuamente cuando lo veía delante de ella, tumbado, con los ojos fijos en un libro, y con la mano en la frente, en actitud meditabunda. Veíale con frecuencia echar mano del mapa de la guía y hacer con él grandes cálculos. Un día, mientras volaban á Mar-

sella desde Niza, le preguntó:—¡Oh! ¿En qué estás pensando sobre tu mapa?

—Estudio los ferrocarriles del Mediodía.

—¿Por qué? ¿Algo te preocupa en el Mediodía?

—Sí. Pienso que haríamos mucho mejor si, en vez de marchar de nuevo por el camino andado, hiciéramos un recodo sobre Tolosa y Burdeos: son grandes ciudades que merecen un día cada una: gozaríase más la primavera, siendo más poético el viaje.

La madre, con el intento de dominarlo después, ansiaba tomar nuevamente amorosa posesión del ánimo de su primogénito, y respondió incontinenti:—Si te place á tí, me place á mí; aún estamos á tiempo.

Añadió John, aprovechándose del buen principio:—Llegados á Tolosa, en vez de irnos directamente á Burdeos, podríamos volvernos un poco á la izquierda y recorrer las llanuras de la Gascuña, después de dar un vistazo á las más hermosas vistas de los Pirineos.

La madre no se opuso, y dijo:—¿Hay camino de hierro?

—Vedle, respondió John mostrando el mapa.

—Obra tú, dijo ella, tienes edad para

saber dirigir una expedición corta ó larga. Da orden á nuestro aposentador, y acuérdate de tener informado al cajero de Londres.

Mostrándose John alegre de tal condescendencia, en la primera estación habló al dependiente delante de su madre, que mostraba su aprobación, sin sospechar la estratagema de su hijo. Dispuso que se detendrían en Tarbes; allí, una vez en la fonda, dijo el joven:—Pues queremos tener una idea de los Pirineos, ¿por qué no llegar hasta Lourdes? Es la entrada verdadera de los Pirineos: cinco valles desembocan allá y conducen á los baños más famosos de Francia; Cauterez, Aguas-buenas, Barèges, Bagnères-de-Bigorre y Biarritz.

Mistress Needle no aguardaba esta erudición, y mucho menos la emboscada, por decirlo así, en que había caído. Respondió con una escapatoria:—Muy bien, John; aprovecha mucho estudiando las guías.

—Pero vos, ¿qué decís?—

Apremiada la pobre madre, y no queriendo comprometer la poca benevolencia que había logrado, no se atrevió á resistir eficazmente, pero dijo:—Si en cada niño de golondrinas que hallemos en el

camino nos paramos un día, llegaremos á Parque Verde, á medio estío.

John, jugó entonces con cartas descubiertas:—¿No sabéis que hay allí un santuario famosísimo de los católicos? Pasar á dos pasos de Lourdes y no poder decir “lo he visto” sería una vergüenza. Es cosa de venticuatro horas.

—Bien, dijo la madre; si tus hermanas están contentas de pararse un día, por mí no me opongo. Has lo que quieras: deseo contentarte; tú me contentarás á su tiempo.

Como es fácil de inferir, Clara y Clemencia no podían desear cosa mejor que detenerse un poco, salir del coche y andar mucho: con sus vocesitas amorosas confirmaron la idea de su hermano y decidieron á su mamá. John se informó en la fonda, disponiendo que irían á la mañana siguiente. De Tarbes á Lourdes había veinticuatro *kilometros* en camino de hierro. De Lourdes al santuario sólo un paseo que podían hacer á pié, bajo un cielo de primavera que resplandecía bellísimo. Pasarían allí la mañana satisfaciendo todas sus curiosidades, yendo á dormir á Tarbes, para volar con el primer tren á París al día siguiente. Julia en toda esta negociación del

joven no dijo palabra, pero su corazón llenábase de júbilo y de vivísima esperanza.

Al desmontar en la estación de Lourdes, tomó á las niñas y fué delante. Dió John el brazo á su madre, y para decirla cosas agradables iba persuadiéndola de que no había iniciado el viaje con el propósito de hacer una peregrinación, sino por el gusto de dar una carrera de placer hacia los Pirineos. En esto no mentía, si bien tenía más despierto que nunca el intento religioso. Había preparado y movido toda la máquina por un vago sentimiento de incredulidad, relativamente á los prodigios cuya fama llena todo el mundo. Quería él asegurarse con sus ojos del concurso de los peregrinos á Nuestra Señora de Lourdes, ver en el pueblo una señal evidente de fanatismo, y confirmarse así en su rara devoción á la Virgen: devoción bíblica en su juicio, pero que debíase ceñir todo lo posible. Mientras por una parte se había rendido á Julia y á la razón, calificando de tolerable y legítima la piedad con respecto á la Madre de Jesucristo, por otra mantenía su firme propósito de asignarle límites estrechos, que juzgaba necesarios, á fin de contener la preponderante superstición católica. En la noche anterior no había

tenido dificultad en poner de manifiesto su devoción filosóficamente moderada, que concediendo á la Virgen algunas Ave Marías, y á duras penas el Rosario, según la costumbre de algunos protestantes ritualistas, se revolvía contra el ansia de recurrir ciegamente á su protección, y sobre todo contra la ciega credulidad del pueblo católico en acoger la multitud de milagros que procedían de Lourdes y de su fuente.

Habíase Julia limitado á responder que ningún milagro de los miles acaecidos en Lourdes y en toda la superficie de la tierra merced al agua milagrosa, era objeto de fe, propiamente dicha, dejándose que cada fiel los creyera ó dejase de creer con libertad, según su propia discreción ó locura.—Digo locura, añadió la joven, á fin de hablar con templanza: debería decir temeridad. Cuando uno niega lo que millones de testigos honrados confiesan haber visto con sus ojos, es más temerario que demente. A vos, señor John, os libra de una y otra tacha el hecho de no ser católico. A un católico le diría yo francamente: —Cometeis los pecados de temeridad é irreli-gión, ya que acusais de ignorancia ó de fraude á todos los tribunales eclesiásticos, que examinaron con rigor infinito mu-

chos de los sucesos prodigiosos, aprobándolos por creerlo un deber de conciencia.—Sonrióse John por la delicada conciencia de Julia, y no dijo más.

Tal había sido el prólogo de la peregrinación incrédula y curiosa. La pequeña ciudad de Lourdes, al primer aspecto, hablabadel vecino santuario admirablemente. Presentábase la cerca antigua muy limitada, engrandecida nuevamente con hermosas habitaciones; á cada paso descubriáanse las señales de una fonda, y no bastando éstas, la mayor parte de los habitantes habían destinado algunos cuartos para recibir á los peregrinos. Sobre las esquinas de una calle principal leíase; *Rue de la Grotte*, flanqueándola por una y otro lado espléndidos almacenes de objetos devotos, medallas, estatuas, imágenes, fotografías y relaciones impresas, en servicio de los que los compran al dirigirse al santuario. Mistress Needle y sus hijas deteníanse con curiosidad suma con el fin de ver aquellos rosarios colosales, de cuatro metros ó cinco, con grandes cuentas de madera labrada, que algunos peregrinos se ciñen al cuello y en todo su cuerpo.

Para encontrar el camino del templo milagroso no había precisión de pedir da-

tos á nadie, bastando seguir la corriente de los forasteros, que desde la estación atravesaban la ciudad, metiéndose por la puerta occidental. Allí la muy atrevida aguja del campanario, como el faro de los navegantes, preséntase cerca, levantando al cielo la cruz de Jesucristo, ceñida con una diadema dorada, que los fieles impulsieron al santuario de la Virgen sin mancilla. Descendíase por una calle tan ancha como poética, y se pasaba el riachuelo Gave tan pobre de agua como rico por su fama religiosa, atravesándose verdes bosquecillos y fresquísimos prados, descubriéndose una calle de árboles que derechamente desemboca en la gradería del templo. La subió John felicísimo por el éxito alegre de su engaño, y sus hermanas regocijaronse por demás al ver las nuevas hermosísimas escenas que les presentaban el arte y la naturaleza. No pasaba un momento sin que mostrasen la una ó la otra, á su hermano y á su madre, los variados paisajes que de cerca ó de lejos herían su fantasía.

Todo lo contrario Julia: ensimismada y pensativa subió lentamente sin decir palabra, meditando consigo propia la manera de gozar la buena ventura que le había

caído del cielo. Junto á la puerta de la iglesia encontró á un sacerdote, cuyo hábito le dijo era uno de los misioneros que vivían en aquel santuario. Acercósele, y le manifestó en dos palabras que proponíase hacer sus devociones expeditamente, si era posible, porque no siendo católica la familia con la cual venía, faltaríale paciencia para esperar mucho. El sacerdote se volvió, se puso en un confesonario, y oyó á Julia, que muy pronto estuvo confesada, con gran asombro de la familia, que cerca la esperó, y que por ningún concepto aguardaba este acto de religión. La joven dijo á la señora:—Os suplico que me dejeis orar un poco en este templo, mientras os entreteneis gozando las hermosas vistas del contorno. Dentro de una hora precisa (miró el reloj), os aguardaré á la puerta misma de la iglesia; por añadidura, irá conmigo este sacerdote, que se ha brindado á servirnos de *cicerone*.

Gustó extraordinariamente á la Needle la propuesta, y más aún á su hijo, que ya no sentía por los sacerdotes católicos la gran aversión de antes, y que ansiaba grandemente conocer las cosas secretas del sitio. No pudo alejarse de su iglesia. Todos querían ver á miss Julia en la santa Cena,

como decían; dando vueltas por las diversas partes de la basílica, no le quitaban el ojo de encima un instante. Sus discípulas, si á cada momento no las hubiese contenido su madre, se hubieran arrodillado cerca de la napolitana, como muchas veces lo habían hecho en Italia, acompañándola á ganar las indulgencias. Después que hubo recibido Julia la inefable Eucaristía, retirándose á un rincón desde el comulgatorio, Clara preguntó á su madre:—¿Podemos ir con ella?

—Sí, respondió la Needle; pero con el pacto expreso de que no os dejareis tentar por el demonio, idolatrando á la bendita Virgen. . . . es una simple criatura como nosotros, y además, como sabeis, no está entre estas paredes, sino en el cielo.

Clara y Clemencia fueron alegremente á postrarse de rodillas, una á la derecha y otra á la izquierda de la joven; unieron sus manos, volviéndose con frecuencia para mirar á Julia. Es más fácil imaginar que referir qué plegarias tiernas y ardientes ascendían del corazón de la maestra, con el fin de atraer las miradas benéficas de la Reina del cielo sobre aquellas dos cabezas rubias é inocentes y sobre su madre. Rogaba ella sumamente recogida y llena

de confianza, mirando alguna vez el reloj, que rápidamente le robaba la escasa hora concedida á su devoción. Limpiábase también de vez en cuando una lagrimita que asomaba á sus párpados, y limpiábala con desenvoltura, sin observar que en un banco, detrás de sus espaldas, habían caído también de rodillas John y su madre. No rogaban, ciertamente, con el fervor de Julia, pero estaban ya convencidos, por las razones incontrastables aducidas, de que no era pecado ni idolatría obsequiar á la Madre de Dios. La una y el otro estudiaban atentamente á la joven; cuando ella se levantó, dijo la señora:—¡Oh! ¿Lloras?

—No, no, repuso Julia; estoy, por el contrario, más contenta que unas pascuas.

—Y salió con ellas del templo.

—¿Dónde está el *cicerone*? preguntaba John impaciente.

Mistress Needle, un poco recelosa, con intención no pura, repuso.—No tengo prisa de que venga: ¿quién sabe qué lluvia de milagros nos hará caer encima?

—Tengo paraguas, dijo John, contra tales aguaceros; una risa bajo los bigotes sin ser descortés, y nada más.

Este mal humor protestante hirió el co-

razón de Julia; pero tranquilizóse pensando que había informado al sacerdote de qué género eran los peregrinos con los cuales debía tratar. Habíalos recomendado como protestantes de buena fe, no despreciadores de la piedad católica, pero muy desconfiados relativamente á los hechos sobrenaturales; esto precisamente había hecho entrar al misionero en ganas de ofrecer caritativamente sus servicios. Después que diéronle gracias cortésmente, hicieron entrar pronto en la iglesia de nuevo, comenzando por mostrarles lo vasto del edificio consagrado poco antes, el dibujo correcto, la abundancia de mármoles, el esplendor de los adornos y el gran número de altares, que apenas bastan en los días de las grandes peregrinaciones, para los trescientos ó cuatrocientos sacerdotes que allí ofrecen el sacrificio santo: todo esto, nacido en pocos años sobre un suelo árido y desierto, como por el toque de una varilla mágica.

—Ahora, dijo después el misionero, vamos á ver la fuente de todas estas maravillas.

Hízoles descender por la magnífica escalinata delante de la puerta mayor, y torciendo por la izquierda, entrar en la ca-

lle de árboles que pasa al pie de los fundamentos de la escala, á lo largo de las rocas de Massabielle, sobre las cuales se apoyan los cimientos de la basílica. Después de pocos pasos, el camino desemboca en una explanada ó valle cubierto con una verde alfombra, flanqueado á la derecha, por colinas amenas, debajo de las cuales murmura humildemente el Gave, de fresquísima plata.

—Ved aquí, dijo el sacerdote, indicando un sitio de la derecha, ved aquí la gruta de la aparición.—Julia entró en ella sin oír más, cayendo de rodillas, rogando con las manos juntas, con el velo echado: la señora y sus hijos se detuvieron á considerar aquel tosco flanco de montañas, de piedra pardusca, cortada casi á pico, adornada de un modo selvático por céspedes aéreos nacidos sobre las grutas, por guirnaldas de yedra y por otras plantas acariciadas por los vientos. A sus pies abríase la gruta, no profunda ni melancólica, porque ahonda solamente ocho metros, y recibe la luz del día por abertura de cinco metros de alto y doce de ancho.

Entraron allí en actitud respetuosa, y vieron á su derecha, á la altura de un hom-

bre, un nicho socavado en la roca, sobre cuya base germina un rosal silvestre: dentro del nicho aparecía radiante de candor una imagen de María Inmaculada.—Aquel es el lugar preciso, decía el misionero, de la aparición; allí compareció la Virgen, descansando su pie sobre las hojas del rosal, y desde allí se entretuvo con la pastorcita electa para sus favores. Está representada sobre el marmol con la propia actitud que tuvo durante la visión.—John se había parado en el umbral, sombrero en mano, sin dar señales de su incredulidad filosófica, y preguntó:—¿Nadie vió nunca la visión fuera de la pastorcilla?

—Sí y no, respondió el guía; la joven arrodillábase allí donde vos, señor, teneis los pies (John, como por instinto, se apartó un poco), y en tanto era favorecida con el celeste coloquio, la multitud la circundaba observando la trasfiguración de su semblante, sin oír, empero, palabra, ni ver rastro de la visión.

—¿Luego, dijo John, toda la certeza del acontecimiento descansa en la mutación del color de una niña y en su palabra? ¿No pudo sufrir alucinación?

—Demasiado me preguntais, contestó el ministro de Dios; os daré un librito en el

cual vereis con facilidad la serie de pruebas indubitables del suceso: mas ved cómo aquí habla á vista de todos una compendiosa.

—¿Cuál?

—Este arroyuelo de agua purísima que ha dado la salud á mil enfermos, y que brotó bajo la mano de la niña, la cual, en el acto del éxtasis, por orden de la Virgen, lo sacó de la tierra. . . .

—¿Y no había fuente antes?

—No hay pastor ni campesino del lugar que desconozca la gruta é ignore que nunca habíase visto aquí rastro de agua: además, tratándose de una fuente tan copiosa, hubiera sido un milagro maravillosísimo que ningunola conociese. Tan verdad es, que habiéndose difundido la fama de la fuente por el contorno, los pueblos no dejaron de visitarla.

—Al fin de cuentas, ¿quién ha visto salir la fuente?

Multitud de personas; una muchedumbre inmensa de curiosos que habían acompañado á la muchacha, y que puesto el sol la vieron, arrebatada en el éxtasis de costumbre, irse del lugar donde contemplando estaba el rostro de María, y dirigirse siguiendo de rodillas al ángulo aquel de la

gruta, y bajarse, y, siempre mirando la visión, como aceptando sus indicaciones, sacar tierra con los dedos y llenarse de agua la cavidad y beber ella de aquel manantial, primero fangoso, que poco después comenzó á convertirse en una fuente pequeña. Salida la muchacha del éxtasis, examinaron los curiosos el surtidor milagroso, y á medida que más agua extraían, vieron que salía más; al día siguiente, el chorro tenía el espesor de un dedo; á los pocos días corrió la vena inagotable que veís, que da casi cien litros por minuto.

Miró John aquel limpidísimo cristal que veía brotar gallardo y correr con vivaz ruido, cual si su murmullo reprochase su infidelidad; sintió conmovido su espíritu como en la presencia de un sér sobrenatural; demudóse su semblante, se puso pálido y se apoyó en la pared. El sacerdote, que le vió vacilar, lo sostuvo é hizo que se sentase; la madre roció su semblante con agua de la fuente.

LV.

APARICIONES Y REVELACIONES.

John no había perdido el uso de los sentidos, ni quedado propiamente desvanecido. Recobró pronto sus fuerzas, y temiendo que su momentánea debilidad se atribuyese á una impresión religiosa, simuló un atrevimiento que no tenía:

—Ha sido, exclamó, un calofrío.

Repuso su madre:—Confiesa que tienes necesidad de comer: ¿quieres que volvamos incontinenti á Lourdes?

gruta, y bajarse, y, siempre mirando la visión, como aceptando sus indicaciones, sacar tierra con los dedos y llenarse de agua la cavidad y beber ella de aquel manantial, primero fangoso, que poco después comenzó á convertirse en una fuente pequeña. Salida la muchacha del éxtasis, examinaron los curiosos el surtidor milagroso, y á medida que más agua extraían, vieron que salía más; al día siguiente, el chorro tenía el espesor de un dedo; á los pocos días corrió la vena inagotable que veís, que da casi cien litros por minuto.

Miró John aquel limpidísimo cristal que veía brotar gallardo y correr con vivaz ruido, cual si su murmullo reprochase su infidelidad; sintió conmovido su espíritu como en la presencia de un sér sobrenatural; demudóse su semblante, se puso pálido y se apoyó en la pared. El sacerdote, que le vió vacilar, lo sostuvo é hizo que se sentase; la madre roció su semblante con agua de la fuente.

LV.

APARICIONES Y REVELACIONES.

John no había perdido el uso de los sentidos, ni quedado propiamente desvanecido. Recobró pronto sus fuerzas, y temiendo que su momentánea debilidad se atribuyese á una impresión religiosa, simuló un atrevimiento que no tenía:

—Ha sido, exclamó, un calofrío.

Repuso su madre:—Confiesa que tienes necesidad de comer: ¿quieres que volvamos incontinenti á Lourdes?

—Por mí no, la tostada con leche que tomé antes de partir es bastante hasta el almuerzo: me parece que lo debemos ver todo.—Y volviéndose al sacerdote, añadió:

—Ahora bien: ¿cómo fué la visión famosa?

—Ni yo ni otros pueden vanagloriarse de haberla visto con sus ojos, á excepción de la favorecida por la Virgen; mas he aquí cómo ella me la contó con su boca. . .

—Ante todo, ¿quién era?

Una tosca hija de un molinero, llamada Bernardina Soubirous, ocupada en apacentar su rebaño de ovejas, una criatura débil y enfermiza.

—¿Había estudiado?

—Nada, nada: apenas comprendía su ciencia los principios del catecismo y alguna otra oración que aprendió de su madre. Aquí vino durante muchos días seguidos, porque llamábala la Virgen que se le apareció en la gruta la primera vez; caía de rodillas y rezaba el rosario, rodeada por una multitud de gente del pueblo, de médicos y de gendarmes.

—¡Oh! ¿Por qué los gendarmes?

—Porque lo sobrenatural amedrenta siempre á nuestros políticos; basta: no to-

quemos este punto. Aun esto sirvió para el propósito divino de alejar sospechas de superchería fraudulenta. La Bernardina, arrodillada y rezando el rosario, aguardaba la visita celestial; de pronto alzaba las manos, sus pupilas se fijaban en la Mujer misteriosa, que para ella se convertía en visible; su recogimiento parecía confinar con el éxtasis. ¡Hasta tal punto perdió el rostro su color natural, para rodearse de un rayo inefable de beatitud! Los circunstantes, con gran silencio, devorábanla con los ojos, mientras se inclinaba en actitud reverente, hacía la señal de la cruz, ó hablaba moviendo insensiblemente los labios: la veían unas veces sonreír dulcemente y otras entristecerse, ó bien mostrar distintos sentimientos, regando sus mejillas alguna que otra lágrima. Tan lejana encontrábase de las cosas terrenas entonces, que apenas advertía que le tomaba el médico el pulso: una vela, encendida entre sus dedos, ni la quemó, ni la hizo salir de aquel estado.

—¿Se sabe, preguntó el joven, de qué manera comenzaba la visión?

—Veía, respondió el sacerdote, aquel vano de allí enfrente inundarse de luz desconocida en el mundo, y asomar en medio la figura de una persona viva y real, con as-

pecto de una señora sobre toda ponderación bellísima, en cuyo semblante brillaban á un mismo tiempo la juventud y la madurez, la majestad y la gracia, el poder y la benignidad, de modos nuevos, que exceden las humanas fantasías y las frases de todas las lenguas.

—¿Cómo estaba vestida? dijo entonces Clara, que no movía los ojos al escuchar las palabras del misionero.

Queriendo éste contentar aquel deseo pueril, añadió:—Pues lo desea saber, señorita, la Virgen llevaba un vestido más blanco que la nieve y, en torno del cuello, con hermosas gorgueras una sencilla esclavina; rodeaba su cuerpo un cinturón azul celeste, atado por delante, que á uno y otro lado descendía. Llevaba los pies descalzos, pero los cubría una rosa de oro. Un manto ó velo, candidísimo también, envolvía su cabeza hasta la frente, cayendo sobre sus hombros y brazos. Mostraba envuelto en el puño y entre sus dedos virginales un rosario, cuyos granos resplandecían como perlas blancas, brillando su engarce y su cruz cual oro purísimo....

Si bien con respeto, añadió John, interrumpiéndole:—Me parece un poco humano todo esto: los del empíreo deberían

hacer algo mejor que adornarse con ropas teatrales.

—Perdonadme, señor; cuando los bienaventurados deben tratar con los hombres, como toman semblantes humanos, toman igualmente humanas vestiduras. Aun el Hijo de Dios, cuando hubo de tratar con los hombres, dejó los infinitos esplendores de la divinidad, tomando forma de hombre. Además, ¿acaso todas las apariciones referidas en la Biblia no nos representan á los personajes celestes con apariencias terrenas?

Conoció John que su mente quedaba satisfecha con tales palabras, y dijo pasando á otra dificultad:—¿Qué precisión, interés ó ansia podía conducir á la Virgen á entre tenerse de un modo visible con una pastorcilla de Lourdes? Aquí veo un nudo de inverosimilitud que no se puede desatar.

—Son preguntas todas inútiles á lo menos, respondió el sacerdote: cuando un hecho es positivo, nada tan irracional como discurrir sobre su inverosimilitud. Dios, en sus operaciones, puede tener innumerables motivos, ocultos para nosotros; fuera de que aun los mortales podrían fácilmente indicar más de uno; aun cuando no lográ-

semos referir otra, queda siempre la razón general.

—¿Y es?

—El señor nos favorece con sus gracias por su bondad, por ser sumamente bueno y sumamente benéfico. Así por análoga razón, la Virgen puede venir ahora movida por aquel mismo sentimiento maternal que movióla en las bodas de Caná á pedir un milagro á su Hijo celeste. ¿Qué contestais?

—Paréceme, reverendo señor, que teneis el don de representar la cosa por su lado más tolerable: sin embargo, perdonadme, no acabo de comprender que la benignidad de la Madre de Jesucristo (á la cual venero lo mismo que vos), se ejercite con digno fruto en la aparición de Lourdes. En Caná subvino á la necesidad de los amigos y dió lugar á la glorificación de Cristo. ¿A quién aprovecha este conversar suyo secreto con una tierna campesina? Os confieso que tales intervenciones celestes tienen para mí mucho de fantasías; son entusiasmos desarrreglados, á propósito precisamente para retraer de la piedad á las personas religiosas y serias.

Se sonrió el misionero, é invitando cortesmente á los forasteros á seguirle fuera de la gruta, para que visitasen varios sitios

de bella vista en torno del santuario, iba diciendo:—Vos, señor, experimentais una gran repugnancia en admitir el comercio del espíritu humano con los espíritus celestes. Debo convenir en que tal disposición interna no es propia sólo de los protestantes, porque tampoco es rara entre los católicos. Encontraríais centenares que al oír el nombre de revelaciones ó apariciones sobrehumanas fruncen las cejas, se disgustan é indignan, y hasta escandalízanse, como si oyeran un delito de hechicería, contrario al decoro de la verdadera Religión....

—Precisamente; leéis lo que hay dentro de mí, dijo John.

—En esto, añadió la Needle, pienso enteramente como mi hijo.

—Pues bien, continuó el religioso; el tédio que da lo sobrenatural no es filosofía católica, ni cristiana, ni protestante: es un sentimiento de puro paganismo, y algo más.... permitidme que lo diga sin ofensa, algo más abyecto. Observad: este suponer interrumpida toda relación del Criador con la criatura, de las inteligencias superiores con las inferiores, es un privilegio exclusivo de los filósofos de la materia, los cuales sólo tienen ojos para ver el pan, el vi-

no, la carne, los fardos de algodón, los caminos de hierro y el torbellino de las vicisitudes entre las cuales nace, vegeta y muere el bípede humano. Estos no elevan sus especulaciones más que un borrico atento á su establo ó un cerdo que hurga en el dornajo. Por el contrario, los sabios, sin excluir los infieles, no bien remontaron un poco el pensamiento con sus alas, dirigieron al reino de los espíritus. Así lo hicieron Sócrates, Platón Pitágoras, Aristóteles, Cicerón, Séneca, Plutarco y cuantas escuelas brillaron por su nobleza en la civilización griega y romana. No afirmaron sólo la existencia de los espíritus, sino que vieron resplandecer los elementos espirituales en los seres racionales, y procuraron con su entendimiento conocer las varias naturalezas de los espíritus no humanos, sus interposiciones y sus pláticas con los hombres....

—¡Mas, cuánto desvariaban! dijo John interrumpiéndole.

—Aun cuando se extraviasen al juzgar las apariciones y revelaciones supernas, siempre resulta verdadero que los nombres de aparición y revelación no lastiman aquellas inteligencias de primer orden, pareciéndoles, por el contrario, lógicas y na-

turales. Si los filósofos paganos las creyeron lógicas y naturales, ¿por qué han de parecer absurdas y ridículas á los pensadores protestantes ó cristianos? Hagamos alta mención de la Biblia; ¿por ventura la Biblia no hace ver la dignación de la Divinidad que á sus justos se revela, como también las apariciones de los difuntos y de los ángeles, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento? ¿Ha de hallarse la Iglesia de Cristo desheredada de los favores concedidos á la judáica? ¿Debían cesar en la Iglesia cristiana, no bien se cerrase la era de los apóstoles? No, ¡vive Dios! la historia eclesiástica nos cuenta innumerables visiones celestes, provistas de tales y tantos signos de verdad resplandeciente, que vale tanto como prescindir del buen sentido rechazarlas todas de golpe. La aparición de María en Lourdes es una de las muchas, como también una de las más examinadas y comprobadas. Convenid conmigo, señor, en que la manía de burlarse, como si fueran fraudulentas y talaces, de todas las comunicaciones sobrehumanas del cielo con la tierra, equivale á renegar de la historia, de la Biblia y del buen sentido.

—Sin embargo, añadió John, he oído

decir que entre los católicos, no solamente los seculares mundanos, sino también los clérigos, se muestran tenaces en no admitir revelaciones y visiones.

—Distingo: se muestran tenaces para no creerlas ligeramente y á ojos cerrados. Eso lo admito, negando que nos las crean después del examen y del fallo de la Iglesia; en uno y en otro caso ponen de realce su prudencia.

—¿Examinóse la revelación? preguntó el joven.

—¡Y cuán largamente! ¡Y con qué severidad! ¡Y por qué hombres! respondió el misionero. Todo lo vereis en la relación impresa que os regalaré con especial gusto.

En esto habíase llegado á un poyo que dominaba los alrededores: John, que había escuchado respetuosamente á su *cicerone* filósofo, suscitó una nueva dificultad:

—Vos, reverendo señor, sólo habeis puesto de realce la posibilidad de las revelaciones.

—Algo más, dijo el misionero interrumpiéndole: he demostrado que son verosímiles en la Iglesia de Jesucristo, como también que no pueden faltar en general, si subsiste aún la Iglesia del Hombre-Dios, si la Biblia es inspirada, si no es inferior

en gracia el nuevo pacto al antiguo, y si la historia no miente. Más adelante podría ir, si fuera este sitio propio para teologizar, persuadiéndoos hasta la evidencia de que cuantos indistintamente menosprecian toda revelación moderna en la Iglesia católica, arrancan de su frente la aureola de sociedad divina.

—De la posibilidad en general, dijo John, á la efectiva del caso este concreto de Lourdes, hay mucha distancia.

—Del hecho razona el hecho, contestó el sacerdote. Aquí tenemos todas las circunstancias más brillantes que atestiguan la verdad del prodigio.

—Sí, dijo John irónicamente, la afirmación de una niña.

—¿Os habeis olvidado ya de la fuente que brotó del suelo para testificarlo?

Convino John en que aquella señal tenía ciertamente importancia; pero añadió que, en rigor de análisis lógica, podía ser simple operación de la naturaleza.

—¿Por qué, preguntó el religioso, el hecho de Moisés, sacando una fuente de la roca, es reputado milagroso hasta la evidencia? Consultado el sentido íntimo, suponéd que me viéseis de pronto al pie del peñasco éste, y que os dijera, demudado el

semblante, que la Virgen se me aparecía y hablaba conmigo. Ciertamente me creeríais delirante; pero si después, con el bastón que llevo en la mano, hiriese la piedra y brotase pronto una límpida vena de agua perenne, ¿osaríais aún juzgarme alucinado?

—No de veras, respondió el joven con su sinceridad ordinaria.

—Este fué nuestro caso.

—Con todo, no concluyo de librarme de la repugnancia que siento, tratándose de admitir la intervención de seres sobrenaturales. Me parece que de algún modo lo impide la sensatez de un hombre sério.

—Con todo, respondió el sacerdote, no concluyo de creer que un ciego temor al fin de cuentas deba mandar á la razón. Los hombres discretos de que haceis tanto caso, no obstante ser la mayor parte de las veces mujercillas cuando se trata de visiones de charlatanes, creen con devoción ridiculísima en las apariencias de los *espiritistas* y en las revelaciones de las *sonámbulas*: justo juicio de Dios que quien rechaza lo sobrenatural divino, crea con ignominia en lo sobrenatural diabólico.

—Nosotros los protestantes tenemos un horror innato á lo sobrenatural.

Lo siento por vosotros, repuso el sacerdote: si es así, indica que os considerais desheredados de la gracia, desposeídos del cielo y rechazados como hijos espúreos del Esposo de la Iglesia, que prometió á los verdaderos creyentes la perpetuidad de los signos sobrenaturales. Basta; no entremos en esta materia gravísima. . . . ¿Es verdad, empero, que los protestantes son hostiles por instinto á toda clase de revelaciones? Me parece lo contrario. Entre los católicos no hay milagro ni aparición brillante que no se desvanezca, que no se apague, y que no quede á la nada reducida, no bien la desaprueba un Obispo diocesano. Entre vosotros veo, por el contrario, que los visionarios hacen fortuna, y que nadie puede hacerlos enmudecer.

—¿Cuáles, por ejemplo?

—Hay muchos. Casi todos los jefes de las varias iglesias (digo iglesias para ser cortés) protestantes despacharon visiones y revelaciones, que bebieron sus discípulos á ojos cerrados. Lutero y Zuinglio se jactaron de revelaciones. Muncer, Juan de Leida y otros portaestandartes de los anabap-

tistas, compelián al matadero á sus tribus, animándolas con multitud de profecías que afirmaban les habían revelado. Los calvinistas Camisardos llenaron de sangre y de ruinas su país, entre revelaciones cotidianas. Schwenkfeld las sacaba del cielo con la misma facilidad con que sácase agua de un pozo, siendo todas opuestas á Zuinglio y á Lutero. Jorge Fox nutría con revelaciones á sus Cuáqueros, que aún hoy las reciben cual si fueran oro de veinte y cuatro quilates. Los metodistas nacieron y viven por las revelaciones de Wesley; las frenéticas de Shawedenborg y de José Smith sirven de biblia á los "schwedenborgianos y á los mormones. La célebre Cristina Poniatowa metió gran ruido en Alemania con sus revelaciones; si bien murió se de vergüenza, porque vió que las desmentían los hechos. Antonieta Bourignon, que se dió á profetizar entre los católicos, fué repelida y avergonzada; recibieronla los protestantes en triunfo, conquistándole sus revelaciones muchos ejércitos de secueces en Bélgica, en Holanda, en Alemania y en Escocia. ¿Que se puede imaginar más loco en el mundo que las revelaciones de Juana Leade? Sin embargo, innumerables compatricios vuestros acogieronlas como si

hubieran bajado del cielo. Más frenéticas, si es posible, que las revelaciones de la Leade, son las de Juana Southcote, á quien vuestros ancianos pueden recordar haber visto en Londres; pues bien, sus discípulos forman aún hoy una rama de vuestra baja iglesia.

—Mas yo, dijo John interrumpiéndole, no caigo ni cairé nunca en semejante desvarío.

—Mejor, y me alegro; mas no me digais que los protestantes rechazan por instinto las revelaciones. La diferencia que hay entre vosotros y nosotros es ésta: entre los católicos, las revelaciones fantásticas, no siendo aprobadas por la Iglesia, nacen y mueren como fantasías humanas, entre los protestantes, teniendo cada uno el papado de la Iglesia en su biblia, puede cualquier charlatán ó charlatana calificarse de revelador y formar secta para que se perpetúen sus extravagancias.

El joven, que no se esperaba una disertación tan terrible, y que sentia vergüenza por sus correligionarios, procuró mudar de conversación, diciendo:—Me parece que os alejais demasiado de nuestra cuestión.

—¿Qué cuestión? No ha existido. Os he contado, como se hace con los forasteros, el suceso del lugar, y después he discurrido “académicamente” un poco sus consecuencias.

John, ablandándose: —No imagineis, reverendo, que os escucho con espíritu hostil, no: busco la verdad; confieso que vuestras razones me parecen bien, y que volveré de Lourdes menos preocupado contra las revelaciones en general. Con todo, no consigo creerlas en particular, y principalmente no puedo comprender qué digno fruto se haya conseguido de la de que tratamos, que me deja, por consiguiente, no poca duda.

—Pues bien: el fruto inmenso, respondió el misionero, conseguido por la revelación de Lourdes, es precisamente otra prueba de su veracidad. Ved: una simple palabra caída de los labios de la Virgen, contada por una pastorcita ignorante al par que desconocida en el mundo, se propaga en pocos años por toda la tierra, dejando un eco que ningún poder podía conseguir, á excepción del divino. Todo lo que pidió la Virgen se realizó con el concurso de innum-

merables voluntades libres, por actos innumerables y virtudes cristianas: la plegaria, la penitencia, la religión, la beneficencia, la conversión....

Mistress Needle, que hasta entonces habia callado, gozando por las agudas observaciones de su hijo, no se pudo ya contener, y preguntó: — ¡Oh! decidnos: ¿qué quería la Virgen? ¿Qué demandaba?

—Muchas cosas, imposibles de obtener humanamente, respondió el sacerdote. Pidió á la pobre pastora que le hiciera levantar una capilla. Mirad (señalaba el majestuoso edificio) esta basílica, que surge sobre el duro peñasco, y cuya torre domina el desierto. Los millones para edificarla nos llovieron del empíreo en pocos años.

—¿Los millones? preguntó la Needle.

—Sí, dos millones, y pasa; muchos más expenderemos, porque nos hallamos sólo al principio de esta ciudad de María que aquí se va edificando. Además, la Virgen ansió que la multitud acudiese al lugar que veis: A sus frases, interpretadas por la pastorcilla, he aquí agitarse la Francia, la Europa y el mundo, dirigiéndose á Lourdes multitud tal de peregrinos, que no

existe otra semejante, en igualdad de circunstancias, en los anales de la Iglesia. Recomendó también la penitencia. Ahora bien. ¿Qué apóstol de penitencia conmovió á los pueblos tan universalmente, para que dieran señales de arrepentimiento, como la voz de María en Lourdes? Innumerables fieles de toda edad y condición muestran con los hechos que corresponden á la celestial invitación; emprenden el viaje trabajoso, desde lejanas regiones, y no les importa las fatigas ni las incomodidades, agravando muchos los propios padecimientos por viajar á pie y en ayunas. Y cosa más sustancial en la penitencia, hombres y mujeres se hacen dignos de los favores aguardados en Lourdes, arrepintiéndose de sus culpas. Trátase de millones y millones de cristianos que se purifican con el sacramento de la Penitencia y del perdón, lloran sus pecados y adquieren un espíritu mejor. ¿Os parece que puede todo esto provenir de la mentira de una muchacha? Sed razonable.

—Casi casi me convenceis, dijo John, siempre con buen modo.

—La Virgen, continuó el misionero, quizo que se orase por la conversión de los

pecadores. Ahora bien. ¿Quién puede contar los salmos, los cánticos y los votos subidos al cielo desde aquí y desde otros sitios innumerables por el impulso procedente de aquí? ¿Cuántas alabanzas divinas y cuántas oraciones sembradas en los caminos de Francia por innumerables peregrinos? Es un himno inmenso y un concierto de voces unánimes, que levántanse al trono del Altísimo para implorar sus mercedes. Sólo de los rosarios dichos por causa de la revelación de Lourdes, no hay nadie que pueda formar un cálculo aproximativo..

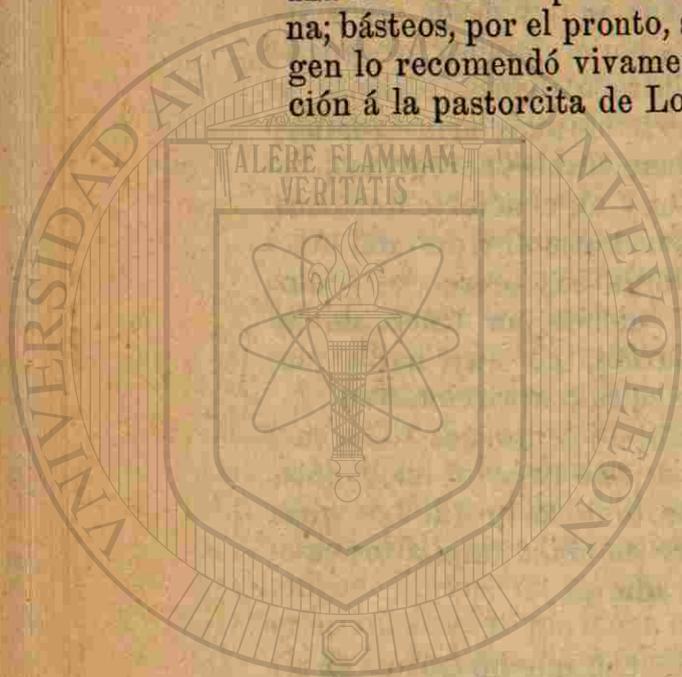
—Pues lo siento, dijo entonces John, casi con impaciencia: este rosario hace casi que deje de creer todo lo creído: es una oración que tolero de mala gana á los católicos, y que no admito.

Mistress Needle, con mucho gozo, añadió:—A mí me parece un exceso, una extrañeza, y punto menos que una superstición.

El misionero, indicando un sitio de sombra que estaba cerca, con muy buena vista en el camino que va de Lourdes al santuario:

—Señores, dijo, descansad allí cinco minutos gozando de la sombra; quizá vereis alguna procesión de peregrinos... Y os le-

vantareis persuadidos de que el rosario es una invención de profunda teología cristiana; básteos, por el pronto, saber que la Virgen lo recomendó vivamente en su revelación á la pastorcita de Lourdes.



LVI.

ROSARIO CATÓLICO Y ROSARIO PROTESTANTE.

No bien los peregrinos ingleses se hubieron acomodados sobre la yerba y la roca, que formaban asientos no desagradables, y no bien hubieron sacado sus anteojos con toda la curiosidad de la curiosísima raza británica:

—Os prometo, dijo el sacerdote, uno de los más hermosos espectáculos que se pue-

vantareis persuadidos de que el rosario es una invención de profunda teología cristiana; básteos, por el pronto, saber que la Virgen lo recomendó vivamente en su revelación á la pastorcita de Lourdes.



LVI.

ROSARIO CATÓLICO Y ROSARIO PROTESTANTE.

No bien los peregrinos ingleses se hubieron acomodados sobre la yerba y la roca, que formaban asientos no desagradables, y no bien hubieron sacado sus anteojos con toda la curiosidad de la curiosísima raza británica:

—Os prometo, dijo el sacerdote, uno de los más hermosos espectáculos que se pue-

den ver en estos lugares, si sois constantes para esperarlo; la llegada de los peregrinos que aguardamos.

Semejante anuncio estaba enteramente conforme con los deseos de la comitiva, y sobre todo de John, ansioso de estudiar al vivo las costumbres católicas. Decía entre tanto el sacerdote:—¡Oh! ¿Quién os ha desacreditado de tal manera el rosario católico? ¿Sabeis en qué consiste? Temo que no.

—¿Cómo que no? repuso John. Lo se perfectamente; he visto á esta señorita (y se sonrió, señalando á Julia), que es católica romana muy papista, rezarlo en el jardín sabrosamente; he oído en vuestras iglesias al pueblo murmurarlo extensamente. Es una hilera de cincuenta Ave Marías que se hacen correr una tras otra, precisamente para infringir aquel precepto de Jesucristo: “Cuando oreis, no queráis hablar mucho”

Al decir estas palabras el joven, brillaba el corazón de mistress Needle, que descubría en su hijo primogénito un adversario inteligente del *papismo*. Empero más y mejor brillaba el corazón de Julia, que presentia la respuesta, alegrándose tanto más cuanto veía que John, su madre y las

pequeñas pendian de los labios del misionero con atención vivísima, casi sin cuidarse del magnífico paisaje que se dominaba con la vista.

—Si vos, dijo el sacerdote, no alimentais preocupaciones contra la Virgen. . . .

—Ninguna, ninguna, contestó John interrumpiéndole. No somos nestorianos, sino simples secuaces de la biblia y de la razón.

—Pues bien, prosiguió el misionero; si es así, puedo deciros de hoy en adelante resareis el rosario, á pesar de ser protestantes, lo mismo que lo rezan los católicos. ¿De qué se compone el rosario? De contemplación mental y de plegaria vocal que se alternan, enlazan y completan entre sí. Por lo que hace á la contemplación, versa sobre una série de quince misterios, los más augustos y venerandos de nuestra redención. ¿Hallais contra esto algo que decir? ¿Os parece que tales objetivos merecen alguna consideración? ¿Qué pesamiento tan escogido y sublime puede ocupar una mente humana como las obras supremas y de la Divinidad? ¿Qué ejercicio tan saludable, benéfico y fecundo en santos propósitos como la meditación de las cosas reveladas en el Evangelio?

¿A qué fin tratarles en quince partes? preguntó el joven:

—Por la misma razón, respondió el misionero, en virtud en la cual vos, viendo un pollo en la mesa, lo partís. A ser rigurosamente necesario, podrian vuestra señora madre y vuestras amables hermanitas dar vocados en él; pero no, cortésmente cogéis el trinchante, y á un lado la cabeza, á otro las costillas, á otro las alas, etc.; luego caballerosamente las servís. Dejemos las bromas aparte: la Iglesia divide la materia de la meditación en quince porcioncitas, á fin de que las personas vulgares y sencillas puedan fácilmente convertirlas en su alimento. Vos mismo, que me pareéis culto por buenos estudios ¿os sentiríais capaz de engulliros el Evangelio de un bocado? No por cierto. Como los demás, para estudiarlo, debéis tener la paciencia de dividirlo en capítulos y versículos, rumiándolos parte por parte, á fin de hallar en él gusto y sabor. Deberías, por consiguiente, inclinarnos delante de la sabiduría maternal de la Iglesia católica, que recoge la más selecta sustancia del alimento divino, la desmenuza y la deja en la boca de sus amados hijos, ignorantes ó sábios, porque

todos son hombres mal dispuestos para saborear el alimento celeste.

Al joven parecióle justa la distinción, y respondió: Nada tengo que oponer á la contemplación de los hechos evangélicos, lo que me ofende mucho es la friolera de las cincuenta Ave Marías.

—A ellas iba yo ahora. ¿Cuál debe ser el efecto propio de la contemplación, sino encender los corazones y prestarles alas con el fin de que se puedan elevar á Dios? En otros términos: ¿por qué se consideran las cosas celestiales, sino para enamorarse de ellas con el fin de adorar, pedir y esperar? Ahora bien; en la práctica del rosario, los fieles, después que han recordado un misterio comienzan incontinenti la legaria y rezan el divino Padre Nuestro, cumpliendo á la letra el mandato de Jesucristo. “Así orareis vosotros: Padre nuestro.” ¿Qué os parece?

—Habladme de los Ave Marías, respondió John, cuya mente, ya dócil para lo verdadero, no resistía cuando vislumbraba con claridad una cosa.

—Antes del Gloria.

—No es menester, dijo John: lo tenemos también nosotros en el “Prayer-book,” y nada me parece tan justo como

la glorificación de las divinas Personas. Habladme, habladme de las Ave Marías.

—Ya que os parece tan autorizada y perentoria la autoridad de vuestro *Prayer-book*, ¿por qué no aprendeis en él á respetar la repetición del Ave María?

—No se haya una sola vez.

—Pero en cambio, replicó el misionero, hay allí no pocos rosarios de otras oraciones. ¿Por qué os parecen bien las *Litany or General Supplication* donde hay aquella multitud de *Libradnos, oh Dios bueno* (1)? ¿No bastaba decirlo una vez al cabo de tantas peticiones acumuladas? ¿No podíais ahorrar algunos de aquellos *Os suplicamos que nos oigais, oh Dios bueno* (2)? ¿A qué fin atormentar el corazón del *buen Dios* con una batería incesante de veinte y dos súplicas idénticas? Cuando vosotros orais, no quereis hablar mucho, dice el Evangelio. Lo peor es que hasta el Espíritu Santo inspiró al profeta David una especie de rosario: el mismo Espíritu Santo, que después dispone que no se multipliquen las palabras. Leed el salmo ciento treinta y cinco, y hallareis que la

1. Goor 1, Lord, deliver us.

2. We beseech thee ot hear us, good Lord.

exclamación “porque es eternamente misericordioso,” está repetida veinte y siete veces: un verdadero rosario de tres decenas. ¿Cómo, pues, siendo tan amigo de la Biblia, os escandalizais de que un católico renueve diez veces la salutación angélica, Ave María? ¿Y de que luego meditado, un segundo misterio, y coseguido nuevo fervor, torne á la misma plegaria por la segunda vez, y sucesivamente por la tercera, continuando bien lo que bien comenzára? Señor, si no condenais primero vuestra liturgia protestante, y también por añadidura el Espíritu Santo, no podeis lógicamente condenar la repetición del Ave María.

—No la condenaría, respondió John, vencido por la evidencia, si estas Ave Marías se pronunciasen con el alma, como no condeno la repetición de preces en el “Prayer-book y en los Salmos; pero he oído muchas veces en la iglesia al sacerdote y al pueblo decir las indignamente, y cercenarlas de muy mal modo, sin sombra de atención.

—¿Demasiado? respondió el misionero; ¡demasiado! Aquí teneis razón para dar y vender. Añado que, aun en sus casas, las buenas familias, al rezar el rosario, lo des-

trozan á veces de modo peor, y que las palabras Ave Marías casi no se salva una entera. ¡Quién sabe! Acaso también sucederá que vos y vuestra señora madre, rezando las veinte y siete repeticiones del salmo, os distraigais... y no apliqueis la mente.

Mistress Needle se sonrió; John confesaba con la cabeza.

—Ya se sabe, cotinuó el sacerdote: la Iglesia, es decir, el Espíritu Santo, propone una práctica de concepto altísimo, de perfección soberana y de provecho sumo; mas luego los frágiles mortales, comenzando por mí, no llegan al ideal: lo cumple cada uno en la medida de su capacidad y de su devoción. Lo mismo pasa cuando cada uno de los fieles recibe los Sacramentos que son, sin embargo, inmediatamente instituidos por el Hombre-Dios; con todo, de la mayor ó menor piedad de los fieles no se sigue por ningún concepto que la institución no sea en sí dignísima y obra celeste de la infalible sabiduría. Convenid, pues, en que el ideal que se propone la Iglesia católica en el rezo del rosario y en la repetición de oraciones determinadas, resplandece por su admirable sabor bíblico y por su discreción práctica: con-

venid, sobre todo, en que los abusos de los ignorantes y de los devotos no deben inspirar sino la buena resolución de no imitarlos.

Así diciendo, el sacerdote sacó de su bolsillo muchos rosarios (tenía siempre provisión), y sacando cinco, se puso á decir: —Señores, aunque protestantes, no desdeñais la invocación de la Virgen: acabo de haceros palpar con la mano que invocarla con el rosario es enteramente lógico, conforme con el espíritu de las divinas Escrituras, y saludable. Si os guía la razón y no las vanas preocupaciones, os servireis de éstos para rezarlos; si no, guardadles como un recuerdo de vuestra visita al santuario.

John admitió el rosario cortésmente; Clara y Clemencia con viva gratitud, Julia con tanta reverencia, que acercó á él los labios. Sólo mistress Needle, á la cual se ofreció después que á los demás, vacilaba y sentía escrúpulos. El misionero añadió bromeándose:— Vamos, no vacileis, me guardo bien de compeleros á rezar, hareis con él lo que vuestro corazón os inspire.

La Needle alargó la mano.

El misionero:—Os profetizo que si un día, además de la confianza en la intercesión de la Virgen, prende por ventura en vuestro corazón una chispa de amor filial, tendreis á gala y á gloria rezar las decenas del rosario, chupándoos los labios de gusto por la suave dulzura. La naturaleza misma del concepto y la gracia os traerá, como trajo á innumerables santos católicos, hombres muy sabios y muy graves; aun hoy trae á muchos profesores y ministros vuestros que se convierten al catolicismo.

—Paréceme, por lo contrario, respondió la Needle, que mi carácter aborrece. .

—No puede ser, no aborreceis; vos, por el contrario, naturalmente os inclináis á repetir. . . .

Repuso la Needle con viveza: —¡Oh! ¿Cómo conoceis vos, esta inclinación mía que no siento en verdad?

—La conozco, la conozco; y buscándola un poco, la encontrareis prontamente. No podeis despojaros de la humana condición, arrancándoos del alma esta inclinación común á todos. He visto yo siempre, y habreis visto también vos, que cuantas veces un afecto sincero calienta el corazón, las repeticiones brotan de los labios impetuosas, necesarias, irresistibles. ¿Os habeis

encontrado en una plaza, cuando un pueblo aplaude á un príncipe querido? Id á decirle que vasta un solo *viva*: os responderá el pueblo renovando los *vivas* una y cien veces, hasta hender la capa de los cielos. ¿No pasa lo mismo en vuestros *meetings*, cuando una multitud de disidentes se pone á dar berridos? Poneos á filosofar con tales gentes y decidles que es un exceso gruñir con frecuencia. ¡Sí! Se pondrán á gruñir contra vos una vez y cien, como perros rabiosos. No bien un auditorio de poseídos, en el salón de un teatro, se pone furiosamente á ensalzar á una cantante, ¿hay medio de impedir las repeticiones de los aplausos, de las manotadas y de los gritos? Quisiera contemplaros en medio, diciéndoles sosegadamente:—Señores, con buen modo, aplaudo que admireis y pongais de realce los delicados sentimientos del corazón en favor de la *diva*; mas todo esto se muestra con un simple palmoteo: uno sólo basta; lo demás es superfluo. ¡Veriais de qué modo escuchaban vuestra filosofía!

—Comprendo, dijo la Needle, que la pasión obre con desorden, pero no la piedad.

—David, preguntó el misionero, ¿repe-

tía veinte y siete veces el grito: "porque es eternamente misericordioso" por desorden de pasión ó por ímpetu de piedad celeste? Los amores virtuosos y sobrenaturales son también pasiones; aunque ordenados, hierven, embriagan y exhálanse como los demás en repeticiones: es ley eterna del corazón humano, que imprimió la naturaleza y que no borra la gracia. . . Mas ¿de qué sirve discurrir? (añadió el misionero echando á la señora una mirada cortésmente maliciosa): descubro á simple vista que teneis la fisonomía de repetidora número uno.

—De veras que no.

—De veras que sí, repuso el misionero. Me figuro veros diez años atrás (miraba el sacerdote á las niñas), ó mejor aún (miraba entonces á John) hace diez y ocho; recién casada, sentiríais por la vez primera el gozo de ser madre, cuando este joven vigoroso no era más que un infante lindo ¡el primogénito! Confesadlo, señora, sucedería como si lo viese; os lo poníais en vuestras faldas, lo estrechábais contra el seno y os lo comíais á caricias, derritiéndoos de placer al contemplar su perfil, su fren-

te, sus mejillas, su semblante; atreveos á negar que cien veces os esforzasteis para coger en su mirada la primera señal de su afecto hacia vos, y que cien veces le descubristeis en su sonrisa, en el mover de sus manecitas, en el girar de sus ojos; apuesto mil contra uno á que en estos transportes de ternura materna los besos volaban de vuestros labios á mazos y á montones, de manera que seguía el uno al otro; poco después el besar y el volver á besar comenzaba más apasionado, más alegre y más amoroso, para renovarse dentro de un ratito, como si no lo hubiéseis besado nunca . . .

Herida mistress Needle en la más delicada fibra de su corazón, y mirando afectuosamente á sus hijos, respondió:—Claro está: ¡cuando una es madre! Pero ¿qué tiene que ver esto con lo otro?

—Suponed ahora, prosiguió el sacerdote que un rígido puritano de corazón de piedra pomez hubiese venido á interrumpir las expansiones del amor con esta helada razón: "Buena señora, si deseais mostrar vuestro amor, basta un beso y no más: este besuqueo es una repetición insulsa"— ¡El insulso sois vos! le hubierais respondi-

do, brillando vuestra majestad materna ofendida; el insulso sois voís, que imagináis agotado el amor de una madre con un beso solo; tengo una fuente de amor en el corazón; una fuente que rebosa y es inagotable; no repito el acto anterior, sino que hago uno nuevo á cada beso; no me basta uno, ni mil.—Aplicad.

—Haced vos la aplicación, padre reverendo, dijo entonces Julia, que siempre había callado.

—Al alma ferviente, continuó el misionero, no le basta ni uno ni cien ímpetus: élévase á la Virgen con el primer saludo: Ave María: la exalta con el más alto encomio posible en humana criatura llamándola Llena de gracia; la bendice, así como á su Fruto divino; y, en fin, se refugia en su materna protección para su necesidad actual, y para el trance de la muerte, de que depende la felicidad suprema. Ahora bien: decidme, señora, ¿os parece que tal coloquio enamorado y gozoso de absoluta confianza en María, no puede repetirse una y muchas veces por los que se sienten hijos suyos? Como lo puede repetir cien veces el corazón palpitando, también lo puede repetir cien veces el labio. . . . Repetidora de

afectos de la tierra, aprended á repetir los afectos celestes.

Mistres Needle quedaba convencida: el parangón sacado de ella misma le había esculpido la verdad de la mente y el corazón. Sonrió, y dijo:—Me habeis cogido por el lado débil.

—Sin embargo, dijo el religioso, no quiero sacar demasiadas consecuencias de las cosas dichas: me basta que os contentéis con enaltecer el rosario, y recitar, si os inspira el Señor, alguna decena. No será leve ganancia para vos, ni vano recuerdo de vuestra venida á Lourdes.

John, viendo que con estas palabras el sacerdote hacía señal de despedirse, no supo ya ocultar un deseo suyo muy secreto, que continuaba sin satisfacer: el de presenciar alguna de las maravillas que aseguraban ocurrían en el santuario frecuentemente.

—Señor, les respondió el misionero; con el mayor gusto satisfaré vuestro deseo: he visto el milagro y los milagros tantas veces, que casi no me producen asombro ya. Pasma me causará si no llegais á ver alguno, caso de que podais deteneros.

—¡Imposible! dijo entonces de pronto la Needle.

—Lo único que puedo hacer, replicó el sacerdote, es suscribiros á los "Anales de Lourdes:" con pocas liras anuales sereis informado de los principales prodigios que ocurran.

—No tendríamos tiempo para leerlos, dijo la Needle.

El misionero no insistió; pero John, sabiendo que se hacía el abono en la redacción del periódico, volviéndose al superior de los misioneros, dióle incontinenti el dinero y su dirección á Parque Verde.

—Poned atención, respondió el sacerdote. . . . Ahora he de irme con vuestro permiso: ¿ois esta campana?

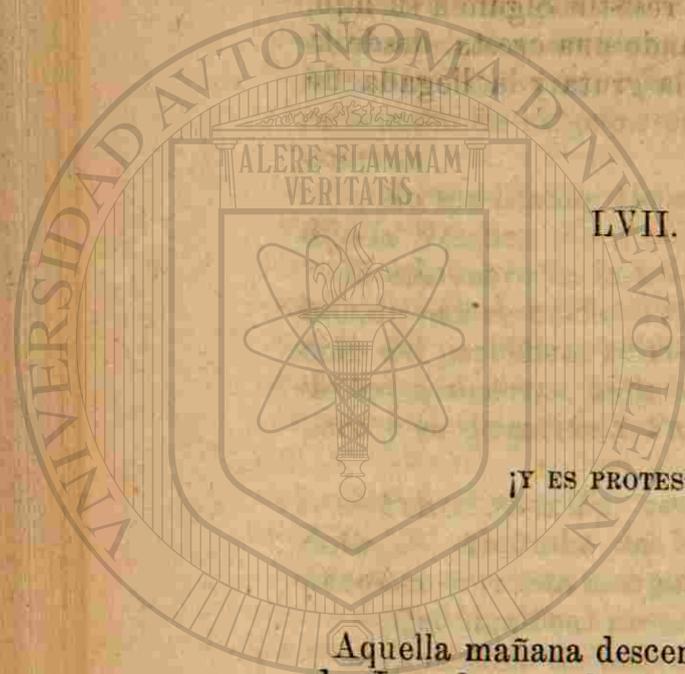
—¿Qué significa? preguntó John.

—Es la señal de Lourdes, que anuncia el paso de la caravana de peregrinos que aguardamos. Dentro de poco me tocará recibirles.

Julia, según la costumbre italiana, le pidió la bendición. El sacerdote, después de bendecir á la piadosa joven, saludó á los forasteros, y con grandes pasos fuése á la iglesia.

Dijo John á su madre:—Quiero ver:—

Lo dijo con voz tan resuelta, que la buena mistress Needle sintió que desaparecía toda veleidad para resistir. Siguió á su hijo, que andaba buscando una cresta, desde la cual pudiese ver la gruta y la llegada de los peregrinos.



¡Y ES PROTESTANTE!

Aquella mañana descendía en la estación de Lourdes una de las primeras comitivas de peregrinos, que suele llevar allí la devoción y la primavera. Veíase á los ordenadores de la multitud devota formando hileras; á las jóvenes vestidas de blanco y coronadas de flores; á las de mucha edad y á las madres, muchas de las que llevaban consigo á sus amados pequeñitos; á grupos de relegiosas tapadas con

blanquísimos velos, ó con manto bruno; á hombres de todas condiciones mezclados fraternalmente con traje ligero, con la blusa de obrero, ó con saya campesina; por último á sacerdotes con roquete. Cada compañía tomaba sitio en el lugar prefijado, descubría los estandartes, desplegaba las banderas, enarbolaba las cruces, y entonces la procesión entera movíase alegremente hacia el santuario, atravesando las calles de la ciudad. Mientras las campanas tocaban á fiesta, el pueblo se unía en tropel preguntando y respondiendo á los peregrinos, admirando las insignias, los uniformes, el número de los nuevamente venidos, y comparándolos con la multitud del día presente. Ocurre con frecuencia también que detrás de las hileras de los peregrinos viene un coche con un enfermo de faz descarnada y actitud doliente, circundado y socorrido por sus compañeros. Cada uno, al verle, lo saluda con respeto, y le dice con augurio caritativo:—¡Que la Virgen os sane!

Armado John del anteojo de larga vista, habíase puesto sobre un poyito, desde donde descubría la gruta y el camino que á ella conduce. Vió despuntar la procesión, extenderse y dar vuelta por los rodeos

de la vía; vió igualmente las banderas desplegadas al viento y los colores variados de las cotradías, oyendo también las mezcladas armonías que resonaban en todo el valle. Los prados que hay enfrente de las rocas de Massabielle llenábanse de familias y grupos, que habiendo concluido sus devociones se acomodaban sobre la yerba y á la sombra de una planta se comían alegremente los alimentos frugales que trajeran, á fin de adquirir fuerzas para el retorno. Este pueblo, por punto general del país, corría bondadoso á encontrar á sus hermanos que peregrinaban desde lejos, para darles la bienvenida con sonrisas, aplausos y vivas.

John dirigióse á su madre, y dijo:—Es necesario que nos acerquemos á la gruta; quiero ver de cerca.—Dichas estas palabras, vió nuevamente al misionero que con sobrepelliz y estola en un brazo dirigíase hacia aquella parte, ansioso también de hallarse en la gruta para recibir á los peregrinos. Señor, le dijo John: ¿por dónde podremos bajar más pronto á la fuente? Quisiera ver el arribo.

—No tengais prisa, respondió el sacerdote tranquilamente; antes de que lleguen allí pasará un cuarto de hora. Vendréis

conmigo, y haré que os coloquen á la puerta de la capilla; así, con gran comedia, vereis cómo ruegan los católicos de fe.

—Muchísimas gracias, respondió John. Es precisamente lo que más deseo. Y poniéndose de nuevo á mirar la procesión:—Es un encanto gritó; nunca hubiese creído que podía venir á estos lugares tanta gente.

—¡Qué! dijo el misionero con ironía: serán algunos miles. Multitudes mucho mayores vemos. Hasta cuarenta mil personas y más se han reunido en estos prados. Examinando un poco la multitud, hallábanse representantes de todos los órdenes sociales. Aquí había un Obispo con su clero; allí el presidente de un tribunal con sus amigos; en otro lugar, un general con sus oficiales; no lejos un legislador de la Asamblea nacional con su mujer y sus hijos; por todas partes grupos de amigos, reuniones de devotos, colegios de jóvenes, diputaciones de pueblos y de sociedades, parroquias enteras con sus párrocos á la cabeza; jóvenes briosos, viejos encorvados sobre su bastón; literatos, médicos, periodistas, muchachos y muchachas con sus jefes de familia; y sobre todo pueblo; pueblo de la

ciudad y de la compañía, cuyos variados trajes hacían reconocer sus provincias nativas. Toda esta multitud de peregrinos ansiaban de corazón poner sus labios en la fuente milagrosa, y orar delante de aquella gruta donde la Reina del cielo había conversado familiarmente con una pobre pastora.

—Y esto, ¿pasa con frecuencia? preguntó John.

—Algunos días del año. Aquí no asombra ver que suceda una procesión á otra procesión, un grupo á otro grupo, y una multitud á otra multitud: todos con alegría se saludan recíprocamente, se confunden y hermanan como amigos, uniéndolos el vínculo de una propia fe, de una propia piedad y de una propia plegaria. Así pasan el día, reinando en Lourdes aquella frase antigua: "La multitud de los creyentes formaba un solo corazón," hasta que á la hora prefijada vése levantar un estandarte: de todas partes acuden á él los peregrinos que lo conocen; despliegan las banderas, se forman y desfilan entonando el canto de despedida. Cada uno de ellos hace su provisión de agua de la fuente milagrosa, y cada uno lleva un pequeño tesoro de cosas devotas, á fin de pagar la peregrina-

ción á los de su familia; algunos llevan la garganta y el cuerpo adornados con grandes rosarios; no hay quien no parta bendiciendo á Dios, con el alma purificada por la palabra del Señor, por las oraciones y por los Sacramentos. Se van, y con frecuencia vuelven, para mirar otra vez la colina bendita sobre la cual surge la iglesia, con el deseo de pasar otro día, inundado por los puros goces de los pensamientos celestes y de las esperanzas inmortales.

—¿Ninguno pasa más de un día?

—Muchísimos. A veces las caravanas que han peregrinado desde muy lejanas regiones, no se contentan con uno solo, y pernoctan. Entonces al caer el día, en el templo, en la escalinata, en las calles de árboles, en los senderos, en los alrededores resplandecen mil luces, porque los peregrinos de grupo en grupo suben y bajan cantando himnos, con hachas encendidas en la mano. Otros, entre tanto, velan en oración en el templo, alternándola con el canto de laudes, mientras los sacerdotes perdonan en nombre de Dios á los que se confiesan; otros se reúnen para enaltecer á la Virgen delante de la gruta de la visión. Son noches que se deben haber visto para formar concepto de ellas. Quien las con-

templára desde un poyo vecino, creería concurrir á una danza de celestiales espíritus, bajados con el fin de hacer la corte á su Reina divina. ¡Y pensar que todo esto hace pocos años era un desierto! Una palabra de María bastó para convertir el desierto en una mansión de los creyentes del mundo entero. Ibais buscando pruebas de la visión; ¡he aquí una que había olvidado!

—¡Qué! dijo el joven: ¿también pidió las peregrinaciones la Virgen?

—Sin duda, respondió el misionero; y vos, sin saberlo, correspondéis á esa invitación suya. "Se debe venir aquí en procesión," dijo la Virgen á la pastora. Las procesiones comenzaron entonces, y nos conducen ahora ciento cincuenta mil peregrinos todos los años. . . . Mas es tiempo (dijo entonces el misionero, mirando el reloj) es tiempo que descendamos á la gruta.

Recobróse Jhon, como también su madre y sus hermanas, que, pendientes de los labios del sacerdote, no pensaban en cosa alguna. Lo seguían silenciosos y conmovidos por un sentimiento de reverencia á la Virgen, que despertaran en ellos las persuasivas frases pronunciadas. Julia decía en su interior:—¡Oh, si se realizase hoy

en el santuario una curación estupenda! ¡Qué gracia sería para mis pobres protestantes, que tienen espíritu tan recto! ¿Quién sabe?—No pudiendo contener más la viveza de sus ansias, preguntó al sacerdote:—¡Oh! ¿No podría darse hoy el caso de algún suceso prodigioso?

—Todo puede ser, respondió el ministro de Dios; pero no permitais que os domine con demasía este deseo, algo parecido al de Herodes, ansioso de ver á todo trance un milagro. Nuestra fé no debe descansar sobre los milagros presentes: tenemos á Moisés y á los Profetas, es decir, al Verbo de Dios, que indefectiblemente habla en su Iglesia; el que á ella no se rinde, no se rendiría, de seguro, aunque viera resucitar á un muerto.

Oía John con unas orejas de á palmo: medio burlándose y medio mordiéndose los labios, entrometiéndose preguntando:—¿No sería posible que la presencia de protestantes impidiese los milagros?

—¿Quereis suponer, por ventura, respondió el misionero, que los milagros se realizan sólo delante de gente crédula que no discute? Si es así, estais en un error; porque si bien los portentos se otorgan con

más frecuencia en medio de los infieles, es verdad asimismo que aun entre los católicos no faltan incrédulos, ni apóstatas, ni espíritus que se llaman fuertes, por estar fuertemente obstenidos en su obtusa ignorancia de la religión: la misericordia de Dios dispone á veces que aun delante de éstos se manifieste la gloria del prodigio; considerad, pues, si la presencia de protestantes honrados y de buena fé puede ser un obstáculo para un acontecimiento milagroso. Si este día está predestinado para cualquier portentoso, acaecerá sin falta, presentes ó ausentes vosotros. Oireis de pronto lo que tantas veces he oído yo; alzarse un rumor en un grupo de fieles, cerca de la gruta, á la puerta del baño, que ha venido á ser cosa mejor que la probática piscina de Jerusalén: entre el rumor, y las voces, y las aclamaciones, oireis gritar: "¡Milagro! ¡Milagro!" Y el milagro será un hecho.

Esta vez no hubo milagro. John vió á la multitud de los peregrinos llenar la gruta y sus alrededores, prosternarse, besar el suelo, hacer oración, dar todas las señales de la más fervorosa confianza en María, enarbolar luego nuevamente la bandera, subir en procesión al templo, para

saciar el ansia de oír el oficio sagrado.— Nada de nuevo, dijo John á Julia, después que aquellos hubiéronse marchado.— Y saliendo de la gruta, emprendió con los suyos la vuelta de Lourdes. Aun no habíase alejado cien pasos, cuando, mirando la fotografía de la gruta:—¡Toma! dijo á su madre, aún no la he confrontado con el original. Tened paciencia cinco minutos: voy y vuelvo; quíerome asegurar de que tengo la verdadera Gruta de Lourdes. La pondremos después en el *álbum* universal, con las notas de miss Julia.—Esto dicho, corriendo retrocedió, acompañándole su madre con una súplica para que volviese pronto.

Pasó á través de la multitud de los devotos, que ya en aquella hora se habían reunido en gran número en torno de la gruta. Vió á un hombre con traje de caballero, único que seguía, no sólo en pie, sino con el sombrero en la cabeza y el cigarro en la boca; irritóle aquel acto irreverente.—Hombre mal educado, le dijo en sus adentros, ¿qué precisión tenías tú de venir á fumar en un grupo de gente que ora?—Pasó más allá. Mientras delante de la gruta iba confrontando cada uno de sus detalles con su fotografía, vió á dos

señoras orando arrodilladas cerca de la fuente milagrosa, y poco después separarse á una y dirigirse al hombre incrédulo. Siguiólas su vista con vivo interés, imaginando que lo conocerían, amonestándole acaso para que mudase de actitud. Tanta fué su curiosidad, que fingiendo que á pedirle iba fuego, acercósele también, y oyó estas precisas palabras:—Señor Max, es preciso que la Virgen os cure. Venid á beber agua milagrosa.

Max se resistía primero, encogiéndose de hombros; pero la mujer insistía tanto más, cuanto menos dócil se presentaba él.—¡Oh! ¿qué dificultad teneis? Hacedlo por mí. . . bebed un poco de agua: es fresquísima y excelente.—El hombre se movió por fin, pensando quizás que si el agua no le hacía bien, tampoco ciertamente le perjudicaría. Acercóse á la pila con talante irónico, y tomó de las manos de la señora el vaso lleno. Lo bebió todo de una vez. Beber, y huir del dorso de su mano una gran lupia, fué obra de un instante.

—¡Dios mio! gritó él, palideciendo de súbito é inclinándose hacia su mujer, que, de las dos mencionadas, era la señora que no se había movido del lugar:—Querida mia, le dijo lleno de agitación: estoy curado.—

—No me importunes, respondió ella recelosa; déjame; no es lugar éste para que te burles de mi fe.

—No me burlo, no: mira; ha desaparecido la lupia.

La mujer apenas sabía dar crédito á lo que observaba, y levantándose restregábase los ojos; no podían menos de creer: la lupia no estaba, y la plancha de plomo que antes la comprimiera, pendía como cosa inútil, á guisa de brazaletes; la piel aparecía sana, sin rastro alguno del mal. Ella y su amiga, que había invitado á Max á beber, cayeron de rodillas, derramando lágrimas de gozo y de gratitud á la Virgen milagrosa. El favorecido, por lo contrario, continuaba en pie, blanco como la cal, entontecido y no sabiendo qué hacer de su persona. Habíase descubierto y, arrojado el puro, repetía en alta voz:—¡Estoy curado, curado de veras! ¡La Virgen me ha curado!—La gente corrió, le atropelló, le rodeó y le importunó; difundióse pronto el grito: “¡Milagro, milagro!” que reunió más gente, aumentándose mucho el rumor. Todos querían ver la mano curada, tocarla, examinarla y congratularse con el hombre á quien había favorecido un portento. Contaba Max á todos

que era el director de orquesta del establecimiento de unas termas de los Pirineos próximos; que aquella mano, ahora tan lisa, estaba poco antes ocupada por un tumor que siempre iba en aumento, impidiéndole manejar el arco, y que había desaparecido el mal en el acto de beber; mostraba el dorso de su mano con la piel entera, las coyunturas sanas y las articulaciones libres.—¡La Virgen me ha curado! repetía.

Al grito de la pública fama también se había presentado aquel misionero favorecedor de los señores Needle. Examinó el hecho brevemente y oyó á los testigos. El testimonio más irrefragable de todos era el señor Max M. ., no desconocido por cierto en el país, á causa de su profesión, ejercida en un lugar próximo sumamente frecuentado. Su mujer y su amiga estaban acordes con él llorando de ternura. Formaba extraño contraste su alegría exuberante con la actitud indecisa y embarazada de Max, que, siendo protestante y libre pensador, no sabía conformarse con la idea de ser un personaje favorecido por el cielo.—Os pido por merced, le dijo el misionero, una leve prenda de gratitud á la Virgen que os ha curado.

—¿Cuál? dijo Max con desconfianza.

—Dadme esta plancha de plomo, que de hoy en adelante será inútil para vos.

—¿Para qué?

—Para suspenderla en el sitio de vuestra curación.

Max deshebilló las correitas, alargó la plancha, y procuró mezclarse entre la multitud (1). Max no había contado con la huésped. Seguía un joven inglés con una curiosidad que llamaremos furiosa. Era John, que había visto con sus ojos todas las escenas del drama; reponiéndose del primer arturdimiento de sagrado terror que había entorpecido sus miembros y cortado su respiración, más fogosamente que los demás circunstantes habíase puesto delante á fin de analizar la mano sanada, recoger noticias sobre la naturaleza y condiciones del mal que acababa de desaparecer, y adquirir la persuasión de un prodigio indudable. Disputando por los milagros en general, había pedido una multitud de cautelas é indagaciones; pero delante de un caso efectivo, habíase hallado

1 Hecho histórico digno del mayor crédito que á un acontecimiento sensible pueden conciliar la fe de los ojos y el testimonio de testigos honrados antes del juicio de la Iglesia, que no queremos prevenir. Lease á Segur, Las Maravillas de Lourdes, cap. XXVII. La plancha pende aun de la pared de la gruta.

como investido de absoluta evidencia por el conjunto de los detalles, cuya ficción era imposible: estaba como fuera de sí por el desaliento.

Cuando conseguía reunirse con Max, hablaba también á su madre, á sus hermanas y Julia, que oyendo los gritos de ¡Milagro! en torno de la gruta, y observando que corría la gente, habíanse movido igualmente y desandaban lo andado, no sin temer que hubiese ocurrido alguna novedad al mismo John. No cuidándose poco ni mucho éste de las preguntas con que le asaltaban, aferró sin ceremonias la mano del desconocido, diciéndole:— Señor, perdonad si os pido una tarjeta vuestra.

John, sumamente jadiante, casi tenía los ojos fuera de sus órbitas. Max, conmovido aún:—¿Porqué no? repuso; si quereis sólo esto, cambiémoslas. . . . Mas para evitar equivocaciones, sabed que no pertenezco á vuestra religión.

—¿Qué quereis decir?

—Que soy protestante, añadió Max.

—¿Vos protestante?

—Para serviros. ¿Os desplace? No cambiemos las tarjetas.

John iba de asombro en asombro y de pasmo en pasmo. Presentó el desconocido

á su madre, diciendo:—Madre mia, el señor concluye de ver aquí curada su mano: lo he observado yo (y se tocaba los ojos con las suyas). . . . ¿es protestante lo mismo que nosotros!

—¡Ah! ¿Son ustedes protestantes? dijo Max: lo celebro.

La señora añadió:—Habreis, señor, rogado con gran insistencia?

—Verdaderamente, contestó Max, no he rogado poco ni mucho: es un caso que no esperaba.

—Contádnolos; decidnos, por merced, cómo ha sido la cosa.

El señor Max contó en breves y secas palabras que su mujer y una amiga de ella, católicas ambas, habíanle invitado á la expedición de placer; que hallándose contemplando las curiosidades de la gruta, habíanle importunado á fin de lograr que bebiera de la fuente, y que habiéndolo hecho, había visto su mano libre de la enfermedad terrible. Esto dicho, cambió su tarjeta con la del joven, y saludando, desapareció. No desapareció tan pronto la profunda impresión que sintieron las protestantes. Temblaba mistress Needle como la hoja de un árbol, y temblando no concluía de hacerse repetir por John los

detalles del milagro, cuya veracidad no podía poner en duda: atónitas, y abierta la boca: esenchaban las niñas: Julia, en silencioso éxtasis de gozo, alzaba de vez en cuando los ojos al cielo, unía sus manos en actitud de dar gracias, y suplicaba á Dios y á la Virgen que concluyera la obra comenzada quizás en el corazón de sus amados protestantes.

De pronto dijo la señora:—Veamos de nuevo la gruta.—Entró en ella, se puso de rodillas, y oró circundada de sus hijos. Era la primera vez que una oración espontánea salía de lo más íntimo de su alma, dirigida á la Madre de Dios. Julia, unas veces con el rostro casi en el suelo, y otras tapado entre sus palmas, llenábase de gozo por la oración más dulce de su vida. Al salir todos conmovidos de la sagrada gruta, hallaron nuevamante al referido misionero, con un hombre que traía una escala. Fueron á encontrarle.—¿Qué haceis, reverendo? le preguntó mistress Needle cen cara mucho más risueña que antes.

—Vedlo, repuso el sacerdote, mostrando la plancha de plomo; voy á suspender en la gruta la prueba del milagro.

—¡Ah! ¡Si lo hubiese previsto! exclamó la señora.

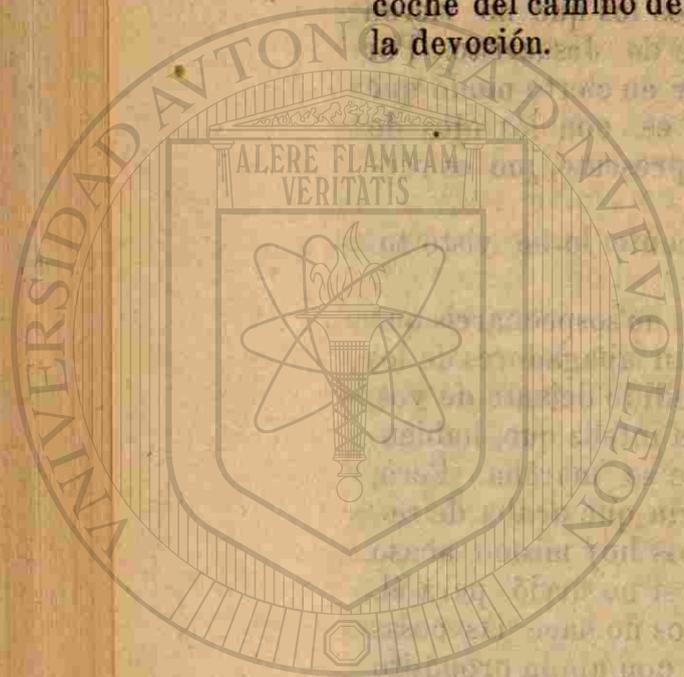
—“¡Bienaventurados los que no vieron y creyeron!” Es frase de Jesucristo. Por lo demás, podeis decir en cierto modo que lo habeis visto, esto es, oon los ojos de vuestro hijo. Estaba presente, ¿no es verdad?

—Presente, sí, presente: lo he visto todo, dijo John.

—A lo menos ahora no sospechareis que los ojos de un infiel sean apagadores de los milagros. Este ha sucedido delante de vos, y por añadidura en un infeliz que, habiendo venido sin fe, sin fe se marcha. Pero, ¿quién sabe? Si la gracia que acaba de recibir no le abre los ojos hoy mismo, acaso se los abrirá mañana; si no sirvió para él, servirá para otros. Dios no hace las cosas al acaso, sino siempre con algún proposito digno de su sabiduría.

Mistress Needle quiso tener en su mano la plancha, que se puso á examinar despacio; también las niñas la miraron bien. Era una compresa de metal espeso y pesado, visiblemente doblada y ahondada, con los bordes gastados por el uso. Fué suspendida, estando presentes todos, en la pared del santuario: No sabían apartarse

de aquel lugar de estupores. Al fin la precisión de comer antes de subir de nuevo al coche del camino de hierro, pudo más que la devoción.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

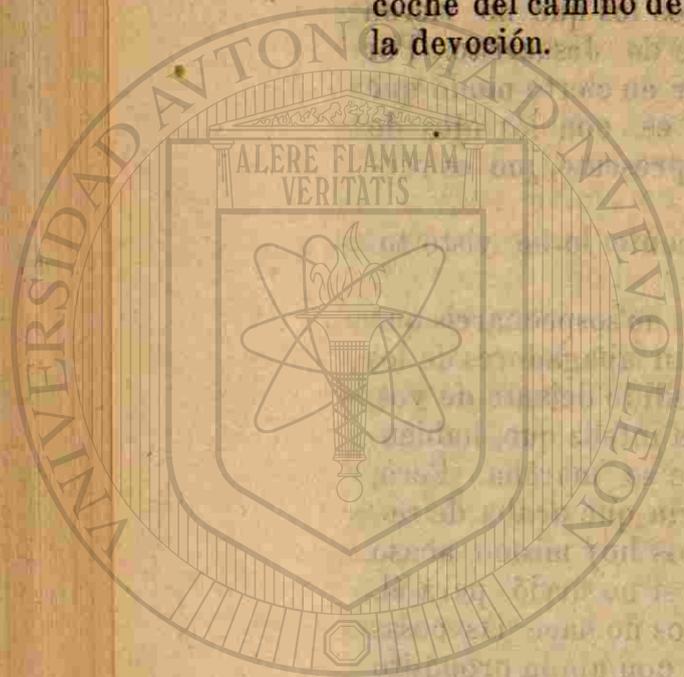
DIRECCIÓN GENERAL DE

LVII.

EL BALANCE DEL VIAJE.

Tres días después de irse á Lourdes, la comitiva de la Nædle desembarcaba en la cala del Puente de Londres. De tan precipitado viajar era causa la misma precisión del descanso, porque la señora prefería llegar en deruchura con un esfuerzo á Parque Verde, para descansar con inquietud

de aquel lugar de estupores. Al fin la precisión de comer antes de subir de nuevo al coche del camino de hierro, pudo más que la devoción.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

LVII.

EL BALANCE DEL VIAJE.

Tres días después de irse á Lourdes, la comitiva de la Nædle desembarcaba en la cala del Puente de Londres. De tan precipitado viajar era causa la misma precisión del descanso, porque la señora prefería llegar en deruchura con un esfuerzo á Parque Verde, para descansar con inquietud

no interumpida á detenerse aquí ó allá, con un pie en el estribo siempre para volver á partir. Entre tanto, ora en los coches del camino de hierro, ora en su pequeña cámara del vapor, pasaba en revista las ganancias y las pérdidas de su expedición á Italia durante el invierno.

Recordábanle los elementos del debe y del haber las mismas personas que á su alrededor veía, esto es, sus hijos y Julia. Clara y Clemencia parecíanle muy otras de lo que fueran al zarpar de Londres. Habíalas Julia mudado, sin dar á entender que se fatigaba mucho en torno de ellas; habíalas instruido para que se presentasen con franqueza y elegancia en las conversaciones con los extraños; ya tocaban algunos acordes en el piano, no sólo de oídas, sino sujetándose á las notas estrictamente; hablaban el italiano, haciéndose comprender, y traduciendo un libro fácil. Por añadidura, su maestra, rica de concimientos físicos, les había inspirado de cien maneras lo más y lo mejor que correspondía, en su sentir, á jóvenes de tan poca edad: habían en su virtud, venido á ser observadoras inteligentes de los fenómenos de la naturaleza, infiriendo razonadamente sus causas, con inmensa satisfacción de su

madre, que descubría á simple vista su cotidiano aprovechamiento.

Sobre todo, una cosa llenaba de gozo el espíritu virtuoso de la señora; el vivo esplendor de bondad creciente que descubría en sus amadas hijas. Habíalas confluído á Julia, puras como palomitas de nido, por feliz ignorancia del mal más que por raciocinio formado. Ahora bien: Julia hacía consistir el trabajo de su educación de dar temple á la voluntad, de modo que voluntariamente halláran los malos instintos, dando deliberadamente oídos á los nobles y generosos. Frecuentemente, al hablar de esto con la señora, insistía en que multiplicar las nociones literarias y científicas, con todas las añadiduras del baile, de la música y de otras cositas muy propias de una doncella de pura sangre, era inútil de todo, no mereciendo el nombre de educación, si no se disciplinaba la parte anterior, si no se ponían en orden, y si no se levantaba la cabeza nativa, conduciéndola por los caminos del honor y de la virtud. Me parece que debo acudir á las fuerzas de Hércules (decía en la intimidad amigable concedida por la señora) para trabajar en sus dos corazoncitos, sin recurrir á nuestros me-

dios católicos, que con poco esfuerzo dan por mayor bien concluidas las más hermosas empresas. No podeis figuraros hasta qué punto conseguiría excelentes resultados, pudiendo hablar libremente á vuestras hijas del Niño Jesús, de la Virgen María y del Angel Custodio, poniendo en práctica las cien industrias de la piedad católica. Sólo con que pudiese conducir las conmigo al tribunal de la penitencia, y disponerlas para la comunión, según nuestra costumbre, os puedo decir que mi cometido resultaría mucho más fácil.

—No, no, por caridad, respondía la Needle. Lo que haces, basta y sobra. No te propongas hacerlas beatas y amigas de supersticiosos. Yo las veo cada día más dóciles, más estudiosas y más amantes para mí; no busco más; no lo hagas peor, á fin de hacerlo mejor.

—Digo esto por decir algo, replicaba Julia; por lo demás, vos sabéis si les predico alguna otra moral fuera de la común á nosotras dos. Tened la seguridad de que con ellas á solas empleo el mismo lenguaje que uso delante de vos.

Precisada la joven á moralizar por alto, digamos así, no perdía, con todo, la esperanza de llegar á buen puerto. Se puso,

ante todo, á desarraigar de sus alumnas la tiranía del amor y del gusto propios, á fin de hacerlas esclavas voluntarias del deber, á fuerza de razones y prácticas. No podía sufrir esta razón, casi única entre los muchachos: "Hago esto, porque me gusta, ó no lo hago porque no me acomoda."

—Es el discurso del asno, decía prontamente Julia, el cual come yerba porque le place; es el discurso del ladrón que se apodera de las bolsas porque le gusta el dinero de los demás. Tu placer sólo puedes seguirlo cuando no se opone á la ley de Dios, ni á ninguna conveniencia.—Cuando hallaba oposición:—Vé, querida, exclamaba, no hay cosa más elevada, ni más noble, como romper la propia voluntad, cuando el deber lo manda: seguir al deber es reinar; reinar sobre las pasiones viles y los instintos brutales. Es llegar á ser uno semejante al mismo Dios, que obra siempre con rectitud infinita. Mas para ello es preciso conocer que someterse á la obediencia es someter á Dios. En esto consiste la verdadera independenciam, porque quien inclinase á Dios en el que manda, en realidad no reconoce más que un señor, y un señor nobilísimo, sin el riesgo de inclinarse á viles

mandones, como son las pasiones humanas y los usurpadores del poder. Los mártires tocan el ideal de la independencia, porque nadie puede conseguir que hagan algo contra su voluntad. No imágenes que sea esto una paradoja, sino una verdad palpable. Cuando te mando yo, debes pensar tú: ¿Por qué obedeceré á la maestra? Porque mi madre le ha dado autoridad para que me mande. ¿De quién tiene autoridad mi madre? De Dios, que se la dió en el cuarto precepto de la ley del Sinaí: luego sacadno bien las cuentas, obedecer á la maestra es obedecer á Dios: ¡qué honor!

Julia sabía partir tales alimentos sustanciosos y fuertes para educar el alma, y convertirlos en píldoras que pudieran tomar fácilmente sus tiernas discípulas. Aprovechando siempre las coyunturas, sabía también hacerlos más sabrosos con salsas picantes y sabores propios de la edad y de las circunstancias; á veces los administraba endulzados con una broma, pero sin que cesase nunca de remachar el clavo en las mentes infantiles. Pedía cuenta en ocasiones de sus enseñanzas y mandaba á sus alumnas procurasen repetir las en los ejercicios de la escuela.—Todo el saber humano, decía frecuentemente á sus discípulas,

sin la verdadera bondad, es raspay maldad. He conocido grandes damas, bellas como un rayo de sol, excelentes decidoras, adornadas con todos los conocimientos que pueden brillar en la sociedad civil, y hasta escritoras famosas. Sin embargo, por ser desenfrenadas en sus pasiones, eran en realidad vilísimas mujerzuelas, que ninguna familia honrada hubiera sufrido en su salón; sus monadas y sus hermosas habilidades mirábanse con horror, como los anillos dorados de una serpiente. Por el contrario, hay muchas, muchísimas, que no saben escribir la O, pero que son conocidas de todos como buenas muchachas, buenas madres ó buenas mujeres: estas son acariciadas en sus familias como la perla de la casa y enaltecidas fuera con el nombre de ángeles de la sociedad. ¿Qué más? El mismo Dios tiene á las ignorantes virtuosas en grandísimo concepto, y desdeña mucho á las cultísimas malvadas. Ahora bien: ¿qué debéis hacer vosotras? El sublime y perfecto ideal será unir la cultura con la bondad, dando una de las cualidades lustre á la otra.—

Además de tales apogemas de filosofía cristiana que inculcaba frecuentemente, la maestra tenía uno de continuo en los labios.—No hacer, ni decir, ni pensar nada

que pueda displacer al ojo vigilantísimo de Dios.—Maravillábase mistress Needle de que floreciesen tan espontáneas las ocasiones para repetir de mil modos esta capital sentencia, de arte que pareciera oportunísima en la conversación. Agradecía la buena mamá tales sermones, y los confirmaba con textos bíblicos, que no valían acaso la centésima parte de la irresistible persuasión que Julia inspiraba por el convencimiento de que aparecía dominada, y la viveza de su fuego juvenil.

Mucho más fácilmente lograba su objeto la Needle en las parénesis familiares, cuando á las pequeñas proponía el ejemplo de su profesora. Aunque le movió ante todo á tenerla en su casa el deseo de modelar á sus hijas sobre ella, no vacilaba en recomendársela de propósito. Les decía que recordasen que había nacido muy noble, y que por su sangre, si no por su fortuna, las aventajaba mucho, conformándose con todo, con su estado decaído, sin emplear nunca el tono del antiguo, y sin huir de servir las como una sierva humilde. Añadía que observasen cuán cauta era en la conversación, á fin de no decir una palabra ofensiva contra los ausentes, y con cuánta mansedumbre sufría las bromas, sin profe-

rir por resentimiento una sola frase mordaz. Que comprendiesen la grandeza con que alejábase Julia de las debilidades comunes, sin jaetarse nunca en las reuniones de su ciencia, cuidando de no aplaudirse ó anteponerse á otras.—¿Habeisla visto, prosiguía, presentarse en la tertulia vestida con poca sencillez, ó más elegante de lo que á su estado corresponde? Está, sin embargo, en la flor de su edad y de sus gracias.—

Al elogiar á miss Julia, no podía ser más sincera la palabra de la Needle, porque con la sagaz mirada de una mujer para otra, viviendo en doméstica familiaridad, habíala completamente analizado y conocido, llenándose á su vez de admiración sincera. La asiduidad de la conversación, versando en ocasión es sobre cosas espirituales, habia ofrecido á la joven coyunturas para descubrir nuevos horizontes sobre las virtudes cristianas: la Needle no sabía vislumbrar por sí en la Biblia ciertas bondades y delicadezas de la moral cristiana; pero no bien resplandecían en su mente, las aceptaba con placer, deponiéndolas en el tesoro del corazón para ella y para sus hijas.

Una cosa sólo exceptuaba: que cuidasen de no tomar poco ni mucho de la religión

de Julia, por ser peste, veneno y muerte. Que unieran lo puro de su creencia en el *anglicanismo* con la imitación de la bondad de la joven, con lo cual saldrían las mejores muchachas, que Dios y el mundo pudiesen desear. Cierto que tal excepción hacía poca mella en las muchachas, las cuales, sin osar contradecir abiertamente á su madre, conocían que su juicio era seguramente raro y erróneo. Por ello en la práctica, con toda la seguridad de un corazón inocente, abandonábanse á su maestra con sumo amor, tratándola con grandísimo respeto. Ayudada Julia de su docilidad y del buen servicio de la madre, podía enseñar bien á sus alumnas cuanto juzgaba bueno.

De su absoluto dominio servíase á veces para conseguir eficazmente la enmienda de cualquier culpa rarísima. Ocurría, por ejemplo, que faltaba una de las pequeñas á la sinceridad. Julia exigía la confesión entera, el propósito de no caer nuevamente, y la resolución de la penitencia que ofrecía la culpable imponerse á sí propia. y se perdonaba tanto más fácilmente cuanto era más voluntaria. Sufría las pequeñeces, las inadvertencias y las infracciones propias de la edad, pasando por ellas des-

pués de leve reprehensión, pero no pasaba sin castigo ni la más ligera culpa verdaderamente inmoral: una falta de respeto á la madre, una grosería con su hermana, un capricho raro ó una injuria á cualquiera del servicio. En estos casos era inexorable; si daba señales de disgusto al recibir la reprehensión, truncaba las cejas y exclamaba:—Sobre hacer el mal, te complaces por ello: quítate de delante; no te miraré más á la cara, mientras persistas así en la culpa.—Y manteníase grave, hasta que venía por sí propia la culpable á dar satisfacción: decía que dormir sobre tales faltas era empollar las culebritas y hacerlas serpientes.

Tenía ciertos modos suyos tan racionales y persuasivos para corregir, que hubiera maravillado que las alumnas no se hubiesen rendido con su cándido corazón. Un día encontró á la mayor delante de un espejo, en actitud de componerse. No dijo palabra. Habiendo pasado de nuevo veinte minutos después, vió que seguía mirándose. La tomó de la mano dulcemente, diciendo:—Ven, hija mia, tengo que hablarte.—Añadió cuando la tuvo en el cuarto:—Díme con franqueza incontinenti: ¿qué te proponías entreteniéndote media hora en

el espejo? Si es cosa justa, yo misma te compondré por mi mano como quieras.

—Me quería poner este lazo en el pelo, á fin de parecerme bien.

—¿Pero quién te ha imbuido semejante cosa? ¿Tú misma?

—Ví, contestó la muchacha, que Anita, que estuvo ayer con nosotros, llevaba el lazo en la cabeza, que todos la miraban, y que nadie ponía en mí sus ojos.

—¿Queriais, pues, llevar el lazo también de aquel modo?

—¿Queriais que todos te mirasen, no es verdad? Queriais que la gente, al mirarte, dijera: “¡Qué bien está Clara! ¡Qué bonita con el lazo! ¡Cuán hermosa!”

La niña se llenó de carmín, prosiguiendo Julia. —¡Oh! ¿Sentías por ventura que la mirasen, y que no hiciesen caso de tí? ¿Hubieras querido mejor que te contempláran, y no á ella?

Adivinada la niña, y leído su oculto pensamiento, lo confesó todo tomando el color de una cereza. —Añadió Julia mansamente:

—¿De qué te avergüenzas? ¿Te parece vergonzoso querer que te miren y que se olviden de las demás? Pero ¿por qué? Porque conoces que había en esto vanidad,

ambición, orgullo. Vamos, pues, arrepíente-te; la soberbia es la cosa más horrible del mundo y la más vil, porque hace á sus esclavos horribles y viles. ¿Qué diferencia hay entre un ángel y un diablo? En el fondo, en el fondo ésta no más: el diablo es soberbio y el ángel no. Si á fin de ser vista y ensalzada te complacieras y gozáras por la humillación de otras, al llegar á ser soberbia serías horrible y vil. ¿Trae, pues, cuenta perder media hora en el espejo para ser horrible y vil á los ojos de Dios? Oye, Clara mia dulce, hay en esto un mal positivo: avergüenzate, y avergüenzate sobre todo si has llegado á envidiar la hermosura de otras, sus adornos ó las alabanzas que consiguen: sentir disgustos por el bien ajeno es un vicio contra la generosidad, y una sordiz.—

La pobrecita Clara, humillada y compunjada por el terrible análisis del corazón hecho por la profesora, tenía luces en los ojos y ganas de llorar. Julia prosiguió:— Ahora gimes, y está bien; pero ¿supongo que no querrás gemir por haberte enseñado á desarraigar de tí la raíz de un vicio que hubiera podido brotar en tu alma? A lo más puedes gemir por la pena de haber hecho una cosa indigna de tu corazón:—

¿no es verdad?—Clara indicó que sí. Entonces la maestra:—Si es así tus bien vertidas lágrimas me dicen claro que te guardarás siempre, siempre de procurar vencer á las otras con tus monadas ó tus trajes. Linda, sí, y áun elegante, si la mamá lo quiere; pero cazar miradas á fin de atraer los corazones de cuantos te miren, ¡Dios te guarde! Sería vileza, y deshonor, y pecado. ¿Quieres ser bella á los ojos del Señor? Clara, persuadida y con gran convencimiento, dijo paladinamente:—Lo procuraré.—Julia la estrechó en sus brazos, imprimiendo en su frente uno de los rarísimos besos que dispensaba en muy pocas ocasiones, cuando había de sellar una paz, ó recompensar algún acto noble de abnegación.

Era también avisadísima en todo lo que de cerca ó de lejos podía empañar la inocencia de aquellas queridas almas virginales. Libros, estampas, dibujos, fotografías, cuadernos de música, cucuruchos de dulces, todo quedaba sujeto á una inspección rigurosa. Se dió el caso de tener que disputar hasta con la señora; lo hizo, y venció. Tratóse de un vestido nuevo, semejante para las dos pequeñas, que Julia no cre-

yó bastante cerrado: sucedía esto en Florencia. Las niñas se lo probaron delante del espejo, y llenáronse de admirable alegría: decían que las estaba pintado; que aquel rizado con franja de guarnición que adornaba la abertura del pecho les gustaba mucho, y apludíanse recíprocamente, no concluyendo con la sencilla pequeña vanidad propia del tiempo en que la malicia comienza de seguro á ejercer su oficio, sin conciencia cabal. Julia, que en aquel asunto era la superintendente y el todo, estudiaba bien la materia, dió el fallo de que á la abertura le faltaban dos botones. Aseguraba la modista que, según las reglas del arte, no se podían añadir conservando el corte, y que sería preciso rehacer el cuerpo con nueva hechura. Lo peor fué que, presente mistress Needle, si bien callaba con el fin de no contrariar á la joven, hacía entender con su actitud y semblante que pensaba lo mismo que la modista. Julia no se apartó un punto de su opinión:—Si es preciso, añadió, adoptar otra hechura, que se adopte; jamás habrá la señora gastado mejor ni más gustosamente como en esta ocasión, para satisfacer la escrupulosa modestia de sus hijas.—La modista debió irse refunfuñando.

Julia quería también disculparse con mistress Needle por su insistencia, y decir á las muchachas por qué habia obrado de aquel modo. Trascurridos algunos días, y cesado el mal humor de las alumnas, les impuso el deber de escribir una carta, en la cual una niña diese gracias á su maestra por haberla reprendido con amor, á causa de haberse presentado en un paseo público con vestido poco cerrado. Les dió una idea de la composición, haciéndoles sobre los trajes vergonzosos una plática bien discurreda, tan grave y terrible como la podía comprender la edad inocente de las niñas. — Ahora escribid, concluyó diciendo, con fuego, para que conozca cuál de los dos tiene repugnancia mayor á invilecerse. — Clara y Clemencia comprendieron incontinenti á dónde iba á dar el tema y el sermón; dóciles á su maestra, se pusieron á componer de tal modo, que las cartitas salieron perfectamente. Cuando presentólas á mistress Needle, dijo Julia: — Ved, señora, qué piensan vuestras angelitas cuando son enseñadas á razonar rectamente.

Mistress Needle se llenaba de placer al descubrir el tesoro de buen sentido que habia sabido infundir en las pequeñas, sin

entrar en conceptos superiores á su edad en experta; gozó mucho rato el aura de las delicadezas virginales que respiraba una y otra epístola. Sin embargo, no pudo menos de dirigirla un dulce reproche: — Me place, dijo, que vayas arraigando en ellas tales sentimientos; pero, dispensadme, me las vuelves acaso escrupulosas en exceso: á la verdad, no veía yo la precisión urgente de aquellos dos botones . . . aún sin ellos, me parecía que quedaban en los límites . . . casi . . .

— Perdonadme, señora, si os contradigo: yo por nada del mundo quisiera ver á las niñas jugar cerca de los límites. Somos mujeres, y el diablo enredador de nuestra ligereza nos arrastra más allá de los límites infaliblemente, si con frecuencia pasamos por el borde. Las desvergozadas que tal vez habeis encontrado con horror en algunas reuniones, comenzaron todas por quedarse casi en los límites; después el terreno resbaladizo las vendió, y han venido á dar en los grandes excesos.

Parecióle buenísima esta razón á la Needle, sobre todo por proceder de miss Julia, en la cual el corazón puro hablaba en sus lábios; con todo, callaba. Julia continuó: — La escena de no admitir el traje nue-

vo, bonito, y deseado por la tacha formal de inmodesto, dióles, idea de la importancia de no comparecer ni algo indecentes en público, como por desgracia veis que lo hacen tantas y tantas aquí; esta carta, en que han debido poner en juego su inteligencia para inquirir las razones de aprobar lo que las hería en lo más vivo, imprimirá en su mente la lección recibida. Si mañana (ya se acerca la estación) viúese á veros una de las señoras de velos falaces, que quieren toda la culpa de la desfachatez, y sólo huyen de los improperios, vuestras hijas, en lugar de decir: "Quisiera también un traje trasparente," dirían "¡Qué vergüenza . . . !" A lo menos así me lo figuro, sin que por lo demás pretenda yo aconsejaros.—Mistress Needle, por toda respuesta, dijo:—Te doy gracias: haz lo que te parezca; están en tus manos.

Por tales reminiscencias se complacía la madre y se llenaba de gozo en los coches del camino de hierro, al retornar á su país desde Francia. Sólo que cuanto su corazón se dulcificaba contemplando á las dos niñas, otro tanto sentía terrible angustia si miraba su primogénito, que, hundido en un ángulo, pensaba sólo devorar los libritos comprados en Lourdes. Nunca había

logrado adivinar en las pequeñas la obra insensible con que Julia las llevaba en dirección al catolicismo, á saber, con la luz de sus ejemplos, con su amor, con su servicio, y con las disputas sostenidas contra John. Por lo que hace al primogénito, en mil ocasiones había debido persuadirse de que se estaba evaporando en él toda la sustancia del "anglicanismo," quedando sólo una ligera pátina exterior, como un velo (pensaba ella) de hipocresía. Había leído sus pensamientos íntimos en sus cartas más secretas; le había visto adorar la Hostia, y extender la mano para que ardiese la biblia anglicana.—¿Qué le queda, concluía diciendo, sino pasar públicamente de la iglesia nativa al papismo?—Ahmentaba, con todo, la doliente madre una postrera esperanza; la de poderlo reducir en Parque Verde, con el socorro del ministro de la parroquia, que reputaba una lumbrera del anglicanismo.

—¿Qué es esto? (se ponía entonces á examinar su propio interior.) ¿Qué significa esta casi resignación que experimento al ver que dará un día ú otro día el mal paso? ¿Es frialdad de afecto hacia él? ¡Dios mío! Me parece que no. ¿Es desesperación? Quizá sí. Hace un año tal sospecha me

hubiera hecho perder el juicio . . . ¿y ahora? . . . ahora muestro mi aversión, más por costumbre inveterada, que por ímpetu de odio . . . ¿Qué es esto? . . . ¡Es Julia! Es Julia, que me familiariza con el papismo, gracias á sus encantamientos . . . No; no soy la misma que cuando salí de Inglaterra; no me reconozco á mí propia. Me ha seducido . . . Seducido, no; ¡pobrecita! ¿Ha empleado conmigo algún fraude? ¡Nunca, nunca! Todo su fraude se reduce á querer mucho á mis dos amadas angelitas, á deshacerse por ellas, siempre cuidándolas, como si fueran dos palomitas en un cestito, dándolas de comer ó de beber, y arreglando sus plumas . . . ¡He aquí cómo me arrebató el corazón y cómo me seduce . . . ! ¿Me quiere á mí? ¡Por mí se arrojaría en el fuego! Le cae encima una renta de siete ú ocho mil libras: puede volver á Nápoles, si no rica, dueña de sí; mas no piensa en ello . . . ¡Me ama mucho! no lo puedo negar: con todo su corazón . . . ¡A mí me desarma contra el papismo . . . ! Y luego tiene una elocuencia . . . ! Me haría escribir cosas falsas . . . ¡Me ha hecho rogar á la Virgen, como se logra que concluya su tarea una criatura! Al que me lo hubiera dicho un año atrás, le hubiera

considerado loco . . . Basta, no me arrepiento: despues de lo visto en Lourdes, sería culpable si resistiese á la luz . . . esto no mancha el más puro *anglicanismo* . . . Más, ¡quién sabe á dónde me conducirá Julia con la tiranía de sus maneritas . . . ! Tengo precisión de retemplarme en una atmósfera pura, permanecer con mis *correligionarios*, con mis ministros, con mi servicio divino á su tiempo y lugar, con mi Biblia en horas fijas . . . ¡Ah Parque verde!—

Con estos sábios pensamientos en parte, y en parte irracionales locuras, llegaba mistress Needle á Londres. Estaba decidida á detenerse allí sólo algunas horas; las precisas para esperar el tren de Newcastle. Aun cuando hubiera pensado detenerse más tiempo, la hubiera disuadido una carta de miss Mary. Refería que los intereses religiosos de la parroquia iban de mal en peor; que había luchado todo el invierno contra el partido puseista, según las órdenes recibidas, pero que ya perdía las fuerzas y la constancia, siendo de temer que surgieran novedades y ruinas irreparables.—En suma, concluía diciendo, en su lenguaje bíblico, la casa de Israel pelagra. Betulia está ceñida y sitiada por todas par-

tes: Holofernes hallase á las puertas, y no queda otra esperanza que el auxilio de Judit.—

Mistress Needle comprendió que los males debían ser muy profundos, y al momento envió este parte telegráfico: 'Parto sin tocar apenas Londres: mañana llego ahí con el primer tren de Newcastle.

LIX.

EL DOMINGO DE LOS PIETISTAS.

Los desastres de la parroquia de Parque verde eran mucho mayores de lo que había participado miss Mary. La mujer, en parte por el miedo de amargar á su señora, y en parte por el ánsia de no descubrir sus máculas, no había referido ni la milésima parte de las comunes desventuñas. La mala afición al *puseísmo* y al *ritualismo*, vigorosamente impugnada en el estío anterior, por haber cambiado mistress Needle á su párroco, de nuevo revivía más turbulenta que nunca. No poca culpa tenía la importunidad de miss Mary. Había tomado á la letra las palabras de su señora; quien, al salir de Italia, le había recomendado que la representase cerca del

reverendo rector. Por ello estaba todos los días sofisticando sobre la dirección que debía dar á la parroquia y sobre lo que debía decir en las prédicas, haciendo siempre sonar alto á la dama en nombre de la que pretendía dictar leyes. El pobre ministro no podía hacer más que humillarse y atar el borrico donde quería su señor. Sabíase después en el país que la vieja solterona, antipática en extremo, lo disponía todo, y llevaba de la nariz á su propio pastor; persuadiéndose cada uno fácilmente de que en el castillo de Parque verde se forjaban todos los rayos que llovían el domingo próximo en las cabezas de los novadores.

El natural efecto de tales voces era que tomasen tirria á la propia mistress Needle, á su procuradora miss Mary, y á su hechura el reverendo párroco Star: como si esto no fuese bastante se enardecían mucho los espíritus ya inclinados á las innovaciones. Por este y otros motivos se desalentaba el cura: no encontraba ya en su grey favor sino en una persona ausente, mistress Needle, y en otra presente, miss Mary, caída en el ridículo universal. Entre tanto veía que los ingresos desvanecíanse cada vez más como el humo, hasta el extremo de

tes: Holofernes hallase á las puertas, y no queda otra esperanza que el auxilio de Judit.—

Mistress Needle comprendió que los males debían ser muy profundos, y al momento envió este parte telegráfico: 'Parto sin tocar apenas Londres: mañana llego ahí con el primer tren de Newcastle.

LIX.

EL DOMINGO DE LOS PIETISTAS.

Los desastres de la parroquia de Parque verde eran mucho mayores de lo que había participado miss Mary. La mujer, en parte por el miedo de amargar á su señora, y en parte por el ánsia de no descubrir sus máculas, no había referido ni la milésima parte de las comunes desventuñas. La mala afición al *puseísmo* y al *ritualismo*, vigorosamente impugnada en el estío anterior, por haber cambiado mistress Needle á su párroco, de nuevo revivía más turbulenta que nunca. No poca culpa tenía la importunidad de miss Mary. Había tomado á la letra las palabras de su señora; quien, al salir de Italia, le había recomendado que la representase cerca del

reverendo rector. Por ello estaba todos los días sofisticando sobre la dirección que debía dar á la parroquia y sobre lo que debía decir en las prédicas, haciendo siempre sonar alto á la dama en nombre de la que pretendía dictar leyes. El pobre ministro no podía hacer más que humillarse y atar el borrico donde quería su señor. Sabíase después en el país que la vieja solterona, antipática en extremo, lo disponía todo, y llevaba de la nariz á su propio pastor; persuadiéndose cada uno fácilmente de que en el castillo de Parque verde se forjaban todos los rayos que llovían el domingo próximo en las cabezas de los novadores.

El natural efecto de tales voces era que tomasen tirria á la propia mistress Needle, á su procuradora miss Mary, y á su hechura el reverendo párroco Star: como si esto no fuese bastante se enardecían mucho los espíritus ya inclinados á las innovaciones. Por este y otros motivos se desalentaba el cura: no encontraba ya en su grey favor sino en una persona ausente, mistress Needle, y en otra presente, miss Mary, caída en el ridículo universal. Entre tanto veía que los ingresos desvanecíanse cada vez más como el humo, hasta el extremo de

serle ya difícil dar á su no pequeña familia tanto pan de trigo cuanto pan evangélico suministraba él á sus ovejas.

Ni aun los derechos de estola (los anglicanos han suprimido ésta, pero han conservado el nombre y la cosa) podía percibir fácilmente, porque los revoltosos parroquianos quisieron entablar sobre ellos negociaciones. Fué preciso que se sujetase á la tarifa modificada que fijaron: en compensación no administraba el bautismo y el matrimonio según la necesidad de cada cual, sino á grupos, cuando estaban prontos á recibirlos un regimiento de criaturas ó esposos. Tales miserias cotidianas venían á ser para él tanto más insostenibles, cuanto á todas horas se le ponía delante del pensamiento la imágen cruel del doctor Wind, párroco titulado, que á sus expensas pescaba la muy abundante asignación del beneficio.—¡Es doloroso! exclamaba él en familia: yo llevo el peso del día y del calor, pero él no se incomoda en lo más mínimo; tengo que procurarme el pan con cuarenta esterlinas roñosas, y él nada en la opulencia. ¡Oh! ¡Qué suerte tan mala la del clero inferior...! El clero privilegiado, es preciso reconocerlo, nos tiene en un potro.—

Para el reverendo Star, para su mujer y para sus hijos, fué un día hermoso aquel en que miss Mary les llevó el anuncio de que mistress Needle hallábase á punto de volver. El cura fué á reverenciar á la patrona en el andén de la via férrea, y al día siguiente se presentó en el castillo para referir sus cuitas, como también las de la parroquia. Procurando no decir demasiadamente, hizo lo posible para dar á entender que la presunción y el fanatismo de la puritana miss Mary habían empujado la barca á los escollos, en vez de regirla entre las tormentas. Mistress Needle, que conocía muy bien á su gente, no tardó en penetrar en el fondo de la cuestión. Léjos, sin embargo, de darse por vencida, sintió renacer el celo más vivo y ardiente para restaurar las ruinas de la casa de Dios.

Tenía ciertamente á la mano mil medios eficaces, que faltaban al pobre cura. Mientras permanecía en el país, no podían faltar cierto número de adherentes al pastor. Poseía por los alrededores tierras y propiedades vastísimas, en las que habitaban los colonos correspondientes; tenía también minas riquísimas de carbón de piedra, y por tanto, á centenares y á miles, peones, zapadores, carboneros, mineros, capataces

y sobrestantes más ó menos sometidos; con ellos estaban sus respectivas familias, compuestas de personas que tenían pocas ganas de luchar abiertamente con la dama. Aun cuando no hubiese tenido á otros, quedaban de continuo á sus órdenes los del castillo con sus criados para el servicio de la casa ó de los jardines, que no podían sustraerse de ningún modo á su religiosa influencia. Se dirigía los días festivos al templo en carruaje de gala, con lacayos de librea solemne; ella y sus hijos iban en el primer coche; en los otros las camareras, las nodrizas, las niñeras, las planchadoras y las costureras. La masculina servidumbre iba á pie; estaban todos seguros de que al ojo vigilante de la señora no se le hubiera escapado si uno se hubiese atrevido á faltar á las funciones del domingo. Sobre todo en las primeras semanas posteriores al regreso de mistress Needle, la cosa marchaba perfectamente, llenándose toda la iglesia, con placer extraordinario del reverendo pastor.

Mucho podía también mistress Needle con el buen ejemplo. Se sabía que en el castillo el día de fiesta se observaba con escrupulosidad que correspondía dignamente á la celebración del servicio en el

templo. En él doblábase la paz de aquellas mansiones, nunca estrepitosas. La señora, no sólo exigía que observasen las fiestas sus colonos, sus jardineros, sus mozos de cuadra y sus servidores, sino que se gloriaba de convertir su palacio en una especie de templo. Después de comer en la tarde del sábado recorría todas las habitaciones y visitaba cuidadosamente las labores, así como el guardaropa y los cuartos de sus sirvientas; quería que la ropa estuviese guardada, que los canastillos se arreglasen perfectamente, que las mesas se viesan desocupadas, y que los armarios se cerrasen con diligencia. En la sala de visitas del entre-suelo, según la costumbre inglesa, quería encontrar recogidos los papeles de música y echado el atril del piano; volvía la llave, que mandaba colgar de un clavo en su propio gabinete. Pasaba, por último, en revista los cuartos íntimos de la casa. No sufría un mueble fuera de su lugar, ni un cajón abierto, ni unas tijeras abandonadas sobre el costurero. ¡Ay si un rodete de seda ó un bastidor de bordar hubieran tardado á ceder el sitio al día del Señor! ¡Ay si Clara ó Clemencia se hubieran atrevido á estudiar una lección ó á leer un libro profano! ¡Ay, sobre todo, si hubieran intentado abrir los

cartones del dibujo ó teñir un pincel en tinta china! Ciertamente hubieran oído los gritos más agudos con que su buena madre las hubiese amonestado.

Importa confesar que mistress Needle obraba en todo esto por estímulo de su conciencia delicada: así entendía el reposo bíblico del sábado. Según su interpretación del sagrado texto, el único trabajo lícito en aquel día era sacar á la Biblia de su funda. Había de ellas una riqueza en su casa: para cada persona de la familia una cuando menos, bien encuadernada y bien cuidada; para ella y para sus hijos gloriábase de poseer una multitud; biblias de estudio y biblias de salón, biblias de mesa y biblias de bolsillo, biblias de lujo y biblias manuales, biblias de casa y biblias para las funciones del templo. Ni dejaba que se llenasen de polvo, haciendo que cada una sirviera en su tiempo y lugar.

John se libraba fácilmente de los rigores dominicales, porque teniendo su cuarto cerrado con llave, no había quien osase abrirlo ni asomar en él su faz para examinarlo. Si estaba dentro corría el pestillo, y buenas noches. A su modo de ver, el mejor medio de santificar el domingo era seguir estudiando la religión. Después del retorno

había llegado á ser esta su ocupación única. Mas sus hermanas, que no podían como él pasar el pestillo, ni sustraerse de modo alguno á la vigilancia materna, consideraban el santo día como un santo suplicio. ¡Pobrecitas! Erales forzoso renunciar al aro, á la cuerda, al cochecito y al colimpo, contentándose con dar sosamente vueltas por las calles de árboles del parque y con ver las eras del jardín, que conocían á ojo cerrado, como las torrecillas góticas que se veían en los ángulos del palacio y los arcos agudos que adornaban el ventaraje. La más activa diversión que les permitía la protestante rigurosa era dejarles dar algún salto por los prados.

Ni se crea que la señora, para restablecer la piedad decaída, se ciñese á frecuentar con pompa el templo, y á disponer lo preciso para la observancia dominical, no; metía generosamente la mano en su bolsa, según le dictaba su corazón pío y misericordioso. Si había que hacer restauraciones en el templo, juzgaba estricto deber de su *jus patronato* concurrir largamente á los gastos; á la oficina de beneficencia remitía sus cuotas con regular constancia, lo cual no impedía que hiciera llegar también sus socorros á las cabañas de los obreros y

de otros necesitados, principalmente si frecuentaban las funciones del templo. Aprendido había en la biblia esta misericordia. ¡Milagro de la divina bondad! El piadoso Señor había dispuesto que de aquel informe resto de biblia, como es la biblia anglicana, mistress Needle, como tantas otras almas buenas, sacase la miel de la piedad y el aceite de la compasión (1). A veces Julia medio burlándose y medio seria, le decía:—Os veo siempre con vuestra biblia en la mano, y si no estoy en un error, algún buen pensamiento sacais de ella: me recuerda esto aquel pasaje de la Escritura: “A fin de chupar la miel de la piedra y el aceite del peñasco durísimo.”

—¿Qué quieres decir?

—A mi modo de ver, la biblia vuestra no es Biblia, siuo un libro malo; con todo, Dios se sirve de él para hacernos bien.—

[1] Me indicaron que la frase *un resto de biblia* es demasiado severa. Significa sólo *Biblia mutilada*; que la biblia anglicana lo está, es de fe, por faltar en ella varios libros canónicos. Este defecto (además de otros) hace que sea un *libro malo*, por ser un sacrilegio quitar á los fieles la sagrada palabra de Dios. Por ello la iglesia le prohíbe.

LX.

CUIDADOS PARROQUIALES DE UNA SEÑORA.

Si mistress Needle derramaba con gusto de todas maneras limosnas abundantes en el seno de los infelices, mucho más cordialmente hacía descender el benéfico rocío sobre la tierra infecunda del pobre cura. Era éste un buen hombre, no ignorante ni docto, no impío ni furioso en su fe; enemigo de la Iglesia católica, por oficio, mas sin odio; adversario mortal del *Ritualismo*, porque le había dado ocasión para serlo; ferviente secuaz del Alta iglesia, á la que amaba mucho y conocía poco, por no haber estudiado nunca el *Book of the Common Prayer* y mucho menos la Escritura: desempeñaba su papel de ministro por ser muy práctico, como hijo, nieto y biznieto de sacerdotes. Hallándose en Parque verde por gracia de mistress Needle, bendecía su fortuna, que le había dado un poco de tranquilidad, si bien con pan escaso. No tenía inconveniente alguno en tomar una disposición parroquial, si no quebrantaba los treinta y nueve artículos, y complacía á la patrona, encontrándose resuelto, sin

de otros necesitados, principalmente si frecuentaban las funciones del templo. Aprendido había en la biblia esta misericordia. ¡Milagro de la divina bondad! El piadoso Señor había dispuesto que de aquel informe resto de biblia, como es la biblia anglicana, mistress Needle, como tantas otras almas buenas, sacase la miel de la piedad y el aceite de la compasión (1). A veces Julia medio burlándose y medio seria, le decía:—Os veo siempre con vuestra biblia en la mano, y si no estoy en un error, algún buen pensamiento sacais de ella: me recuerda esto aquel pasaje de la Escritura: “A fin de chupar la miel de la piedra y el aceite del peñasco durísimo.”

—¿Qué quieres decir?

—A mi modo de ver, la biblia vuestra no es Biblia, siuo un libro malo; con todo, Dios se sirve de él para hacernos bien.—

[1] Me indicaron que la frase *un resto de biblia* es demasiado severa. Significa sólo *Biblia mutilada*; que la biblia anglicana lo está, es de fe, por faltar en ella varios libros canónicos. Este defecto (además de otros) hace que sea un *libro malo*, por ser un sacrilegio quitar á los fieles la sagrada palabra de Dios. Por ello la iglesia lo prohíbe.

LX.

CUIDADOS PARROQUIALES DE UNA SEÑORA.

Si mistress Needle derramaba con gusto de todas maneras limosnas abundantes en el seno de los infelices, mucho más cordialmente hacía descender el benéfico rocío sobre la tierra infecunda del pobre cura. Era éste un buen hombre, no ignorante ni docto, no impío ni furioso en su fe; enemigo de la Iglesia católica, por oficio, mas sin odio; adversario mortal del *Ritualismo*, porque le había dado ocasión para serlo; ferviente secuaz del Alta iglesia, á la que amaba mucho y conocía poco, por no haber estudiado nunca el *Book of the Common Prayer* y mucho menos la Escritura: desempeñaba su papel de ministro por ser muy práctico, como hijo, nieto y biznieto de sacerdotes. Hallándose en Parque verde por gracia de mistress Needle, bendecía su fortuna, que le había dado un poco de tranquilidad, si bien con pan escaso. No tenía inconveniente alguno en tomar una disposición parroquial, si no quebrantaba los treinta y nueve artículos, y complacía á la patrona, encontrándose resuelto, sin

embargo, á cambiarla, si el señor John, llegado á la mayor edad, la desaprobase. Interin los tiempos le mantuvieron en su cargo ó se lo quitaran, gozaba el presente y reconocía en la poderosa dama, no sólo la más edificante ovejuela, sino también la más pingüe, la de más leche y la más docil para el esquileo.

En cambio de su caritativa largueza, mistress Needle no exigía nada difícil de su reverendo pastor: pedía solamente alguna deferencia á sus consejos, siempre ventajosos para él y para su rebaño. Era su consejera nata, porque además de haberlo elegido y puesto en lugar de prebendado titular, le había obtenido el usufructo de la casa rectoral y del jardín, le había también abierto camino anunciando anticipadamente su llegada, así como enalteciendo sus prendas, y le conservaba su favor contra los malévolos y los sediciosos. Como si esto no fuese bastante, mezclaba claba lo útil con lo dulce, porque lo trataba con finos cumplimientos, realmente desusados en los señores respecto de los ministriles de segunda fila: le invitaba no pocas veces á comer, admitía asimismo á su esposa en los salones, como si fuese una señorona, por más que no recibiera en aquel

dia forasteros en el castillo, y dejaba que las hijas del cura gozaran los encantos de su Parque juntamente con sus propias niñas. Julia, en estos casos, ó no decía nada, ó hablaba de cosas insignificantes.

En tanto que los demás se divertían á la sombra de las plantas, mistress Needle hablaba reverente y de un modo bíblico con su pastor, á quien iba proponiendo las disposiciones que le dictaba su celo y las tesis más saludables que convenía tratar en el sermón del domingo siguiente:—Ved, mi reverendo señor; es preciso *poner la segur en la raíz* y no *herir en el aire*; de otra manera como el Apóstol dice, sólo llegase á ser *un bronce retumbante ó un címbalo sonoro*

—¿Cómo? ¿No advertis, mi buena señora, que de no poco tiempo á esta parte he puesto manos á la obra con el mayor ahinco? Me ciño á precaver vuestras indicaciones sapientísimas. Miro precisamente á la fe, que es *raíz de la salud*. Sin que intente vanagloriarme, me siento fuerte en punto á polémica, y paréceme que estoy en mi elemento cuando me pongo á maltratar el papismo.

—Es muy cierto, respondió la Needle, y os doy por ello mi enhorabuena. Pero en

mi sentir convendría reservar la controversia para los felices días en que tenga el honor de veros á mi mesa. Hablad con mi John, haciendo que pierda sus aficiones al puseísmo y al papismo; venid también armado de argumentos, seguro de que vuestras palabras me parecerán una música de suave armonía. ¿Qué se gana en los domingos de invierno chillando dentro de la iglesia contra el Papa y contra nuestros anglicanos semi-ritualistas? Nuestros inquilinos y carboneros miran con tanto interés los treinta y nueve artículos, como los treinta y nueve latigazos sufridos por San Pablo. Moral (me someto á vuestro juicio), moral se necesita, y moral práctica!

—Decís perfectamente, señora: vuestro talento religioso solamente os inspira cosas buenas; sin embargo, reconoced que conviene algún espolazo contra los novadores. Por supuesto, se ocultan lo mismo que los hongos; el invierno pasado supe que había una gran fermentación de *ritualismo*, sobre todo en los contados de la clase media; y yo, zurra.

—No quisiera, repuso la Needle, que conocía los malos humores latentes y hubiera querido poner un poco de ceniza en el fuego, no quisiera que, por golpearlos de-

masiado, hiciesen cosas peores. Me ha llegado un rumor, según el cual ciertas cabezas sin seso se juntan íntimamente con el fin de darnos algún disgusto. Será falso; pero es siempre mejor no azuzarlos. Si se predica la moral, nadie se puede considerar ofendido. He oído este invierno á los predicadores papistas en Italia: truenan siempre contra el vicio, y raras veces se ponen á defender la fe. Me dijeron que juzgan las conferencias polémicas un exceso de predicación, útil á las grandes ciudades, pero impropia de los pueblos. Dejemos pasar sus eternas charlas, con el fin de compeler el pueblo á la confesión, aunque atormenta oírlos: siempre, sin embargo, es verdad que cuanto es pestífera la doctrina romana, tanto es astuto y eficaz el modo de infundirla.

—¡Oh! ¿Quisiérais, pues, preguntó el cura, que diésemos misiones aquí, según la costumbre de Italia?

—Me complacería muchísimo, si fuese posible, respondió la señora. En Francia, en Italia, en Alemania y en los Estados Unidos las misiones de los católicos restablecen la práctica de la vida cristiana.

¿Y quisiérais ver estas bataholas en Parque verde?

—No las bataholas, dijo la Needle, sino la sustancia. Ciertamente no quisiera ver á la Biblia llevada en procesión, como llevan ellos sus vírgenes, entre cantos y gritos; pero me regociaría mucho al ver á nuestros obreros y campesinos hormigueando en torno de la casa de Dios, ávidos de oír la palabra santa, dejándose llevar, según ví no hace mucho en una campiña toscana, la de la mano de un misionero como niños ingénuos. Mucho me complacería todo esto; daéleme que la predicación entre nosotros haya venido á ser una cosa muerta, y casi una voz en el desierto.

—¡Siempre bueno vuestro corazón! replicó el cura. Mas para poder algo en el pueblo, convendría que tuviésemos los medios eficaces de que se sirven los ministros papistas. Nosotros nos agitamos mucho; mas nuestros expedientes se reducen al sermón del domingo, que no se oye, y punto final. Por supuesto, es una necesidad, va que no un bien. ¿Cómo, si no, podría un ministro cuidar de su familia?

—Comprendo, comprendo, dijo la Needle, á quien la indicación no parecía muy oportuna. Con todo, aún el sermón, entre la solemnidad del servicio religioso, agregado á la santa Cena, podría ser un instrumento

de conversión, si se calcase con celo sobre la moral. Al fin, la palabra de Dios es una *espada de dos filos*, como dice la Escritura, y la *voz del Señor que rompe los cedros*: por mucho que haya languidecido el fervor de nuestra iglesia, la *palabra de Dios no está atada ni vuelve atrás sin fruto*.

—¿Sabeis lo que se necesitaría para mover las turbas de *corazón incircunciso*? Os lo diré. Deberíamos, como los predicadores papistas, hacer sonar alto las amenazas del Eterno.

—¿Y quién lo impide? respondió la Needle. En el nuevo testamento figuran los sermones de San Pablo y de San Pedro: no añadiríamos á ellos nada intimando el juicio universal, y la presentación de Jesucristo entre nubes para juzgar al mundo.

—Intimaban, añadió el cura, con frases notorias el infierno. . . .

—¡Esto no, por merced! exclamó vivamente disgustada la religiosa *pielista*: ¡mil veces no! Es una de las cosas que más me disgustan en las prédicas de los papistas, y los protestantes la dejan aparte ahora universalmente. Parece que los sacerdotes católicos se complacen en atormentar á sus fieles, no acaban nunca de hablarnos de

humo, azufre, fuego, llamas, incendios y hogueras. Al oírlos, juzga uno sentirse ya sobre las parrillas, con carbones encendidos debajo y encima, como también que los diablos le atizan y tienen clavado en sus arpones. ¡Y pensar que dicen tales cosas á damas gentiles y á doncellas delicadísimas! ¿Es posible que la infinita Bondad quiera ser cruel así con las más elegantes y sensibles criaturas? ¡Nunca, nunca!—

Al reverendo cura Star, que después de todo no era un tonto ni un incrédulo, se le ocurrían los muchos terribilísimos textos de la Escritura, en los cuales Jesucristo denuncia el fuego infernal, declarándolo eterno; parecía de fe clarísima la verdad, y fundada en argumentos perentorios. Sin embargo, como no le pedían que renegara del artículo de fe, sino que insistiera poco en él, no dió señal de maravilla.

Mistress Needle, insistiendo:—Si se contentaran con predicar un castigo pasajero proporcionado á las culpas, menos mal. Pero no; procuran prolongarlo todo lo posible, y hacen exclamaciones sobre la eternidad del fuego; se agitan y mueven á gusto en aquella prisión sin salida y en aquellos abismos de desesperación que nunca se pueden dejar. . . . No comprendo por qué

Pio IX, que tiene fama de pontífice más templado y benigno que otros, permite aun tales excesos.

—¡Excesos excesos! Decías perfectamente, respondió el cura. Sea lo que sea el dogma en sí, convengo en que mencionarlo mucho es una imprudencia. Sé que una gran señora impuso como primera condición á su capellán que nunca se lo mentase, no por infidelidad, sino por prudencia (1). Sobre todo, hablando á personas del sexo gentil, nunca se deben explicar los pasajes evangélicos con interpretaciones severas.

—He aquí, replicó la Needle, la ventaja del libre examen. Aun á mí me dió antes la ocurrencia de tomar literalmente las palabras de Jesucristo *Id, malditos, al fuego eterno*; pensaba en ellos con viva fe, me ponía en secreto á temblar y las recordaba á mis hijos; pero hace tres años que nada les digo del asunto. Me parece mejor entender dichas frases como una simple amenaza caída de los labios del Redentor, á fin de atemorizarnos, y nada más. Estamos entendidos, por consiguiente: de-

[1] Un docto inglés calificó este suceso de improbable. Sin embargo, es histórico, y podría llamar con su nombre á la dama inglesa que prohibió lo dicho á su capellán.

jamos el infierno y la eternidad para los papistas: *ni siquiera nombrarlos*.

—Sereis servida, señora, con muchísimo gusto. Cada uno es libre para entender la Biblia como le parece mejor. En cuanto á mí, nada me cuesta tomar ó prescindir de un asunto.

La Needle:— Acaso faltan temas de sermones? Existen las ocho bienaventuranzas, así como las exhortaciones sobre la caridad con el prójimo, sobre la tolerancia, sobre la limosna y sobre cien cosas más que no turban la conciencia de nadie. Existen, además, para el que usarlas sepa con parsimonia, las controversias contra el papismo, y las novedades corrientes. ¿A qué fin, pues, horripilar á las mujeres con las llamas eternas? Fuera de que, para nosotros, en las aldeas existen siempre asuntos naturales, si queremos emprenderlos (la celosa protestante hacía causa común con su cura), contra el ocio, contra la pereza, contra la embriaguez, etc. Espero de vos, á la brevedad posible, una magnífica repulsa que deberá caer sobre los holgazanes que pasan el domingo y el lunes desocupando vasos en la taberna. ¡Verdaderos brutos! Se juegan en media hora el jornal de la semana, y á sus mujeres quédanles sólo en to-

da la siguiente ojos para llorar. ¿Lo sabeis? En cierto lunes un jefe de la mina no encontró brazos bastantes; si el hambre no les compele al trabajo, no hay forma de que tomen el camino de los fosos: caro ministerio, reñid, y reñid de firme; vaciad el arsenal de la Biblia contra los bebedores; sed duro contra los rateros de campiña; echad lejía ardiente sobre los colonos corrompidos que no están nunca en disposición de ajustar cuentas con su señor.—

Al oír esto el fiel cura disponía el plan del próximo sermón. Así en gracia de los pródigos consejos de mistrees Needle y de la naturaleza morbidísima del predicante, florecía la predicación en la parroquia de Parque verde: la predicación suave y conciliadora, que no compelia á los anglicanos contra los *puseistas* ni á los *puseistas* contra los anglicanos; la predicación que ayudaba á la señora á percibir sus alquileres, que ponía en ridículo á los bebedores y tahures, y que no irritaba los nervios de las tiernas *ladies*, semejantes á la yerba sensitiva, que iban en gran número á poblar aquellos alrededores durante el veraneo. En su virtud, la buena mistress Needle se exaltaba en su interior, juzgando la acción buena y meritoria, si no delante de Dios,

(no creía en las obras meritorias), ciertamente á los ojos de los hombres. Por otra parte, para procurar el copioso fruto de la palabra de Dios, manipulado en sus salones, de acuerdo con el cura mistress Needle anunciaba en familia el tema del futuro sermón, llamando al efecto á su presencia á Isabel ó la Jorja:—Hoy, decía, el sermón será todo para tí; procura escucharlo bien, ya que trastornas la casa entera con tus cóleras.—O mandaba decir por conducto de su agente al arrendador tal, que, no enmendándose después con la prédica de aquel día, tomaría la terminación de arrojarse, con pena, sí, pero inexorablemente.

En suma, por cien razones venía mistress Needle á ser la providencia moral y material, civil y eclesiástica de su parroquia. El reverendo cura siempre la elogiaba, indicando sólo su defectillo habitual é incorregible de no permanecer los estíos ni los inviernos en la parroquia, de dirigir los asuntos de la iglesia y de encogerse algo de hombros si se trataba de la economía doméstica del cura.—¡Ah! ¡Qué auxilio tendríamos, decía, si la señora estuviera en el país siempre! Mas no; tiene la ocurrencia de los grandes señores, que gastan dos ter-

ceras partes del año en dar vueltas por el mundo. Estando aquí, á lo menos, sus muchos campesinos y los demás que de ella dependen aran derecho. No bien se va, tomando casi todos las de Villadiego, desaparecen, no se hallan del saco ni las cuerdas, la parroquia se desconoce, queda el templo vacío, y celébranse las fiestas con locuras y peleas ¿Y yo y mi familia? ¡No hay medio de adelantar!—

Este defecto de la señora irreprochable, perdonable para quien conocía el frío del país y su miseria, ni aún á los ojos del ministro era tan grave que hubiera osado quejarse jamás. Por el contrario, nunca volvía mistress Needle al castillo, después de larga ó breve ausencia, sin que le diera la bienvenida en público desde su cátedra del templo. Comparábala con el sol, que asoma en el horizonte para difundir la luz, llamándola mensajera de paz y estrella precursora de calma; ó bien más trabajosamente la propinaba el jaroque de un cumplido velado, tejiendo el panegírico de la fuerte Débora, de la prudente Abigail, de la hermosa Raquel, de la fecunda Lia ó de la victoriosa Judit; disponía los rasgos y las semejanzas de modo que cada uno de los oyentes debiera decir: “He aquí un con-

fite para la benemérita patrona." Ella, sin confundirse poco ni mucho, se chupaba sabrosamente la broma, pareciéndole que al fin habría razones para la pública gratitud por sus méritos multiplicados.

Precisamente en uno de los primeros domingos en que asistió á la función religiosa le cayó encima el elogio de la Mujer fuerte, dispuesto para el uso doméstico, con desenvoltura cortesana. Era un regalo que le hacía el buen cura *motu proprio*, y por ningún concepto un sermón preparado en los salones del castillo. Pintó á su bienhechora con vivos colores, tomando pie de la generosidad de su corazón y de sus cuidados maternales por la familia, extendiéndose á enumerar las copiosas limosnas que la Mujer fuerte difundía en el seno de los parroquianos. Decía: *Todos sus domésticos están vestidos de ropas dobles*: bondad de la señora que en la estación cruda redobla sus larguezas y derrama sus limosnas alrededor de su castillo, haciendo que sus familiares tengan abundantes patatas, medicinas, dinero, y todo lo necesario. Por esto también vela solícita de día y de noche. *No se apagará su candela durante la noche*. Dios, que prospera las cosas de los justos, hace que sus posesiones

resulten las mejor cultivadas, dando el seis y el siete por ciento; hace también que sus minas produzcan y sean inagotables, hasta el punto de que los caminos de hierro casi no pueden trasportar sus carbones: *Gustó y vió que su tráfico es provechoso*. No aplicó el texto: *Vana es la hermosura*; porque la grave patrona, si bien no era como muchas de hoy, no sufría como mujer chanzas en el particular. Por otra parte, ¿qué había de decir? ¿Qué era hermosa? No era mentira verdaderamente, mas tampoco pura verdad, y cualquiera sin seso hubiese podido responder por lo bajo: "Cada uno tiene su gusto." Decir que la Mujer fuerte hacía inútiles con sus virtudes las injurias de los años, hubiese sido un cumplimiento que hubiera hecho reír al auditorio, é irritado probablemente á la señora, no fea después de todo. El valiente comentador saltó el foso, ilustrando ampliamente aquel versículo: *Será ensalzada la mujer que á Dios tema*, coronando de alabanzas á su heroína bíblica, que todos veían en carne y hueso. Muchas veces vino á su boca la frase: *Alabéla su marido también*; pero pasó sobre ascuas prudentemente por ella, para no contristar el corazón de la viuda fiel, que á tales recuerdos no podía conte-

ner sus lágrimas. Dió vueltas, pues, alrededor del escollo, dirigiendo las proas de su elocuencia á la familia de mistress Needle, á sus amados hijos, que crecían en su casa como plantación de *olivos nuevos que circundan la mesa*. Aquí desplegó su talento explicando los sentidos místicos del olivo, que simboliza el espíritu piadoso é inclinado á la misericordia; auguró que la prole saldría igual á la madre, para bien de las generaciones futuras, como la madre había sido dada por Dios á la parroquia para la generación presente.

Miraban todos á la Needle, aprobando unos largamente y haciendo guiños otros bajo los bigotes, según eran agradecidos ó ingratos á la pública bienhechora. John se irritaba cada vez que salía también á relucir. En cuanto á mistress Needle, consideraba las alabanzas oro de buena ley, proponiéndose hacer siempre más y mejor en pró de aquel pueblo, que por boca de su pastor mostraba que agradecía sus favores. Le asaltaba de vez en cuando algún escrúpulo, y le parecía que alguien murmuraba á sus oídos: "No sepa tu izquierda lo que hace tu derecha;" mas pronto apagaba la turbación respondiéndose á sí misma: "Es preciso procurar el bien delante

de Dios y de los hombres." Además, ni poco ni mucho le indico yo sus frases lisonjeras: son harina de su costal. Tendrá sus razones. . . . la edificación de los fieles. . . . estimularme para que ajuste á la verdad mi retrato que por cortesía embellece.— Así, alegre, tranquila, llena de alabanzas bíblicas, subía nuevamente al coche con los suyos, retornando al castillo.

Quien libraba peor era el pobre *clergyman*, que caía en el ridículo. Sus ovejas mostraban cada día menos avidez por la pastura que les disponía con trabajo semanalmente para el domingo. A pesar de todas las agitaciones de la potente patrona, veíase algunos domingos amenguado el concurso, y reducido alguna vez casi á la familia Needle y á la servidumbre del castillo. Los operarios, los miuadores, los horneros y los peones, poniéndose de acuerdo á fin de obrar de la misma manera, faltaban alegremente al servicio religioso, sin temer los resentimientos de la dama. Hacían valer el pretexto de que, habiéndose fatigado seis días en las *necropolis* de las minas, mal se podían sepultar el último en el templo, húmedo, reducido é incómodo, para oír los largos sermones del reverendo cura. La verdad era que para ensan-

char los pulmones libremente se metían en las tabernas con el fin de beber el *gin*, el *porter* y el *ale*.

Estaba la señora grandemente indignada por el abandono del templo, lo mismo que por el espíritu de proterva rebelión que veía surgir contra el ministro hechura snya, y por consiguiente contra ella misma. Tardó poco, empero, á encontrar la medicina propia para el mal. Constábale que había una terrible proclama de la graciosa reina Victoria, precisamente contra los abusos que se iban propagando en su país. Si aquel no era el caso de sacar la espada, nunca llegaría. Habiendo, pues, llamado al docil cura, le aconsejó (sus consejos eran ordenes) que refrescase lo memoria de la bula del jefe del *anglicanismo* publicada en la *Gaceta de Londres*, á fin de alentar (como dice su título) la piedad y la virtud, como también de reprimir y castigar el vicio, la profanación de las fiestas y la inmoralidad (1).

El valeroso ministro de la Iglesia y de la voluntad de su patrona, no se hizo tirar de las orejas. Al siguiente domingo, en vez

(1) Alguno me hizo notar que era inverosímil la invención de tal documento público. No invento. recito una historia, citando en el texto el lugar de donde copié. He aquí su fecha precisa: *Palacio de Buckingham, 9 Junio 1860.*

de sacar la Biblia de la funda, saco la proclama de la reina Victoria. Se había traslucido un poco la novedad preparada por el cura, y acudió un auditorio extraordinariamente grande. Oyéronse, pues, intimar solemnemente: "Nos Victoria Reina, considerando religiosa y seriamente que es deber nuestro supremo vigilar á fin de preservar y aumentar el honor y el servicio de Dios, previniendo todo vicio, profanación, corrupción é inmoralidad, cosas que tanto desplacen á Dios y ofenden á nuestra religión y á nuestro gobierno, queriendo que la piedad y las buenas costumbres florezcan bajo nuestro administración y el parecer de nuestra Consejo privado, publicar la presente proclama real, con la que declaramos ser nuestra voluntad y real resolución, prevenir y castigar todo vicio, profanación é inmoralidad en cualquiera persona, de cualquiera clase y condición de nuestro reino . . ."

Al oír esta primera introducción de la bula, hiciéronse los más singulares comentarios en voz baja: —!Es la segunda edición del Decálogo! —!Algo más se necesita que la voluntad de la graciosa Reina Victoria! —!Un vejigatorio sobre una pierna de palo! Más estos comentarios ocultos eran cu-

biertos por el tonante que hacía de la bula, el predicador, ponderando el propósito admirable de la gobernante de la iglesia, á saber: exterminar el pecado en el imperio británico. Mistress Needle, que había casi aprendido el texto de memoria, esperaba con impaciencia los capítulos prácticos, en que la legisladora eclesiástica prohibía que sus amados hijos jugasen á los dados, ó á la baraja, pública ó privadamente, mandandoles que asistieran al servicio religioso cada domingo, é imponiendo el deber á los jueces y á los síndicos de descubrir y castigar "á todas las personas culpables de costumbres disolutas, inmorales ó desarregladas."

Saltaba de gozo la buena *pietista*, oyendo cada una de las leyes, tan laudables por la intención de la legisladora como superfluas en realidad para los buenos, é inútiles para los malos. Sobre todo, esperaba con alegría suma el rayo final, que manda "cerrar en los días festivos las casas de juego, lugares públicos, centros de corrupción y demás sitios en que reina el desorden. é impedir los juegos de todas clases, tanto los abiertos para el pueblo, como los de las habitaciones particulares, obligándose á los vinateros, á los fondistas, á los

cerveceros y á los demás á que arrojen de su tienda á los parroquianos, é interrumpen el despacho durante el servicio religioso." Triunfaba ella en su corazón oyendo las amenazas bravatas del ministro, el cual prometía esposas y multas á los contumaces; salió del templo pensando que, después de oír la bula real, debía el país mudar de aspecto, y que conseguirían lo que no lograban las intimaciones del cura y los veredictos de los tribunales.—Veremos, repetía, si con esta antífona despiertan los negligentes, los bebedores, los holgazanes y los revoltosos del país.

Mas se consiguió un efecto enteramente contrario. Los jefes de la liga antiparroquial aprovecharon la ocasión para tomar un acuerdo grave y acometer la empresa que preparaban en sus reuniones secretas hacía mucho tiempo. Pensaban erigir altar contra altar, esto es, abrir una capilla independiente, libre de toda intervención de la Reina, del obispo, del cura (esto es lo que más les importaba) y de la prepotente señora del castillo. Como siempre que las pasiones populares soplan en un plan, todo parece difícil y de seguro éxito, se designaba el sitio donde se construiría el templo; se sugería el ministro de la Baja

Iglesia, que tomaría con gusto á su cargo la comunidad *disidente*; se indicaban someramente los artículos principales de la nueva religión y de las doctrinas que inculcarían los *secesionistas*. Tan cuidadosamente se guardó el secreto de tales manejos, que la dama no los traslució de ningún modo, oyendo antes el estallido de la mina que sus preparativos.

Mistress Needle, John y Julia juzgaron cada uno según sus propias convicciones, mas para cada uno siguieron consecuencias inesperadas.

LXI.

UNA TERRIBLE DESGRACIA,
Ó SEA LA CAPILLA INDEPENDIENTE.

Una mañana, mientras mistress Needle se iba dulcemente apacentando con risueños pronósticos, exaltándose á sí propia por la feliz ocurrencia de haber promulgado nuevamente la bula de la Reina Victoria, fué de pronto á encontrarla el reverendo Star, que la dijo:—¿Oísteis, señora las novedades que corren por el país?

—No, repuso la Needle, preocupada por

el desaliento que leía en la frente de su pobre cura.

—Me duele ser el primero en anunciaroslas. . . .

—¿Algún incendio? ¿El cólera?

—Las dos cosas y algo peor. . . . ¡Una capilla independiente, repuso el cura.

—¡Una capilla independiente! ¿Dónde? ¿Aquí?

—Propiamente aquí.

Mistress Needle, como herida de un relámpago, y no queriendo caer en el rayo, preguntó:—¿Es cierto? ¿Cómo lo sabeis. . . ? Sentaos; contadme cuanto hayais oido decir: espero que será un embuste! ¡Una capilla independiente aquí! ¡En un lugar!

El ministro sacó de la cartera un papel que contenía el manifiesto sobre la nueva iglesia. Lo habían hecho circular no poco aquel día, y andaba en manos de muchos, si no con aprobación de todos, con indiferencia de los más. Aun los que no veían con buenos ojos surgir una rebelión contra la iglesia anglicana, no vacilaban un momento en culpar al ministro y á su potente protectora. Exclamaban:—Les está bien. —Ella y él merecían este agujero en su tejado.— Les viene como al asno su albarda. —A lo menos los de la nueva religión no

Iglesia, que tomaría con gusto á su cargo la comunidad *disidente*; se indicaban someramente los artículos principales de la nueva religión y de las doctrinas que inculcarían los *secesionistas*. Tan cuidadosamente se guardó el secreto de tales manejos, que la dama no los traslució de ningún modo, oyendo antes el estallido de la mina que sus preparativos.

Mistress Needle, John y Julia juzgaron cada uno según sus propias convicciones, mas para cada uno siguieron consecuencias inesperadas.

LXI.

UNA TERRIBLE DESGRACIA,
Ó SEA LA CAPILLA INDEPENDIENTE.

Una mañana, mientras mistress Needle se iba dulcemente apacentando con risueños pronósticos, exaltándose á sí propia por la feliz ocurrencia de haber promulgado nuevamente la bula de la Reina Victoria, fué de pronto á encontrarla el reverendo Star, que la dijo:—¿Oísteis, señora las novedades que corren por el país?

—No, repuso la Needle, preocupada por

el desaliento que leía en la frente de su pobre cura.

—Me duele ser el primero en anunciaroslas. . . .

—¿Algún incendio? ¿El cólera?

—Las dos cosas y algo peor. . . . ¡Una capilla independiente, repuso el cura.

—¡Una capilla independiente! ¿Dónde? ¿Aquí?

—Propiamente aquí.

Mistress Needle, como herida de un relámpago, y no queriendo caer en el rayo, preguntó:—¿Es cierto? ¿Cómo lo sabeis. . . ? Sentaos; contadme cuanto hayais oido decir: espero que será un embuste! ¡Una capilla independiente aquí! ¡En un lugar!

El ministro sacó de la cartera un papel que contenía el manifiesto sobre la nueva iglesia. Lo habían hecho circular no poco aquel día, y andaba en manos de muchos, si no con aprobación de todos, con indiferencia de los más. Aun los que no veían con buenos ojos surgir una rebelión contra la iglesia anglicana, no vacilaban un momento en culpar al ministro y á su potente protectora. Exclamaban:—Les está bien. —Ella y él merecían este agujero en su tejado.— Les viene como al asno su albarda.

—A lo menos los de la nueva religión no

tendrán que tragar los evangelios manipulados por faldas.—Lo que preocupaba más al reverendo Star era el nombre del ministro *disidente* por quien leía suscrito el manifiesto Decía, en su virtud á mistress Needle:—Esta bomba está hecha locamente, y la temería yo lo mismo que si fuera de jabón, á no ver al reverendo Bird mezclado en la trama.

—¿Y lo está? preguntó la Needle, que aun no había leído la firma.

—¡Sí lo está! respondió el cura. ¡Ojalá no lo estuviese! Ved su nombre (lo mostró con el dedo); le vieron aquí días atrás, y anoche volvió con el último tren. Esta mañana sus manifiestos incendiarios volaban de mano en mano; los ocho ó diez señores que figuran á la cabeza de la conjuración, dan la cosa por hecha y cantan victoria.

—Lo peor es, observó la dama, que no descubro remedio. A persistir en fundar la abominación de Samaria contra el templo de Jerusalén, no hallaremos en las leyes ni un artículo que pueda salvar al pueblo del becerro de oro. Basta; no nos pongamos la venda antes del descalabro. Vos, reverendo, informaos y me direis quien dirige la conspiración verdaderamente; el lugar, el

tiempo y el modo con que se abrirá la capilla cismática; los autores principales y sobre todo las cómplices, si hay realmente alguna. También yo emplearé mis recursos si basta el dinero para desvanecer la tormenta, advertid que lo mismo me dará desembolsar una esterlina que ciento.—

He aquí cómo se había dispuesto la máquina de la capilla independiente. Los que se habían metido en la cabeza el pensamiento de sacudir el yugo del cura y de la patrona, esto es, los poquísimos que por su fortuna y oficio gozaban un poco de independencia, reunieron un conciliábulo en casa de un farmacéutico, donde pusieron fácilmente de acuerdo para fabricar una iglesia separada del templo común. La primera cuestión fué naturalmente la del dinero con que suplir los gastos del solar y de la fábrica. Para desventura de mistress Needle, uno de los más ardientes conspiradores poseía una casucha, bien situada en el centro de la población y de su calle principal: ansiaba, sobre todo, venderla, ganando, á la nascente sociedad. Lo que hacia más sabrosa y picante su proposición fué que la casucha estaba por tres lados metida entre otras viejas de la Needle, por lo cual la flamante iglesia surgiría

easi en terreno enemigo, llevando en su fachada como un cartel de desafío contra la intolerante señora y el prevendado de la Alta iglesia.—Esto, concluía diciendo, producirá rumor; grande y nosotros, para construir la capilla, tenemos necesidad, sobre todo, de meter mucho estruendo.—El partido se aprobó con entusiasmo.

A fin de reunir la suma para comprar el sitio y para otros gastos, se recurrió al medio ordinario de tales empresas: un empréstito de varios socios fundadores, hipotecado sobre la iglesia que debía levantarse. Estaba presente, llamado de lejos, el reverendo Bird, designado ministro del nuevo culto. Fué invitado para que admitiera la dirección suprema de la cosa, realizara el empréstito de su nombre, suscribiera la invitación y comprara el edificio que debían convertir en capilla. Le impusieron la condición de oír el consejo de sus acreedores en las cosas de mayor importancia, á la mayoría de votos y la de pagar el cuatro por ciento de interés por la suma que le sería confiada.

El ministro se rindió fácilmente á tales proposiciones por ser las mismas que durante mucho tiempo había soplado en las orejas de los demás. Sobre aceptarlas, sa-

cando un papel, dijo así:—Previendo, señores, que, por ser discretos y prudentes, estaríais conformes con el único partido posible y realmente eficaz, ó sea encargarse solo á una persona que realizara vuestros planes; he borroneado aquí un minifiesto que podreis examinar cómodamente.—Le yó el manuscrito. Empezaba con una profesión de fe ardentísima en pro de la libertad de conciencia; en que hacía consistir el verdadero espíritu del protestantismo; afirmaba que tal era la persuasión de toda su vida y el tema de sus predicaciones favoritas, así como el dogma fundamental en honor del que se levantaba un nuevo santuario, independiente de toda jerarquía é influencia de personas particulares, fuera cual fuera su dignidad, sexo ó condición. Juntamente con la libertad del espíritu debía ir el buen orden y el reglamento, como dice San Pablo, por lo cual la Escritura sería el Código, y el *Book of the Common Prayer* el libro litúrgico de la comunión reformada. Si después el espíritu de Dios, que adaptase á los tiempos y á las personas, sugería á la comunidad alguna innovación ó mejora en los sagrados ritos, obraríase según el sufragio de la generalidad. Seguía la promesa de abrir el

templo al cabo de un mes, ó inaugurar el servicio religioso con gran esplendor, correspondiente al culto divino.

Pareció á los socios el borrador admirablemente. ¿Cómo no? Tocaba todos los puntos necesarios, y contenía los requisitos indispensables para que hiciese fortuna: un ataque encubierto á la intervención de la prepotente dama, promesas de libertad sin licencia, poder á los adherentes de intervenir en las funciones, disminuirlas si era necesario, y aproximarlas al *ritualismo*. Debía, por consiguiente, atraer á los defensores de la secta y á los descontentos de buena fe, lisongeando á los anglicanos no entusiastas con los excesos de la soberanía espiritual de la Reina, y ansiosos de abandonar la fe mamada con la leche. Dejaba el documento además una gran latitud, que naturalmente seduciría mucho á los novadores, inclinados á embellecer á la Iglesia protestante con los ornamentos de la Iglesia romana, y al mismo tiempo no eran repelidos los secuaces de la Baja Iglesia, deseosos de que triunfases sus opiniones especiales. Ponderadas bien tales cosas, dióse á Bird el encargo de publicar el manifiesto y de firmarle, quedando convenida la estipulación.

Tal era el plan de la capilla independiente, con que los abanderados de la rebelión creyeron mover una guerra formidable. Primeramente dió sin duda un golpe grave al corazón del ministro anglicano y de la señora Needle. Más cuando pusiéronse á estudiarlo en detal, el concebido terror se cambió en una sonrisa de desprecio.— Es el disparo de un charlatán, decía el reverendo: el señor Bird imagina poder trasplantar á su patria las ideas que adquirió en América. Allí á cada cuarto de luna puede nacer una secta nueva; si el jefe sabe tocar un poco el tambor, encuentra las capillas atestadas de neófitos ó curiosos. Aquí no hay terreno donde pueda plantarse la viña.

—Yo, añadió la señora, creo conocer á Parque verde, y atrévome á decir que no contiene locos bastantes para sostener una capilla independiente. A lo más, la gente acudirá un poco á verla, como se van á ver las jaulas de las bestias feroces, después buenas noches á los músicos.

—Comprendería, replicaba el cura, que se quisiese abrir una reunión de *bautistas*, de *metodistas* ó de otras sectas de harina *calvinística*, pero una comunidad independiente, que intenta conservar el *Prayer-*

book anglicano, y por añadidura establecer casi el *ritualismo* (esto es lo que se dice á todos en voz baja), es una monstruosidad una quimera, una extravagancia número uno. Hacen hincapié sin duda en los forasteros *puseistas*. ¡Figuraos! Los que están por la crema de la Alta Iglesia, no querán siquiera percibir el olor de esta tontería de Iglesita, ni carne ni pescado, que pretende ser ortodoxa, y se aparta, por lo mismo, de ía Iglesia legal.—

En suma, el talento de *mistress Needle* y la ciencia práctica de su cura, después de maduro exámen, juzgaron la empresa de *Bird*, como realmente lo era, el *ne plus ultra* del absurdo, y cosa, por tanto, que sostendríase cuatro días, como fantasmagoría buena para complacer á los campesinos. Empero, las cabezas vacías de los jefes del lugar, cuanto más nuevas y extravagantes cosas descubrían, tanto más exaltábanse con la esperanza de atraer gente. *Brid* no fué perezoso al poner manos á la obra. En breves días hizo destruir cuanto embarazaba lo interior de la casa, arreglar el techo, y fortalecer las cuatro paredes maestras, que se conservaron, consiguiendo un salón en que cabían unas cuatrocientas personas. Después metió den-

tro artistas, á fin de disponerlo todo de manera que pudiese servir para el nuevo uso decidido. No se olvidó el buen hombre de una pequeña habitación donde pudiese acomodarse con su mujer; de nada prescindió á fin de que la cosa de Dios y de su ministro resultase decorosa y provista de lo preciso. Iba repitiendo á los fundadores, un poco preocupados de los dispendios crecientes, que le dejasen obrar, por conocer tales asuntos sin sentir que se gastaran liras más ó menos: el verdadero secreto de salir bien, según él, consistía en presentar á los fieles una iglesia cómoda y atractiva, de lo que dependía también la seguridad de la suma empleada y de los réditos que deberían percibir anualmente.

Mientras se iba preparando el templo, el ministro popular procuraba con celo proveerlo de parroquianos. Los socios que iban empeñando el dinero con él, hacían lo propio con sus amigos y relacionados. Habíase agregado á ellos, como auxiliar poderosa, la reverenda *mistress Bird*, que también voló para coadyuvar el apostolado de su marido. En cuanto supo que había en su habitación algunas piezas concluidas, fué á ocupar el nido, presentándo-

se con plumas nobles y relucientes, á fin de ser fácilmente recibida en las casas principales. Por su desventura y de otros, era de agradable cara y maneras finas, sabiéndose dar aires de mujer meditabunda, triste y contemplativa, que impresionaban mucho á sus oyentes, á las cuales cazaba. Verlas, engatusarlas y atraerlas, era frecuentemente cosa de una simple visita. Con talante ascético sabía perfectamente magnificar las ventajas de poseer un templo libre de las rancias y grotescas costumbres de la Alta Iglesia, dirigido según el Verbo de Dios y las inspiraciones de los creyentes. Lo calificaba de necesario en Parque verde, donde una mujer prepotente condensaba en sí sola la jurisdicción episcopal y parroquial, llevando de la nariz á un pobre ministrillo, dócil á su voluntad, á quien apuntaba los sermones y conducía de la mano en las funciones eclesiásticas. La valiente *apóstola*, siempre con faz inspirada, descubría los deleites sobrehumanos que anticipan el paraíso al alma que frecuenta un templo donde se honra á Dios con arreglo á sus propias opiniones, sin oír al ministro una doctrina según su propio corazón, añadiendo que no cabe fe ni verdadera piedad cuando se constriñe á la

gente á sufrir un culto conforme con el gusto ajeno, y larguísimos sermones no en armonía con su sentimiento interior. Después de haber tanteado el terreno, entraba en particulares sobre las *convicciones* de su reverendo marido, conformes de todo punto precisamente con las del interlocutor y de la interlocutora. Prometía algo de *metodismo* á unos, algo de *cuaquerismo* á otros, y algo de odio al *romanismo* á los puritanos; á los que se inclinaban á las prácticas del *ritualismo*, más para darse aires de ciudadanos que por sentimiento piadoso, hacía resplandecer la libertad de introducir ceremonias según la escuela de Oxford, ó embellecer el culto con las liturgias últimamente puestas en moda.

La máxima fundamental de su reverendo marido, como precisamente la del doctor Pusey, era, según decía, que importaba en la disciplina ritual seguir el gusto de la congregación.

Con tanto insistir en favor de la flamante iglesia, encendiéronse por fin los hierros de modo tal, que en el día de la apertura el número de los concurrentes resultó mayor de lo que consentía el sitio. El reverendo Bird, que tenía una palabra fácil y elocuente, pronunció la prédica de inaugu-

ración, celebrando el oficio en la iglesia y el banquete en casa, con grandísimo placer de los socios fundadores, que creyeron haber jugado felizmente una mala partida á mistress Needle, cuidando bien de sus intereses espirituales y temporales. Entre tanto los neófitos, vueltos á su casa, contaban prodigios sobre lo que habían visto en el templo de Bird; calificaban de bella y elegante la fachada, cuyo estilo recordaba un café nuevo, hablando también de la entrada, precedida de un salón, donde un criado de librea cogía, para guardarlos, los bastones y paraguas, alquilando biblias y *Payer books* de bellísimas encuadernaciones en taflete con broches dorados, los cristales y los barnices de vivos colores, doblemente bellos por las luces que descendían por las ventanas con cristales pintados. Además del sitio privilegiado para los socios fundadores, corrían varias filas de butacas y bancos especiales, con respaldos cómodos, taburete para los pies y cojines de terciopelo azul, provistos de su reclinatorio encima del asiento. Constituían la principal parte de la entrada, por estar arrendados á subido precio. Demostrábase así el talento práctico de Bird, que había distribuido el espacio del templo con sábia

economía, de modo que casi no quedaba sitio alguno para los neófitos indiscretos que pretendieran asistir de pie, ó reírse del sermón ó del servicio religioso. Otro resultado magnífico producía este pensamiento: librar á los señores del aspecto de la pobreza y del disgusto de verse mezclados con ella. Habíase, por último, provisto de un *armonium*, esperando el órgano, que se proponía colocar á su tiempo: lo tocaba una de las jóvenes atraídas por mistress Bird, con fino discernimiento.

Lo que más importaba, con el fin de llamar gente, el *servicio* de Bird celebrábase de una manera grave y solemne, sí, pero compendioso cuanto más lento era el de la Alta Iglesia. Además el discurso volaba con rapidéz, esparciendo sentencias y alusiones, que cada uno podía interpretar según sus gustos, sin creer por ello combatidas sus creencias. No hay que decir si prosperó en los primeros domingos la capilla independiente. Entre las biblias alquiladas y los paraguas guardados se recogía poca moneda: las sillas daban mucho; el alquiler producía bastante; en suma, el negocio presentaba el mejor aspecto. No había ya en Parque Verde un hombre con traje de paño fino, ni señora ó mujer con

sombrero que no quisiera una vez á lo menos ó dos cambiar la prosa del ministro Star con la poesía del ministro Bird: ir á la *confortable* capilla independiente llegó á ser una curiosidad, una diversión, una moda.

—Moda necia, loca, impía; observaba mistress Needle hablando con el cura.

—Moda frenética, diabólica y peor, respondía éste, dando gusto á su señora. Veremos al fin. Ahora la novedad enloquece, fascina y arrastra. Con el tiempo advertirán que no es oro cuanto reluce. Me han dicho que no usan la mesita de costumbre con su tapete, y sí otra de mármol adherida á la pared. Dicen además que Bird vuelve las espaldas á la reunión al celebrar la cena del Señor: el último domingo, á petición de las señoras más entusiastas por el *ritualismo*, se vió sobre la mesa un Crucifijo entre velas. . . .

—¡Puro *puseísmo*! exclamó la Needle.

—Confío replicó el cura, que dentro de poco comparecerá Bird con alba y casulla, cual en las iglesias *puseistas* de Londres, así como que al lado del altar (porque la mesa se ha convertido en un verdadero altar, según el uso papista) plantará un confesonario.

—¡Sólo faltaría esto!

—¿Qué? ¿No lo han hecho acaso en cien iglesias tuyas los *puseistas* y los *ritualistas*?

—¡Permita Dios que también caiga en tal exceso! dijo la Needle: sería un rayo sobre la torre de Babel.—El cura y la patrona volvían á renovar con frecuencia tales lamentaciones alternadas y tejían un flébil salmo sobre las ruinas de Israel, que, lejos de concluir en Gloria, acababa profetizando la próxima caída del templo. No se resolvían, empero, á tomar un partido vigoroso para que concluyera la cosa, porque si bien el cura anglicano y miss Mary, más anglicana que su cura, proponían de continuo recurrir á medidas de rigor, mistress Needle no sabia conformarse con ellas. Arengábanla en vano con los ejemplos del profeta Elías, que condenó á muerte á los sacerdotes de Baal, y en vano le recordaban al Salvador armado de azotes contra los profanadores del templo; la timorata y benigna mujer respondía:—No quiero que se diga en el país que arrojé á un hombre de mis posesiones por causa de religión. No puedo destruir la fama de tolerante que siempre gozó nuestra familia. A su tiempo vendrá la venganza justa y honrosa.

Sobre aguardar ésta, por todos los medios posibles apresurábala. Parecía haber olvidado todo lo sucedido en el continente durante su expedición. No hablaba, ni pensaba sino en la capilla independiente. De tal encendido furor de protestantismo doñase amargamente Julia: John se reía cuando no le observaban, porque para él tan desacreditada hallábase la Alta Iglesia como la Baja.

Mistress Needle pensaba que lo mejor para destruir la capilla independiente era desacreditar sus doctrinas, pulverizándolas por medio de bien entendida controversia. Tenía, por tanto, sus sabuesos, para que olieran con fidelidad las novedades corrientes en la iglesia de Bird, mandando al cura que la anatematizara en el sermón del domingo. Produjo esto un primer afecto gratísimo para ella, á saber, que frecuentara el pueblo la iglesia algo más que de costumbre, por la curiosidad de oír al ministro de la Alta Iglesia impugnar al de la Baja. Verdad que al siguiente día festivo volvían para escuchar las réplicas; pero de todas maneras concurríase al templo. La mayor parte de los oyentes poco entendían ó nada de las razones del uno y del otro predicador, más entendían perfectamente que

ambos se tiraban al degüello, y les divertía el espectáculo. En el país se hablaba no poco de la cosa y confesaban muchos que el nuevo ministro, llamado para sobreponerse al viejo, había contribuido á renovar el espíritu religioso en el pueblo indiferente.

Más fuerte rumor levantóse cuando se comenzó á susurar en el país que Bird había puesto en la Iglesia, no un confesonario como profetizaba el ministro anglicano, sino dos:—¿Para qué aquellos sillones cen reclinatorio al lado y la rejilla pendiente en medio?—Claro es, decían los hombres de honor, pieusan acoger penitentes para la revelación de las culpas....

—Mas....¿para qué dos? ¿No bastaba uno?

—Quiere decir, contestaba alguien, que se propone llamar algún amigo para que lo auxilie.

—¡Oh! ¿Cree tener pronto tal multitud de penitentes que no baste para confesarlos á todos?

El enigma quedó explicado por el ministro Bird en la primera reunión. Leyó en la Biblia el texto de Santiago: "Confesad recíprocamente vuestros pecados". Puso luego de realce que en los primeros si-

glos de la Iglesia había sido costumbre constante confesar las propias culpas, lo que consiguió admirablemente, no habiendo cosa más fácil para quien tenga en la mano un tratadillo elemental sobre la materia. Vino después la aplicación práctica. Sacó de su funda el *Prayer book*, recitando la exhortación que el ministro de la Iglesia anglicana dirige á los que han de comulgar: "Y porque precisa en los que se acercan á la santa comunión una firme confianza en la misericordia de Dios, y una conciencia tranquila, si alguno de vosotros no puede satisfacer por su propia conciencia, y necesita del consejo y alivio de otro, venga á mí, ó vaya en busca de otro discreto y docto ministro de la palabra de Dios, manifestándole su escrúpulo, á fin de que (aquí Bird repetía solemnemente cada una de las sílabas) por el ministerio de la palabra de Dios pueda recibir el beneficio de la absolución." Recitadas cuyas frases, cerró el libro, diciendo con voz triunfante que por consiguiente la misma iglesia anglicana, para ser fiel á su propia doctrina, debía abrir en sus catedrales los confesorios; que muy bien hacían los ministros de Oxford, no menos que los sacerdotes *puscistas* y *ritualistas*, que habían dado

el ejemplo, ya comunísimo entonces en sus iglesias, y que, por lo tanto, oído el voto de muchas de sus ovejas, no quería privar más tiempo á la comunidad de tan benéfica institución divina. Que supieran por ello, que de entonces en adelante estaría pronto diariamente á corresponder á los deseos de las damas timoratas.

Este discurso fué recibido con aprobación manifiesta, porque la mayor parte de los fieles habían entrado en su iglesia precisamente para encontrar ó introducir en ella las prácticas *ritualistas*. No fué tan grata la cosa cuando, después de los oficios, al despedir á varios grupos de sus adherentes que le daban la enhorabuena, manifestó un pensamiento suyo novísimo en Parque verde, si bien no nuevo en las iglesias *disidentes*. Dirigiéndose, pues, á varias señoras, con hermosa y cortés manera las hizo comprender que no sólo estaba dispuesto á consolar sus conciencias; sino que también acogería *mistress Bird* á las del bello sexo, recibiendo sus confesiones, dando él cada domingo la absolución desde el púlpito á todas las personas confesadas. Este descubrimiento tenía una parte más cómica de lo soportable en Inglaterra, donde sin embargo lo cómico en

religión se sufre á veces con imperturbable seriedad; perjudicó á la introducción al rito penitencial, no menos que á las reputaciones del confesor y de la confesora. La gente se miraba, faltando poco para que se pudiese á reír con estrépito. Salieron diciéndose unos á otros:—Este pide demasiado.

—Menos mal, si hubiese alentado para la confesión libre; pero la confesión á la *ministra* es cosa verdaderamente nueva.

—El reverendo Bird abusa de su condición de ministro independiente.

—Y da en locuras.

—Tanto se tira de la cuerda, que al fin se rompe. (1)—

(1) Me indicó el hecho como verosímil un ilustradísimo caballero inglés. La verdad es que tal como lo escribo lo leí en los periódicos. Con todo, no pretendo ser inventor, ni lo doy por historia *tetrágona*. Nunca lo hubiese atribuido á un sacerdote anglicano, y mucho menos á un *puseista*; pero á un aventurero ó á una especie de saltimbanquis, no me parece indecoroso atribuirle una demencia más ó menos.

LXII.

CONFESION PROTESTANTE.

Un cuarto de hora después del discurso de su antagonista, conoció todas y cada una de sus frases el cura de mistress Needle. Como aquel día estaba invitado á comer en el castillo, sin dilación dirigióse á él, lleno de gozo, por poder llevar el anuncio primero de historieta tan extraña. Halló en el salón á la señora y á la familia, que lo esperaban, entrando de golpe en el tema establecido de antemano. Refirió las frases de Bird, adornándolas no poco, y, describiendo á la esposa del pastor en el acto de recibir en el confesonario á las mujeres de su partido, y favorecerlas con sus avisos espirituales, hizo descomponer con una sonora carcajada la gravedad de la noble inglesa.

Estaba decidida la de Nápoles á hablar palabra en todo este asunto de chismogra-

religión se sufre á veces con imperturbable seriedad; perjudicó á la introducción al rito penitencial, no menos que á las reputaciones del confesor y de la confesora. La gente se miraba, faltando poco para que se pudiese á reír con estrépito. Salieron diciéndose unos á otros:—Este pide demasiado.

—Menos mal, si hubiese alentado para la confesión libre; pero la confesión á la *ministra* es cosa verdaderamente nueva.

—El reverendo Bird abusa de su condición de ministro independiente.

—Y da en locuras.

—Tanto se tira de la cuerda, que al fin se rompe. (1)—

(1) Me indicó el hecho como verosímil un ilustradísimo caballero inglés. La verdad es que tal como lo escribo lo leí en los periódicos. Con todo, no pretendo ser inventor, ni lo doy por historia *tetrágona*. Nunca lo hubiese atribuido á un sacerdote anglicano, y mucho menos á un *puseista*; pero á un aventurero ó á una especie de saltimbanquis, no me parece indecoroso atribuirle una demencia más ó menos.

LXII.

CONFESION PROTESTANTE.

Un cuarto de hora después del discurso de su antagonista, conoció todas y cada una de sus frases el cura de mistress Needle. Como aquel día estaba invitado á comer en el castillo, sin dilación dirigióse á él, lleno de gozo, por poder llevar el anuncio primero de historieta tan extraña. Halló en el salón á la señora y á la familia, que lo esperaban, entrando de golpe en el tema establecido de antemano. Refirió las frases de Bird, adornándolas no poco, y, describiendo á la esposa del pastor en el acto de recibir en el confesonario á las mujeres de su partido, y favorecerlas con sus avisos espirituales, hizo descomponer con una sonora carcajada la gravedad de la noble inglesa.

Estaba decidida la de Nápoles á hablar palabra en todo este asunto de chismogra-

fias entre la Alta y la Baja iglesia, pareciéndole que padecería su decoro diciendo algo de una de las partes. No se rió, no hizo ruido, y no mostró que le interesaba la conversación. Escuchaba el joven con espíritu mucho más hostil las boberías del cura. Con su estilo duro y entrecortado, díjole, poniéndosele delante:—Oíid, reverendo, dejemos correr la broma de instalar á una coqueta en el confesonario; la cosa en sí misma no tiene la gravedad que se supone. Ignoro por qué debéis tomarlo tan á pechos, tratándose sólo de restablecer una práctica que tiene en su favor la Escritura, el uso universal de la Iglesia antigua y el buen sentido.

El pastor sintió correr un sudor frío entre la camisa y la piel al oír á su señor, que dentro de poco sería mayor de edad y árbitro de la parroquia, hablando como un puseista consumado por no decir como un católico romano:—No creo, señor, que me podais hallar un ejemplo de confesión auricular en la Iglesia antigua; aunque algo parecido se hallara en los siglos primeros, esto solo probaría que hubo en todas las edades algún cerebro supersticioso.

John:—¡Algo más que un ejemplo! Los encuentro á centenares; lo peor para vo-

sotros es que encuentro á los santos Padres de los primeros siglos unánimes en predicar la confesión, como el reverendo Bird en su capilla independiente, como los puseistas que forman una mitad de la Alta iglesia, como los católicos de todo el mundo.

El buen ministro, imaginando que sería este un disparo de un estudiante presumido, creyó parar el golpe simulando confianza, y dijo:—¿Podrías citar uno de los Padres que lo hacen?

John, sin decir palabra, saltó á su estancia, volviendo al salón con un opúsculo que le había regalado sir Roberto Smith, y preguntó al ministro:—Deseáis que os muestre testimonios de la confesión en el tiempo antiguo ¿de qué siglo los queréis?

—¿Qué libro es este? preguntó el cura.

—Es de Mons. Alfonso Muzzarelli, titulado: *La confesión auricular*. Acumula textos evidentes, subiendo desde el siglo décimo hasta los tiempos apostólicos.

—¿Y vos, replicó el ministro, haciéndole adquirir osadía la vergüenza, creéis á ojos cerrados en un libraco papista, italiano, de fama oscura, desconocido por los doctos ingleses?

—No en el libraco, sino en la fuerza de

su doctrina y de sus citas. Fuera de que debeis saber que es la obra de un grande hombre, muy conocido de los doctos ingleses, por más que ignoreis su nombre.

Palideció el pobre ministro al oír tales palabras, siguiendo el joven sin mostrar pizca de compasión.—Y yo, que no me paro en el primer mesón, he tenido la ocurrencia de viajar hasta Cambridge y de permanecer tres días en la biblioteca de mi colegio, confrontando las citas de las ediciones más selectas de los autores, habiéndome convencido con mis ojos de que ningún texto citado por Muzzarelli es apócrifo, sino que, por el contrario, todos están conformes con las palabras y el sentido de los originales. Además, un antiguo profesor mío aseguróme que se han recogido en otras obras otros textos muy semejantes, igualmente auténticos, así como que sobre tal multitud de autoridades se funda la escuela de Oxford para el restablecimiento de la confesión entre los protestantes. Por cuyas cosas estoy pronto á sostener contra vosotros, y contra todos los demás, que el uso de la confesión auricular reinó en la universal Iglesia cristiana en todo el trascurso de sus diez y nueve siglos. Hé aquí por qué no puedo menos

de celebrar al reverendo Bird, que la restablece en su comunión.

—Todo esto, replicó el cura timidamente, no quita que nuestra Iglesia anglicana haya rechazado la confesión auricular.

—Es exacto; más todo esto demuestra la ignorancia y la impiedad del que con un rasgo de pluma creyó poder borrar el uso universal de la Iglesia de Jesucristo.

—No el uso, sino el abuso universal.

—Es ya una singular audacia, replicó John, calificar de abuso lo que universalmente se practicó en la Iglesia desde los Apóstoles hasta nosotros; más lo peor para vosotros es que la Escritura es el origen, el fundamento y la explicación del uso de la Iglesia, que manifiestamente os condena. ¿Habeis alguna vez abierto la Biblia allí donde Cristo comunica á los Apóstoles la facultad de perdonar los pecados?

—Sí, respondió el cura; sé de memoria el texto aquel. “A quien perdonareis los pecados, le serán perdonados, y á quien se los retengais, les serán retenidos”. Con estas palabras de Cristo, el Obispo me confirió la autoridad de absolver (1), ¿Más que

(1) The book of Common Prayer, *The form and manner of making of Priests.*

deducís en favor de la confesión auricular?

--Deduzco que la Iglesia anglicana no comprende la Biblia ni su propia liturgia; y que la confesión auricular, con la revelación de las culpas, es indispensable para el que cree en la Biblia y aún sólo en la liturgia anglicana.

--¡Maravillosa conclusión! exclamó el cura; más lo difícil es demostrar como descienda lógicamente del texto bíblico.

--Sin embargo, dijo John, nada más lógico. Pretendeis tener la facultad de absolver los pecados, en fuerza de las palabras de Jesucristo; ahora bien; las mismas palabras imponen al penitente la obligación de revelar sus culpas, ó sea la confesión auricular.

--¡Cómo! ¿No puedo yo absolver las culpas del penitente sin conocerlas?

--No señor, no podeis, dijo John. No podeis, porque Jesucristo no ha puesto sus sacerdotes á guisa de máquinas para que perdonen á todo al que á ellos acuda, sino que los ha constituido dispensadores prudentes, debiendo conceder ó negar el perdón, según los méritos del penitente. Ahora bien, ¿cómo podrían pronunciar sentencia de condenación ó absolutoria en una causa que no conocieran? ¿Lo comprendeis? La

facultad de perdonar ó retener los pecados, exige la confesión del pecado. Así lo entendió la Iglesia toda; así lo entiende la iglesia anglicana, reformada por los puseistas y ritualistas; así lo reclama el buen sentido; así, hasta por olvido, lo enseña el *Prayer book*, que al invitar á los fieles anglicanos para que imploren la absolución del ministro, ordena asimismo que quien la implore, le *manifieste* su escrúpulo (1). ¡Tanta es la evidencia de la verdad de que el sacerdote no quedó hecho árbitro despótico del perdón de Dios, sino intérprete de la voluntad divina, según el que se le propone para que juzgue!—

El pastor Star, colocado así entre la espada y la pared, no sabiendo contestar cosa de sentido, iba buscando la escapatoria de costumbre y repitiendo las boberías de siempre: que la confesión se había abolido por la iglesia constantinopolitana, y prescrito por la vez primera en el Concilio Lateranense, como también las otras vulgares objeciones de los *libelistas* herejes. Más John firme como un veterano intrépido, le dijo:--Vanamente os devanais los sesos: de-

[1] *Ib The order of the Administration of the Lord's Supper.*

beis demostrar que hace bien la *iglesia anglicana* revelándose contra la disposición de Cristo en el Evangelio, contra el texto de la propia liturgia, y contra la costumbre de todos los siglos anteriores: por lo que hace á las dificultades que aducís, caen todas desvanecidas incontinenti, cuando se sabe directamente por los Padres, que, antes y después de la pretendida abolición constantinopolitana, la confesión estuvo en práctica en Oriente, como lo estuvo en Occidente antes y después del Lateranense.... Hé aquí el libro: ¿de qué siglo quereis testimonios?

Continuó sin esperar la respuesta.—Del primer siglo tenemos las palabras del Evangelio, los textos de las Actas de los Apóstoles y la epístola de Santiago, que forman parte de la Biblia; tenemos un texto explícito de San Clemente I, compañero de San Pedro, texto que copié yo en la biblioteca de Cambridge, y guardo aquí en el libro á vuestra disposición. En el segundo siglo tenemos las palabras de Orígenes, de Tertuliano y San Ireneo: en el tercer siglo, aumentando el número de los escritores eclesiásticos, también aumenta el de los testimonios en favor de la confesión; aumenta desmedidamente en el cuarto, y

en el quinto hay una infinidad. Todos hablan de la revelación de las culpas al sacerdote, á fin de obtener el perdón. Hablan de la misma manera que el Catecismo de los católicos; de la misma manera que el Concilio de Trento; de la misma manera que los puseistas, y de la misma manera que el ministro Bird en su capilla no *conformista*.—

Estas y otras frases parecidas pronunciaba John, que había estudiado toda la materia con asiduidad después de volver á Inglaterra. Estaba en brasas su madre, ansiosa de auxiliar á su pobre cura, á quien veía tratado sin consideración de ninguna especie, y conducido á la escuela como un muchacho confuso y reducido al silencio. Para sustraerlo de cualquier modo á vergüenza tanta, salió del salón y fué á pedir la comida. Entre tanto su hijo daba el último golpe, porque habiendo tomado una actitud que hacía presentir sus designios para el día en que asumiera el patronato de la parroquia.—Caro señor ministro, añadió, si quereis que seamos amigos dejad vivir en paz al que se confiesa y al que no se confiesa. Hay que admitir la libertad de conciencia, pero no fingida, sino libre, práctica, palpable. Tan intolerante me parece la

iglesia anglicana que prohíbe la confesión, como la iglesia romana que la impone como un deber: el justo medio es el de los ritualistas, que la dejan al arbitrio de cada fiel.—

Julia, callando con deliberado propósito, nada opuso á este postrer dislate, con el que John echaba del todo á perder las muchas verdades cantadas á la faz del ministro de su iglesia. Durante la comida, hubo tregua para las disputas contándose todos (menos Julia, siempre silenciosa) con bromeo festivamente sobre la *ministra* destinada por el ministro Bird para que confesase—Esto no se ha intentado jamás en una iglesia, decía John, excepto en la jansenista y en alguna capilla protestante, gobernada por un pastor más digno de un manicomio que de la iglesia.—Levantados los manteles, pasaron al jardín, donde la señora Needle llamó aparte al ministro Star. John se acercó á Julia, diciendo:—¿Os parece, miss Julia, si he dado á este reverendo lo que merecía.

—¡Hasta más no poder! respondió Julia: le habeis lavado la cabeza con lejía hirviente . . . demasiado hirviente.

—No sabeis que mientras se da mi madre á los canes por la pobre capilla de Bird,

dejo correr el agua por su cauce, sin inclinarme más á un lado que á otro. Por el contrario, si viera que tomaba el puseismo incremento en Parque verde, pareceríame un indicio de progreso moral. ¿Vos que decís?

—¿Yo? Nada.

—Habladme francamente, dijo John: he admitido ya todas vuestras opiniones. ¿Os parece que me acerco á las ideas católicas?

—En esto, no, no de veras.

—¿Cómo no?

—Es claro, dijo Julia: después de una multitud de verdades incontrovertibles, saís acusando de intolerante á la Iglesia católica por causa del precepto de la confesión. Perdonad: aquí no encuentro lo lógico del señor John. Basta que volvais á leer los mismos textos que hace poco aducíais contra el señor Star; vereis que todos los Santos Padres, referidos por Muzzarelli (sabed que lo he leído, por tratarse de una obra vulgarísima en Italia), no solo permiten y aconsejan la confesión, sino que la imponen al pecador, como precisa para que se salve. Espero que vuestro buen sentido se vengará de vuestra irreflexión: apelo del señor

John distraído al señor John meditabundo.

—De todas maneras, es un pecadillo insignificante, respondió John, acerca del cual ajustaremos cuentas después. En el interin, veo que me das razón en la sustancia, y esto es suficiente para mí. Mas viene á buscarnos nuestro cura; dadle, por favor el golpe de gracia.

—No, por caridad, respondió Julia, no le azuceis; vuestra madre se muere de angustia.

Sordo el joven á toda razón, embistió al ministro diciéndole:— He aquí, reverendo señor, á una señorita papista hasta la médula de los huesos, que desaprueba lo dicho por mí, aprobando lo dicho por vos, consolaos. Miss Julia cree que yo he dicho multitud de despropósitos, y voz una multitud de verdades.

Julia se teñía de carmín, rehusando tomar en la conversación parte. Mas el ministro, imprudente para buscar su daño, añadió:—Me congratulo, á lo menos por lo que á mí toca; ciertamente juzgo un honor obtener la aprobación de tan gentil y culta señorita.

Constreñida la joven á defender su propia fe, contentóse con responder:—Reve-

rendo, el señor John se bromea.

No, nó, dijo el joven, que á todo trance quería poner al buen hombre en las astas del toro; no me bromeo.

Y Julia:—Explicaréme, puesto que lo quereis; paréceme óptima cosa ¿y cómo no? la confesión, porque la prescribe la Santa Escritura, y por cien otras razones, más me parece detestable lo hecho por el ministro Bird, que la quiere imitar....

—¡Oh! Esto ¿por qué? preguntó John Si es óptima, ¿por qué rechazarla?

El ministro se anticipó á la respuesta de Julia, diciendo:—Es manifiesta la razón: la señorita, como buena católica, no reconoce más confesores que los ministros del Evangelio.

—Es casi casi esta la razón, dijo Julia, si bien no es esa precisamente.

—¿Cuál es? dijo John: no nos hagais suspirar tanto este por qué misterioso.

—He aquí el por qué: porque ni el reverendo Bird ni otros ministros tienen la facultad para absolver, y....

—¿Ni aun los ministros de la Alta iglesia? Ni aun los puseístas, que, además de ser ministros de la Alta iglesia son semicatólicos cuando menos?

—A mis ojos no tienen poder grande ni

pequeño, y el doctor Pusey ninguno más que su mujer, dijo Julia.

—¡Esto es demasiado! exclamó John.

—Es demasiado evidentemente, replicó el cura; *transeat* que no admitamos nosotros la confesión auricular, pero la potestad de absolver se nos ha dado en el Evangelio y nos las confirió nuestro Obispo en la ordenación.

--Me desplace, dijo Julia, tener que, contradecir á personas tan respetables; más mi convencimiento íntimo es que no existe ningún sacerdote, propiamente tal, en la comunión anglicana....

—¿Y por qué?

—Sería demasiado larga la explicación... Vamos, por merced, no me obligueis á entrar en esta cuestión espinosa. No soy *teóloga*, ni me gustan las polémicas con ministros de otros cultos.—

Esta repugnancia á entablar la disputa gustó á los circunstantes, y sobre todo al pobre cura, que no habiendo estudiado jamás el punto, con gusto evitaba exponerse á otro chasco. Cogiendo al vuelo la excelente coyuntura, recomendó la modestia de la joven, despidiéndose después de pocas palabras más. Mistress Needle dejó escapar un hondo suspiro, como si saliese de

debajo de una prensa; mas John, no bien vió al cura volver las espaldas, dirigióse á la joven y le dijo:—Explicaos mejor, miss Julia: habeis dicho una paradoja que ultraja mucha á la iglesia ritualista, y sobre la cual podeis hablar libremente....

—Pero ¡buen Dios! respondió Julia; no puedo recitaros media historia de la Reforma anglicana. Para esto están los libros... Basta sólo que recordeis vuestro *Prayer book*, para descubrir que los ministros anglicanos no son sacerdotes.

—¡Esta sí que es nueva! dijo entonces la Needle, á la cual parecíale acerba cosa oír cómo profanaba á sus ministros.

John, corroborando su frase:—¿Por qué, pues, hay en nuestra liturgia la "Forma y la manera de hacer á los sacerdotes?"

--Respondió la joven:—En vuestra liturgia existe el nombre, pero falta la cosa; porque el mismo orden del presbiterado está formalmente suprimido en el número de los sacramentos que confieren la gracia interior, por lo cual la ordenación no es más que una simple diputación para ejercer el ministerio sacerdotal. El ordenado, pues, queda lego, simple lego. Lo cual es tanta verdad, que la Iglesia católica, que respeto las ordenaciones de todos los he-

rejes y cismáticos hechas regularmente, considera nulas las ordenaciones anglicanas; el último de los *popes* rusos convertido en Roma, es aceptado como sacerdote y el Arzobispo de York, si se convirtiese, sería recibido como un lego cualquiera, inepto, aun después de la conversión, para validamente perdonar los pecados y también para ofrecer el sacrificio de la santa Misa.

--No mezclemos las cuestiones, dijo John. Aquí no se habla de ofrecer sacrificio, sino de dar la absolución. Ignoro por qué aun un lego, deputado por la Iglesia con el fin de perdonar los pecados, no ha de poderlo hacer.

--No puede, respondió Julia, porque Cristo confirió este poder sólo á los Apóstoles y á sus sucesores Obispos y sacerdotes. A ellos, y no á las turbas, dijo: "Todo lo que desatáreis en la tierra, será e-o mismo desatado en el cielo." Nunca se ha dudado de tal verdad en la Iglesia; ni aun en la cismática, ni en la anglicana. Vosotros mismos no la poneis en duda; solamente imagináis que los ministros anglicanos son sacerdotes, porque así los llama vuestra liturgia; en esto está el error. De lo cual inferireis claramente que no confundo las

cuestiones, sino que sólo de la evidente nulidad de las ordenaciones anglicanas infiero como consecuencia que los ministros de esta iglesia no pueden absolver ni consagrar.

--Comienzo á entrever algo, dijo el joven; pero quisiera penetrar mejor en el fondo de la cuestión.

--Para esto sería preciso que hubiésemos estudiado Teología; aun sin esto, el buen sentido y la práctica de todas las iglesias os dice que el lego no puede absolver: ahora bien; vuestros ministros son legos, y por lo tanto, sacad la consecuencia. ¿No os reís de la absolución dada por mistress Bird? ¿Por qué os reís? Porque no puede darla, aunque cien Obispos la deputen para oficio tal. Pues la propia razón milita contra su esposo y cualquier ministro anglicano, aunque sea puseista ó puritano.

--Con todo, dijo John, que descubría la importancia de la materia, no concluyo de persuadirme de que nuestros ministros no sean sacerdotes como se llaman (á lo menos los puseistas;) porque al ordenarlos el Obispo les impone las manos y les dice: "Recibe el Espíritu Santo para el oficio y la obra del sacerdote."

Julia:—Sí, lo dice; pero no entiende comunicar la gracia sacerdotal, sino repetir una simple plegaria.

—¿Cómo sabeis vos que no entiende conferir la gracia?

—Lo sé por vuestro catecismo, que enseña que los sacramentos que confieren la gracia interior y espiritual son dos sólo: el Bautismo y la Eucaristía (1). No puede, por tanto, el Obispo tener intención de hacer lo que, según él, es imposible.

—Comienzo á comprender un poco.

—Añadid, continuó Julia, que aun cuando vuestro Obispo tuviese la intención y pretendiera conferir la gracia, creando el verdadero sacerdocio, no podría ciertamente hacer, porque no es obispo verdadero. Como sabeis, siempre en la Iglesia (aun en la anglicana) se juzgó indudablemente que para ordenar á un sacerdote se necesita un Obispo: y un Obispo verdaderamente tal, es decir, consagrado por un Obispo verdadero, con el rito esencial para conferir el episcopado. Ahora bien: todos los obispos anglicanos actuales están ordenados con fórmulas insuficientes é inválidas. Aunque fuesen válidas las fórmu-

(1) The Book of Common Prayer: A. Catechism., etc.

las que hoy usan, es positivo que fué inválida la fórmula usada durante un siglo desde el tiempo del texto Eduardo hasta el de Carlos II; tan inválida, que la comisión eclesiástica en el reinado de éste la cambió de un modo sustancial. Luego en todo aquel siglo anterior al cambio no hubo verdaderos obispos, y por consecuencia los actuales, por aquellos ordenados, son también ordenados inválidamente, y careciendo de poder episcopal, no pueden ordenar á un verdadero sacerdote. Hay más. en la iglesia anglicana no ha sucedido lo propio que en la rusa cismática y en las demás orientales, que á través del cisma conservaron la sucesión episcopal y la trasmisión de la consagración de Obispo en Obispo: aquí no; la sucesión fué interrumpida desde el principio de la Reforma. La primera raíz de todos los obispos anglicanos es vuestro famoso Parker, hecho obispo poniéndole la biblia sobre la cabeza, ó, según otros, consagrado por Guillermo Barlow, que no era obispo tampoco. Así, en un modo ó en el otro, Parker no fué obispo, y todos los derivados de él no lo son más. En suma: la iglesia anglicana no tiene obispos ni sacerdotes; no tiene poder, por lo tanto, para consagrar ni para absolver.

—*Iss*, hizo John, respirando después del párrafo no pequeño de Julia; pretendíais no poder discurrir de estas cosas con el reverendo Star, por desconocer la cuestión. Sin embargo, habeis pronunciado un discurso.

—Un discurso, no, repuso Julia. Mas ya comprendeis que debiendo vivir en este país y debiendo ver con frecuencia ministros protestantes, habré querido asegurarme respecto de su carácter, é inquirir si son sacerdotes ó no; y esto hasta por mi propio interés.

—¡Oh! ¿Qué interés podeis tener? preguntó John.

—¿Ignorais que los católicos, en caso de muerte, á falta de sacerdotes, podemos pedir la absolución á cualquiera ministro, aunque sea excomulgado, degradado, cismático, hereje, apóstata de toda religión?

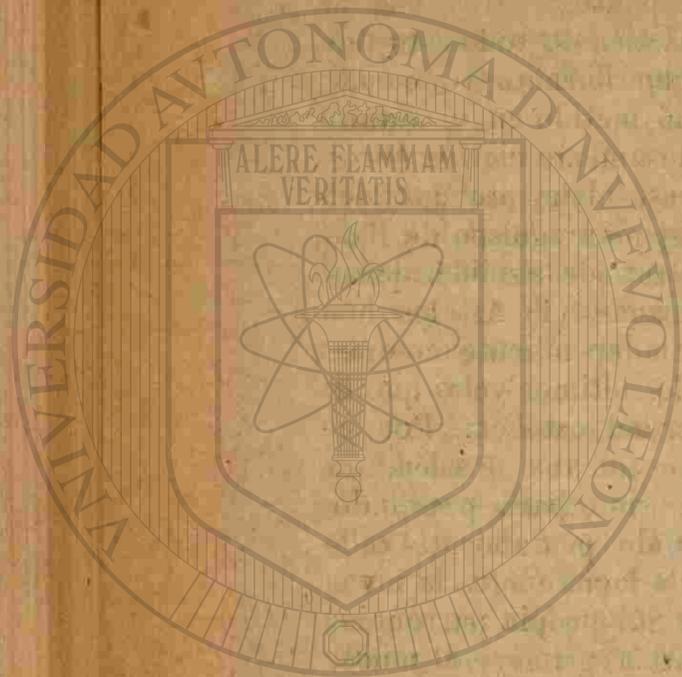
—Y vos, en caso preciso, ¿os confesaríais con uno de éstos?

—¡Oh! Muy bien; un *pope* ruso ó un apóstata diputado de las cámaras italianas, pero verdadero sacerdote, me podría perdonar los pecados; mientras que un ministro anglicano no podríame absolver más ni mejor que nuestra Kelerina ó *mistress* Bird.

Esto, dijo John, es un montón de cosas nuevas; no vuelvo de mi sorpresa. Precisa que yo estudie este punto.

La conclusión práctica de todo esto fué la de costumbre; John durante tres ó cuatro días, permaneció metido en su estancia, devorando rabiosamente ciertos libros que se procuró, y especialmente uno del doctor Kenrick, después arzobispo de Baltimore, que á fondo trata de la solidez de las ordenaciones anglicanas. (1) Así, los hechos de la capilla independiente compellanle á desgarrar los últimos velos que le impedían ver la verdad católica. Por el contrario, su madre tomaba ocasión, no para ser más terca, sino para prescindir absolutamente de todo pensamiento religioso, fuera del de la lucha contra la invasión extranjera de su propia parroquia. La fortuna, que sonreía primero al ministro independiente, dentro de poco se manifestó contraria, y la fragosa caída de la nueva Babel conmovió también los fundamentos de la Babilonia antigua.

(1) *The Validity of english Ordinations.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL D

LXIII.

TRATARIANOS, PUSEISTAS Y RITUALISTAS.

John inclinábase ya visiblemente al Catolicismo. Sus estudios sobre los orígenes del que llaman clero anglicano le habían hecho abrir los ojos á una luz terrible cuanto inesperada. Costábale no poco abandonar su ilusión de unir las verdades católicas con la profesión de protestante. Su ideal hubiera sido llamarse sinceramente protestante católico, ó católico protestante, según la fórmula inventada por un Obispo anglicano de Londres. Solo que Julia derribaba implacablemente sus castillos de

naipes. John, abandonadas todas sus preocupaciones y lleno de admiración tanto por el ingenio como por la lealtad de la joven, la quería cien veces más que antes, y consultábala, como un alumno, sobre puntos que no sabía resolver por sí mismo, consultábala sin ninguna consideración á los celos de su madre, y en su misma presencia.

Julia, por tanto, no pudiendo sin descortesía rehusar algunas frases de respuesta, despachábase con pocas palabras, y venía defendiéndose, contestando, según lo que oía, y negándose entrar de lleno en materia, para no atormentar á la infeliz mistress Needle. No vacilaba, empero, en aprovechar las buenas coyunturas que se le ofrecían para decir sus conceptos, si la señora se ausentaba un rato, ó si John la sorprendía en el jardín, acompañada solo de sus discípulas. Entonces, tomando fuerzas de la precisión ó por la esperanza de matar dos pájaros de una pedrada, respondía con toda libertad. En tales días procuraba desvanecer las ilusiones del joven, empeñado en abrazar todas las doctrinas católicas, como sir Roberto Smith, sin por esto romper abiertamente con la iglesia nativa y con su madre óptima.

—Esto, respondíale Julia, es un sueño, y nada más un hermoso sueño. toda vez que así lo quereis, lo digo como lo siento. Vuestra embarcación hace agua por todos partes: por mucho que la compongais, según os parezca y os agrade, nunca estareis en la mística nave de la Iglesia de Cristo hasta pasar de bordo á bordo.

—Sin embargo, decía John, paréceme que, componiéndola bien, aún podría marchar de un modo paralelo á la Iglesia católica. Hasta creo que la nave, casi nueva y varada, sale de los astilleros de Oxford. Mudando de metáfora, en mi sentir el anglicanismo, depurado de sus errores por obra de los puseístas, puede considerarse ya como un catolicismo hermoso y formado, un tronco viviente de la Iglesia universal. Como existe la iglesia latina, la griega, la oriental, existirá también la anglicana, esto es, la anglicana correcta, corregida y vivificada por el puseísmo. . . .

Y Julia:—¡Pobre amigo mío! No advertís que tal iglesia de ayer nace cismática y rebelde á Jesucristo, como su madre? ¿Que resulta herética profundamente antes y después de la reforma? ¿Que resulta inmoral y malvada de un modo incurable....?

—Pase que sea *herética y cismática*; pe-

ro no puedo sufrir que la llameis *inmoral* y *malvada*. ¿Podeis vituperar como malvados á los grandes hombres de bien que iniciaron la reforma del *anglicanismo*? ¿Llamar inmorales aquellas almas pías que precisamente se deciden por la iglesia puseista para ejercer con ardor todas las virtudes, ajenas á la corrupción del octavo Enrique?

Julia, indicando á Clara y Clemencia que se sentasen junto á ella, comenzó diciendo solamente que hallábase muy lejos de reputar cismáticos, herejes, ó ruines á los promovedores de dicha célebre reforma, y que, por el contrario, los creía en su interior hombres sinceramente ansiosos de restablecer la verdadera religión; pero que sin embargo, su obra había conducido á la herejía, al cisma y á la inmoralidad. Conociendo la suprema importancia de aclarar las ideas de John y de las niñas, se puso á tejer de nuevo la historia contemporánea del anglicanismo, que conocía perfectamente, porque, después de regresar de Italia, vivía entregada del todo, por decirlo así, á los libros de controversia religiosa, con el fin de hallarse preparada bien á favorecer la conversión del joven, casi casi madura. Muy gustosamente convenía en

que los doctores de Oxford, que cerca de 1830 publicaron los primeros *Tracts for the times* (1), ansiaban extraordinariamente la luz, según el célebre cántico de Newman, ofendido é impaciente por las tinieblas espesas en que naciera:

Léjos la patria,
En noche oscura,
¡Oh luz benéfica,
Siempre segura,
Guíame tú!

Juan Keble, Hugo Rose, Guillermo Palmer, Jorge Spencer Perceval, Hurrell Froude, Isaac Williams, Juan Enrique Newman, Federico Oakeley, Guillermo Faber, Guillermo Jorge Ward, Eduardo Manning, los dos Wiberforce, y tantos otros que dieron el primer impulso á la agitación *tratarianista*, y que por el nombre de Pusey, uno de su escuela, fueron después denominados puseistas, indignáronse noble y dignamente al ver el decaimiento vergonzoso en que contemplaron á la iglesia anglicana, y es bueno pensar que se avergonzaron por im-

(1) Tratados por el tiempo.

pulso de la divina gracia. Pusieron en parangón la Iglesia antigua con la presente; balancearon sus usos, costumbres y fe, jurando unir sus fuerzas a fin de levantar la presente iglesia patria á la altura de la antigua Iglesia. La oración y el estudio favorecían su empresa. Al resplandor de las divinas Escrituras, meditadas sin preocupaciones de secta, aprendieron á respetar las costumbres de los primeros siglos, y vieron por consecuencia, desvanecerse uno tras otro los errores groseros de los luteranos y de los calvinistas, bebidos con la atmósfera de la iglesia nacional. Sintieron el rayo divino en su corazón, y osaron denunciar delante de la Universidad de Oxford la reforma de Enrique VIII como una *apostasía* de la Religión cristiana. Un grito sincero de innumerables sacerdotes y legos les respondió: "Id adelante; os seguiremos en la reforma."

Los reformadores restablecieron sin vacilar la oración por los vivos y por los muertos; predicaron el amor á la penitencia y el mérito de la virginidad; hicieron lo posible para que saliese de sus ruinas el tribunal del perdón; hablaron bien de la piedad á la Madre de Jesús y para coronamiento del edificio, esforzándose por la-

mar nuevamente á los viudos altares á Jesucristo vivo y real, recibiendo las adoraciones de los anglicanos reformados. Volvían entre tanto los ojos á la Iglesia de Roma, y descubriendo que abundaba en todo lo que carecía la Iglesia anglicana, ansiaron vestir á la pobre desnuda con el manto de aquella, volviendo á copiar sus santos ritos y sus ceremonias augustas. Con esto merecían el nombre de Ritualistas; mas la reforma reciente, así restablecida con despojos ajenos, se vanaglorió hasta el punto de llamarse hermana de la Iglesia romana, que no conoce hermanas, sino sólo humildes hijos.

Sólo que los más fuertes pensadores del partido advertían ya que el movimiento de resurrección no era lógico, ni eficaz, ni saludable. y que la única posible reforma era pasar á la Iglesia del Pontífice romano. Y pasaron realmente á ella en número considerable. Los otros, más vacilantes ó menos sinceros, quedaron miseramente ocupados en el trabajo estéril de rejuvenecer á la iglesia anglicana; limpiarla de las hebrejas, embellecerla con ornamentos prestados, y así hacerla, si no hermosa delante de Dios, no deforme á la mirada de los hombres. No son católicos, ni protestantes,

sino en cuanto protestan contra las últimas consecuencias de la luz de Dios, desdeñando las amenazas de Jesucristo: "El que no está conmigo, contra mí está, y el que conmigo no recoge, desparrama."

Es la historia de tantas otras reformas del protestantismo, comenzadas bien, y emprendidas por vileza ó por extorsiones. Intentó de buena fe Jorge Fox corregir la iglesia anglicana; pero deteniéndose á la mitad del camino, desenfrenó las orgías del *metodismo*. Intentó en Alemania Felipe Spener domesticar el luteranismo; pero deteniéndose á la mitad del camino, precipitó en los delirio de los Hermanos *moravos*. Así sucede á los recientes reformadores, que se paran en la senda de la conversión. Ansían salir del fango de los errores y maldades impuestas por la apostasía de Enrique VIII, y fabrican una iglesia más obstinada contra la verdad, más rebelde al Sumo Pastor de la Iglesia, y en prácticas más inexcusable que la misma iglesia sencillamente anglicana.

Así descurría en sustancia miss Julia, y dirigiéndose á John, al llegar á este punto, añadía:—La reforma puseísta, que nació con las más altas intenciones, ha llegado á ser un lazo tendido á los devotos, no de tos-

co cáñamo, sino de seda. Si bien parece un collar, ahoga, mata y hace muchos estragos en no pocas almas bellas que, huyendo de la selva espesísima del *anglicanismo*, tropiezan y caen aquí entre las zarzas de tres herejías menos toscas, más compuestas y casi diría más adornadas, ofendiéndolo, sin embargo, todo: la naturaleza de la gracia, el valor de las obras buenas, la doctrina de la transustanciación, el sacrificio de la santa Misa, el honor que tribútese á los Santos, las indulgencias, el purgatorio y los Sacramentos. Señor John, lo mismo da negar la fe á Jesucristo como grosero anglicano que como sutil puseísta, la herejía vulgar ó culta, es veneno siempre, y muerte. Aunque los reformadores del *anglicanismo* hubiesen tapado todo: los agujeros en materia de fe, quedaría de continuo entre ellos y Jesucristo un muro de bronce; la rebelión obstinada contra el Vicario de Jesucristo, que los hace á lo menos cismáticos....

—Con todo, no podeis negar, dijo John interrumpiéndola, las buenas intenciones de los reformadores puseístas, ni que realmente han destruido muchos errores.

—Lo confieso, lo declaro, y doy gracias á Dios porque un poco de cielo, aparecien-

do entre nube y nube, bastó para que innumerables anglicanos vislumbráran los serenos horizontes de la Iglesia católica, y se convirtieran bajo el real cielo de ella. Empero ¡cuánto más culpables son los que se quedan atrás! Los que después de haber examinado con toda comodidad la Sagrada Escritura; y admitido (contra el decreto de los demás protestantes) la tradición de los primeros siglos, se obstinan en desconocer el único Pastor de la Iglesia, tan altamente proclamado por la Escritura y la Tradición, fuerza es decir que se quedan con los ojos abiertos en sombras de muerte, tras haber descubierto la luz. ¿Cómo pueden ignorar que sin el magisterio de la Iglesia, de los Concilios y del Pontífice Sumo, es su fe puramente personal, humana, falaz, mudable? ¿Cómo no advierten que les falta el vínculo de la obediencia y de la caridad? En una palabra, viven fuera de la Iglesia, y lo saben.

—No todos, dijo John.

—Sí; no todos lo saben. Admito en muchos puseistas buena fe, y en todos si queréis; pero en vos, señor John, jamás la reconoceré.

—¿Por cuál motivo?

—Porque no sois un idiota; porque Dios

arrancó de vuestra frente las vendas primitivas, una tras otra, y porque ha disipado con el resplandor de su luz las preocupaciones que mamasteis con la leche. No teneis una mente débil, que se deje fascinar por el ritualismo de los puseistas. No ignorais que no consiste la Iglesia de Jesucristo en las casullas, en los crucifijos, en los candeleros, en los altares, en los confesonarios, en las imágenes de los Santos y de la Virgen, que llenan sus templos; que no consiste tampoco en los monasterios que intentaron abrir, ni siquiera en el nombre de católicos que usurparon, uniéndolo al de protestantes. Más elevada encuéntrase la Iglesia. Su follaje de piedra cubre una miseria profunda y la torpeza más vergonzosa

—Oid, miss Julia, no será peor que el anglicanismo.

—No, no, es peor: el puseismo es un empeoramiento positivamente. Los anglicanos puseistas tienen de común con los anglicanos puros la falta absoluta de sacerdocio, de episcopado, de jerarquía, de sucesión apostólica, y el cisma contra Roma; tienen de común muchos errores, si bien disminuidos y modificados; aunque unos y otros son hojas secas sobre un tronco cor-

tado, á lo menos los anglicanos antiguos, los puritanos del Alta iglesia, no atentan á la confesión ni al sacrificio del altar.

—¡Cómo! Esto precisamente paréceme lo más y lo mejor del puseismo. Elogiais, sin embargo, á la iglesia anglicana porque no lo tiene. Perdonadme, os contradecis...

—No, no, repuso Julia; sé lo que digo. Es cien veces mejor, ó seamenos pésima la condición del anglicano que la del puseista, precisamente por esto. Porque si bien el anglicano tiene en su *Prayer book* el rito de confesar las culpas y de absolverlas, poco más ó menos que los católicos (1), nunca jamás lo usa, el puseista añade á las otras desventuras la solemne profanación del sacramento de la Penitencia. No es un ludibrio de éste que hombres legos, como el doctor Pusey y sus secuaces, invadan el sagrado tribunal, usurpándose las funciones santas y tremendas de conceder el perdón y abrir el cielo á los pecados? Si no fuese impía, ¿no fuera ridícula la pretensión que tienen de juzgar al pueblo personas que para ello no recibieron el carácter sacer-

(1) The book *Common Prayer, The Order of the holy Communion*; y más especialmente en el *Order of the Visitation of the Sick*.

dotal, ni la jurisdicción, ni el mandato? Y ¡cosa mucho más horrible! en ellos reina la idolatría, que, gracias á Dios, desconocen los anglicanos francos.

—¡Idolatría! exclamó John: ya volvemos á las exageraciones.

—No, dijo Julia: no exagero ni sutilizo en especulaciones teológicas, sino que argumento con mi Catecismo y el vuestro. Los puseistas pretenden celebrar el sacrificio de la santa Misa, si bien con diverso título y con diversos ritos; exigen que se confiese la presencia real de Cristo en la Eucaristía, aun cuando no reconozcan la transustanciación del Pan consagrado, é imponen la adoración del pretendido Sacramento. Ahora bien. No siendo sacerdotes sus ministros, ni siendo válida la consagración, ¿qué hacen sino incitar al pueblo bautizado á una formal y solemne idolatría? ¿Qué diferencia encontráis entre los egipcios que adoraban las cebo llas del huerto, y los puseistas que adoran el trigo y la uva? He aquí, señor John, donde la idolatría está. Es conducida triunfalmente al corazón del protestantismo por los que se jactan de ser restauradores del espíritu cristiano y se escandalizan de los sencillos católicos porque recurren á la in-

tercesión de los Santos y de María: ¡ved aquí los verdaderos idólatras, postrados para ofrecer el supremo culto de latría á una rebanada de pan y á un vaso de vino...! Seguid anglicano, señor John, como vuestra madre, más bien que contaminaros con la idolatría.—

Por esta vez la conversación no pasó más adelante; pero semejantes controversias debatíanse casi todos los días entre Julia y John, algunas veces delante de mistress Needle. Asegurado el joven por el continuo leer y estudiar, conmovido por el ejemplo de sir Roberto Smith, y preparado su corazón por los recuerdos de Lourdes, no podía ser contenido ya: por añadidura las continuas chismografías del templo anglicano con la capilla independiente le proporcionaban pretexto para volver á la cuestión. Su madre, que otras veces había hecho hincapié en el ministro de la parroquia para que hiciera entrar en razón á su extraviado primogénito, advirtió por experiencia que su hijo no temía pelear con tan débil adversario. Desesperada, le permitía que probase fortuna entre los escollos del puseismo y del *romanismo*, considerando que á lo menos á su mayor edad cuidaría de su patrimonio, quedando libre

para salvar ella sus inocentes hijas Clara y Clemencia.

¡Admirable cosa! Cada día que pasaba en Parque verde parecía un siglo, por lo que hace al olvido de las aventuras religiosas del viaje y de la permanencia en Italia. La atmósfera protestante, las relaciones frecuentes con el ministro Star y las solicitudes para que marchase bien la parroquia, borraban las momentáneas impresiones de respeto á las cosas católicas, experimentadas ántes. Además la lucha contra las novedades introducidas en su pueblo veníale infundiendo un nuevo espíritu de puritanismo, y especie de celo rabioso por su iglesia. Ciertamente que la osadía del ministro independiente era para exasperar á cuantos conservasen aunque solo fuese una chispa de fe por la iglesia anglicana antigua.

El reverendo Bird, considerándose investido de no menos autoridad que el obispo diocesano y la reina Victoria, reinaba como déspota en su capilla. Como ante todo procuraba contentar á sus súbditos, inclinados al ritualismo, iba conformando su culto con las capillas ritualistas más exageradas en sus innovaciones. Desde un principio, queriendo congraciarse con las nue-

vas ovejuelas, colocó audaz el Crucifijo sobre la mesa de la cena del Señor, dándole forma de altar, con candeleros y velas. Dos ricas lámparas ardían delante del Crucifijo, aunque no había osado conservar en el tabernáculo el pan para la cena. En vez de la Eucaristía que no quería ni podía consagrar, había decorado las paredes con vistosos cuadros, como San Albano de Londres: un San Pedro á la derecha, un San Pablo á la izquierda, y en medio, sobre la mesa, la Virgen de la Anunciación. Además, celebraba el *servicio* con no pocas añadiduras al *Prayer book*, sin contar que disponía más solemnes ceremonias con los ornamentos sacerdotales parecidos á los católicos, y el acompañamiento de la música. En su virtud, se cargó de deudas, que confiaba disminuir con el tiempo, siéndole cada vez más imposible saldarlas.

A cada novedad algo extraordinaria, tenía cuidado de avisar antes á los fieles, anunciando que el consejo de la fábrica lo quería, y que ya lo usaban otras capillas del Alta y de la Baja iglesia, aceptándose legalmente por ello en la suya; que no reconocía más leyes que la Biblia ni más jueces que la conciencia de los fieles. Por último, viendo que prosperaba su empresa,

favorecida por el viento ritualista, que sopla y sopla gallardo aún en toda Inglaterra, iba seduciendo á las sencillas jóvenes forasteras, y aun á las campesinas de Parque verde, para que se recogieran á la posible brevedad en una casa común, donde deberían vivir sujetas á ejercicios piadosos. Prometíales el oro y el moro acerca de tal género de vida; decíales que serían las maestras y educadoras del pueblecito, las asistentes de los enfermos y las Hermanas de la Caridad de su comunión independiente. Entre tanto estudiaba (les decía) las constituciones de las monjas establecidas por el doctor Pusey, á fin de adaptarlas al convento de Parque verde; él sería su director espiritual; pronunciarían ellas los votos en sus manos, como las monjas puseistas habíanlos pronunciado en las del obispo anglicano de Oxford.

En suma, la capilla *no conformista* parecía florecer como la primavera, y, halagando el nuevo culto las inclinaciones de los descontentos de Parque verde, daba muestras de arraigarse grandemente, obscureciendo el culto y la parroquia rival. A la verdad no tenía raíces ni esperanzas: era desproporcionada del todo á la pobreza del lugar y al número de los habitantes.

El ministro Bird, su reverenda mujer, y los jefes de la rebelión que habían empeñado sus capitales en la capilla independiente, soñaban rosas y flores, estando mil leguas distantes de presumir la atroz, pero leal venganza de mistress Needle. Si la edificación de la capilla había sido una mina de gran estruendo, no menos fragosa fué la contramina de mistress Needle.

LXIV.

JERKERS, JUMPERS, BARKERS.

—¿Sabeis cómo logramos poner fin á la charlatanería de los ritualistas? Desacreditando al charlatán en la reputación del público. Tengo á la mano....; pero no sigo. A su tiempo sabreis cosas nuevas. Hace dos meses que mientras procurais coméroslo con vuestros sermones, le voy formando el proceso. Confío que tanto y tanto emplearé mis recursos, que tendrá que trasladar su teatro y sus muñecos á buenas ó á malas.—Así hablaba mistress Needle.

—¡De veras! ¡Ojalá fuese mañana! respondía éste.

El ministro Bird, su reverenda mujer, y los jefes de la rebelión que habían empeñado sus capitales en la capilla independiente, soñaban rosas y flores, estando mil leguas distantes de presumir la atroz, pero leal venganza de mistress Needle. Si la edificación de la capilla había sido una mina de gran estruendo, no menos fragosa fué la contramina de mistress Needle.

LXIV.

JERKERS, JUMPERS, BARKERS.

—¿Sabeis cómo logramos poner fin á la charlatanería de los ritualistas? Desacreditando al charlatán en la reputación del público. Tengo á la mano....; pero no sigo. A su tiempo sabreis cosas nuevas. Hace dos meses que mientras procurais coméroslo con vuestros sermones, le voy formando el proceso. Confío que tanto y tanto emplearé mis recursos, que tendrá que trasladar su teatro y sus muñecos á buenas ó á malas.—Así hablaba mistress Needle.

—¡De veras! ¡Ojalá fuese mañana! respondía éste.

—Yo, replicaba ella, no quiero emplear violencia, pero mi obligación á que no he renunciado, es defender las creencias de la parroquia cuyo patronato gozo, y alejar á los rapaces lobos que se presentan vestidos con pieles de cordero. Sin calumnias ni medios deshonorosos haré conocer quién es, y bastará.—

Pocos días trascurrieron desde el misterioso y amenazador coloquio cuando comenzaron á llover en el país muchas cartas que destruían cruelmente la reputación del pobre Bird y de su mujer. Según inferíase por ellas, el pretendido pastor no era sino un despreciable aventurero. Las primeras noticias que pidió mistress Needle al punto de su estancia última, la compelieron á reconocer el domicilio precedente, y así subiendo de investigación en investigación, había venido tejiendo desde un principio su historia secreta y revelando sus horrores. Por sujeción suya (la Needle conducíase con energía implacable, creyendo hacer una obra santa desenmascarando al público seductor de sus parroquianos), las cartas llegaban hoy á éste, y al día siguiente al otro padre de familia, á los cuales ella instigaba con el fin de que pidiesen informes de Bird, en pró de sus

mujeres y de sus hijas contaminadas por la capilla *birdesca*.

La más singular revelación de tales cartas era que Bird, con su bagaje de *convicciones* inmutables, había figurado en todas las escenas del protestantismo, haciendo sus papeles variados, y hallando en su repertorio bastantes profesiones religiosas para contentar á todos los espectadores.

De las relaciones acumuladas resultaba que había el reverendo ejercido la profesión de rabioso presbiteriano en Escocia; que en el país de Gales había venido á ser uno de los cuáqueros más furibundos; que en Norfolk fuera "irwingista" *archiespiritado*, y que en el Hampshire se había hecho anabaptista, recibiendo el bautismo por inmersión, á vista del pueblo que acudió para ver el espectáculo. En una cosa había sido constante: en hacerse empresario de cismas, de nuevas *conexiones*, de sectas *no conformistas*, de capillas independientes, cuyas empresas todas habían primero prosperado y caído después sobre la cabeza del fundador. Esta canción gustaba poquísimamente á los cuatro señores que habían llamado á Bird para jugar una mala partida al cura de Parque verde y á su patrona. Comenzábase á susurrar que no

era un verdadero *clerggman* del Alta iglesia pasado después á la Baja, y que hasta podía poner en duda que le hubiesen promovido al sacerdocio de una iglesia regular.

Retrocediendo más aún á los años anteriores, se halló que ántes de manifestarse presbiteriano, había vivido dos años como *agapemonita*. Todos se devanaron entonces los sesos con el fin de adivinar qué nueva raza de protestantismo sería la ignorada por el mismo vulgo de los protestantes. Al valeroso cura de mistress Needle no le costó mucho desenterrarla y descubrir sus misterios, tanto al que los quiso como al que no los quiso saber: era el Agapemon un gran instituto de piadosos creyentes, reunidos en Spaxton, cerca de Bridgewater; una especie de Nueva Jerusalén, que contenía una especie de gran Pontífice, llamado Prince, infalible, maestro de toda la comunidad *agapemonita*. Este (según afirmaba) era frecuentemente arrebatado y tenía conferencias con el Espíritu Santo, que le amaestraba en todo lo relativo al progreso espiritual de sus hijos. Con tan alto favor, no admitía en el Agapemon prosélitos pobres, queriéndolos ricos y capaces de pagar su renta abundantemente.

Los hermanos y las hermanas de la Resurrección (así se llamaban á sí mismos los habitantes del Agapemon) eran guiados por su reverendo papa, merced á una religión suave, simpática, deliciosa. Considerando que los hermanos y las hermanas, antes de abrir los ojos á la luz *agapemonita*, habrían rezado mucho, permitiales que prescindieran de los demás oficios religiosos, y hasta de la oración. ¿A qué fin orar, decía él; habiéndoseles oído? Mas bien debían rendir gracias á Dios, mostrándose alegres y venturosos por la gracia obtenida, según prescribe la Escritura: "Ama el Señor á los que le sirven con alegría."

Estriba naturalmente, por consecuencia el culto más puro del Agapemón en excitar una continua alegría: santificábanse aquellos devotos hermanos en las mesas servidas con lo mejor que proporcionaba el mercado de Londres, añadiendo meriendas y francachelas de noche por los prados; enfervorizábanse con jugos, paseos en coche, tertulias, bailes y todo género de diversiones. Salían así más dispuestos que nunca á recibir las ilustraciones de los ángeles, que sonríen con mucho placer á los espíritus gozosos. Aun cuando, en vez del buen olor de Jesucristo, corría la

voz, relativamente al Agapemon, de que los ascetas de nuevo cuño vivían mezclados como cochinos, el reverendo papa Prince, llamado á los tribunales, desvaneció todas las sospechas, asegurando á los jueces que, si bien los hijos y las hijas de la Resurrección vivían poco más ó menos confundidos, florecía en ellos un espíritu de castidad incomparable. tratándose como hermanos, y considerando cada mujer á cada hombre una biblia viviente. En aquellos ascéticos ejercicios el hermano Bird (entonces ministro independiente de aquel pueblo) se había enamorado de una hermana no fea, también caída en el Agapemon; para seguir el impulso del Espíritu Santo, la había convertido en su esposa, y era precisamente la mistress Bird á la que quiso hacer confesora del bello sexo.

Tales nuevas parecieron ágras en Parque verde; el propósito de la monería de confesión, que iba entrando en ciertas cabezas del ritualismo más puro, se desvaneció cambiándose incontinenti en una resolución firme de no turbar los ócios del reverendo *ex-agapemonita* y de su bribona hermana. Vencía mistrass Needle, alimentando nuevas esperanzas. Para que acabase de triunfar, llegaron, por último, los in-

formes de América. El valeroso Bird, salido de la secta mencionada, sin dejar á la hija de la Resurrección, habíase alistado entre los mormones y se había hecho conducir á los Estados Unidos, á costa de los apóstoles de los santos del Lago Salado; mistress Bird, por su parte, le había hecho prometer que, llegados al país de los santos, se contentaría con ella, no tomando ninguna otra, á pesar de lo que permite á los mormones el profeta.

En Nueva York hiciéronse al reverendo Bird más ricas ofertas si quería servir á una comunión que contaba con pocos ministros *convencidos*. Aceptó la invitación y se puso resueltamente á la cabeza de una comunidad de metodistas, en un país lejano, entre pueblos populosos, ricos y corrompidos.

Allí el metodismo florecía con sus más hermosas flores en tres ramas de metodistas *jerkers*, *jumpers* y *barkers*. No se desalentó el valiente Bird al ver la numerosa grey que venía á pasar bajo su vara pastoral. Ofrecíase á todos, diciendo que seguía el consejo de San Pablo: "Heme acomodado con todos en todas las cosas, con el fin de ganar á todos en Cristo." Para cuidar de cada una de sus ovejas, según su

propio pelo, recogíalas en particulares reuniones. Comenzando por los "jerkers," ó sea por los metodistas sacudidores, atrevíase á explicarles el texto bíblico: "Todos mis huesos darán gloria á Dios." Bajo el soplo de su elocuencia imperiosa, cortada y exclamativa, los fieles sacudidores daban indicio de la llegada del Espíritu Santo, haciendo crujir los nudos de los dedos; agitaba uno después la cabeza de espalda á espalda, hacía el otro ridículos ademanes de alto á bajo, y daba otras vueltas alrededor; en breve todos movían sus miembros, comunicándose la sacra inspiración á los vecinos y á los lejanos; la junta, como si les picase la tarántula, se balanceaba y se combatía en convulsiones vermiculares; las mujeres hacían muecas y visajes para deformar el semblante santamente; los muchachos tocaban las castañuelas, y los jóvenes robustos hacían sonar las junturas de sus huesos; cada uno inventaba nuevas contorsiones é inauditos sacudimientos, hasta que saciábase la devoción universal.

Con éxito feliz semejante, nutría el ministro Bird la piedad de la perruna familia de los "barkers," ó sea de los metodistas ladradores. Exponíales el dicho del Profeta Rey: "Heme yo asimilado á un jumento,

y sin embargo ¡ó Dios! permanezco contigo." El Espíritu Santo se posesionaba inmediatamente de los devotos, los cuales respondían á la predicación con ladridos que figuraban los primeros ayes de la compunción. Después, aumentando siempre la virtud *superinjusa*, cada uno de los animales tenía en la santa congregación su representante; se oía en ella el maullido de los gatos, el aullido de los lobos, el relincho de los caballos, el gruñido de los puercos y el rebuzno de los borricos, formándose un coro estupendo de plegarias bestiales. Quién sentíase inflamado por el espíritu interno, añadía humillación á humillación andando á gatas con el fin de implorar la divina merced. Así, bajo la sábia dirección del ministro Bird, prosperaba la piedad de los ladradores.

La congregación más numerosa era la de los metodistas *jumpers*, ó sea saltadores. Bird les intimaba de cuando en cuando un *revival*, esto es, una resurrección. Los *revival* entre los protestantes metodistas son lo que las misiones entre los católicos. El ministro, conociendo perfectamente los usos y costumbres de su comunión, escogía para semejantes funciones una selva vecina, y en ella una llanura circundada de

plantas frondosas. Erigido una especie de puente de unos tres metros de altura, á lo largo del mismo y en todo alrededor, disponía una cama de heno, á fin de que muellamente se instalase allí la reunión. En el día y hora consagrados, congregábase la multitud de los fieles saltadores, sin excluir á los hermanos sacudidores ni á los hermanos ladradores, si tenían devoción de *revivarse*.

El ministro, presidente de la asamblea que ansiaba *resucitar*, subíase al puente que servía de púlpito, recorriéndolo de arriba y abajo lentamente primero y con solemnidad, en actitud de un hombre que aguarda la inspiración. Aceleraba después el paso, deteniéndose de pronto, llevándose sus manos á la frente, y emprendía de nuevo su carrera para volverse á detener, fijar los ojos en el cielo y hacer gestos que constituirían el prelude de su sermón, hasta que, colmado de entusiasmo, rompía el silencio recordando el *pasaje* aquel de la Biblia: "El reino de los cielos padece violencia, y lo arrebatan los que se la hacen á sí mismos." Violento también, prorrumpía en una retabla ruidosa de frases fantásticas y sonantes; cortaba el hilo de vez en cuando con pausas inesperadas, alter-

nándolas con reprensiones impetuosas y subitáneas, subiendo de tono ó pronunciando interjecciones de terror. Predecía males á los pecadores, recordando los castigos de Dios, las llamas rojizas en el fondo del Tártaro, y la precisión de aplacar el furor del Juez eterno, casi en actitud de fulminar sus rayos contra los impenitentes. No faltaba nunca una alusión á David *saltando* delante de la arca, con el fin de aplacar al divino Señor, ni un aluvión de textos para que los penitentes *gritasen á Dios, elevasen las manos en la oración, y rasgasen las vestiduras, pero sobre todo el corazón*. Daba él mismo ejemplo é impulso á sus ovejas, en actitud de un pecador contrito y temblante en todos sus miembros, apremiando poco después á los tibios y á los irresolutos con terribles gritos amenazadores.

Sucedía no raras veces que un *jumper* ó una *jumpresa*, conmovidos, se arrodillaban junto al puente delante del ministro, ó de pie, con las manos en cruz, decían una plegaria que inspirábales su consuelo interior, ó la confianza del obtenido perdón ó confesaban sus propios extravíos, sus remordimientos y su terror á las divinas venganzas. Sobre todo las pecadoras eran oídas

con más interés y edificación, siguiendo, como simpatía, un coro de suspiros, de sollozos, de lágrimas y de gritos; después la agitación de los cuerpos, el sacudirse y moverse, por causa de un espiritual arrepentimiento, precisamente como los comisarios de las Cévenas y los jansenistas en la tumba del diácono París.

La mayor parte de las veces, no presentándose hermanos ni hermanas á edificar a la junta con el buen ejemplo de su mala vida anterior, la común conversión empezaba tanto más suave, cuanto mas podía llegar la santa "violencia fuerte y poderosa con que se arrebatara el reino de los cielos." He aquí las vías del corazón en el *revival* metodista. Ante todo, en el círculo de los oyentes más expuestos á las influencias del predicador, se siente un principio del aura del Espíritu Santo, que se insinúa débilmente, despertando apenas aquí ó allá algún ay doloroso. Sin duda la intensidad del Espíritu Santo crece dentro de poco. A los gemidos sofocados siguen las lamentaciones, reforzadas con sollozos y gritos espasmódicos; las primeras escasas gotas de llanto, pendientes de los bellos ojos de una *miss* enternecida, son secundadas por las lágrimas copiosas de los circunstantes, cayen-

do en breve una lluvia que produce por todas partes torrente de contrición en ínterin otros *gritan*, más bien llaman á Dios con toda la fuerza de sus pulmones; cantan, vociferan, hacen estrépito, y juegan hasta desgañitarse. Otros *clevan las manos puras á Dios*, baten palmas, golpean con los pies y se hieren todas las partes del cuerpo.

Los verdaderos *jumpers* hacen estas evoluciones espirituales, sin nunca concluir de saltar y bailar, por exigirlo así la sustancia y el nombre de su secta. No se dan tregua ni descanso; tienen encima el baile de San Vito, y han de bailar, si bien después derepente se paran como petrificados, en las actitudes más extrañas é inimaginables, según los enclava el Espíritu Santo metodista. Unas de estas estátuas sorantes se ven con el pie levantado, otras con la cabeza pendiente sobre la espalda en arco, y otras con la boca que besa una rodilla. Así los fervientes saltadores adoran á Dios, impetran misericordia, lamentan sus pecados con sordos y dolorosos mugidos. Si un nuevo espíritu les toca, vuelven en sí en un abrir y cerrar de ojos; se recobran, brincan, saltan, se golpean recíprocamente, se empujan y se cojen, hasta que caen con la

boca en el suelo, supinos, ó agitando en el aire las plantas de sus piés:

Estos son dones vulgares y ordinarios del Espíritu Santo: si llueve con efusión perfecta (no es raro,) apenas ha concluido la sagrada *commination*, corre un rumor universal, ó un aullido profundo, que indica la abundancia del cielo. Entónces los "jumpers" vacilan, se mueven y se balancean, parece que la tierra oscila y la multitud ondea como un campo de espigas bajo la tempestad. Es la embriaguez (dicen) de los Apóstoles en el Cenáculo. Sigue un movimiento de brazos que hacen el molinete, ó paradas de luchadores, ó nuevas gesticulaciones y esfuerzos de poseidos. Hermanos y hermanas se ponen á luchar, como Jacob y el ángel que se le apareció; se mueven, dan de brincos y hacen cabriolas, siguiendo bailes, danzas y pantomimas vertiginosas hasta caer por último en convulsiones frenéticas y contorsiones indescribibles. Sólo el espíritu impera, y calla cualquier sentimiento humano. En el vértigo de la Resurrección siguen escenas de movimiento monstruosos; se arrojan torpemente al suelo desnudos y desgredados, mesándose los cabellos y esparciendo tierra sobre su cabeza en señal de penitencia;

aráñanse la cara (las mujeres con discreción,) se revuelcan por el heno, se deslizan como gusanos, andan á gatas, se huellan, se dan puntapiés, mueven sus piernas, corren en círculo y se agitan como serpientes heridas, dejando escapar débiles lamentos ó rugidos de dolor. ¡Tanto puede el arrepentimiento!

Dura el oficio religioso, ó, mejor dicho, la orgía obscena y frenética mientras el espíritu sigue agitando á los convertidos. A veces los devotos metodistas pasan días y noches enteras alborotando y haciendo diabluras de energúmenos. Poco despues los periodistas (que de propósito enviaron representantes á la fiesta) dan los pormenores del *revival*, con la misma seguridad con que los católicos cuentan los detalles de una misión fructuosa. Se compendia el discurso del ministro presidente, se consigna el número de los que acudieron, y se menciona la proporción de los hombres y de las mujeres, elogiándose los adornos de las señoras. "El *revival* salió brillantísimo. No hubo que deplorar ningún desorden, á excepci6n de un pobre *gentleman* que dió por la tarde señales de enagenación y fué hospedado en la más próxima casa de Orates. Mistress Tal se desmayó: pero so-

corrida solícitamente, recobró el uso de los sentidos. A dos señoritas de las más hermosas que honraron el "revival"; por su grande cansancio, hubo que conducir las á sus casas en brazos de hermanos.

Los malignos corresponsales de mistress Needle, bien retribuidos al efecto, habían corroborado estas narraciones con paquetes de periódicos del país, en los cuales las empresas *metodistas* del reverendo Bird y de su mujer eran descritas con todos sus pelos y señales, como también las de otros designados con sus nombres. Las fechas de los diarios las convertían en documentos irrefragables. El cura Star, á quien los pasaba la Needle, no era perezoso en difundirlos. Nada es tan atractivo para el vulgo como un escándalo extravagante. En breve no quedó familia en Parque verde que no hubiera leído y saboreado el atroz proceso, debido á la industria de la potente dama. Pronto no hubo en el pueblo padre de familia ni marido que no hubiese vedado con severidad á sus mujeres ir á la capilla del saltinbanquis ex-agapemonita y ex-metodista.

Este y su dulce mitad llegaron á ser la fábula del país, no quedándoles más defensores que un grupo de jóvenes ruines,

que sostenían con tanto más gusto al ministro independiente, cuanto más conocían que estaba loco de remate. Para ellos hubiera sido un triunfo implantar en su país algo de metodismo como en América. Previendo el fracaso inminente del ritualismo, se pusieron en torno del reverendo Bird, proponiéndole que volviera la casaca y desplegara en adelante resueltamente la bandera de Wesley ó de Whitefield; ofrecían ser los fundamentos de la flamante iglesia, como sacudidores; ladradores ó saltadores, á condición sólo de prometerseles un "revival" cada mes.

Más Bird, como empresario excelente, comprendió que no podría sostener el papel de ministro metodista inmediatamente en el mismo lugar donde había ensalzado el ritualismo y casi el semi-papismo. Para mucho mejor persuadirle de que no debía entrar en el nuevo embrollo, se agregó el censejo de los de la fábrica. Al ver que su maudatario humillábase mucho ante la tempestad desencadenada, y sobre todo que el concurso á la capilla disminuía de un modo visible, que las colectas eran menores, y que no se renovaban los alquileres de las sillas y de los bancos, comprendieron que los frutos del capital empeñado en la

empresa se habían desvanecido para siempre, y que, para obrar como personas serias, debían proveer á la bolsa vieja más que á la religión nueva, salvando lo que pudieran de la suma empleada, vendiendo el edificio. En virtud del mal resultado, presentó Bird su dimisión, tomó las de Villadiego, y fuese por la noche como un perro azotado, juzgándose venturoso de que los acreedores no le llamasen á un tribunal. Al otro día, la capilla independiente sacóse á pública subasta.

En este paso esperaba mistress Needle á los rebeldes, desde que previó la ruina de la iglesia "birdesca", dispuso que un "clergyman" de la Baja iglesia se presentase á comprar la capilla, y que, bajo el pretexto de intentar una mejor edición de la iglesia independiente, cogiese la presa. Fué diestro, y ultimó el contrato, firmándose aquel mismo día escritura de venta á Needle, que dióle la suma satisfecha, y además un generoso regalo como propina. La maquinación salió luego con tal felicidad, que Bird predicó un domingo, y al siguiente las llaves de la capilla estaban en poder de la señora.

Es inútil decir que en el castillo hubo fiesta y se celebró la victoria; mistress Need-

le y su cura tocaban al cielo con las manos. Según miss Mary, debía darse un escarmiento y hacerse una hoguera de la capilla con todos los objetos papales que contuviese.—Esto, decía, hizo el rey Joas con el templo de Baal.—Empero mistress Needle no quería una venganza ruidosa: el reverendo Star aconsejaba lo mismo que su patrona, corroborando sus frases, diciendo que no debían aún exasperar á los parroquianos pervertidos, sino atraerlos al buen sendero de un modo dulce. John, con el ascendiente que le daba la mayor edad próxima, habló claro y firme:—No apruebo estas fanfarronadas; es mejor que se alquile para un almacén.—Mientras el debate se sostenía en plena conversación, Julia exclamaba en sus adentros:—Sería un local excelente para una capilla católica, ¡podríase disponer con una suma insignificante! Pagaría yo con gusto el alquiler, llamando algunas veces é un sacerdote de Newcastle, á fin de acudir yo, Kelerina y los católicos de la comarca.... Pero.... —En fin, aceptóse la propuesta de John, y la capilla no sufrió la suerte del templo de Baal.

Las demás conversaciones rodaban, celebrándose la victoria y escarneciéndose á

los vencidos. Describíase a Bird vuelto al Agapemon del brazo con su hija de la Resurrección, ó bien navegando de nuevo hacia América, con el fin de llevar allí sus *constantemente convicciones*, y publicar nuevos "revivals" de metodistas saltantes; la mistress Bird, caída de confesora, era una simple "barkeresa" iba á gatas y maullaba á su marido. Hastiada Julia de tales simplezas, que no creía muy decentes delante de las niñas acabó diciendo:— Sostengo que los ministros metodistas "jumpers," los "barkers," los "jerkers" y los restantes son, después de todo, lógicos, lo mismo que el más ritualista "archidiácono" de Oxford, ó el más puritano arzobispo de York.

—¡Qué exageración! gritaron de todas partes. ¡Qué paradoja!

Julia se alegró de haber desviado la conversación, que por entonces no pasó adelante. Mistress Needle pensaba ya en las fiestas de la mayor edad de su John. Libre del afán que le causara la capilla independiente, poco se curaba de inquirir si Julia sabría ó no defender su paradoja.

LXV.

LA MAYOR EDAD.

La victoria campal y definitiva contra la rebelión extranjera no llevó tregua de ningún género á la lucha civil que abiertamente ardía en casa de la Needle. No podía la señora ¡infeliz victoriosa! negar lo que le contaban incesantemente sus ojos, á saber: que la actitud de John ponía en evidencia que sólo conservaba de anglicano un sutil velo exterior, á través del cual aparecía el corazón católico, ó á lo menos puseista excesivo. La paz, por consiguiente, había del espíritu de la mujer angustiada. En vano veía su templo rehaciéndose algo con los despojos de la capilla inde-

los vencidos. Describíase a Bird vuelto al Agapemon del brazo con su hija de la Resurrección, ó bien navegando de nuevo hacia América, con el fin de llevar allí sus *constantas convicciones*, y publicar nuevos "revivals" de metodistas saltantes; la mistress Bird, caída de confesora, era una simple "barkeresa" iba á gatas y maullaba á su marido. Hastiada Julia de tales simplezas, que no creía muy decentes delante de las niñas acabó diciendo:— Sostengo que los ministros metodistas "jumpers," los "barkers," los "jerkers" y los restantes son, despnes de todo, lógicos, lo mismo que el más ritualista "archidiácono" de Oxford, ó el más puritano arzobispo de York.

—¡Qué exageración! gritaron de todas partes. ¡Qué paradoja!

Julia se alegró de haber desviado la conversación, que por entonces no pasó adelante. Mistress Needle pensaba ya en las fiestas de la mayor edad de su John. Libre del afán que le causára la capilla independiente, poco se curaba de inquirir si Julia sabría ó no defender su paradoja.

LXV.

LA MAYOR EDAD.

La victoria campal y definitiva contra la rebelión extranjera no llevó tregua de ningún género á la lucha civil que abiertamente ardía en casa de la Needle. No podía la señora ¡infeliz victoriosa! negar lo que le contaban incesantemente sus ojos, á saber: que la actitud de John ponía en evidencia que sólo conservaba de anglicano un sutil velo exterior, á través del cual aparecía el corazón católico, ó á lo menos puseista excesivo. La paz, por consiguiante, huía del espíritu de la mujer angustiada. En vano veía su templo rehaciéndose algo con los despojos de la capilla inde-

pendiente, y á muchos de los fautores de Bird volver á marchar por la senda antigua: ¿qué hincapié podía hacer en fieles tan volubles, que pasaban de una iglesia á otra tan fácilmente? Desvanecida, pues, la primera jactancia del triunfo, no tardó en caer de nuevo en tan profunda melancolía. Por otra parte, ¿quién podía saber qué partido abrazaría John á su mayor edad? Separado de su madre y de sus hermanas en materia de sentimientos religiosos, ¿no quería también vivir en otra casa?

¿Cuán lejos de la verdad vagaba, sin embargo, mistress Needle! Al acercarse John á las nuevas ideas, no había disminuido un ápice el efecto extraordinario á su madre, por más que no supiera manifestarlo demasadamente. Conocía muy bien el corazón tierno de aquella infeliz, que por él se abrasaba, por lo cual no atribuía las disensiones á despecho, sino á sus preocupaciones protestantes, á su delicada conciencia y á sus escrúpulos mujeriegos, que suscitaban frecuentemente la compasión, el enfado algunas veces, y el desdén nunca. Por el contrario, mientras se acercaba el día de la fiesta solemne, iba madurando ciertos designios tan honrosos para su madre óptima, que no podían ima-

ginarse mejores. Como callaba, ella suponía lo peor, interpretando el silencio casi como amenaza.

Un ligerísimo accidente contribuyó á aumentar sus sospechas. Estaba mistress Needle en medio de los obreros que trabajaban en una de las alas del castillo. Sabiéndolo John, la ponían como nueva, con el fin de disponer elegantes habitaciones separadas. Se presentó allí un día, y le dijo su madre súbitamente:—¿Qué te parece? ¿Te gusta?

John, dignándose apenas mirar distraídamente los estucos, los dorados y los preciosos muebles, respondió:—Está bien todo. Claro es que necesito una habitación decorosa por si debo recibir alguna vez. Gracias, madre mía por cuanto haceis en favor mío. Mas, sabedlo, no quiero perder la paz que me dan mis libros y las antiguallas que tengo en mis estantes. ¿Teneis algún designio relativamente á las estancias que ocupo?

—No: sigue donde te parezca y te plazca; no me incomodas poco ni mucho.

—Quedamos, pues, entendidos: no me moveré de allí, á lo menos por ahora.—

Estas sencillas palabras de John parecieron misteriosas á su madre. ¿Será que

no quiere seguir con nosotras, y que no le acomoda mudar aquí de habitaciones, por el gusto de trasladarse después á la casa de Londres. . . . ? ¡Quién sabe lo que trató con sus abogados en aquellas largas entrevistas de los días anteriores!—No obstante la oscuridad de los planes de su hijo, la ceremonia fué muy tranquila. John entró con las fórmulas legales en su mayor edad y en todos sus derechos, con mucho mayor garbo y desenvoltura de lo que podía esperarse de su índole poco tratable. En la reunión celebrada con los arrendatarios para celebrar el fausto acontecimiento se mostró cortés y dueño de sí. Regaló camisas y chupas á sus dependientes, según el consejo de su madre, pronunciando un discurso breve, pero noble, que podía compendiarse así: “Mi madre siempre cuidó de mis cosas, sin que ninguno de vosotros tuviera motivos de queja. Debeis por el contrario, reconocer que fuisteis constantemente tratados con humanidad y afecto. Pláceme, por consiguiente, que de aquí en adelante nadie se mude. Recomiendo á mis agentes la justicia y la moderación; á vosotros la lealtad y la buena fe. Así estaré yo contento de vosotros, y vosotros de mí.”

Como gustó á la madre la peroración respetuosa del hijo, gustó al hijo lo hecho por la madre, que había hecho poner diligentemente muy en orden los registros y los papeles todos, de manera que á simple vista se pudiera examinar la administración del patrimonio desde que falleció el señor Needle, y el estado corriente reducido á nítidos resúmenes, en los cuales aparecía el haber de John, el de sus hermanas, y el de ella misma. Aprobóse por cuantos tuvieron noticia de su obra, más no bastaba esto ni remotamente para asegurar á mistress Needle en punto á las futuras intenciones de su hijo. Cayó enteramente todo velo y desvaneciéndose toda duda cuando, puesto efectivamente el joven en posesión de lo suyo y terminadas las fiestas, entró una mañana en las habitaciones de mistress Needle diciendo:—Madre mía, ¿teneis un cuarto de hora para mí?

—Siempre, John; aunque quieras todo el día.

—Bueno: pongámonos de acuerdo, si os place.

—Oigamos.

—En los días anteriores, comencé á decir John, me informé cuidadosamente de mis obligaciones y de mis derechos. Bien

considerado todo, y después de pedir consejo á los amigos de la casa, el mejor uso que podría yo hacer de mi nuevo estado sería suplicaros un favor....

—Lo que yo pueda....

—Que continueis haciendo lo mismo que hasta hoy, como si estuviera en las Indias, y como si tuvieses poder mio para administrar el patrimonio.

—No tengo ni puedo tener la menor dificultad, respondió la buena madre. ¡Considera si lo que hice hasta el día lo podré hacer mañana por tí! Todo está en que así te acomode. Ahora bien. Debo hablar como madre; la cosa no te conviene. ¡Juzgas buen sistema para que tus intereses progresen, ahora que has venido á ser jefe de la familia, continuar así, desentendido de todo, desconociendo lo que se cuida en tu nombre?

—No temais; en los días anteriores he conocido bastante mis asuntos, y sé ya demasiado; he comprendido que no estoy cortado para ser un buen administrador, y juzgo prudente no hacer lo que haría de seguro muy mal.

—Convengo. Mas lo que no sepas hoy, lo sabrás mañana; haciendo las cosas se aprenden. No te faltan consejeros, aún ol-

vidando á tu madre, que te puede dar instrucciones cuando sea preciso. ¿No quieres de ningún modo ver la cara á tus negocios? ¿No quieres firmar los contratos, los recibos; los arrendamientos....?

—El procurador tomará órdenes de vos: cuando sea necesaria mi firma, la pondré.—

Mistress Needle quedó contenta sólo á medias por tal acuerdo. Hubiérale gustado que su hijo le dejase un poco de autoridad en sus cosas, y que siguiese sus indicaciones; pero su ideal hubiera sido que tomara la suprema dirección de su hacienda. John, por el contrario, no vacilaba en dar á entender que no quería de ningún modo entendérselas personalmente con los mayordomos, con los tenedores de libros y con los secretarios.

—No soy eterna, le decía su madre: si llegase á morir, deberías cuidar de tus intereses y de los de tus hermanas....

—Es la más fea suposición posible, que no hago nunca. ¿Cómo? Estais, por fortuna, llena de salud y de fuerzas. Ciertas cosas ni suponerlas.

—Bueno; hagamos una hipótesis más soportable. Te convendrá un día ú otro salir de pupilo, si quereis tener una compañera,

y tomar en el mundo el estado que te compete por tu nacimiento y tu fortuna.

—He pensado en esto también, dijo John firmemente; no he decidido no cuidar nunca de mis intereses; pero por ahora no. Tampoco he jurado no casarme jamás; pero pronto no; no de veras. Leí en un autor viejo que la cosa se debe pensar toda la vida.

—Para casarse en el cielo, dijo su madre interrumpiéndole.

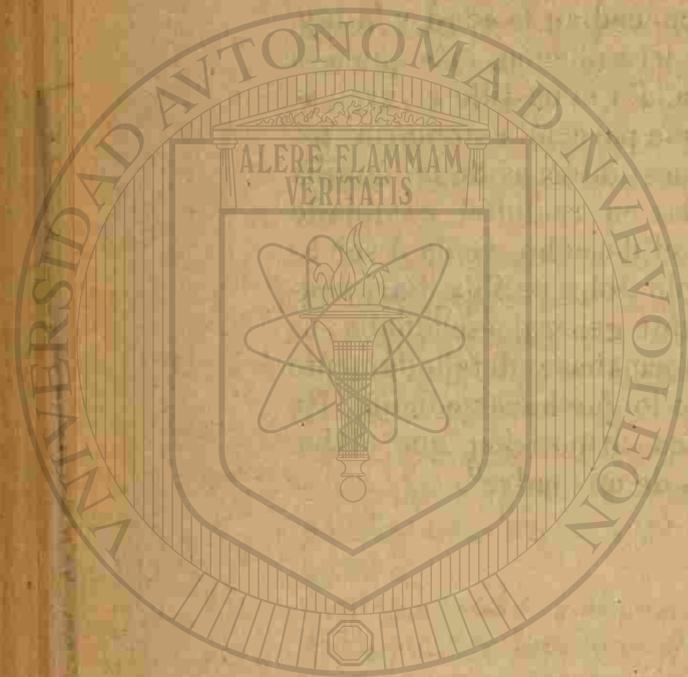
—Quiero decir que no hay prisa.

—Ni yo, repuso su madre, tengo afán de verte acompañado: sólo te haré considerar que antes ó después será preciso que cuides de tu fortuna, conviniendo que desde ahora te ocuparas en el manejo de tus asuntos.

—Quedamos, pues, convenidos, añadió John; reflexionaré lo que debo hacer, conservando en el ínterin mi libertad según la entiendo. ¡Qué quereis! Mi gusto me compele ahora de un modo irresistible á terminar ciertos estudios, de los cuales no puedo sufrir que me desvíen.

Mistress Needle debió contentarse, por buena compostura, con estas disposiciones de su hijo, esperando mejor cosa para el porvenir. No se le ocurrió qué género de

estudio le tendría profundamente fijo y absorto, hasta el punto de negarse á prescindir de ellos, ni aun para ejercer el pleno dominio que le concedían la edad y la ley. Lo atribuyó á su irresolución, más que á su amor á la ciencia. En el castillo el gran acontecimiento, que pareció cambiaría todas las condiciones internas de la familia Needle, y habíalas en realidad cambiado por lo que hace el derecho, venía á ser apenas sensible; solo John recibía diariamente al administrador general, escuchaba sus relaciones é informábase detalladamente de lo hecho y de lo que hacerse debía. He aquí casi la única disposición que daba: "Tomad órdenes de mi madre"



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y SERVICIOS DE INFORMACIÓN

LXVI.

PRINCIPIA EL FIN.

Entre tanta monotonía, que cual nube obstinada aumentábase más en el castillo de Parque verde, la señora infeliz había descubierto una novedad dolorosa, y era la cada vez mayor asiduidad de John cerca de Julia. ¡Cuán alegre se hubiera puesto la óptima madre á poderse lisonjear de que su hijo empezaba á sentir inclinación, no por la napolitana, sino por alguna otra joven de condiciones á propósito para él! A varias de éstas hacía diestramente ir á su

casa, bajo el pretexto de banquetes, de fiestas, ó de vivir algunos días como en el campo. Desgraciadamente John dejaba pasar ante sus ojos la fantasmagoría con una indiferencia glacial. No era más galante con ellas que con su madre. Mistress Needle se desesperaba. Las únicas demostraciones simpáticas del joven eran para Julia; pero aun estas parecían evidentemente cosa muy académica, que no interesaba poco ni mucho las fibras amorosas del corazón.

Como alcanzaba perfectamente que miss Julia no hubiera agradecido ni tolerado entrevistas á solas en su habitación, se hacía encontradizo cuando entraba en el jardín con sus alumnas, lo cual sucedía diariamente. Caía sobre ella como un gavián que por ella hubiese volado mucho de continuo. Su madre algunas veces se ponía en asecho detrás de las percianas, viéndole llegar unas veces con un libro en la mano y otras con un papel que sacaba de la cartera, conversando juntos no poco rato. Lo que más la ofendía era ver á Clara y á Clemencia dejar sus juguetes para oír las disputas de su hermano con su maestra. Preguntaba luego con disimulo á sus hijas, las cuales sólo sabían responder que John

suscitaba grandes cuestiones sobre la Misa, las Indulgencias, el Purgatorio, etc., etc.

Poco tiempo más tarde tuvo ella misma ocasión de oír con sus oídos tales conversaciones, y de conocer que el gran estudio en que John estaba sumergido era casi el último adios á las creencias anglicanas. Una mañana de vacación, habiéndose puesto las niñas en el columpio delante de la ventana del edificio, entreteníase Julia por allí en un trabajo de ganchillo. Unos cinco minutos después de ocupar un banco adherido al muro, llegó John. Mistress Needle, que le había visto salir de casa precipitadamente, imaginando lo que sería, no le quitó los ojos, viéndole detenerse delante de Julia, hojear un manuscrito, y luego sentarse á su lado.—Esta vez, dijo ella, has caído. Quiero oír la conversación.—Habiendo entrado poco á poco en el piso bajo, se puso á escuchar en la ventana bajo la cual estaba disertando John y Julia. Aquél decía:—Es la única dificultad que tengo. Por lo demás, estoy persuadido como sir Roberto Smith cuando recitaba la retractación. Comprendéis, empero, que aquí está el todo ó nada.—

Llenóse de horror mistress Needle al oír esta revelación, no del todo inesperada, y

con mayor ansiedad esperó las palabras de Julia, que modesta y tranquilamente respondió:—¿Qué queréis que os conteste? No soy doctora en Teología; pudiera únicamente repetir mi Catecismo. Si queréis ver hasta el fondo de la cuestión, preciso será que consultéis libros.

—Lo haré, sin duda de ningún género, ó, mejor dicho, lo hago continuamente. Mas no concluyo de ver claro. Me parece la cosa más que fuerte cuando leo en los maestros católicos que un hombre de carne y hueso como yo sea infalible como Dios. Paréceme que un hijo de Adán pretende demasiado al querer subir á tal altura; perdonad miss Julia, si vislumbro aquí algo soberbio é insufrible.

Sin embargo, sir Roberto Smith y cien mil otros *coerreligionarios* vuestros, entendieron la cosa como debían, juzgándola sumamente razonable. Todo está en reconocer los principios y los fundamentos. Atended: ¿qué inconveniente teneis en admitir que gira el globo terráqueo alrededor del sol? Ninguno, porque los primeros elementos de la cosmografía bastan á descubrir las razones perentorias y evidentes. Intentad, con todo, referir tal hecho de la mecánica celeste á un negro del Sahara, y

hallará una dificultad grandísima, creyendo que lo convertís en blanco de vuestra irrisión.—

Mirtress Needle, que detrás de las persianas no perdía frase, temió que Julia entrara en cualquier peligroso catecismo y concluyera de cojer el gobernalle, temió también que las niñas quedasen escandalizadas si acudían, como de costumbre, á escucharlo, y procuró desviarlas. Salió sin hacer ruido de la habitación, asomándose junto al dintel de la casa. Sus hijas, dejando incontinenti el columpio, corrieron á encontrarla muy festivas.—¿Dónde está la maestra?—preguntó. Más ella y John, que se habían levantado, se presentaban ya. El joven dijo con acento extraordinariamente afectuoso:—Sentaos aquí, aquí, mamá, con nosotros, y conoced mis ideas.... hace mucho tiempo que no me oís hablar de religión. (Erá cierto, porque desde el día de su mayor edad formó el propósito de no contender con su madre). Más no por ello he cesado de combatir conmigo propio. Estoy sediento de verdad y no puedo vivir sin ver el fondo de ciertas cosas.

—Tú sabes bien, respondió la madre, que de algunas no procuro ver ni aún la superficie.

—No importa: lo hareis por mí. Dad testimonios de que procedo razonablemente.—

Mistress Needle indicó á las niñas que volviesen á sus juegos. En vano: daban vueltas alrededor de su madre con tan dulces halagos, que no tuvo alientos para despedirlas. John empezó, levantado y con el rostro encendido, como si hubiese de pronunciar algún discurso importante:—Si llegara yo á persuadirme de la infalibilidad de una iglesia, pertenecería á ella hoy mismo, aunque fuese la católica....

—¡Dios no lo permita! exclamó la madre por ímpetu natural.

Y la razón es clara, continuó diciendo el joven: cuanto enseña una docente infalibilidad, es indudable. Más aquí está para mí el obstáculo insuperable (la madre respiró), que acaso cambiará toda la dirección de mi vida religiosa. Me parece un absurdo flagrante suponer infalible á un hombre. La Escritura, sí es infalible, por ser palabra de Dios, y de Dios parlante; pero el hombre no: nadie puede cambiar su naturaleza y comunicarle un atributo propio de la Divinidad, por cuyo motivo podrá siempre caer, engañarse y engañar. Vedlo en la práctica: ¿cómo puede Pio IX, por ejemplo, asegurar que la Virgen pura fué

concebida sin pecado? Se trata de un acontecimiento que dista de nosotros diez y nueve siglos, ignorado por la antigüedad, del cual no hay rastro en las historias, ni tampoco indicios en las Escrituras; por consiguiente, si el Espíritu Santo no se lo revela, Pio IX no puede saberlo. Ahora bien: ¿cree alguno en tales revelaciones? Nadie, ni aún los católicos. Si no tiene infalibilidad el Papa (los historiadores católicos son los primeros que cuentan los errores y los pecados de los Pontífices), ¿cómo la tendrá la Iglesia? Poned juntos cien hombres, reunid aunque sean mil en Concilio, cubridles de mitras y tíaras, siempre se quedan hombres, apartados del cielo, ignorantes de los arcanos de Dios, que nos moverán á risa si se jactan de ser infalibles. Hay más aún: ni siquiera los Papas reconocen su propia infalibilidad realmente. ¿No son ellos los que reúnen Concilios para instruirse? ¿Los que tienen confesor, al cual dicen sus pecados? ¿Quién puede compaginar semejante absurdo? ¿Un infalible que busca consejeros para no errar! ¿Un infalible que yerra y se confiesa caído en culpa! Esto, concluyó diciendo John dirigiéndose á su madre, me parece incontroverti-

ble y sin embargo, asegura miss Julia que todo proviene de la ignorancia mía.

—No he pronunciado esta palabra dijo la joven.

—No os disculpeis: habeisla dicho en otros términos, parangonándome con un salvaje que razona, ó; mejor dicho, disparata sobre astronomía.

—¡Qué! dijo Julia enérgicamente: jamás he pretendido asemejaros á un salvaje! Sólo quise decir que los que desconocen ciertas cuestiones hacen mal procurando resolverlas.

—Basta, repuso John pacíficamente: dejemos las cuestiones de palabras...

—Las de palabras y las de cosas, replicó Julia. Jamás he pretendido ser sino maestra de Clara y Clemencia. Si os place contender, discutir y objetar, la Inglaterra está llena de grandes hombres, que han llegado á ser católicos, á fuerza de raciocinio, estudio y meditación: no teneis más que consultarles.

—Pero vos, ¿qué contestais?

—¿Yo? Nada.—

John quedó mudo un rato. Había ya desistido cordialmente de proclamarse prosélito del puseismo, á causa de no descubrir en él sacerdocio, iglesia, sacrificio, ni

Eucaristía; por el contrario, pareciale un refinamiento de los errores anglicanos, unidos á la profanación del sacramento de la Penitencia, con formal idolatría hacia el pan de la Cena no consagrado. Sólo que, llegado á este punto, el antiguo desdén, contra el papismo hervía de nuevo en sus entrañas y ofuscaba su mente de tal modo, que no sabía discurrir. Desvariaba locamente contra el poder é infalibilidad de la Iglesia, sin descubrir el hilo de las cuestiones, agitándose entre tinieblas y quimeras con secreto orgullo, como si navegara en un mar de luz, pareciéndose sin duda en esto á muchos de sus correligionarios, y también á ciertos católicos, que, desprovistos de doctrina, se dan aires de doctores en tales materias, con una presunción tan ridícula como fanesta. Hallábase por ello á punto de renegar de todos los progresos logrados hasta entonces, y de prescindir de toda deliberación religiosa. Ahora bien; hallando á Julia tan opuesta á entrar en el fondo del asunto, iba confirmándose más que nunca en la persuasión de que aquel sería el lado débil del Catolicismo.

Julia, por el contrario, tenía sus motivos para no salir al palanque con facilidad. A

solas con él, no se hubiera hecho rogar mucho para decir francamente su parecer, ya que para poderlo y saberlo decir había estudiado el punto completamente; más en presencia de mistress Needle parecía que no debía dar la batalla campal. Comprendía que la extraviada señora no le perdonaría nunca que hubiese dado el último empujón á su hijo, cerrándose así todas las puertas para ganar á la familia. La sacó de sus apuros la misma mistress Needle, que, notando el silencio de John, pronunció estas palabras:—Lo mejor sería que todo esto se dejase á un lado, mayormente ahora que, como mayor de edad, debes promover la religión en la parroquia de nuestro *jus-patronato*. Así no se suscitarían nuevos disgustos, ya que Dios, por gran merced, acaba de quitarnos de los ojos el espantajo de la capilla independiente.

—Todo está maravillosamente bien, respondió John muy enardecido por sus meditaciones; más quisiera que vos y miss Julia reconociérais que tengo razón así como que no puedo argumentar de una manera más clara y decisiva.

—No hay duda, respondió la madre. No puedo acabar de comprender que pierdas el tiempo en tales fruslerías, ni que te

devanes los sesos inventando, por añadidura, la necesidad de estudiarlas y convertirlas en objeto perenne de cuestión.

Entonces Julia, para sacar á salvo el honor de su fe, añadió:

—Sin embargo, no hay un asunto que haya ejercitado de tal modo los ingenios más robustos, los cuales, penetrando en su pasaron de las iglesias protestantes á la fonda, Iglesia católica. Basta entender la cosa de una manera debida, y se desenvuelve con facilidad, deslumbrando su esplendor.

—¿Cómo la desenvolveríais vos, miss Julia? preguntó ávidamente John.

Julia, casi forzada por último á salir de sus trincheras:—Me atendería yo á mi Catecismo, es decir, á las lecciones elementales de religión que recibí cuando niña... Me displice no haber conservado mis cuadernos.

—Los habreis conservado en la memoria, dijo John, empeñado en volver al tema.

Los he conservado, sí: ¿qué duda cabe? Me apacientó con ellos todos los días cuando veo á las iglesias no católicas hacer el balancín, como Clara y Clemencia lo hacen allí bajo aquel peral, ó más bien cuando convertidas en juguete del mar en borrasca.

Entonces me siento firme, segura, inmóvil é inaccesible á las olas de las opiniones humanas, mirando con sincera compasión á los que á mí alrededor van á merced de la fortuna agitados todos los días por la tormenta (al decir esto se volvió á mistress Needle con cierta malicia), sin atreverse á inquirir la verdad siquiera, por miedo de ver su brillo.

—¿Y si todo esto, añadió John para que hablase más, sólo fuera un lindo sueño del que sigue á merced de las olas?

¡Qué! respondió Julia, ¿no se ha de distinguir el sueño de la verdad y el mar de la tierra?

—Vamos: decidme claramente lo que respondeis á mis dificultades.

—Respondo, ya que absolutamente lo quereis, que todas nacen de haber hecho un montón de cuestiones mal propuestas y de hipótesis falsas, así como de combatir á su alrededor, gastando vuestra lógica excelente.

—Distinguid, pues, las cuestiones, y ponedlas en orden si podeis.

—Comenzad, dijo Julia, por prescindir de la definición del dogma de la Inmaculada. Para esto se necesitaría un tratado especial. Es falso que no haya huellas en la

Eseritura; más falso que no sea cosa revelada á la Iglesia, siendo así que la profesa toda ella; lo es más aún que Pio IX pretendiese definirlo por personal é inmediata revelación del Espíritu Santo. El Vicario de Cristo no hizo más de lo que hicieron sus predecesores; observó que era un dogma muy viejo, creído en la Cristianidad universalmente, y fundado en la Eseritura, declarando en su virrad que todos los cristianos debían admitir la creencia, siendo herejes cuantos lo negasen.

—Más

—Más tened paciencia; yo no puedo referiros un tratado. Leyendo los autores vereis que digo la verdad. Luego de vuestras dificultades quitareis la siguiente (perdonadme), casi pueril.—El Papa puede pecar, por consecuencia no es infalible — Formad el silogismo entero, y palpareis que no exajero: El que peca es falible. El Papa puede pecar. Luego el Papa es falible. No veis que la mayor es *aechifalacísima*? El que peca es falible por lo que hace á su acto, más no se sigue que lo deba ser enseñando la verdad; ¡Cuántos jueces obran mal y juzgan bien! ¡Otros predicán bien y se conducen mal! Así el Papa pue-

de pecar como hombre y enseñar rectamente como Vicario de Cristo.—

Sintió John alguna vergüenza por haber caído en error tan grosero, y quiso excusarse; pero Julia no le dió tiempo, continuando así:

—También debéis comprender mejor la infalibilidad que se atribuye á la Iglesia y á su Jefe. No se dice que los Papas ni otros deban pronunciar oráculos á su antojo, en virtud de continuas revelaciones que reciban del Espíritu Santo; sino que la Iglesia y su Jefe son asistidos por el Espíritu Santo al perpetuar la revelación recibida por Jesucristo, al proponerla, explicarla ó defenderla, y aun valiéndose de los medios sugeridos por la prudencia humana. Por consiguiente, vuestra gran dificultad que parecía una montaña, se transforma en un llano, porque con la infalibilidad así entendida, no se cambia la naturaleza de los hombres, ni se les comuica los atributos divinos. Decidme; como buen protestante, ¿no admitís que los escritores de la Biblia sólo escribieron purísima verdad?

—¡No faltaba más! dijo John.

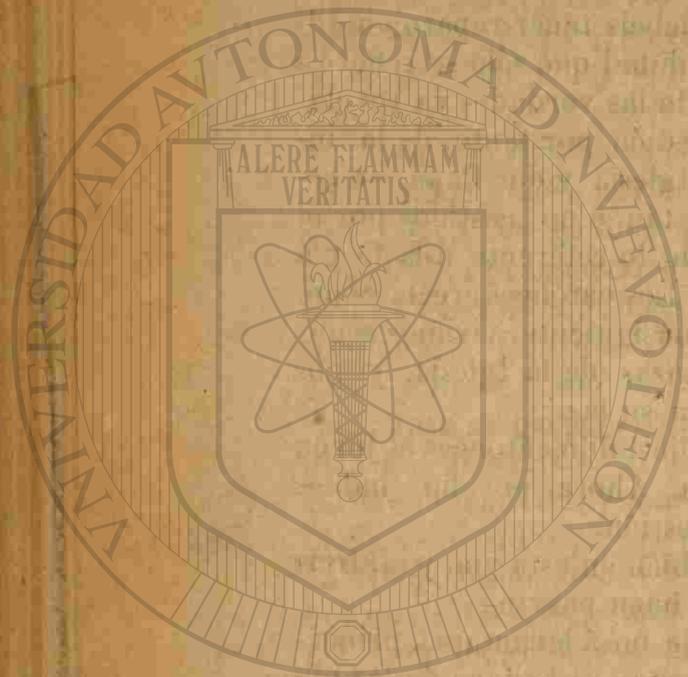
—Pues bien; los Profetas y los Evangelistas, al escribir sus divinas páginas, ¿es-

taban por ello *trashumanados* y divinizados? No: para que resultasen infalibles basta la inspiración de Dios que les asistía. ¿Cuánto menos debéis tener reparo en admitir una infalibilidad que sólo se refiere á la conservación de las verdades ya reveladas? Toda la cuestión, por tanto, de la infalibilidad de la Iglesia y del Papa, se reduce á saber si están ó no asistidos por el Espíritu Santo en lo referente á la fe y á las costumbres. Los católicos creen, como yo, que sí; por consiguiente, vivimos seguros de las enseñanzas de la Iglesia, y nos embriagamos con su luz. . . .

—¡Gracias á Dios! dijo entonces el joven interrumpiéndola. Ahora por fin, habeis entrado en la cuestión.

—Entrad también en esta vía, y saldreis infaliblemente á buen puerto—

Mistress Needle fué á levantarse, principalmente para evitar el peligro de las niñas; pero John la detuvo con una mano:—Quedaos, mamá, si llega Julia hoy á conseguir que veo negro lo á blanco blanco lo negro, alguna novedad extraordinaria ocurrirá. Oid vos también.—Cedió la madre, como siempre, y como siempre de mal humor.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y PUBLICACIONES

LXVII.

LA ÚLTIMA CUESTION Y LA CAIDA.

Decía John á Julia:—Os parece, por tanto, que primero es indispensable . . .

—Reconocer que Jesucristo fundó su Iglesia en forma de sociedad. Esto es evidente, según la historia, el Evangelio . . .

—No lo dudo, dijo John interrumpiéndola.

—Después pasad á inquirir la manera que tuvo Jesucristo de fundarla. No puso sus doctrinas en la Biblia como en un cajón, al que cada uno las debiese ir á buscar, con el fin de ser socio de una Iglesia invi-

sible, mayormente cuando era moralmente imposible que cada hombre se procurase un manuscrito de la Escritura; sino que instituyó la sociedad de los creyentes, la propuso á los Apóstoles con Pedro á la cabeza, y ordenó á éstos que la propagasen por la predicación hasta los últimos confines del mundo, prometiéndoles su asistencia hasta la consumación de los siglos.

—Conformes, dijo John, así consta en el Evangelio.

—Bien, replicó Julia, observad igualmente cómo existía la Iglesia y cómo los cristianos se salvaba nantes aún de existir los Evangelios, las Actas de los Apóstoles y las Epístolas de San Pablo; en una palabra, cómo la Iglesia no tenía necesidad del Nuevo Testamento, bastando la viva enseñanza de los Apóstoles. A medida que la Escritura se redactaba, la Iglesia la recibía como subsidio enviado por Dios, la aprobaba y la proponía como palabra celeste.

—No necesita la palabra de Dios aprobación alguna.

—¡Famoso descubrimiento! dijo Julia; mas los hombres la necesitan. Si la Iglesia no les dijese: "Tomad este libro que contiene la palabra de Dios," ¿cómo sabrían que allí está, en efecto, la palabra divina?

—Resulta un juguete de palabras, dijo John. La Iglesia aprueba la Biblia, y después por la Biblia pone de realce la existencia de la Iglesia. Así procede la romana, y paréceme un hermoso juego de cubiletes.

Julia:—Así lo hace la iglesia anglicana, que dice á suyos: "Creed que estos son los libros de la Escritura, porque los menciono en los treinta y nueve artículos, y creed en los treinta y nueve artículos porque son conformes á la Escritura." Hé aquí dos puntales que recíprocamente se apoyan, quedando en el aire, sin descanso en base alguna. No así la Iglesia católica, anterior á la Biblia, ó á lo menos á gran parte de ella: antes y después de terminada, pone de realce su existencia y sus condiciones divinas sin recurrir á ella como libro inspirado. Manifiéstase con su presencia, con la historia, con infinidad de monumentos en todos los siglos, con el resplandor de los milagros innumerables que acompañan su difusión por el mundo, con la fortaleza sobrenatural de sus mártires, con su propagación y conservación á través de obstáculos humanamente insuperables. Cosas todas que revelan á los hombres formando una sociedad divina, antes de que la Escritura existiese. Por tanto, no demuestra su autori-

dad por la Biblia y la Biblia por su autoridad, sino que, por el contrario, fortalecida su autoridad, la ejerce aprobando la Biblia.

—Con todo, dijo John, los católicos apelan siempre á la Biblia, cuando quieren probar á los protestantes las prerogativas de su Iglesia.

Decís bien á los protestantes, porque como creen en la Biblia, con ella los reducen á reconocer la verdad que desconocen. Así haré igualmente con vos ó lo que haréis vos mismo. Tomad aquel volúmen, y si bien está en vuestro poder mutilado y roto malamente por la Iglesia anglicana, hallareis en él lo bastante para confesar que la Iglesia de Cristo fué instituida por su Fundador en forma de sociedad, *et quidem visible*....

—No os detengais en esto, porque no lo dudo.

—Lo decía, porque ciertos protestantes defienden la fábula de que la Iglesia es invisible, con lo cual estaríamos obligados á ver lo invisible y abrazar lo incógnito. Toda vez que no padeceis esta enfermedad, seguid adelante y procurad convenceros de que la Iglesia visible debe ser también orgánica y jerárquica.

—Pasad adelante, dijo John impaciente. Todo esto lo admiten hasta los anglicanos. Cónstanos que desde las edades primitivas el pueblo era gobernado por los Apóstoles, ó por los Obispos que constituía ellos. Confesamos nosotros asimismo que esta sociedad jerárquica es una, católica y apostólica, como afirma el Símbolo que recitamos en la Cena del Señor. Así, no tengo dificultad alguna en reconocer que dichas cualidades no convienen á las varias iglesias protestantes, y que por lo tanto no forman la verdadera Iglesia de Jesucristo. Son cuestiones que discutí plenamente con el pobre sir Roberto Smith. Aquí no está la dificultad seria: lo que debeis demostrar es que la verdadera Iglesia de Cristo (sea la que sea) es infalible.

—A ello iba. No bien os hayais formado un concepto de la naturaleza y cualidad de la Iglesia fundada por Cristo, preguntad al Evangelio sus prerogativas: os contestará el Evangelio que ante todo tiene la infalibilidad, en el sentido que poco hace indicaba. *Las puertas del infierno*, dice Jesucristo hablando de su Iglesia, *no prevalecerán nunca contra ella*; y asimismo *que permanecerá con los Apóstoles enseñantes hasta el fin del mundo*, ó sea con

ellos y después con sus sucesores. Estudiando, vereis que por tales palabras de Jesucristo, y otras parecidas, toda la antigüedad cristiana sacó la consecuencia de que la Iglesia es indeficiente depositaria de la Religión de Jesucristo, infalible testimonio de ella, infalible maestra, infalible juez de las controversias é infalible intérprete de las divinas Escrituras.

—Vais por la posta, dijo John; éstas son en verdad cosas lindas, pero lo difícil es probarlas.

—Ya se sabe, respondió Julia, que no me propingo deciros un tratado de Teología polémica; os indico sólo los puntos que debéis estudiar especialmente, y que halláreis demostrados de una manera victoriosa en los tratadistas. Por lo demás, no se requiere un excesivo esfuerzo de inteligencia para descubrir que la primera y potísima dote con que Jesucristo debió enriquecer á su Iglesia, fué sin duda de ningún género la infalibilidad. ¿Cómo? ¿No ponderaistes nunca las palabras con que Jesucristo envió á los Apóstoles á predicar por todo el mundo, declarando merecedores del fuego eterno á los que no crean ó rechacen el bautismo? ¿Ni aquellas otras en que llama muy en alta voz *pagano y pe-*

cadador al que no se somete á la Iglesia? Ahora bien. ¿Cómo se puede alcanzar que uno sea infiel sino porque, alzándose contra la Iglesia, se alza necesariamente contra la verdad revelada por Dios? ¿Cómo podría imponerse la obligación moral de someter el entendimiento á una autoridad engañosa? A poder la Iglesia engañarnos, debería cada fiel, antes de creer, asegurarse de su veracidad. Haría reir una iglesia que así hablase á sus fieles: “Os mando creer este dogma, si bien no puedo aseguraros que sea verdadero.”

John se ponía sério al oír estas razones brillantes, que por sí mismo no había sospechado siquiera.

—Además, continuó diciendo Julia, ¿no está la Iglesia proclamada en la Biblia *casa de Dios vivo, columna y fundamento de la verdad?* ¡Hermosa casa de Dios sería por cierto una Iglesia engañadora de los fieles! ¡Fuerte columna la que se doblase bajo el viento del error! ¡Fiel apoyo de la verdad una iglesia que sostuviese lo falso...! Decidme doña Ana (añadió entonces la joven con un movimiento improviso) ¿tengo razón para creer infalible á la Iglesia de Jesucristo, asegurándome la Biblia que lo es realmente? ¿Aquella Biblia en que

vos creéis tanto y tan sinceramente? Cómo explicáis dichos textos? ¿Quereis desmentir á Jesucristo?

Mistress Needle, que no aguardaba este asalto, bajó la cabeza, diciendo:—Tú sabes que no me quiero meter en vuestras cuestiones.—Más John hallábase muy humillado y empequeñecido por su propia presunción en repeler como evidentemente absurda la infalibilidad de la Iglesia. Conocía por clara intuición que aquel punto, penetrado y creído, forzaríale á ser católico. Para ganar tiempo, promovió la siguiente objeción:—Bien; supongamos un momento infalible á la Iglesia de Cristo: ¿qué necesidad hay de que tenga un Jefe, esto es, el Papa, que á todos domina, tiranizando la libertad de los fieles con su primado, su jurisdicción y su empeño de ser infalible también?

No se conmovió Julia por esta dificultad, porque hacía meses que la esperaba; con el fin de resolverla y contestar lucidamente, habíase aplicado al asunto con todo su gran ingenio. Respondió, pues, con tanta modestia como seguridad:—Me duele, señor John, que, para resolver las vitalísimas cuestiones que interesan al tiempo y la eternidad, queráis recurrir á quien so-

lo sabe su catecismo ó poco más. Respondo, empero, que cuantas razones demuestran que, á fin de conservar la Religión de Jesucristo, se requería una Iglesia infalible, demuestran también que para conservarla necesitábase un Jefe infalible del mismo modo.

—¿Oh! ¿por qué? preguntó John: ¿no podría la Iglesia seguir siendo infalible de otra suerte? ¿Por ejemplo, dando Dios á cada cristiano el recto entendimiento de la verdad y de las Escrituras?

—Seguramente podría, contestó Julia; pero no lo tuvo á bien, y no lo hizo; la experiencia misma demuestra que los que se alzan contra la Iglesia entienden la Escritura de mil modos ridículos y absurdos. Por lo demás, el Evangelio habla claro, y dice que nuestro Redentor quiso que se profesase su Religión en forma social, dependiendo de un Jefe cada socio.

Este Jefe podría ser un Concilio: esto es, la propia Iglesia reunida: ¿qué necesidad existe de un Papa?

—Todo lo podría Dios hacer con su omnipotencia; más convenido en que no es el medio que Jesucristo eligió. Por añadidura, el sistema de regir á la Iglesia nada más con decisiones conciliares sería el más

incómodo de los posibles. Sería preciso tener una Asamblea perpétuamente reunida, con perpétuo daño de las iglesias, privadas de sus Past ores. Además, ¿quién regularía este concilio? ¿De qué serviría cuando se dividiesen los votos? Necesitaríase otro que juzgase al primero, y así sucesivamente. ¿Cómo se conservaría la unidad social si las iglesias particulares reuniesen concilios separados? Sería, sin embargo, naturalísimo que cada uno de los tales concilios pretendiera ser el verdadero y único director de la Cristiandad. Tendríamos concilios luteranos para definir que perdió el hombre su libre albedrío; tendríamos concilios calvinistas para asegurarnos que Dios crea hombres de propósito para llenar el infierno de condenados; tendríamos concilios anglicanos para sostener que la santa Misa es una blasfemia; tendríamos concilios metodistas para recomendar á los cristianos que se convirtiesen moviendo la cabeza, ladrando ó haciendo cabriolas; en fin, tendríamos concilios de las iglesias *agapemonita*, *mormónica*, *osceñita*, del amor libre, para compeler en conciencia á cada hombre á vivir como un cerdo; saldría, por último, á luz un concilio independiente del pastor Bird, con el fin de a-

comodar á su madama en el confesonario....

—Esto, replicó John, no podría suceder si Dios comunicase la infalibilidad á los miembros de los concilios.

—¡Bravo! repuso Julia. ¡Así tendríais centenares de Papas infalibles, para evitar uno! ¡Cuánto mejor y más sencillamente preparó Jesucristo el gobierno de su Iglesia, dotando de infalibilidad á su Vicario únicamente! Este, ó falla sólo por sí, ó congrega el concilio universal, cuando lo juzga indispensable, y con sus Hermanos, jueces como él, dicta la sentencia; si en el concilio surge disparidad de opiniones, todos saben que prepondera indudablemente aquella parte de la balanza en que pone su voto el Vicario de Jesucristo. Que nazcan cismas y sediciones: los hombres de buena fe saben que con el Papa hállase la verdad. ¿No os parece la ordenación digna de un Ordenador divino?

—Comprendo, respondió John: sería la mecánica de los cuerpos celestes trasportada á la tierra: más....

—Más... ¿qué?

—Está el negro daño en que podría ser una invención humana, puramente humana, y entonces....

Julia, como reprendiéndole:—Entonces debeis renegar de la Biblia, llamándoos deista, racionalista, ateo, cuanto queráis, menos anglicano ó protestante de buena fe. No hay cosa más solemnemente revelada en la Escritura que la *mecánica* de la Iglesia regida por un Jefe infalible.

—Poco á poco, dijo John; no os enardeczáis. Si la infalibilidad de la Iglesia y de su Jefe está manifiestamente descrita en la Escritura, ¿cómo los protestantes no saben hallarla?

—No la encuentran porque muchas veces no leen la Biblia, ó porque, si la leen, interpretan el sagrado texto hallando el *euquerismo*, el *mormonismo*, el *socinianismo*, el “*schwedenborgismo*” el *barkerismo*, el *jamperismo*, y todos los *ismos* que aún vos juzgáis sandeces, impiedades y locuras. Por el contrario, los que leen la Biblia con sencillez, pidiendo luz á Dios, así como la interpretación á los antiguos Padres Doctores de la Iglesia, descubren la infalibilidad de la Iglesia y del Papa tan brillante, que abjuran de sus errores y se hacen católicos, de lo que nos dan todos los días ejemplos á cientos y á miles Alemania, Inglaterra y América.

—Pues bien, replicó John, que no pres-

cindía de ninguna de sus cavilaciones; ya que os desplacen como á mí las interpretaciones absurdas de ciertos sectarios, os citaré las de ciertos católicos: los galicanos miran sumamente de reojo la infalibilidad del Papa. . . .

—Pero admiten, contestó Julia prontamente, la de la Iglesia. Además, perdonadme y volvedme á perdonar; ni aun niegan la infalibilidad del Pontífice. Sólo pretendían que sus definiciones, para llegar á ser *irreformables*, según manifestaban, debían esperar el consentimiento de la Iglesia. Ahora bien; esto en su opinión, no era desconocer la infalibilidad pontificia, sino solo limitarla. Por lo demás, sabed que los doctores galicanos fueron siempre contradichos por la universalidad de los doctores católicos, y que solemnemente les condenó el concilio Vaticano delante de mí, Julia de los Laureles.

—¿También vos fuísteis al concilio?

—Sí, señor. La única vez que yo estuve en Roma fué precisamente porque mi padre me quiso llevar á la cuarta sesión del concilio. Más no nos desviemos. Podeis estar seguro de que toda la antigüedad católica hasta nuestros días leyó siempre en el Evangelio, con caracteres de oro, la in-

falibilidad de la Iglesia y del Vicario de Jesucristo. Si dejando aparte las preocupaciones anticipadas os ateneis al sentido óbvio, claro y luminoso del Evangelio, vos también. . .

— No sucederá nunca.

— Sucederá indudablemente.

Mistress Needle se levantó con ímpetu, conteniendo su mal oculta cólera, y exclamando:— Lo había previsto desde que comenzasteis. En estas disputas nada se logra. . . se perturba la quietud de la casa, escandalízase á las almas sencillas (decíalo por sus pequeñas), y nada más.— Tomando de la mano á Clara y Clemencia, las llevó consigo, á de fin darles una lección muy viva contra el Papa y el papismo, preservándolas así de las herejías que oyeran de Julia y de John. Más éste, como si no hubiese advertido el estado de su madre, dijo á la joven con estudiada indiferencia.— Señaladme los pasajes del Evangelio que hablan de la infalibilidad.

Julia fué por su Biblia. Las señales estaban lindamente puestas, por haber estudiado los textos en los días anteriores. Puso además otra, no pedida por John. ó sea el opúsculo de Cercia. *La palabra de la Biblia á los verdaderos creyentes*, que

habíanle mandado de Nápoles, y que trata de este punto de un modo doctísimo á la vez que popular. Hizo que John leyera varios pasajes del librito, diciendo:— Vedlos; confrontadlos con la Biblia y con su contexto. Advertireis que Jesucristo prometió y confirió á San Pedro la jurisdicción sobre toda la Iglesia; que el Obispo de Roma es sucesor de Pedro y legítimo heredero de su jurisdicción; que ésta comprende la enseñanza y el magisterio infalible de la fe; leereis muchas cosas más, demostradas con el vivo Verbo de Dios, y con evidentes racionios que no admiten réplica. Sólo resta que entre una página y otra eleveis los ojos al cielo.—

Nada más dijo Julia. Aunque John no respondió, parecióle que aquellos pasajes, leídos rápidamente, brillaban con una luz terrible. Le temblaba el corazón en el pecho y la mano al tomar la Biblia y el libro que alargábale la napolitana. Había poco antes asegurado su firmeza inquebrantable, y sin embargo no podía alejar de sí un presentimiento de su derrota, ó, mejor dicho, de su triunfo

falibilidad de la Iglesia y del Vicario de Jesucristo. Si dejando aparte las preocupaciones anticipadas os ateneis al sentido óbvio, claro y luminoso del Evangelio, vos también. . .

— No sucederá nunca.

— Sucederá indudablemente.

Mistress Needle se levantó con ímpetu, conteniendo su mal oculta cólera, y exclamando:— Lo había previsto desde que comenzasteis. En estas disputas nada se logra. . . se perturba la quietud de la casa, escandalízase á las almas sencillas (decíalo por sus pequeñas), y nada más.— Tomando de la mano á Clara y Clemencia, las llevó consigo, á de fin darles una lección muy viva contra el Papa y el papismo, preservándolas así de las herejías que oyeran de Julia y de John. Más éste, como si no hubiese advertido el estado de su madre, dijo á la joven con estudiada indiferencia.— Señaladme los pasajes del Evangelio que hablan de la infalibilidad.

Julia fué por su Biblia. Las señales estaban lindamente puestas, por haber estudiado los textos en los días anteriores. Puso además otra, no pedida por John. ó sea el opúsculo de Cercia. *La palabra de la Biblia á los verdaderos creyentes*, que

habíanle mandado de Nápoles, y que trata de este punto de un modo doctísimo á la vez que popular. Hizo que John leyera varios pasajes del librito, diciendo:— Vedlos; confrontadlos con la Biblia y con su contexto. Advertireis que Jesucristo prometió y confirió á San Pedro la jurisdicción sobre toda la Iglesia; que el Obispo de Roma es sucesor de Pedro y legítimo heredero de su jurisdicción; que ésta comprende la enseñanza y el magisterio infalible de la fe; leereis muchas cosas más, demostradas con el vivo Verbo de Dios, y con evidentes racionios que no admiten réplica. Sólo resta que entre una página y otra eleveis los ojos al cielo.—

Nada más dijo Julia. Aunque John no respondió, parecióle que aquellos pasajes, leídos rápidamente, brillaban con una luz terrible. Le temblaba el corazón en el pecho y la mano al tomar la Biblia y el libro que alargábale la napolitana. Había poco antes asegurado su firmeza inquebrantable, y sin embargo no podía alejar de sí un presentimiento de su derrota, ó, mejor dicho, de su triunfo



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LXVIII.

LOS PREPARATIVOS DE LA LUCHA.

Tres días después de la fiera escaramuza sostenida en el jardín, llegó un voluminoso fardo de libros para John Needle. Habíalos encargado por el telégrafo la tarde anterior á la disputa. Así decía el parte telegráfico, expedido á uno de los librerros católicos de Londres más provistos: "Escójanse los mejores libros de controversia religiosa: Milner, Neuman, Wiseman, Oakeeley, Palmer, Ullathorne, Manning y otros semejantes. Hasta treinta esterlinas que recibireis mañana por el correo. Expedirlos incontinenti á la estación más próxima á Parque Verde, cerca de Newcastle, Northumberland.—John Ne-

edle." Como debían, los servidores lo llevaron todo á las elegantes habitaciones de su señor. Hízolos John colocar en estantes sueltos que llegaran de Newcastle en el día precedente, llenáronse completamente, sin sobrar ni faltar. Fué uno de los primeros actos de señorío con que inauguró su mayor edad.

Después que todo estuvo perfectamente arreglado, según costumbre, invitó la Nedle á Julia para que viese la flamante adquisición. La señora se fijó sólo en las encuadernaciones y en los títulos, para no apesadumbrarse por haber descubierto incontinenti qué libros seran aquellos. Julia, por el contrario; recorrió con gozo los títulos, y gozóse mucho, esperando tener en adelante una librería completa. Habiendo visto un opúsculo de Allies sobre la *Cátedra de Pedro, fundamento de la Iglesia*. —¡Oh! dijo á John, aquí está vuestro caso enteramente.

—¿Cómo lo conocéis? preguntó John.

—Lo he visto y leído todo en Nápoles, donde se tradujo y se imprimió. Regalómele un canónigo de la catedral que frecuentaba nuestra casa y sabía que me deleitaban estos estudios.

—¡Oh! ¿Por qué os deleitabais con la con-

troversias religiosas, sin embargo de estar adherida, cual el pólipo á las rocas, á vuestros principios religiosos?

—No es ni pecado venial esclarecer cada vez más las propias convicciones, y reconocer los fundamentos inconcusos de las verdades profesadas. Al internarnos los católicos en tales estudios, la fe se ilumina y resplandece de modo que la creencia en la religión se transforma en una necesidad y en un gozo, como es un gozo y una necesidad ver en el cielo la verdad sin velos. Se ve llover la luz de todas partes, y los misterios más profundos cesan de repugnar á la inteligencia; porque desaparecen las contradicciones, forzándonos á su admisión la evidencia extrínseca con que los revela la veracidad divina. Espáciase la mente por las innumerables prácticas de la Religión, y do quiera, comenzando por el sacrificio de la Misa y concluyendo por el escapulario de la Virgen, descubre tesoros de sublimidad y de belleza, en los cuales se inflama el corazón y se detiene á su placer con quietud inmensa. ¿Os parece poco el fruto que se saca estudiando la propia religión?

El joven decía en el ínterin para sus adentros: "Por el contrario, yo, á medida que más estudio el protestantismo, lo en-

cuentro más inconexo, interrumpido, ilógico, absurdo." Repuso sin embargo:

—¿No entra en lo que decís un poco de fantasía también?

Respondió Julia sólo con una sílaba:—

No.—Habiéndose puesto á hojear algunas obras, indicaba los argumentos de los capítulos que iba encontrando:—Mirad esto.

—Leed aquí.—Observad cuán claramente trata el asunto.—Cuántas dificultades me propusisteis otras veces, las hallareis en sus sitios, corroboradas con las más especiosas razones, y propuestas con energía terrible; mas luego, con mucha mayor lucidez de discurso, resueltas, destruidas, aniquiladas.

—Por ejemplo, dijo John: ¿no hay nada sobre el primado de San Pedro?

No quiero privaros del gusto de ver por vos mismo lo que más os plazca, respondió Julia. Sólo teneis que mirar los índices y escoger. Donde quiera que pongais la mano, os persuadireis de que los mismos que antes de convertirse más furiosamente asaltaban el Papado, fueron después sus más ardientes campeones para mantener sus prerrogativas. Vamos, señor John, procurad leer sin espíritu de partido: de cada página saldrán chispas y rayos de luz. Vendrá

un momento en que vereis clarísimamente de un modo suave y alegre vuestra obligación de inclinaros ante el Sucesor de San Pedro y reconocer su autoridad sobrehumana, pareciéndoos dulce cosa bendecir á Dios por haber encendido en medio de la humana sociedad un faro indefectible de luz divina.

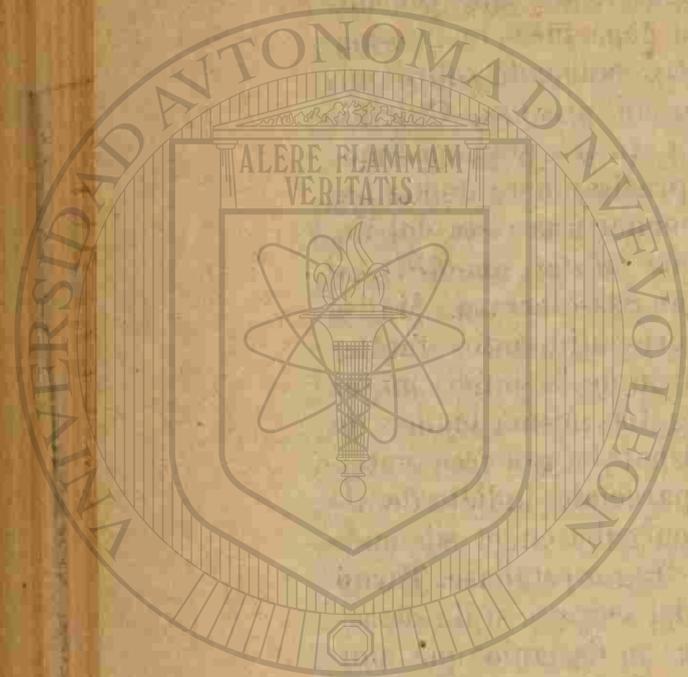
No necesitaba John tales excitaciones, porque, precisamente para poner término á sus perplejidades, habiase determinado á entrar en el mare mágnum de las controversias romano-protestantes; á fin de hacerlo con mayor comodidad, habíase provisto de tratados católicos, teniendo ya una riqueza de tratados protestantes, por donativos de su madre. De todas las cuestiones que aún le tenían en suspenso, la más grave y decisiva versaba sobre la supremacía papal y los privilegios que lleva consigo. Al debatir en Florencia de religión con sir Roberto Smith, habíale recomendado no dar paso alguno á la ligera, y no resolverse á declararse católico sino después de ahondar en el asunto y sentirse convencido hasta el extremo de creerse capaz de morir para sostenerlo.—Una vez palpado lo firme del fundamento éste, decía Smith próximo á espirar, os sentireis cató-

lico, apostólico, romano, papista y *archipapista*, maravillándoos, como me maravilló yo, de no haber comprendido al vuelo una verdad tan profunda y fácil al mismo tiempo.

John, bien provisto de obras excelentes, no tenía necesidad de recurrir á Julia. A su placer navegaba por aquellas aguas copiosas, bebía de ellas á raudales, y apagaba su sed completamente con grandísimo gusto. Su madre, que apenas le veía, mostraba un humor más negro que nunca, y hacía peores presagios cuanto menos hablaba el hijo de religión. Si alguna vez debía conversar con él, estaba cierta de hallarlo en su estudio de las nuevas habitaciones, aunque antes quedábase con placer en las estancias de la familia. Allí pasaba John las horas muertas, ya sentado junto á su mesita, teniendo delante multitud de escritos y de obras, ya midiendo á breves pasos el salón principal con carterá y lápiz, ya de pie junto al vano de una ventana, con las manos cruzadas sobre el pecho, inclinada su faz, y meditabundo.

Pasó poco tiempo antes de que su madre hiciese un descubrimiento dolorosísimo. Había John sacado de sus estantes un buen número de libros, confinándolos, sin

escrúpulo de ninguna laya, en un rincón muerto, y sustituyéndolos con libros papistas que iban llegando en cajas hermosas. A fin de que su pena fuese mucho mayor, un día encontró colocado sobre una cómoda del estudio un precioso Crucifijo de bronce dorado; para la oportuna simetría puso delante, precisamente donde había ella hecho suspender una vista del Vesubio, una devotísima *Mater amabilis*, al óleo, copia fiel de un Sassoferrato. Mal se podría decir qué presentimientos fatales traspasaron el corazón de la infeliz mujer por estas novedades. La misma mudez de John, que antes disputaba tan frecuentemente con Julia, parecíale indicio de alguna mina que se cargaba en el silencio, para que con sumo fragor estallase. Tardó poco la revelación del secreto, si de secreto se podía calificar un designio que por tantos caminos se manifestaba.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL

LXIX.

LA RESOLUCION.

El cambio de John no se realizaba por medio de entusiasmos, ni con fuertes sacudidas; todo era trabajo de su mente lógica y de su férrea voluntad. A su silogismo último, según su índole característica, debía seguir una profesión de fe católica. En una mañana estival, John había determinado hablar francamente á su madre. Se presentó delante de ella en actitud más respetuosa que nunca: era su intento decirle que, á pesar de ser muy defensora de la Iglesia anglicana, debía, cuando menos, respetar su determinación, dado que aprobarla no quisiera. Hacía hincapié para ello en su equidad, así como en la actitud que toma-

ría él, digna y modesta. Empezó con una especie de exordio, para el que se había preparado primero:—Madre mía, heme propuesto como un deber, desde mi mayor edad, no decidir negocio alguno sin vuestra noticia y consejo. No quiero encubrirlos más, por consiguiente, un designio que ahora me aparta de todos los demás pensamientos. . . .

—Habla pronto, dijo interrumpiéndole la madre, que presumía la palabra última y la esperaba desde atrás.

—Estoy altamente desengañado de nuestra Iglesia anglicana, y me siento compelido á la Iglesia. . . .

—¿Tú? añadió la madre, interrumpiéndole de nuevo, ¿Tú, que hace pocos días jurabas por las dificultades insuperables contra el Papa y el papismo? . . .

—Juraba entonces lealmente, respondió John, como de costumbre, y como ahora juraría lealmente lo contrario. No habló al aire. Dios tiene derechos supremos, y la conciencia impone deberes ajenos á toda consideración. Por lo demás, no soy el único; sigo las huellas de centenares de los hombres más ilustres y probos de nuestra comunion. También juraron en sus libros contra la Iglesia romana, con inmenso a-

parato de doctrinas filosóficas y bíblicas: después, empero, uno tras otro, abjuraron sus irrazonables juramentos, viviendo ahora fieles á la nueva Iglesia por ellos escogida. Muchos ascendieron al sacerdocio ó á las prelaturas, y no pocos son frailes.

—¿Por qué más bien no imitas á los innumerables que resistieron invictos las seducciones papistas?

—Me fijó, respondió el joven, en los que parécenme más verdaderamente convencidos de su propia religión. Nadie, sin excluir á los adversarios, osa poner en duda la sinceridad de los nuevos convertidos á la católica.

—¿Te has obstinado, pues, en. . . .?

—No estoy obstinado, respondió John, pero sí resuelto irrevocablemente.

—Siendo así, ¿á qué malgastar el tiempo? Es inútil toda conversación, ahora, sobre todo, que has venido á ser el jefe de la familia.

—Sé, madre mía, cuáles son mis derechos; más no he venido aquí para recordarlos. Os pido sólo, por gracia, que no juzgueis á vuestro hijo sin oírle. Tened la paciencia de pesar los motivos que me acababan de resolver. Será la última vez que hablemos de religión.

—¿No me podrías ahorrar este suplicio?

—Creo deber rendiros cuenta de mi resolución, antes de ponerla en práctica, dijo el joven.

Habla, y destroza el corazón de tu madre á tu placer.

John estuvo próximo á despedirse secamente; pero se contuvo, disimulando la pena que lo hería. Conservaba siempre en el secreto de su corazón la esperanza de que su madre, mujer de talento no despreciaría de ningún modo al fin las razones de su conversión, que le parecían de una claridad deslumbradora. Respondió, pues:—Si me oís con un poco de calma, reconocereis acaso que obro con madurez suficiente, lo cual no podrá menos de consolarnos.

—No puedo ser víctima insensible.... soy tu madre.

—Precisamente porque soy vuestro hijo, ansío informaros de las razones que me obligan á separarme del protestantismo, á fin de que no se disminuya vuestra estimación ni la mía.—

Unió mistress Needle sus manos, inclinó la cabeza, y cerró los ojos, como si se resignase á oír su sentencia de muerte. Empezó á decir John, sereno el rostro y lle-

na la mente de sus razones:—Observo que todo el sistema de las creencias que componen la Religión cristiana nos presenta verdades que sobrepujan las fuerzas de nuestro entendimiento: un Dios, uno en esencia, subsistente, sin embargo, en tres Personas; Jesucristo, Dios y hombre; la oculta obra de la gracia que trasforma la naturaleza del hombre; la presencia real del Salvador en la Eucaristía; la condición de las almas en la otra vida. Ahora bien: ¿cuál se puede vanagloriar, en tan profundos arcanos, de poseer la verdad sin mezcla de error, sólo con dar vueltas en torno de ellos con su ingenio? Ni vos, ni yo, ni los demás del mundo. Para decir con absoluta certeza: “Creo en Dios uno y trino,” ú otra verdad misteriosa, fuerza es que una autoridad incontrastable, infalible, divina, me descubra y afirme lo verdadero relativamente á dichos dogmas. Entonces los aceptaré, porque la razón me dicta que una divina é infalible autoridad tiene un derecho infinito á ser creída. Mientras tal autoridad no existe, ó no me habla, yo, para ser razonable, debo diferir mi juicio, sin creer ni dejar de creer. Infero, por lo tanto, que si quiere Dios que se crean en el mundo semejantes dogmas, superiores á la

humana razón, ha de haber instituido en la tierra también una autoridad infalible, que testifique y enseñe— ¿Os parece claro?

—Clarísimo, respondió la madre. Gracias á Dios, este oráculo divino que buscas para que hable y enseñe, aquí está en mi cuarto. . . . ¡Mirale! (y señaló la Biblia). ¿Qué precisión existe de mendigar las respuestas de los oráculos humanos?

—Pues bien, respondió John; consultémoslo juntos (el joven tomó la Biblia). . .

Ante todo, ¿quién os asegura de que la Biblia verdadera es la que teneis? Innumerables otros cristianos y doctores de las Iglesias oriental, griega, romana, protestante, nos gritan: “¡Tened cuidado! La Biblia de los anglicanos está mutilada y falsificada. . . .” ¡Oh! ¿Quién os da la certidumbre de poseer la verdadera palabra de Dios?

—Mi iglesia, respondió la madre: duermo tranquila sobre la palabra de mi iglesia, que la coloca en mi mano.

—¿Más quién os asegura sobre vuestra iglesia anglicana? replicó John. Nuestra iglesia se declara falible, por lo cual viene á decirnos poco más ó menos lo siguiente.

“Tomad este libro como palabra de Dios, aunque no puedo aseguraros que lo sea.”

La mujer, que tenía entendimiento, co-

noció la fuerza de la razón, y no supo responder. Se puso á divagar:—¿Crees más segura la Biblia que te presentan los católicos?

—Sí, dijo John. La Iglesia romana no nació ayer, como la nuestra, por el capricho de un lego; es inmutable y antigua: su sacerdocio y su Episcopado se remontan, por medio de ordenaciones, hasta los Apóstoles y Jesucristo. Además, es la única grande Iglesia divina, á la cual prometió Jesucristo su asistencia para que no errara en la fe. Prueban, por añadidura, que es tal los infinitos portentos con que se propagó y se conserva á través de obstáculos humanamente insuperables; prueban que es tal los millones de mártires que nunca jamás, sin el benéfico concurso de Dios, hubieran podido morir tan intrépidamente por su fe. En fin, la Iglesia romana lleva en su frente la señal de su divinidad, por lo que cuando me dice: “Toma este libro, que contiene la palabra de Dios.” lo tomo, lo beso y lo leo, seguro de poseerla realmente.

Quedóse muda mistress Needle al oír este discurso luminoso. John prosiguió:—Por lo demás, ya que vos y yo estamos de acuerdo en creer este libro palabra de Dios,

vengamos á la dificultad práctica, y consultémoslo juntos sobre la gran cuestión de la presencia real de Jesucristo en el sacramento de la Eucaristía. Veamos si la palabra escrita en el libro es bastante para formar un acto de fe.

John se puso á hojear el volúmen, y encontró pronto el capítulo vigésimo sexto de San Mateo:—Vedlo, añadió; la Biblia dice que “Jesucristo tomó el pan, lo bendijo, lo partió, y dándolo á sus discípulos, les dijo:—Tomad y comed: este es mi cuerpo. Y tomando el cáliz, dió gracias, y diósele, diciendo:—Bebed todos de él. porque esta es mi sangre del Nuevo Testamento, que será derramada por muchos para la remisión de los pecados.” Ahora bien, madre mía: ¿qué nos quiere revelar Jesucristo con estas palabras? Paréceme que no hay duda: Jesucristo cumple la promesa empeñada primeramente al decir: “El pan que os daré yo, es mi carne, por la vida del mundo.” ¿Podía Jesucristo hablar más claramente cuando dijo: “Este es mi cuerpo esta es mi sangre?”—Así realmente responden los católicos, los orientales, los griegos, los rusos, en suma, casi todos los cristianos del orbe. Con todo, se levantaron Calvino, Zuinglio, Ecolampadio, Car-

lostadio, y toda la grey de los sacramentarios y de nuestros anglicanos, los cuales juraron y volvieron á jurar que el verbo *es* significa *no es*, por lo cual no está en el Sacramento el cuerpo ni la sangre de Jesucristo.

—Haces decir un absurdo á quien no lo dice, observó mistress Needle: no nos enseña la Iglesia que *es* significa *no es*; nos advierte que aquel *es mi cuerpo, es mi sangre*, se debe entender, *es en figura* mi cuerpo y mi sangre.

John, al momento:—lo que en *figura* es, en *realidad* no es: luego nuestra iglesia anglicana en el fondo, nos quiere dar á entender que aquel *es* significa *no es*. Realmente por ello la increpan los *tratarianos*, los *ritualistas*, y los *puseistas*, los cuales aseguran que el cuerpo y la sangre, de Jesucristo están en la Eucaristía en realidad, y que por los fieles se reciben en la santa Comunión realmente. Más dejemos este punto como lo encontramos; el hecho es que nosotros, con toda la Biblia y con un texto de claridad incomparable, no logramos definir la cuestión, ni entendernos con las otras iglesias del orbe, ni aun llegamos á una inteligencia con los *puseistas*

y los demás, anglicanos también lo mismo que nosotros.

—¿Qué importa? dijo la madre: entiéndalo cada uno á su manera, y todos listos.

—¿Qué importa? ¿Os parece bien esto, madre mía? ¿Se trata, por ventura, de un dogma indiferente? Si Cristo está en el Sacramento y es sacrificado en la santa Misa diariamente, poseemos al Salvador vivo y verdadero en la tierra como en el cielo, y nos unimos á él de un modo inefable, viniendo á ser el centro del culto y la vida del cristianismo; si, por el contrario, no está, los fieles quedan privados de su presencia, como también desposeidos del cielo y de su divina persona desde su Ascensión: los puseístas, como todos los cristianos del mundo, vienen á ser un rebaño de idólatras que adoran el pan y el vino. En suma, de la contraria inteligencia de las palabras *Es mi cuerpo, Es mi sangre*, resultan dos religiones totalmente opuestas, contradictorias, contrarias entre sí como la noche y el día. La Biblia, si la interpretamos según nuestro capricho, no es bastante para resolver cuál es la verdadera, es decir, la que quiso revelarnos el Redentor.

Mistress Needle frunció las cejas y se fi-

jaba en la conversación, prosiguiendo su hijo:—Lo propio pasa en cien otras cuestiones capitalísimas. Entre los protestantes, unos afirman y otros niegan la necesidad del bautismo, por más que se diga en el Evangelio muy abiertamente que sin él no cabe la salud: entre nosotros se disputa si para salvarse es preciso hacer obras buenas y vivir como un hombre honrado, ó si es bastante tener fe y obrar como un cerdo. En cien y mil escuelas protestantes enseñase que la Biblia es una historia mitológica, de ningún modo enseñada por Dios: aún entre nosotros un Obispo no hace mucho declaró que no contenían la palabra de Dios el Génesis, el Exodo, el Levítico, los Números y el Deuteronomio, que hasta entonces habíanse creído la parte más fundamental de la Biblia... ¡Advertid de cuán poco sirve tener en la mano un libro que se llama la Biblia! Vivimos á oscuras en todo, dudamos de los Sacramentos más vitales, no sabemos si Cristo está realmente con nosotros, ó si existe únicamente un pedazo de pan en los templos; hasta ignoramos si tenemos la palabra de Dios en la Biblia...! ¿No creéis, madre, que debía buscar en otro sitio la certidumbre? La he buscado infatigablemente... y he hallado en la Igle-

sia romana todos los caracteres de la de Jesucristo; es apostólica, es católica, es una . . . está firme sobre todos sus puntos capitales; lo mismo hállase hoy, que ayer, que hace diez y nueve siglos. . . .—

Interrumpió este ardoroso discurso mistress Needle:—Déjame reflexionar un poco: tú me ahogas y envuelves; creo que te confundes además á tí mismo.—Después, volviendo á pensar un poco, como quien se acuerda de algo ansiosamente inquirido, respondió:—Puesto que quieres que sea tu juez, déjame que juzgue con toda comodidad. . . . No quiero contender contigo, porque tienes en la cabeza todas las sutilezas de las escuelas; soy mujer y no estudié nunca en Cambridge. Piénsalo muy despacio: si te parece que nuestro Salvador ha dotado á su Iglesia de una infalible autoridad, está bien; si opinas que es propiamente la Romana, tanto mejor . . . La nuestra, después de todo, es únicamente la de Roma purgada y reformada. Por ello deberías creer en su infalibilidad mucho más firmemente sin duda que en la de la romana. ¿Qué precisión tienes de pasar de una á la otra? Deberías más bien, si hubieras nacido católico, hacerte anglicano.

—¡Oh!, madre mía! ¿Qué decís? exclamó

John. ¡Si supiéseis cuánto he batallado conmigo propio para componerme semejante sueño! Cien y mil veces he procurado persuadirme de que, como dicen los puseistas la Iglesia cristiana es un gran cuerpo del cual son miembros ó partes integrantes las iglesias anglicana, rusa, griega, etc. Más el hermoso sueño vuela de manera inexorable y se desvanece. ¿Cómo quereis que declare á nuestra iglesia particular miembro de la universal, cuando la veo con mis ojos por tierra, á guisa de tronco cortado y podrido? Sobre no tener ya Obispos que descendan del Episcopado católico, está en pugna declarada con el universo cristiano, al que contradice y por el cual esta contradicha en los dogmas más esenciales; nuestra iglesia sepárase de la romana especialmente, porque su símbolo de treinta y nueve artículos reniega absolutamente de la jurisdicción del Pontífice sobre la iglesia inglesa, condenando á la romana por herética (1), como por herética la condena la de Roma. ¿E imagináis que la Iglesia anglicana es un miembro curado de la universal?

—¿No podría existir una unión oculta,

(1) Artículos XIX y XXXVII.

sin embargo de las excomuniones recíprocas?

—De ningún modo, respondió John: ¿qué oculta unión podemos nosotros fantasear, separándonos en la esencia de la fe, y jurando, como juran al ordenarse nuestros pretendidos diáconos, sacerdotes y Obispos, repeler toda jurisdicción religiosa fuera de Inglaterra, reconociendo, por el contrario, la supremacía del Rey (1)? Sabeis como en la realidad la ejerce el Rey ó la Reina? La excelente señora, que todos amamos por ser buena madre, buena esposa y buena soberana, cree tener derecho á crear nuevas diócesis, y á suprimir las antiguas, á deshacer ó hacer Obispos, á conferirles la jurisdicción, á decidir las cuestiones sobre la fe, sobre la necesidad y el valor de los sacramentos, sobre la predicación, sobre la disciplina eclesiástica y sobre el ritual. Toda la iglesia anglicana depende de ella y de las leyes de su Parlamento. ¿No se trata, por tanto, de una iglesia independiente de todas las demás, dividida y cortada, establecida y gobernada por legos?

[1] *The book of the Common Prayer*, en los ritos para las oraciones.

¿Qué unión puede tener con la Iglesia universal? Ninguna; existe, por el contrario, enemistad abierta. ¿Y me aconsejaríais que en la Reina y en su Parlamento buscara la infalibilidad prometida por Jesucristo á su Iglesia? Ellos mismos me responderían, con el artículo XIX, que no poseen infalibilidad alguna, como también que la Iglesia y los Concilios son falibles. Tengo cien razones semejantes para rechazar todas las iglesias parecidas, como la rusa, las orientales, etc., etc; tengo, por añadidura, otras cien para buscar en la romana el faro luminoso de la verdad permanente. . . .

—Basta, basta, dijo interrumpiéndole su madre, un poco irritada por no saber qué objetar en contrario; se te ha puesto en la cabeza declararte papista, y está dicho todo. Tendrás tú por Maestro infalible al obispo de Roma, y yo á los de Inglaterra: tú las tradiciones de los hombres, y la palabra de Dios yo.

—No, no, madre mia, mil veces no, dijo John interrumpiéndola también. No renuncio á la palabra divina, aceptándola toda, por el contrario, segun está depositada en la Iglesia de Jesucristo. Ya que, gracias á vos, desde pequeño aprendí á creerla, estoy

constreñido á reconocer el magisterio infalible de la Iglesia. Leo en la Biblia, que poneis en mi mano, las palabras de Jesucristo: "Fundaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. . . .

Si alguno no escuchare á la Iglesia, tenlo por infiel y pecador. . . . La Iglesia es la casa de Dios vivo, columna y fundamento de la verdad" ¿Podía decirme más abiertamente nuestro bendito Redentor que su Iglesia no yerra? Deduzco por la razón que siendo divinamente instituida, debe subsistir tanto como la sociedad de los hombres, para cuya salud es indispensable. Y lo corrobora la Biblia: "Hé aquí que yo (Jesucristo) estaré continuamente con vosotros hasta la consumación de los siglos. . . . Yo rogaré al Padre, y os dará otro Paráclito para que permanezca eternamente con vosotros, Espíritu de verdad." ¿Dónde se halla, pregunto yo? ¿Quién me designa la Iglesia por Jesucristo establecida y perpetuada sobre la tierra? Abro el Evangelio nuevamente, y leo: "Tú eres Pedro, y sobre esta Piedra edificaré mi Iglesia." Ya no dando: la única Iglesia fundada sobre Pedro es la romana: las otras están fundadas sobre Lutero, Calvino, Enrique VIII, Zwinglio, Schwedenborg, Smith, Wuesley,

Fox etc. ¡Léjos de mí todas estas! Adhiérome á la fundada sobre Pedro.

—Más los errores. . . .

—Examinado he todos los errores de la Iglesia romana, repuso John fogosamente, y sólo he hallado las calumnias de los protestantes. . . . Su enseñanza se confronta perfectamente con la Biblia. Si en ésta me pareciese deforme algún dogma, creería que me equivocaba yo al entenderlo, y no la Iglesia infalible al enseñarlo. Creédlo, madre mía, lo que más me repugnaba en la Iglesia católica era la infalibilidad atribuida á su Jefe. Esta es ahora la que más me atrae, y me resuelve, y me arrastra. Ya me decía el buen sentido que el maestro de una sociedad infalible no debía ni podía ser falible, porque de otra manera hubiese podido inducir á error; después la Biblia auxilió al buen sentido, y, á quedarme alguna duda, hubiera sido desvanecida por la palabra de Dios. La Biblia realmente preséntame á Pedro como fundamento de la sociedad cristiana, y árbitro soberano para gobernarla. "Te daré le dijo el Redentor, las llaves del reino de los cielos; todo lo que atares sobre la tierra será atado en el cielo; y todo lo que desatares sobre la tierra será desatado en el cie-

lo." ¿Podía el Hijo de Dios publicar con más amplia fórmula la jurisdicción de Pedro? Sin embargo, aún la determina mejor con sus famosas palabras: "Apacienta mis corderos y apacienta mis ovejas." Y con aquellas otras: "Tú ¡oh Pedro! cuando te hayas convertido, confirma á tus hermanos." ¿Por qué se recomiendan á Pedro tan graves oficios? Por ser inquebrantable su fe. "Por tí ¡oh Pedro! he rogado para que nunca falte tu fe." Por consiguiente, concluyo diciendo, por la divina voluntad, Pedro es el fundamento de la Iglesia, es su Pastor, tiene las llaves del cielo y de la tierra, su fe nunca vacilará, los Obispos y el pueblo aprenderán de él la suya incorruptible. Así habla el Evangelio, y así lo creo yo, dijo entonces el joven, demostrando su propósito inquebrantable.—

Descubría su madre claramente cuán inútil era oponerse á la resolución de su hijo, y dejaba pasar el torrente de sus frases, cuyo sentido dejaba en su espíritu profunda huella. No podía desconocer que John obraba con juicio y conciencia, sobre todo al sacar la última conclusión siguiente.—Este tesoro de prerogativas otorgadas á Pedro, no debía morir con él, no: si es perpétua la sociedad de Jesucris-

to, perpétuamente debía durar la constitución de su Iglesia. Por lo tanto, sobrevive á Pedro su oficio. Realmente toda la Iglesia saludó en el inmediato sucesor de Pedro al sucesor en sus derechos; desde su tiempo hasta nosotros, bien se puede decir que vive Pedro en los que le han sucedido en el episcopado de Roma; Pio IX es el Pedro de nuestros días; como él, fundamento de la Iglesia, como él, árbitro de las llaves, Pastor universal y confirmador de los hermanos; como él, tiene la certidumbre de que nunca vacilará su fe. Así habla el buen sentido de diez y nueve siglos. Así lo creo, y así lo creeré hasta la muerte. . . Madre mía, si uno de estos días me voy, será señal de haber ido á una casa religiosa, con el fin de volver católico. Entre tanto podreis tomar las determinaciones que juzgueis oportunas. . . . Nunca, empero, podreis decir que obré á la ligera.—

Calló entonces John. Callaba también su madre, oprimida por una pena indescribible. Hacía más de un año que juzgaba posible esta catástrofe; en los últimos meses había creído resignarse á ella como á inevitable desventura, y sin embargo, al oírse la anunciar como inminente, quedó herida por una consternación profunda, y tapóse

la cara con el pañuelo, á fin de ocultar las lágrimas que salían de sus ojos, y principalmente de su corazón. Su hijo estaba sentado junto á ella con las manos juntas y apoyadas en sus rodillas, mirando en el suelo, y esperando siempre una respuesta. No lloraba; más cuando su madre, con una voz que más bien parecía un gemido, díjole: "Haz lo que quieras; no puedo impedir tu perdición." sintió el eco del dolor maternal, y casi á punto de llorar respondió: "No hago lo que quiero, sino lo que dicta mi conciencia." Al decir esto abrazó á su madre y al darla un beso se halló cubierto con sus lágrimas. Retiróse sin añadir palabra.

LXX.

MELANCOLIA.

Un velo fúnebre pareció extenderse sobre la familia Needle después de la declaración del joven; asemejábase la casa á un sepulero. Ninguna comunión de ideas, aparte las relaciones necesarias que corrían cortésísimas y heladísimas como entre forasteros. Languidecían todas las conversaciones relativas á las novedades corrientes, porque el espíritu de la Needle constantemente se absorbía en su dolor. De religión ni una palabra se oía; nadie osaba ni hacer la menor indicación de cerca ó de lejos; la señora, para no enconar la herida;

la cara con el pañuelo, á fin de ocultar las lágrimas que salían de sus ojos, y principalmente de su corazón. Su hijo estaba sentado junto á ella con las manos juntas y apoyadas en sus rodillas, mirando en el suelo, y esperando siempre una respuesta. No lloraba; más cuando su madre, con una voz que más bien parecía un gemido, díjole: "Haz lo que quieras; no puedo impedir tu perdición." sintió el eco del dolor maternal, y casi á punto de llorar respondió: "No hago lo que quiero, sino lo que dicta mi conciencia." Al decir esto abrazó á su madre y al darla un beso se halló cubierto con sus lágrimas. Retiróse sin añadir palabra.

LXX.

MELANCOLIA.

Un velo fúnebre pareció extenderse sobre la familia Needle después de la declaración del joven; asemejábase la casa á un sepulero. Ninguna comunión de ideas, aparte las relaciones necesarias que corrían cortésísimas y heladísimas como entre forasteros. Languidecían todas las conversaciones relativas á las novedades corrientes, porque el espíritu de la Needle constantemente se absorbía en su dolor. De religión ni una palabra se oía; nadie osaba ni hacer la menor indicación de cerca ó de lejos; la señora, para no enconar la herida;

Julia, por prudencia, las niñas para no afligir á su madre, y John porque había dicho su palabra última. Todas las tardes oía la infeliz protestante renovar la declaración de su hijo, al ver que, contra su costumbre de rezar invariablemente el "Evening Prayer", levantábase resuelto y se alejaba de la familia en el momento de la oración común.

Julia conocía bien que alguna novedad pasaba entre la madre y el hijo. Adivinábala tácitamente y sin dificultad, sin embargo de no haberle dicho John una palabra. Empero no sabía comprender la nueva actitud de mistress Needle con sus niñas. Siempre que se hallaba delante de John, parecía que las frases espiraban en sus labios y los pensamientos en su mente: estando á solas con sus hijas, deshacíase en halagos y demostraciones de ternura, verdaderamente extraordinarias. Parecía ansiosa de asegurar su afecto. Julia, que al vuelo cogía los más ligeros indicios de las subitáneas afecciones de su señora, había notado también que, mucho más que antes, insistía en las enseñanzas religiosas contra el papismo. Parecía que mistress Needle trataba de vengarse de la perversión de su primogénito, fortificando en el

anglicanismo á sus pequeñas. Este oculto sentimiento, de que quizá no se daba cuenta, compelióla en ocasiones á ciertos ataques, aún estando presente la joven, cosa á que hasta entonces nunca habíase atrevido. Estando convencida ésta de lo mucho que había trabajado para conseguir que tuviese John pensamientos católicos, y temiendo á cada instante que la señora exasperada la supusiese responsable del delito de la conversión, dejaba pasar sus descortesías. Confiaba Julia en el tiempo, y esperaba que, así como la divina Bondad había destruido y destrozado el duro escollo de John, haría que oportunamente disminuyera la obstinación de mistress Needle, y que se presentara coyuntura favorable para la fácil conversión de sus hijas.

En favor de su religión hablaba en alta voz su conducta irreprochable. Sin que se afanase con sus alumnas, iban éstas acostumbrándose á respetar la fe de su maestra. El instinto de la inocencia obraba en ellas. Compeliólas en primer lugar la estimación suavísima é incesante que Julia de mil maneras les demostraba, como también la admiración de sus virtudes. Su juicio cada vez mayor, educado por ella en las clases y en sus conversaciones asiduas, no

podía dejar de reconocer las bondades luminosas del alma hermosa de su maestra, y sus bellas acciones, propias de un ángel. Mal podían comprender, teniendo un corazón recto, que tan buena y amante criatura pudiese no ser aceptable á los ojos de Dios, ni que se hallase dominada por los errores horribles que su madre abominaba en la Religión papista.

Además, á que disminuyera su fe en algunas aseveraciones de su madre, ocurría la contradicción abierta que advertían entre sus palabras y sus hechos. Se arrojaba contra el papismo porfesado por Julia, y entregábase luego á ella con sin igual confianza, no vacilando en tejer las alabanzas de su maestra, ni en presentar su conducta como un ejemplo digno de imitación. En esto mistress Needle había sido siempre la misma; no había nunca retirado ni disminuido su amor á Julia, áun después de la determinación de su primogénito. Constantísima por carácter en sus afectos y justa en la estimación de las cosas, nunca la había creído culpable porque, al ser preguntada sobre religión, contestase, ni por que se defendiese al ser acometida. Hacía Julia consistir principalmente su discreción en no dejar comprender de

ningún modo su ardiente deseo de difundir la luz católica en la familia; habíase contenido siempre como un batallador que no sale gustosamente al campo, sino que continúa en sus trincheras.

Clara y Clemencia, nada sospechando nunca de siniestro en su maestra, iban detrás de ella como dos corderitas. Lo que la veían hacer, hacían asimismo gustosamente. De los libritos de Julia habían copiado las plegarias más hermosas á la Virgen, teniéndolas en las hojas de sus elegantes *Prayer books*, sabiéndolo su madre. Su alegría era grandísima, sobre todo cuando su amante profesora las hablaba de la ventura suprema de las niñas que con sus inmaculadas costumbres merecen el dulce nombre de hijas de María. Ni aún esto parecíale mal á mistress Needle, ansiosa sobre todo en el encarecimiento de proteger su candor. Su condescendencia en el asunto de la devoción á la Madre de Dios, después de lo de Lourdes, había llegado al extremo de no reprenderlas cuando las veía acompañar á Julia en el jardín y decir con ella el rosario. ¡Hasta tal punto cumplía sus promesas empeñadas! A lo más les decía: —Niñas, pedid también por vuestra mamá, pero recordad que la bendita Virgen

no debe ser adorada.—Julia en estos casos decía las oraciones en inglés, y explicaba brevemente cada misterio. A cuyas dulces pero fuertes persuasiones del corazón, añadíase, para inclinarlas á la religión de su maestra, el trabajo de la mente. Las conversaciones del joven con Julia, sin embargo de no entenderlas siempre del todo, dejábanles la impresión de que su directora estaba en lo cierto, en lo cual convenía su hermano. Además Julia, no desaprovechando las coyunturas favorables, hacía que sus palabras fuesen tan óbvias en sus conclusiones, que pudieran servir de catecismo aún á las pequeñas, que oían las conversaciones con la curiosidad propia de su edad. En su virtud, habían ido desechando muchos errores, juntamente con su hermano, y bebiendo juntamente con él muchas ideas católicas. No por esto imaginaban haber cambiado alguna cosa de su religión, y por lo que hace al propósito de pasar á la Iglesia romana, no les había ocurrido siquiera.

La madre que las veía dóciles á sus prácticas religiosas, muy dedicadas al *servicio* en el templo cuando á él las llevaba, y que nunca las oía mezclarse en las rabiosas impiedades de su hijo, se lisonjeaba con

la idea de que permanecerían muy firmes en sus enseñanzas. Era éste su más dulce consuelo en la familia, en cambio de la apostasía de su hijo. No bien éste le hubo manifestado su resolución de ser católico, empezó á considerar si sería útil y obligatorio para ella separarse de él, á fin de que las muchachas no viesen tanto escándalo. Para tomar una determinación decisiva sólo esperaba que John llevase á efecto su amenaza de salir de Parque verde, á fin de pronunciar en otra parte su abjuración. Hallábase resuelta casi á retirarse á Londres durante su ausencia, haciéndole hallar á su retorno una carta despidiéndose de él, así como rogándole que tuviese casa propia y gobernase su patrimonio.

Sólo que mientras revolvía en su mente tales propósitos violentos, no supo, como de costumbre, ocultarlos á Julia, que, como de costumbre, no los desaprobó desde luego, encaminándolos diestramente á cosa mejor.—Yo no veo, decía á su señora, que haya peligro alguno en contemporizar algún tiempo más: ¿á qué fin hacer que se divulgue por el país la noticia de que entre vos y él han surgido disgustos y separación?

—De todas maneras, coutestaba la Needle, será preciso llegar á este punto.

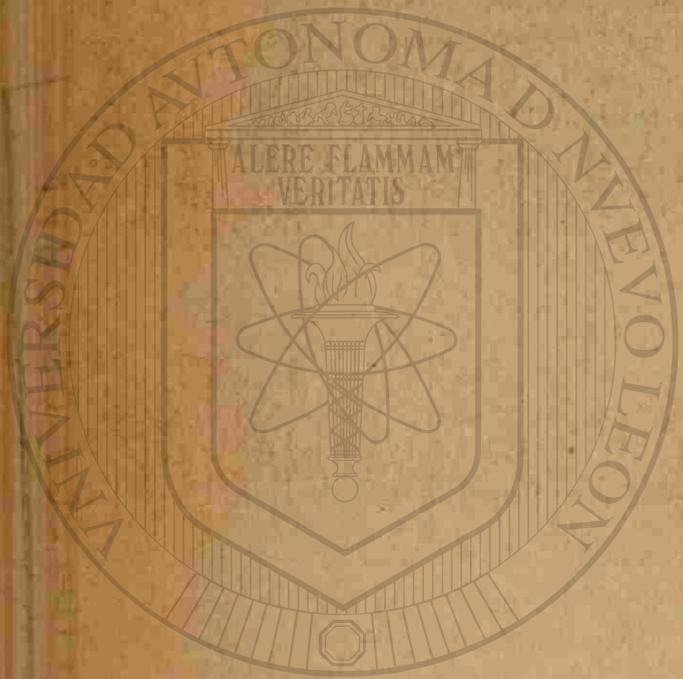
—Ciertamente que si lo quereis, nadie os lo podrá impedir. ¿No sería, empero, mejor dejar correr el agua por su pendiente? Vuelto el señor John, podríais poco á poco domesticarle con la hacienda, y después alejaros sin estrépito . . . Aunque no digo que sea este el partido mejor, es el menos malo. Vos sabeis si está ó no en el caso de ocuparse en una intrincada administración, mayormente sin hacer el aprendizaje. ¿Qué ganarías vos si manejase mal su patrimonio? ¿No seríais criticada por todos?

—Está de por medio la fe de mis amadas angelitas.

—¡Cómo! repuso Julia; ¿creis que vuestro hijo pretende catequizarlas todos los días á vuestro despecho? No bien le digais: "John, si quieres que vivamos en paz, pabsistente, os obedecerá de seguro. Me parece que antes de indisponeros con él, convendría que lo pensárais un poco mejor.—

Y pensándolo mejor, la señora Needle nada supo resolver. Esperábase la última determinación del hijo, más éste no se sabía qué aguardaba, y nada decía de irse; por todo esto en la familia existía una in-

decisión cruel, un disgusto, un malestar, una melancolía cada vez más profunda. Todos decían para sus adentros: "Así las cosas no pueden seguir más tiempo." Realmente no duraron mucho. Para cargar una mina es menester mucha y larga fatiga; para darla fuego es bastante acercar á ella un fósforo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

LXXI.

EL CONCILIO Y EL MOTETE.

Mistress Needle pasó aquella semana entre continuas vacilaciones, llantos internos y desolaciones secretas. Así se llegó al fin del estío. Después del almuerzo, la familia bajaba al jardín ó gozaba las auras frescas del crepúsculo, entreteniéndose en el salón del piso bajo, con las ventanas abiertas de par en par. La pobre napolitana ponía en tortura su mente para encender una chispa de vida en aquella conversación moribunda: hacía ruido con sus alumnas, llamábalas al piano, y ella misma cantaba.

Quedábase John inmóvil, contemplándola fijamente; pero se leía en su faz que su espíritu estaba en otra parte: su madre parecía de piedra cuando le miraba.

En una de aquellas tardes, contra la costumbre, guarbaba Julia silencio, arrellanada en su sillón de brazos cerca de una ventana, y ponía sus ojos en las estrellas. La señora se acercó y le dijo dulcemente:

—Bien veo, hermosa mía, que te hacemos morir de pena y de fastidio, por lo cual te retiras en el cielo....

—No, no, repuso Julia saltando con viveza; estoy toda con vos.... Pensaba empero en una solemnidad cuyo aniversario corre hoy.... la más grande de cuantas me han impresionado.

—¿De cuál hablas?

—¿No sabeis que hoy hace un año se cerró el concilio?

—¿Y tú lo viste? preguntó la protestante.

—Ciertamente que sí: la única vez que mi padre me sacó de Nápoles fué para concurrir á la sesión última.

—Debió ser un espectáculo maravilloso, dijo entonces el joven, saliendo de su distracción al oír la palabra *concilio*.

—Maravilloso sobre toda ponderación, respondió Julia con un gesto de estupor.

—¿Cómo? preguntó la Needle: ¿también las mujeres entraban en el concilio?

—¡Muy bien! A las sesiones públicas, en que intervenía el Papa, podían concurrir cuantos quisieran. Por lo que hace á mí, nunca olvidaré lo que ví aquel día.

—Verías un número muy grande de Obispos congregados; no puedo imaginar otra cosa.

Julia, enardeciéndose:—¡Era preciso verlo! Figuraos una de las capillas laterales de San Pedro, convertida en aula conciliar, es decir, en la sala más grande del mundo, más elevada, mejor construida y más adornada que se pueda ver con dos ojos. La riqueza y el arte competían. Hablaba todo á la vista y al corazón. Las paredes con sus pinturas hablaban de los más famosos concilios de la antigüedad; hablaban también con los retratos de los Pontífices y de los Doctores de la Iglesia, no menos que con los símbolos, con las inscripciones y con las frases evangélicas. Una de éstas, inscrita sobre la puerta de ingreso, revelaba la razón, el fin y la divina potestad de la noble asamblea: "Enseñad á todas las gentes; he aquí que yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos." Tal era el teatro de aquel gran acto.

Alrededor de Julia se habían puesto las pequeñas, que oían con la boca abierta; su madre se interesaba en la relación como si estuviera en un coliseo, y el joven ponía sus ojos en Julia, cual si quisiese pesar todas sus palabras.

—Yo, seguía la napolitana, fuí á tomar sitio hora y media antes de tiempo, precisamente delante de aula conciliar, detrás de la hilera de los caballeros de Malta y de los guardias nobles que custodiaban el ingreso con la espada desnuda, por lo cual pude ver como lentamente se reunía el parlamento del mundo de Jesucristo. Todas las partes del universo católico enviaban sus diputados: Asia, América y Oceanía, no menos que Italia y Roma. Muchos eran más nobles y respetables por sus desvelos y sudores cerca de los infieles; á muchos había esclarecido no poco más la cárcel, las persecuciones sufridas y su confesión invicta del nombre del Redentor. Era muy linda seguramente á mis ojos la corona de más de quinientos príncipes de la Iglesia, sentados con dignidad en los escaños que corrían á lo largo de las paredes. Aquellos órdenes multiplicados de sacerdotes, entre los cuales no pocos viejos encanecidos, todos vestidos de pontifical y con cándida

mitra, hacían decir: "Aquí está la flor y la sabiduría de la Iglesia." Los patriarcas de Oriente y de Occidente tenían sus sitios enfrente de la asamblea; era un encanto contemplarlos con sus capas majestuosas, variadas según el rito propio de cada iglesia; por último, en el lugar más selecto, estaba el senado pontificio, esto es, los Cardenales vestidos de púrpura, que formaban ala al trono del Pontífice. Este aparecía elevado algunas gradas, bajo un rico dosel, donde sentábase Pio IX, Vicario de Jesucristo. No podían saciarse los ojos de ver la majestad sublime de tan venerada reunión; después de haberla contemplado un poco, sentía nacer en mi pecho espontáneas plegarias y acciones de gracias por haber contemplado también por mí propia tanta grandeza en el mundo. El primer acto del Concilio fué solemnemente conducir al altar que surgía en medio el código de las divinas Escrituras.

—¡Menos mal! exclamó entonces la Nedle.

—Sí, replicó Julia; y con la mayor reverencia lo colocaron en un trono dispuesto sobre la mesa. Entonces toda la reunión se puso de rodillas y rogó secretamente, siguiendo después la oración pública, invo-

cándose con el canto la Trinidad santísima, Jesucristo fundador de la Iglesia, la Virgen María y los Santos del cielo: el Papa la concluyó con algunas oraciones dichas en alta voz, y bendiciendo, en calidad de Obispo de los Obispos, al episcopado reunido en la ilustre asamblea. Uno de los Cardenales cantó el Evangelio de San Mateo, allí donde Jesucristo designa á Pedro como piedra fundamental de la Iglesia. Os confieso que al oír aquellas palabras. *Tu es Petrus*, sentí que de nuevo se encendía en mi pecho la llama de la fe; miré la tumba de San Pedro, que cerca de mí estaba exaltándose mi fantasía como si viese al Príncipe de los Apóstoles sacar su cabeza de su sepulcro é inclinarse, á fin de oír las palabras de su Maestro.

—No lo dudo; aún ahora te exaltas, dijo la Needle.

Julia, sonriendo:—Tenía ciertamente motivo; aún ahora no recuerdo sin emoción el instante aquel en que Su Beatitud entonó el *Veni Creator*....

—Es el *Come Holy Ghost*, añadió John, que aún en el *prayer book* anglicano se conserva (se guardó de añadir la palabra nuestro), y no se sabe por qué figura con el nombre latino *Veni Creator Spiritus*.

—Después de invocado el Espíritu Santo (prosiguió Julia), el Pontífice alargó á un Obispo, la Constitución que había de promulgarse. Había sido preparada con estudios inmensos en las precedentes sesiones secretas; toda se refiere á las prerogativas de la Iglesia y de su Jefe. Define que el Sucesor de San Pedro, al enseñar á toda la Iglesia las doctrinas de la fe y de la moral, es absolutamente infalible.

—Y vos, miss Julia, preguntó el joven, ¿oísteis la definición?

—La hubiese oído un sordo: hasta tal punto la pronunció con voz distinta, y con las sílabas contadas, el intrépido monseñor Valenziani, que Dios conserve muchos años. Entonces celebré de corazón haber aprendido un poco de latín, á fin de gozar por mí propia de aquella solemnísimá publicación de la verdad.

—¿Y después? preguntó John ansioso de reflexiones.

—Después siguió la definición dijo Julia.

—¿Cómo? ¿No era bastante que hubiese el Papa ordenado la promulgación.

—No por cierto: hacíala el Papa leer á fin de que los Padres del Concilio resolvieran, como jueces, sobre los dogmas conte-

nidos en la Escritura, En las sesiones precedentes se había hecho también votar cada parte de la Constitución; más aquellos votos eran de prueba, y no definitivos. El voto válido debía darse en la sesión pública. Así se hizo. Todos los Obispos fueron citados, uno tras otro, para que dijeran su propia resolución en alta voz, con la misma fórmula *Placet*, ó bien *Non placet*. En aquel inmenso teatro no se oía ni una respiración, sino el llamamiento de los nombres y la respuesta siempre uniforme. *Placet, Placet*. Sólo dos, de los quinientos treinta y cinco vocales presentes, respondieron *Non placet*, con gran emoción del pueblo y de las tribunas.

—¡Oh! ¿Fueron reputados herejes? preguntó John.

—¿Por qué? Usaban de su derecho, y resolvían según su conciencia; proponíase dar á entender su opinión de que no debía ser objeto de fé todo el contenido de la Bula, ó bien que no convenía definirlo.

—¿Y ahora se ven compelidos á creer como los demás?

—¿Quién lo duda? respondió la joven; obligados, obligadísimos; realmente incontinenti después del decreto protestaron que se sometían á la verdad declarada.

—¡Admirable cosa! exclamó John.

—Sin duda; pero sumamente razonable cuando consta que la Iglesia es infalible. Oid el fin, más admirable todavía. Terminada la votación, se hizo el escrutinio, (ello era tan fácil, que lo hubiese también hecho yo) y notificóse al Pontífice la suma de los votos. Entónces Su Beatitud levantó su voz autorizada, pronunciando la fórmula, con la cual adheríase al voto del Concilio, y aprobada la común definición. ¡Qué momento aquel! Al oír las palabras: *Definimus et auctoritate apostolica confirmamus*, estalló una verdadera tempestad de aclamaciones, que ninguna lengua humana sabría describir. Gritábase *viva ¡Pío IX!* y *viva el Papa infalible!* en todos los idiomas del mundo, dominando á los gritos de las alabanzas el grito de la fé: ¡Creo, creo! Rogábase con las manos juntas, se rendían gracias á Dios con los brazos en cruz, se lloraba de gozo, y se batían palmas; ví yo venerables ancianos que agitaban la mitra con la mano, ébrios de indecible entusiasmo. Advertían la inmensidad y la eternidad de la obra que conducían á término feliz, la destrucción de los errores, la consolidación del Catolicismo y el triunfo de la verdad, que, definida por ellos una vez,

nadie nunca en la Iglesia podrá destruir hasta el fin del mundo, Los aplausos parecían imitar á las olas del Océano: se oían un rato, renovándose despues más vivos y prolongados. Era preciso verlo; cuanto se diga es poco. Para mayor hermosura, el pueblo reñido en tropel delante del aula y por toda la Basílica, no pudo contenerse y fué imposible impedir demostraciones semejantes de afecto y devoción. Jamás aquel vasiísimo templo vió semejante conmoción religiosa, ni oyó tan prolongado grito de *hosanna* á Dios. No bien se consiguió un poco de silencio, levántose Su Santidad y dijo algunas palabras, habiendo descendido de sus escaños, con el fin de oírlas, muchísimos Prelados, que circundaron el sacro sólio; incontinenti entonó el "Te Deum." Los cantores de la capilla pontificia debían proseguir el himno, alternando con los Padres del Concilio. Lo intentaron en verdad, pero vanamente, por que la reunión lo arrebató de su boca por ímpetu de devoción, á fin de cantarlo por sí mismo, y el pueblo, contestando en la Basílica con fragor de trueno, lo alternó con los Obispos hasta el fin. Rezó el Pontífice la plegaria con que cerraba la sesión y despedía también á los reunidos.

Respondiéronle *Amen*, con una nueva universal aclamación del concilio y del pueblo, que pareció agitar las bóvedas de la Basílica Vaticana. Al salir del aula los Obispos, y al mezclarse con la multitud, fueron, por decirlo así, robados por los fieles: estrechábase la gente á su alrededor, besándoles las manos y las vestiduras: era una congratulación, un gozo y una embriaguez celestial. Yo no sabía donde me hallaba: sólo recuerdo que de rodillas, con la frente apoyada en los balaustres que circundan el sepulcro de San Pedro, pasé quince minutos, en que me sentí tan profundamente católica como si hubiera estado en el Cenáculo de Jerusalén al descender el Espíritu Santo. Había visto, tocado y palpado á la Iglesia de Jesucristo. una, santa, católica, apostólica, al cabo de diez y nueve siglos, como el día en que Cristo la fundó sobre Pedro, cuyas cenizas tenía delante. ¿Podía yo negar á mis ojos que los quinientos cincuenta sucesores de los Apóstoles constituían una Iglesia apostólica, mayormente viéndolos unidos en espíritu al sucesor de San Pedro? ¿Qué les había conducido á padecer tantas fatigas en Roma sino el deseo de santificar á la Iglesia con la verdad y destruir el pecado

con leyes santas? Cada una de las doctrinas definidas en las sesiones del Concilio era un esfuerzo para poner en el trono á la virtud. Por otra parte, la unidad de la Iglesia y su catolicidad brillaban ante mis ojos como el sol de mediodía; porque los Padres protestaban unánimes que ningún dogma nuevo había en aquellas definiciones, sino solamente los antiguos y apostólicos vindicados de la oscuridad y de las cavilosas modernas; para ello, habíanse reunido en un solo lugar, con su Jefe á la cabeza, y detrás trescientos millones de fieles de todas las patrias del mundo, formando un solo rebaño y también un solo corazón...

—¿No hubo ningún Obispo discordante? preguntó John, que miraba más la parte doctrinal que la del entusiasmo.

—Sí respondió Julia; hubo una pequeña minoría, discordante mientras fué lícita la discordia. Pronunciado el decreto, los que primeramente lo abrazaron fueron los dos que lo impugnáran en el concilio, y después todos los demás. En todo el Episcopado, compuesto de más de mil, no se halló uno que dejara de doblar su inteligencia en obsequio de la fe definida: ¡ni uno solo!—

Esta palabra de Julia conmovió muchísimo el corazón de mistress Needle que, afectada ya profundamente por la narración extensa, no pudo contener esta leal confesión:—¡Fué indudablemente una bella cosa!—Y poco después, temiendo escandalizar á sus hijas, trató de oscurecer lo dicho, y de borrarlo todo con otras conversaciones:—No esperaba, Julia, que nos quisieras hacer un sermón tan largo; la sabes toda y la sabes contar. Sería mejor que tocásemos un poco, á fin de alegrar la tertulia...

Aún no había la señora concluido del todo estas palabras, cuando Julia, como si en efecto se hubiese hablado hasta entonces de música, se dirigió al piano, diciendo:—Teneis razón de sobra.—Levantó la tapa, hizo sonar sobre el teclado como un preludeo vivacísimo, y exclamó.

—Vamos, cantemos: Clara, ¿qué cantaremos?

—Una "barcarola" napolitana, respondió la niña.

—No, dijo John, que no se curaba otras noches poco ni mucho de la música; no por cierto: esta noche vendrá de molde un motete sacro acerca del concilio.

— Justo, respondió Julia sonriendo: ¡las vísperas después del sermón! Para esto llamad al organista: ¿qué quereis que yo sepa de motetes?

— ¿Tanto se necesita? replicó John empeñado en el motete: buscad un texto de la Biblia y ponedlo á vuestro placer en música.

— Hacedme, señor John, el favor de discurrir algo más factible, de lo contrario, no tocaremos esta noche.—

John, como si nada le hubiesen dicho, cogió el "Prayer book" que tenía cerca, para las oraciones de la noche, y recorriendo los salmos, leyó: "Los que se alejan de tí, perecerán, y tú condenarás al que busca otros amores fuera de tí." Esto se puede aplicar á la Iglesia, y corresponde perfectamente á vuestra historia del concilio.

— Por merced, respondió Julia, prescindamos de esto, y no tratemos en broma cuestiones serias.

— Pero . . . ¿qué cuestiones? No se trata de cuestión alguna.

— Hagamos una cosa mejor; apliquemos estas palabras á la Virgen, dijo Julia.

— ¿De qué manera?

— Traducimos el texto en dos pequeñas estrofas italianas, las cantamos como una

canción marina, según quiere Clara, y todos contentos: ¿no es verdad, doña Ana?

— Haz lo que te parezca, respondió mistress Needle, que no había comprendido aún el intento del astuto John.

Habiéndose Julia hecho dar un pedazo de papel, se puso á escribir la traducción del versículo del salmo, como hacerlo solia otras veces para reanimar la lúgubre conversacion de la familia. Seguía el jóven con sus ojos los versos de Julia, que, después de no pocas enmiendas, escribió:

Quien, Virgen, te abandona,
Es presa de la muerte:
¡Oh qué terrible suerte
Le aguarda al fenecer!

Levantando luego la pluma del papel:— Ahora, dijo, se requiere una conclusión, según el uso de los salmos, enalteciendo el primer sentido, ó formando antítesis.—

Después de meditar un poco, añadió:

Más cerca del Dios Hijo
El que en la tierra te ama,
Y Madre te proclama,
Arriba te ha de ver.

John cogió el papel, diciendo después de leer y releer:

—No soy juez de los versos italianos; pero me parece una paráfrasis demasiado larga... Además, no alude á la Iglesia.

—¿Qué paciencia necesito! respondió Julia: ¿qué importa la traducción ó la paráfrasis? Queremos dos estrofitas en versos cantables.

—Pero... ¿qué os cuesta complacerme?

Julia, resignándose, volvió á escribir, y compuso estas estrofas:

Quien va contra la Esposa
De Cristo en este suelo,
Seguro que en el cielo,
Al Padre no hallará.

El Juez en el gran día,
Blando con los benditos,
A sus hijos malditos
Al fuego arrojará.

Apenas hubo leído John, añadió:

—Ahora está bien; ahora escucharé con placer los trinos...

—¡Oh! ¿Qué Quereis trinar? respondió Julia. Un aire de barcarola es tan propio de estas líneas como una chupa de arlequín lo es de un magistrado. Aquí se ne-

cesita un tono dulce, melancólico, grave; algún pensamiento de Rossini. vamos... la plegaria de Moisés.

—Sí, sí, la plegaria de Moisés, repitieron las niñas, que á fuerza de tocarla en el piano la sabían perfectamente.

—Bueno, dijo Julia, la plegaria, pero antes procurad comprender los versos ó inquirir la idea.

Y se puso á explicarla, comenzando por la Esposa de Cristo.

—Así, decía, llámase á la Iglesia en la divina Escritura; quien no la reconoce por Madre ó quien por malicia no se somete á Ella, como un hijo á la que le dió el sér, no puede aguardar que Dios le mire como siervo fiel.

De tal guisa expuso muy oportunamente el sentido de las estrofitas.

Mistress Needle, que hasta entonces había estado maravillado de la nueva fantasía musical metida en la cabeza de John, entendió ya que la antífona era para su persona. Si bien Julia había limitado á conceptos admitidos igualmente por católicos y anglicanos, no pudo dejar de sentirse mortificada por este aviso que había resuelto darle su John; pero disimuló. La joven entre tanto, después de una especie de sín-

habíala sorprendido en la exaltación de la música, después de la exaltación de la poesía y del vivo relato, en el que había puesto lo más vivo de su imaginación. Fué á manera de un parasismo nervioso, y perdiendo la tranquilidad, saltó impetuosa, cubrióse la faz y se fué á su estancia, diciendo:—Perdonadme; me siento desfallecer.

LXXII.

LA IRA DEL CORDERO.

Cuál quedaron en la sala por tan extraño incidente, no es posible describirlo. ¿Por qué aquel semblante, sereno siempre como el íris, que nunca veían encrespado por el menor sople de la pasión, cubriase de repente con una nube tan tenebrosa? ¿Por qué aquel labio que de continuo sonreía torcíase por las convulsiones? ¿Por qué aquel enmudecer, aquel agitarse, aquel encenderse, aquel llanto tan impetuoso al par que abundante ¿Esto formaba un fenómeno extravagante, misterioso y terri-

habíala sorprendido en la exaltación de la música, después de la exaltación de la poesía y del vivo relato, en el que había puesto lo más vivo de su imaginación. Fué á manera de un parasismo nervioso, y perdiendo la tranquilidad, saltó impetuosa, cubrióse la faz y se fué á su estancia, diciendo:—Perdonadme; me siento desfallecer.

LXXII.

LA IRA DEL CORDERO.

Cuál quedaron en la sala por tan extraño incidente, no es posible describirlo. ¿Por qué aquel semblante, sereno siempre como el íris, que nunca veían encrespado por el menor sople de la pasión, cubriase de repente con una nube tan tenebrosa? ¿Por qué aquel labio que de continuo sonreía torcíase por las convulsiones? ¿Por qué aquel enmudecer, aquel agitarse, aquel encenderse, aquel llanto tan impetuoso al par que abundante ¿Esto formaba un fenómeno extravagante, misterioso y terri-

ble, sobre todo en el salón de la Needle, donde hacía reinar Julia las alegres pláticas, las conversaciones gozosas y los delicados placeres del canto unidos á las armonías del piano. La protestante y sus hijos mirábanse aterrorizados y como heridos por el rayo.

Fué cosa, empero, de pocos instantes. Mistress Ana, recobrándose pronto de la primera estupefacción, dijo:—¿Tendrá un ataque de nervios...? Voy á ver qué le pasa.—Levantóse y corrió al cuarto de Julia; sus hijas detrás. John se retiró á filosofar en su departamento acerca del caso. Mistress Needle no llamó, empujando un poco la puerta: las niñas, impacientes, abriéronla de par en par, y no viendo á nadie, penetraron en la alcoba, donde vieron á la joven abandonada en un sillón, cerca del reclinatorio, y deshecha en lágrimas inagotables. La señora se detuvo en pie delante de la llorosa; pero las pequeñas se pusieron en torno de su cara maestra: cogiendo su mano, y alisando su cabello, le decían enternecidas, con la mayor ternura:—¿Por qué lloras, Julia...? ¿Hémoste ofendido, por ventura, pues dejas de mirarnos?

—No, queridas, respondió Julia cobrando fuerzas; lloro solamente por quererlos bien. Vamos, dejad que me tranquilice un poco: harto lo necesito.—Y, haciéndoles una caricia, las despidió.

No fué tan fácil desentenderse de su madre, la cual, tomando una silla, sentóse delante, á fin de sacar la luz del arcano aquél de angustias inexplicables, y conseguir que se sosegase la joven.—Vamos, le dijo: alienta un poco y tranquilízate; después hablaremos.

—Nada tengo que decir, sino necesidad, verdadera necesidad, de gemir y de levantar el corazón.

—¿Levantarlo de qué? No alcanzo nada; no veo la razón de tus gemidos y desolaciones... ¿Por aquella palabrita que te dijo Clemencia? Verdaderamente no hay razón.

—No me aflige la palabra... dejad que descanse un poco: la cabeza se me va...—

La mujer amorosa, imitando los modos y maneras de Julia cuando por la joven era consolada, no se apartó de su propósito; acercósele más, y estrechándole las manos:—Ea, Julia mía, habla con tu madre; tú sabes cuánto te quiero... ¿qué te

ha sucedido en el salón? Aquella indiscreta palabra . . . ?

—Aquella palabra, siguió Julia interrumpiéndola con un gemido, no fué una palabra; fué la gota que hizo rebosar el vaso.

—¡Oh! ¿Tienes, pues, algo contra nosotros? Nunca lo hubiera pensado. Habla, desahógate: cosa que yo pueda remediar . . .

—No quisiérais.

—Me ofendes, Julia mía. Pruébalo, dí-melo todo, y lo verás.—

Julia, bien que oprimida, vió en las frases afectuosas de la señora una coyuntura para tratar de una vez con toda claridad la gran cuestión que la tenía tan triste; habiendo cobrado alientos, dijo claramente: —Hace tres meses que volvimos de Italia, y desde entonces no tengo un instante de paz . . .

—¿Hay aquí alguno que te lastime y ofenda . . . ? ¡En mi casa!

—Sois vos . . .

—¿Yo? ¿Yo?

—Sí, vos, mistress Ana, y el señor John, y vuestras hijas, que . . .

—¡Imposible! Estás en un error, amada

mía: todos te queremos en el alma, y te respetamos.—

Añadió Julia, con semblante menos turbio y tono más firme:—Sin embargo, sois para mí la causa de que se desgare de continuo mi corazón. Desde que me recogisteis poco menos que de la calle en vuestros brazos, os he mirado con afecto, la gratitud y el amor de una hija . . . ; y más ardiente aún, si es posible.

—Tú sabes, dijo la señora interrumpiéndola dulcemente, si hemos correspondido.

—Sí: más en vos, ¿de qué sirve disimularlo? amo el alma; amo el alma del señor John y las candidas de vuestras hijas; os amo con verdadero amor, y me horripila el pensamiento de tener que contemplar á mi bienhechora; que es mi segunda madre, separada de mí.

—Pero . . . ¿Quién te separa?

—Sin embargo, continuó la joven sin contestar á la pregunta, así será: os obstináis en el error; el señor John intenta cambiar una herejía con otra (aún ignoraba la última resolución del joven, y lo creía entusiasmado por él *puseísmo*), y conducir, cual ovejas vendadas, al matadero á vuestras hijas, que aceptarían con placer la luz de la verdad. . . ¿Quién sabe? Estare-

mos acaso unidas algunos años. ¡Y después. . . ! ¡eternamente separadas!

—¡Qué fantasías! exclamó la Needle: ¿qué nuevas imaginaciones te dominan, mi pobre Julia! ¿No recuerdas lo que me dijiste tú en los primeros días, esto es, que, según tu propia Iglesia, no están fuera de la vía de la salvación los protestantes de buena fé?

Julia, manifestando al fin el fondo de su zozobra:—¡Vos dejásteis de tener esa buena fé! Sino tanto, pasais los días turbada, con el espíritu combatido por cien dudas, sin haberlas examinado nunca; cerrais los ojos á la luz con que os irradia el Señor, obstinándoos contra la gracia, que piadosamente os persigue.—

Jamás había oído mistress Needle tan atroz reproche, ni de reprocharla creía capaz á la mansa corderita de Nápoles, ni á ninguna persona de la tierra: estuvo por llamarse agraviada. El ojo agudo de la joven, que hablando penetraba en su interior, leía los más hondos arcanos de su espíritu, y le revelaba una verdad que con frecuencia sentía remorderle mucho la conciencia, negándose, con todo, á escucharla: faltóle atrevimiento para mentirse á sí propia, y respondió conturbada:—¡Oh!

¿Quién te descubre tales secretos que ni aun yo sabría. . . ? Me parece. . .

—Los leí en vuestra frente muchas veces; los leí el día en que orásteis prostrada en la gruta de Lourdes. Al levantarnos estábais trasfigurada. Entónces comenzó la lucha más cruel entre la verdad y la mentira.

—Sí, confesó la señora casi temblando; en Lourdes sentí alguna cosa; mas ¿qué quieres? Con el tiempo. . .

—Erais entónces acaso más que medio católica; con el tiempo procurásteis con ahinco tornar ál ser protestante del todo. Sin embargo, no era la razón lo que os hacía retroceder. Nuestra razón no pudo dejar de conocer la luz, cada día más luminosa, en todas las circunstancias del viaje, que preparó el Señor tan felizmente. A pesar vuestro, debísteis muchas veces palpar con la mano que vuestras preocupaciones contra la Iglesia romana sólo eran malas inteligencias; vísteis, bien que la mala voluntad, la obra de la gracia en el corazón de vuestro hijo, leyendo su abjuración escrita en sus papeles, y pesando sus motivos incontrastables; contemplásteis con vuestros ojos el triunfo de la fe y de la razón en un *correligionario* vuestro, ó sea en

Smith; oísteis casi hablar á Dios en el milagro de Lourdes... y acaso recibísteis muchas otras sacudidas, que sólo vos recordais, y de las cuales debereis rendir cuentas al Omnipotente...

—Es verdad, confesó mucho más asustada la Needle por el exámen terrible de conciencia que le acababa de hacer, y que no podía negar: es cierto; he tenido instantes de perplejidad: tú misma me diste hoy un espolazo con tu relación del concilio: ¿crees que no lo advertí? mas todo esto no apagó mi predilección á mi iglesia nativa.

—Sin embargo, replicó Julia sin miramientos: ¿qué más podía Dios hacer para desengañaros relativamente á la iglesia? Lo veis con vuestros ojos; es solamente una de las cien ó mil sectas protestantes, una de las cien ó mil apostasías contra la Religión cristiana, que se llaman luteranismo, calvinismo, metodismo, *cuáquerismo*, etc. ¿Podeis concederle algún valor sobre las innumerables sectas hermanas, que también despreciais? ¿Podeis negaros á vos misma que es profundamente lacerada en sí propia y en las cosas más esenciales por la facción *puseísta*? ¿Que el episcopado y su clero son una sociedad de seglares que

usurpan el sacerdocio? Reconoceis á una mujer como jefe supremo de la Iglesia, é hicísteis recitar en el templo su bula, como legislación soberana. ¿Cómo podeis, pues, haceros la ilusión de que es la Iglesia que Jesucristo fundó sobre San Pedro? Do quiera que volvísteis los ojos á vuestro alrededor, fuera de la Iglesia católica, sólo hallásteis las ruinas de la torre de Babel. Esperábais hallar vivo y puro el espíritu protestante en los valles Valdenses, pero solo vísteis las discordias domésticas, y en toda Italia las sectas contrarias enemigas del Valdismo. En Florencia, donde el protestantismo se metió ayer, vísteis reinar la confusión hasta en las inscripciones en sus templos: aquí la iglesia anglicana episcopal, allá la escocesa, en otra parte la americana libre, la episcopal, la luterana ó la evangélica prusiana; hay también la *cuákera*, la *plimutista*, y la cristiana libre, ó evangélica italiana, que nació para oponerse á todas las demás. ¿No vísteis por vos misma que todas están separadas del gran tronco de Roma, y son pedazos del edificio fundado por el Hombre-Dios? Vuestro mismo celo religioso puso en vuestra mano los documentos sobre la miserable corrupción nacida del empeño de interpretar cada uno

la Biblia; al hacer el proceso contra el ministro Bird, debísteis notar el hedor de todas las llagas, llenas de podre, de las iglesias del libre amor, del *agapemonismo*, del *mormonismo*, del *jumperismo*, del *barke-rismo* y del *jerkerismo*. Conducida así de la mano á tener que medir, contra vuestro gusto, el decaimiento del protestantismo y la inmoble majestad del Catolicismo, advertísteis ó debísteis advertir que á vuestro alrededor todo cae, y que la única salida es refugiarnos en el seguro de la Casa de Jesucristo. ¿Es posible que jamás hayais reconocido vuestro error, ni dudado, ni concebido grandes sospechas? No, no lo es; poned una mano en el corazón, y oíreis las palpitations del secreto terror, propio del que vive sin buena fe. Tal es el gérmen de la perdición . . . ¡Ah, mistress Ana! ¡Cuán amargo es, cuando se ama como amo yo, deber decir: “¡Nos separaremos . . . y nos odiamos eternamente!”—

Es incontrastable la fuerza de la verdad, y afirmábalo Julia todo, con su desnudez resplandeciente. Cada capítulo de su terrible acusación descendía como un cuchillo al alma de la pietista protestante, no desleal hasta el punto de oponerse á la verdad con abierta rébelión. Callaba la infé-

liz mujer, como una culpable convencida de su delito. Y Julia, viendo bien que había llegado el momento de amenazar útilmente, añadió:—La primera lucha contra la verdad puede nacer de timidez, aprensión vana, ó debilidad; no es siempre culpa inexcusable: más hacer el sordo al llamamiento de Dios, cuando fuerzan las dudas á inquirir, y mucho más cuando las dudas se desvanecen para dar sitio á la persuasión contraria, es cometer el gran pecado contra el Espíritu Santo, que no se perdona en esta vida ni en la futura.

—¿Quién te dice, respondió dominada de terror mistress Needle, que soy tan perversa? No me creías tal . . . ¡Y ahora!

—Ahora . . . ¡ah, mi buena madre! exclamó Julia volviendo á su mansedumbre acostumbrada, ahora temo mucho que hayais perdido la buena fé: poneis en peligro vuestra salvación.

—¿Me considera, pues, una malvada? ¿Una enemiga de Dios?

—El día, respondió Julia, en que la luz del Señor brille á vuestros ojos clara, y los cerreis, juzgaos vos: no puedo juzgaros yo. Únicamente Dios es juez de las conciencias, juez inflexible que no se aplaca con excusas tardías. En cuanto á mí, os ab-

suelvo: sois siempre mi bienhechora y mi madre.—Al decir esto, echó sus brazos al cuello de la Needle, apretándola contra su seno. Resplandecía en su mirada el afecto filial, la súplica, la compasion y el terror de verla perdida. Más dijo Julia con aquel ac- to improviso, que lo que dijera con sus mu- chas palabras. A mistress Needle le caían las lágrimas. Salió del cuarto de su dama de compañía, cabizbaja, como una criatura reprendida por su maestra, y más aún con el aspecto de una sentenciada. Había pasado la tormenta del corazón de Julia al espíritu de la señora.

LXXIII

UNA HORA DE REMORDIMIENTO.

Mistress Needle tenía un alma natural- mente recta. Su buena índole natural ha- bía sido cultivada por una severa educa- ción maternal, y por las enseñanzas reli- giosas de Miss Mary, la cual, si bien odia- ba implacablemente al *papismo*, en mate- ria de máximas morales había sido rigu- rosa sobre todo encarecimiento. Así la pía matrona llegó á la edad que tenía entón- ces acompañada siempre de una vida ejemplar y honesta; por voluntario estudio de vir- tud temía á Dios con toda sinceridad.

suelvo: sois siempre mi bienhechora y mi madre.—Al decir esto, echó sus brazos al cuello de la Needle, apretándola contra su seno. Resplandecía en su mirada el afecto filial, la súplica, la compasion y el terror de verla perdida. Más dijo Julia con aquel ac- to improviso, que lo que dijera con sus mu- chas palabras. A mistress Needle le caían las lágrimas. Salió del cuarto de su dama de compañía, cabizbaja, como una criatura reprendida por su maestra, y más aún con el aspecto de una sentenciada. Había pasado la tormenta del corazón de Julia al espíritu de la señora.

LXXIII

UNA HORA DE REMORDIMIENTO.

Mistress Needle tenía un alma natural- mente recta. Su buena índole natural ha- bía sido cultivada por una severa educa- ción maternal, y por las enseñanzas reli- giosas de Miss Mary, la cual, si bien odia- ba implacablemente al *papismo*, en mate- ria de máximas morales había sido rigu- rosa sobre todo encarecimiento. Así la pía matrona llegó á la edad que tenía entón- ces acompañada siempre de una vida ejemplar y honesta; por voluntario estudio de vir- tud temía á Dios con toda sinceridad.

Con la mejor y más pura intención del mundo había procurado impedir los imaginarios errores de su hijo; aquel conato de retraerle de las novedades religiosas, le había impedido ponerse á examinar la intrínseca bondad ó maldad de las mismas novedades. Lo rechazaba todo en conjunto, en virtud de los anticipados juicios que formara en su primera edad; no había sido leve triunfo de Julia, haberla reducido á fuerza de razones á orar alguna vez á la Madre de Dios.

Con todo, las discusiones que nacieron en su casa y las singulares ocurrencias durante su estancia en el continente, habíanla forzado á conocer muchas cosas de la Religión católica; el fulgor de la verdad había penetrado á veces hasta el fondo de su alma. Había pasado, en su virtud, horas de secreto combate, tanto más tumultuosas cuanto más disimuladas. En Turín, en Génova, en Florencia, mayormente ciertas noches después de las disputas de John y Julia, su anglicana seguridad había padecido terribles asaltos. La lectura de las impresiones religiosas del hijo habían dejado en su espíritu una huella profunda, que vanamente trató de borrar; la muerte serena de sir Roberto después que abjuró

el protestantismo le había hecho pasar una noche de insomnio; en fin, los recuerdos de Lourdes erguiéndose con frecuencia en su pensamiento, observando que latía su corazón de un modo desconocido. Julia en todo esto adivinó plenamente la verdad.

Era indudable, sin embargo, que había ido extendiéndose un velo sobre las pasajeras veleidades de conocer la verdad. Las disputas con Bird le habían hecho caer de nuevo en el fondo del protestantismo; más no bien se tranquilizó su espíritu después del exterminio de la capilla independiente, las antiguas impresiones habíanse despertado vivísimas; además, por haber increpado la joven su mala fe, había interrogado á solas á su conciencia. Era preciso responder, resolverse, y tomar una determinación.

—¡Es cruel Julia! decía en su corazón mistress Nedle al salir de su cuarto. Es desapiadada para mí. . . . me ofende y desgarró el corazón sin sombra de respeto. Mientras así murmuraba su amor propio, una voz más poderosa sobreponíase á la pasión: era el remordimiento. ¡Açaso Julia dice la verdad!

Horrenda cosa es el remordimiento de un alma que hasta el día precedente se ha-

bía lisonjeado de vivir tranquila. Julia lo había desencadenado, razonable, serio é implacable. Nistress Needle, al entrar en su estancia, conoció que se acercaba para ella una noche sin reposo. Se dejó caer sobre un diván, dominada por las más angustiosas reminiscencias. Las fuertes rozones con las cuales había demostrado Julia la imposibilidad de que viviese con segura conciencia, escalonábanse delante de su pensamiento, resplandeciendo con una luz tan clara como insoportable.

No sabía en su mente burlarse de esta luz, ni sobreponerse á los reproches de su conciencia. ¿Cómo no confesarse á sí misma lo que la memoria le testificaba, esto es, que había conocido una y cien veces la parte debil de su fe?—¿No soy yo, decía, la que, al examinar los cuadernos de mi John, me atribulaba porque no podía contradecir su reflexiones católicas? ¿No soy yo la que, á fin de hacer cesar los latidos de mi corazón, desviaba de continuo las conversaciones religiosas? ¿No soy yo la que apagaba los ímpetus subitáneos del alma, sedienta de verdad, con desdén y disgusto violento? ¡Ay de mí! ¡Quizá soy el áspid sordo de los Salmos, que tapa sus orejas á fin de sustraerse á los encantos benéficos de

quien le quiere quitar el veneno . . . ! Tiene razón Julia, cien mil razones.

Seguía entónces la comparacion de su iglesia con la Iglesia romana, y no se podía ménos de inclinar ante la grandeza de la segunda, como tambieu ante su inmovible y eterna majestad, eficazmente reinante por la fé una y universal, bajo el régimen de un supremo Jerarca, sucesor de San Pedro; igualmente no podia de ningún modo apartar la vista de aquel hervidero de sectas que se llaman protestantes, comenzando con la Biblia, terminadas con el destrozo de ésta, después que se destruyen recíprocamente, y caidas por fin en el mayor desprecio.—¡Hé aquí, añadía, por qué tantos y tantos de los mejores hermanos nuestros pasan á la obediencia de Roma! Están cansados de anarquía, y tienen sed de paz. . . . ¡Y la encuentran! Es un hecho; la encuentran: sir Roberto maldijo la iglesia mía, y murió tranquilo. . . . John le consideraba un hombre que, después de la tempestad, ha puesto el pie por último en tierra firme. . . . ¿Y yo? No, no; no quiero engañarme más, ni mentir á mi conciencia: no me siento segura—

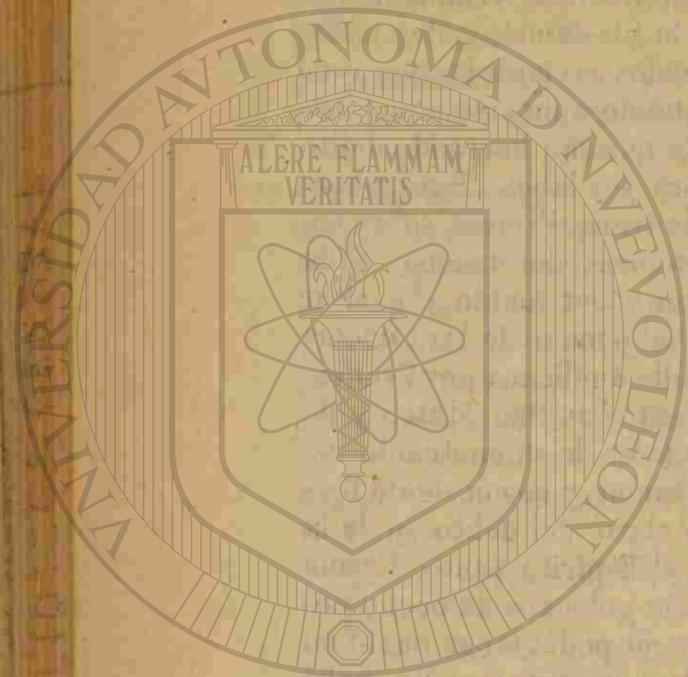
Por casualidad aquella noche un temporal propio del estío se condensaba sobre

las cimas de los montes Cheviot, y caía el rayo con espesos relámpagos, que reverberaban en el espejo de la cámara donde mistress Needle combatía con sus ferales pensamientos. Moviése para cerrar las ventanillas, pero al coger el pestillo se le ocurrió: — ¿Por qué temo esta luz...? ¿Es la conciencia insegura...! ¡Ah! ¡Si cuando surgieron las primeras incertidumbres, hubiese yo examinado y esclarecido el fondo de mis dudas...! Si á lo menos aquel día de Lourdes hubiese preguntado á mi alma: ¿Por qué te agitas? ¿Por qué tiembas...? Pero no; nunca he querido tomar una resolución después de un examen serio. A tomarla no me asustaría hoy el brillo de un relámpago. —

En esto murmuraba lejos un trueno prolongado. Mistress Needle abrió de nuevo una ventana con persianas para inquirir el estado de la atmósfera, y vió una nube obscurísima que acercábase á Parque verde; su fantasía, bajo los reproches de la conciencia, que iban en aumento siempre, creyó descubrir en la profundidad de la tormenta las amenazas del cielo: — Acaso... ¿quién sabe? soy culpable del pecado contra el Espíritu Santo, como dice Julia... ¡Y no se perdona ni en esta vida ni en la

futura...! Pero... ¿qué es? ¿En qué consiste? Voy á verlo. —

Recordaba bien mistress Needle que la Biblia menciona la blasfemia contra el Espíritu Santo, siendo irremisible, pero no sabía de ningún modo aplicarse aquel crimen, pareciéndole que tan horrendo delito nunca contaminara sus labios. Sin embargo, no concluía de tranquilizarse, sobre todo porque los fragores del trueno, cada vez más frecuentes, contribuían á exaltar su imaginación. Echó mano de las Concordancias de la biblia anglicana por Cruden; pudo hallar los textos de San Mateo y de San Márcos, penetróse de su contenido, estudió, se quiso defender, y no consiguió formar un concepto claro del delito, ni de la blasfemia contra el Espíritu Santo. Crecía su ansia, el corazón golpeaba su pecho como un martillo, y no podía tener paz si no aclaraba la duda tormentosa. No halló más salida que recurrir á Julia y solicitar sus explicaciones.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL

LXXIV.

EL PECADO CONTRA EL ESPÍRITU SANTO.

Toda esta obra virginal del espíritu conturbado por la gracia celeste y por la humana fantasía duró sólo una hora. La timorata mistress Needle volvía palpitante para pedir consejo á la joven, á la cual en el primer ímpetu de su vanidad ofendida, casi acusó de cruel y desapiadada: ¡con tanta evidencia conocía el corazón amigo y leal de Julia! Vió su habitación llena de luz aún, y la puerta entornada. Acercóse sin hacer ruido, y... ¡qué vió! La napolitana seguía en su alcoba, y oraba en su re-

clinatorio, teniendo detrás, de rodillas, á Clara y á Clemencia. Suspendió la señora el paso, contuvo la respiración y dijo para sí;—¡Luego Julia usórpame ahora la libertad en mi propia casa....! ¡Reune á mis hijas para que oren con ella, y á su modo....! ¡Sin consultarme! ¡Ocultamente! ¡De noche....! ¡Contra nuestras convenciones terminantes!—Hirviendo su mente, trataba de penetrar de improviso en la estancia, y persuadir á Julia de que nunca le había concedido tal autoridad, no pudiendo usarla con osadía de aquel modo, reprochándola también por haber faltado á sus promesas. Más, como siempre, contuvo el ímpetu de la pasión tumultuosa, extinguió aquella llamarada de cólera. é hizo que prevaleciese su innata mansedumbre y su respeto á la joven. Retrocedió sin decir palabra, y habiéndose ido al cuarto de las pequeñas, halló á Kelerina arrinconada entre dos lechos y cayendose de sueño.—¿Qué haces aquí? le preguntó.

—Aguardo á las señoritas, dijo la camarera, restregándose los ojos soñolientos.

—¿Dónde están?

—Con su maestra.

—¿Qué hacen con Julia todas las noches?

—¿Cómo? Nunca, nunca van. Ha sido un capricho de hoy. No he logrado que se acostasen, sin ver antes de nuevo á miss Julia.

—¿Para qué? ¿Te lo han dicho? preguntó la señora.

—Lo ignoro, contestó Kelerina; solamente decían que miss Julia lloraba, y que le querían dar un beso antes de dormir.

Tan noble y afectuoso pensamiento de sus hijas endulzó el corazón de la madre, á la cual enamoraban las cosas bellas y gentiles, sobre todo en sus pequeñas: aún quiso poner la cosa más en claro, y preguntó:—¿No las había llamado miss Julia?

—Lo ignoro; más sé que dos veces he ido para traerlas, y que ni yo ni su maestra hemos logrado sacarlas de allá. No la sabían dejar: lloraban como dos corderas, y querían permanecer en su alcoba. Finalmente, miss Julia, para concluir, les dijo:—Vamos, rogad un momento también á la Virgen, y marchaos después á dormir; de lo contrario, inquietareis á la mamá.—

Estas pocas frases de la fiel Kelerina concluyeron de aplacar á mistress Needle, que se gozaba por el buen corazón de sus niñas: mucho más se alegró de no haberse dejado llevar del injusto resentimiento.

Volvió sin hacer ruido, y asomóse á la estancia de Julia. Las pequeñas continuaban de rodillas, y su tierna madre, casi olvidándose de la cuestión apremiante del pecado contra el Espíritu Santo, se detuvo á contemplarlas inmóviles, juntas las manos, y el rostro dirigido á la imagen de la Virgen:— ¡Pobres pequeñitas! decía para sí; ¡cuán aceptas son á sus ojos en su actitud actual. . . .! ¡Ah, mis amadas no resisten de seguro á su conciencia. . . .! ¡Tienen puro el corazón: Julia las conduce como dos angelitas. . . .! Es justo que la quieran consolar si la ven afligida.—

Mientras el corazón maternal de mistress Needle se enternecía por tales reflexiones, Julia dirigióse á sus discípulas, y les dijo:— Ahora basta; sed buenas y obedientes. Que no tenga que aguardar más Kelerina: también ella, la pobre, necesita descansar.— Clara y Clemencia se levantaron, y, acariadas por la joven, salieron de su cuarto. Apartóse la madre un poco para no ser vista, y luego se acercó á la puerta:— Como veo luz, imagino que aún estás levantada, ¿no es verdad, Julia?

—Levantada, sin duda, respondió la joven, saliendo á recibirla. ¿En qué puedo servirlos?

—¡Qué quieres! No puedo dormir sin averiguar qué cosa sea el pecado contra el Espíritu Santo.—

Observó la joven que sus palabras habían abierto brecha profunda; y queriendo por las vías suaves fortalecer la verdad que con rigor había expresado, dijo:— ¡Oh! ¿Por qué os atribula, señora, lo dicho? Ni vos, ni yo, ayudando el Señor, caeremos nunca en él.

—Esperémoslo; más debes explicármelo bien todo.

—Si lo queréis, respondió Julia, nada tan fácil. Los católicos llaman pecado contra el Espíritu Santo el que se opone directamente á la gracia, que nosotros atribuimos especialmente á la tercera Persona, que es espíritu de amor, por más que realmente la gracia sea operación de las tres divinas Personas. Por ejemplo, se opone diametralmente á la gracia el propósito de no arrepentirse nunca, y el desesperar del perdón de los propios pecados. Como comprendéis, esto no es caer por humana fragilidad, sino conducirse malvadamente y por pura malicia contra la misericordiosa disposición de Dios, que nos ofrece su perdón, invitándonos á la penitencia.

—Más, hablando conmigo, te referías ciertamente á cosa diversa.

—Si: á lo que más propiamente llama el Evangelio blasfemia contra el Espíritu Santo; v. gr., la de los judíos, que, no pudiendo negar los milagros patentes del Salvador, seguían con perfidia calumniándolos, como si fueran hechicerías del demonio, lo cual llama el vulgo impugnar la verdad conocida.... Más vos, ni por sueños habeis caído en ella.

—Sin embargo, poco antes me decías...

—¿Yo? ¡Guárdeme Dios de atribuir este delito pésimo, y de sospecharlo ni por sombra! Debería entonces reputaros enemiga del Señor y con un pie en el infierno. Dije sencillamente que, si llegáseis á conocer claramente la verdad de la Religión católica y persistiéseis, con todo, en rechazarla, incurriríais en este pecado.

—¿Por qué, pues, preguntó mistress Needle dando un gran suspiro, has querido amedrentarme?

—Porque, aún á costa de disgustaros, quería yo advertiros de vuestro peligro. Me llamásteis amiga, por vuestra bondad, muchas veces; ¿mereciera yo tal nombre si os hiciese traición en tan grave asunto? Parecíame una hipocresía encubrir más tiem-

po que teneis obligacion de resolver vuestras dudas, indagando lealmente la verdad.

—¿Crees, por tanto, que tengo solo la obligacion de inquirir la verdad?

—Nada más, y nada menos, respondió Julia. Más sabeis que con frecuencia, entre la indagacion de la verdad y su encuentro, corre sólo un instante, y que cuando no queda ninguna razon que vede admitir la ya conocida, ¡ay del que murmura, del que contemporiza y del que resiste! Entonces sí que comienza la rebelion contra el Espíritu Santo y la condenacion casi anticipada. Lo sabeis por la Biblia: *el que no cree, ya está juzgado.*—

La pobre atribulada, que habíase animado un poco al oír las primeras dulces frases de Julia, por las postreras se sintió caer de nuevo en sus incertidumbres pavorosas. Por una parte se daba la seguridad de no haber caído en el pecado irremisible, y por otra temía estar en el borde del abismo. No podía poner en duda las palabras de la joven, porque limitábase á citar la Biblia con su sentido evidente y óbvio, inculcándosela con la saludable tiranía que toma fuerza del ingenio, de la virtud y del amor. Mistress Needle hallábase afligida y

abrumada. Se levantó y dijo:—Antes de acostarte ruega un momento por mí.... No sé si podré cerrar los ojos esta noche.... La tormenta que ruge (se descargaba el aguacero entonces) es nada si la comparo con la que destroza mi corazón.

—No os atormentéis vos misma, respondió Julia: rogaré por vos con todo el afecto de mi alma; mas no permitais por vuestra parte que os domine la fantasía. Es tarde: decid sinceramente al Señor que sólo quereis conocer la verdad á fin de abrazarla, y luego seguir tranquila en sus brazos.

—Por la gracia de Dios, replicó la Needle, poniendo una mano sobre su corazón, jamás he repelido como falso lo que me parecía verdadero.

—Consolaos, pues; no habeis nunca resistido al Espíritu Santo, dijo Julia interrumpiéndola.

—A lo más siguió la señora, puedo haber alejado de mí las dudas sobre mi religión; pero ¿no lo haces tú también?

Julia:—Sí, por cierto; mas muy diferente sin duda es mi condición de la vuestra. El católico descansa seguro en la evidente veracidad de la Iglesia, que sólo le propone lo revelado por Jesucristo. Por

consiguiente, si le ocurren dudas, racionalmente no puede hacer más que rechazarlas, por ser injuriosas á Dios. Para él, poner en tela de juicio una verdad revelada, es desconocer la veracidad de Jesucristo revelador, y concebir la idea de que Dios engaña. A lo más, el católico puede dudar si una cosa es enseñada verdaderamente por la Iglesia ó no, en cuyo caso sin dificultad se tranquiliza, interrogándola: entre tanto, hasta que no ha podido saber si la cosa está ó no revelada, suspende su juicio bastándole creer en general cuanto la Iglesia enseña ó enseñará. Así, el católico nunca puede dudar sin pecado. Sucede todo lo opuesto al anglicano. Si de buena fe admite las opiniones de su secta, debe saber que su iglesia protestante es una institución que nació ayer, completamente humana, sin milagros ni distintivos de sociedad divina, variable de derecho, y de hecho y que ni aun ella se arroga la facultad de proponer la doctrina de la fe infaliblemente....

—Más consideramos autoridad infalible á la Escritura, dijo la Needle.

—Supongámoslo, respondió Julia; supongamos también que vos no podeis negar en conciencia vuestra fe á la Biblia.

Siempre juzgais sobre su sentido. Está en esto la esencia del anglicanismo, y de las demás sectas protestantes. Ahora bien; si consultando la Biblia comenzais á dudar, y luego conoceis claramente que los dogmas anglicanos no están en ella, teneis el derecho y el deber de recharzarlos; derecho y deber que nacen de vuestra misma profesión anglicana. Igualmente, si consultando la Biblia os parece que los dogmas católicos están allí, es fuerza que los acepteis y creais, en virtud también de vuestra profesión protestante. En una palabra: el anglicano sincero en ocasiones puede y debe dudar de su fe, porque no duda entonces de la veracidad de Dios, sino de su propia inteligencia cuando inquiere la revelación divina.—

Mistress Needle se hizo repetir una y dos veces esta teoría de Julia, que la descargaba de una terrible aprensión. Después que hubo penetrado claramente su exactitud, se despidió algo tranquila, sin que por ello la dejara el terror de cometer el pecado contra el Espíritu Santo.

LXXV.

TEMPESTAD Y LUZ.

Al entrar de nuevo en sus estancias, mistress Needle despidió á la camarera, que la esperaba con el fin de prestarle sus servicios. No sabía, ni quería, ni podía pensar en dormir, si antes no llevaba la paz al fondo de su corazón, trabajado por las oscuras aprensiones del remordimiento: la escrupulosa mujer temblaba de indecible horror al pensamiento de dormirse culpable del pecado contra el Espíritu Santo. Cayó de rodillas en medio de su habitación, y levantándose con todo su espíritu a fin de a-

Siempre juzgais sobre su sentido. Está en esto la esencia del anglicanismo, y de las demás sectas protestantes. Ahora bien; si consultando la Biblia comenzais á dudar, y luego conoceis claramente que los dogmas anglicanos no están en ella, teneis el derecho y el deber de recharzarlos; derecho y deber que nacen de vuestra misma profesión anglicana. Igualmente, si consultando la Biblia os parece que los dogmas católicos están allí, es fuerza que los acepteis y creais, en virtud también de vuestra profesión protestante. En una palabra: el anglicano sincero en ocasiones puede y debe dudar de su fe, porque no duda entonces de la veracidad de Dios, sino de su propia inteligencia cuando inquiere la revelación divina.—

Mistress Needle se hizo repetir una y dos veces esta teoría de Julia, que la descargaba de una terrible aprensión. Después que hubo penetrado claramente su exactitud, se despidió algo tranquila, sin que por ello la dejara el terror de cometer el pecado contra el Espíritu Santo.

LXXV.

TEMPESTAD Y LUZ.

Al entrar de nuevo en sus estancias, mistress Needle despidió á la camarera, que la esperaba con el fin de prestarle sus servicios. No sabía, ni quería, ni podía pensar en dormir, si antes no llevaba la paz al fondo de su corazón, trabajado por las oscuras aprensiones del remordimiento: la escrupulosa mujer temblaba de indecible horror al pensamiento de dormirse culpable del pecado contra el Espíritu Santo. Cayó de rodillas en medio de su habitación, y levantándose con todo su espíritu a fin de a-

dorar al Señor, se inclinó con la frente hasta el suelo, exclamando:—Os juro, Dios mío, que no resistiré á vuestra inspiración . . . no cerraré los ojos á la verdad si me la dais á conocer. Más no abandoneis á vuestra esclava; haced brillar un rayo de luz y de paz en este corazón consternado . . . Os juro que moriré anglicana, si lo quereis, como también católica si lo deseais . . . Depongo aquí delante de vos, y reniego de toda preocupación y de todo afecto desordenado, os pido sólo conocer vuestra divina voluntad, á fin de abrazarla. Os lo pido por los méritos de nuestro celeste mediador Jesucristo . . . y, si no es malo, por la intercesión de la bendita Virgen María.—

Así dijo, y sintiendo en su espíritu una nueva quietud y que se calmaban sus pensamientos enmarañados, se fué á su estudio, abriendo el *Prayer book*, en la página de los treinta y nueve artículos de la iglesia anglicana. Los leyó uno tras otro tranquilamente, con atención suma, y con igual sinceridad. Parecióle que le caía una venda de los ojos, y razonó sin esfuerzo:—Mi religión me propone muchos dogmas, mas ninguno me garantiza como verdadero; hace, por el contrario, que dude, al decir que las iglesias y los concilios pueden er-

rar en materia de fe, siendo solo infalible la palabra de Dios. ¿Para qué sirven, pues, estos treinta y nueve artículos, que pueden contener del mismo modo la verdad que la mentira?—Es la pregunta que tantas veces hizo John.—Reflexionó un rato, y pareciéndole después su razonamiento por todas partes tan incontrastable como evidente, cerró el libro, rechazándolo sin ira ni afectación y diciendo:—No: no es justo que tome por norma de mi fe un símbolo falaz.—

Cogió incontinenti la Biblia:—He aquí la que me queda, si quiero apoyarme firmemente, y no sobre una caña rota. ¡Esta es la única fuente de verdad y la única guía para mi salvación . . . ! ¿Y si no consigo comprenderla? ¿Si caigo en error? ¿Si la entiendo al revés? . . . ? Mi pastor, mi obispo, mi iglesia pueden también equivocarse: ¿cómo estará segura de poseer la verdad . . . ? Pero, adelante; mis ministros tendrán un poco más de ciencia que yo . . . Sí; más ¿de qué sirve la ciencia? Las iglesias luteranas, *cuaqueras*, “irwingianas” y metodistas, á pesar de su ciencia, se contradicen en los puntos capitales, y sin embargo pretenden leer en la Biblia sus doctrinas contradictorias . . . John me lo ha demostrado claramente. Yo propia he vis-

to con mis ojos los errores nefandos de los *revivals* americanos; todos los *jumpers* pretenden obedecer á la Biblia. . . . Los ignorantes, los sencillos y los literatos, ¿son capaces, por consiguiente, de sacar el jugo de la verdad de este libro, del cual tantos doctos jefes de iglesias extrajeron solo recíprocas contradicciones? ¿Cómo podían los cristianos conocer la verdad en los quin- ce siglos anteriores á la imprenta, cuando comprar la Biblia era un dispendio propio únicamente de un gran señor. . . ? Yo, yo misma, ¿cuántas veces he cambiado mis opi- niones sobre un texto y otro de los más im- portantes. . . ! ¿Estoy ahora segura de com- prender la Biblia como debo. . . ? No, no, dice bien John: se camina por fuerza entre la perplejidad y las tinieblas, si una voz infalible no dice: "He aquí el dogma reve- lado por Jesucristo"—

— Empero mistress Needle repugnaba creer que la voz saludable segurísima fuese pro- pia de la Iglesia papista, á la cual aprendió á odiar desde muchacha, como si fuera la fragua de todas las supersticiones. No veía, sin embargo, otro recurso, ni otra sa- lida, ni otra luz. Recordó á buena hora la conducta de sir Roberto, alma fuerte y ad- versario de corruptelas en asuntos de reli-

gión, como recordó igualmente las pala- bras de John y de Julia; renovando el ju- ramento de romper todas las cadenas de las preocupaciones, aplicó su ánimo á com- templar este lado único del horizonte reli- gioso que se le presentaba cubierto de nubes impenetrables. No intentó envolverse ya en textos bíblicos: se reconocía débil, y le asustaba la idea de comprender mal aque- llas santas y tremendas palabras, salidas de los labios divinos, pero que muchos cor- rompen, como dice San Pedro, torciéndo- las á sentidos de perdición. Razonó así co- mo mujer, pero discretamente:—Veo por una parte que ministros y doctores protes- tantes afirman que los católicos pueden salvar su alma en la Iglesia romana; por otra parte veo que los católicos declaran acordes que fuera del Catolicismo no hay salvación: luego por el sufragio común de los protestantes y de los papistas, no corro peligro si pertenezco á la Iglesia romana: por el contrario, me aseguro. ¿Qué cosa mejor quiero?—

Había oído esta observacion, no solo una vez, á John y á Julia; pero la había dejado pasar con ligereza y disgusto. Bri- llaba entónces con lucidez maravillosa, y la levantaba, y la compelia y casi la tras-

portaba con dulce violencia á la natural conclusion práctica. Metiéndose cada vez más, y con ménos tédio, por tal camino, decia para sus adentros:—Ahora bien: ¿qué grave dificultad puedo tener para someterme á la Iglesia romana? Los ayunos, la abstinencia del viernes... ¿Pero qué? ¿Por ventura nuestra gracia Reina no publica también dias de umillacion en su Iglesia? ¿No hace lo propio el presidente de los Estados Unidos? ¿No recomienda la Biblia el ayuno en ciertos lugares...? Luego fuera vilisima carnalidad posponer altísimos intereses eternos á la golosina de un pollo, para no... vamos, vamos. ¿que vergüenza! La confesión... revelar todas mis debilidades á un sacerdote... Si produce la confianza del perdon, la muerte tranquila, la vida serena, ¿por qué no hacerlo? ¿No lo hacen muchas señoras *puseistas* con nuestros ministros? ¿No lo hace Julia con los suyos? Según John decía, en las misiones del Casentino todos los confesonarios estaban llenos de gente, que casi tomábales por asalto: luego no debe ser tan difícil confesarse. Julia me asegura que innumerables católicos lo hacen cada ocho dias... Si así proceden tantos y tantos, ¿no lo podré hacer yo...? Adelante; si Dios lo manda, to-

do... Lo más difícil es prescindir de mi absoluta libertad, sometiéndome á obedecer á la Iglesia y al Papa: aquí está el nudo y aquí está todo: ó admitirla con plena voluntad, ó nada... Julia dice que ninguno es católico sin esto: las recientes definiciones del dogma de la Virgen Inmaculada y del Concilio Vaticano no han sido impugnadas por un sólo Prelado del mundo...! Si tantos Obispos, sacerdotes y doctos se inclinan así á la auteridad de la Iglesia, deben tener sus razones, que convenzan al entendimiento. Y aunque hubieran obedecido como simples, los innumerables pastores nuestros y hombres honrados que veo pasar del anglicanismo á la Iglesia de Roma, indudablemente habrían vislumbrado el divino derecho que tiene la segunda para mandar... Habían predicado, escrito, batallado contra el Papa; ¿y después? hélos de rodillas delante del Pontífice, renunciando, para poderlo hacer, sus intereses, su dinero y sus dignidades: necesitase para esto haber leído en caracteres de gran luz la necesidad de someterse... Sin duda mi primogénito se batió como un león antes de rendirse; defendió sus opiniones palmo á palmo, cediendo sólo á la incontrastable preponderancia de la verdad conoci-

da.... ¿Qué puedo hacer yo, Dios mío, más razonable, para marchar por el camino recto, sino seguir las huellas de los que yo juzgo sabios y sinceros servidores tuyos? ¿Me condenareis ¡oh Señor omnipotente y misericordioso! si elijo lo mejor que vislumbro?—

Nadaba el espíritu de la íntegra protestante en un nuevo mar de luz, comenzando á entrever el puerto seguro, á que podría llegar entrando en una Iglesia que se junta en torno de una Cátedra de infalible magisterio, al que rinden testimonio más de mil Obispos diseminados por todo el mundo, así como doscientos ó trescientos millones entre sacerdotes y seglares; de una Cátedra á quien piden de continuo la verdad millares y millones de protestantes honrados y desprendidos. Exclamaba:—¿Cuán noble y brillante es tal concepto! ¿Cuán digno de la mente de Dios, establecer el reino de la verdadera religión en medio de la sociedad humana, y, para conservarlo encender en su centro un sol luminoso, que perpétuamente disipe las tinieblas, y difunda la luz....! El simple fiel es amaestrado por su sacerdote, el sacerdote por el Obispo, el Obispo por el Papa....! ¡Y el Papa es asistido por el Espíritu Santo! ¿Qué or-

denamiento tan sencillo y tan sublime! ¿Cuán excelente para salvar á los hombres doctos é ignorantes....! Nosotros, por el contrario, con nuestra biblia en la mano, vivimos siempre inseguros.... Nuestros pastores y nuestros obispos (¡y son un puñado!), disputan y se contradicen; uno favorece el *puseísmo*, y otro lo condena; uno aconseja la confesión y otro la maldice; uno enseña que debe adorarse la Eucaristía, y otro mira la hostia como un pedazo de pan figurativo; uno acepta toda la biblia, y otro destruye la mitad: ¡qué Babilonia....! ¡Allí, un solo corazón! Lo que dice Su Beatitud en nombre del Redentor, es repetido y reverenciado por toda la Iglesia. ¡Qué unidad! ¡Qué paz! ¡Qué cosa tan semejante al Paraíso!—

Parecíale á mistress Needle descubrir en su mente verdades nuevas, nunca pensadas: atribuíalas á la bondad de Dios, que agradecía su protesta y su oración. Ciertamente reflexionar tales verdades sin pasión no era leve gracia del Señor. No advertía incontinenti que las conversaciones de la joven habían depositado en su corazón largamente la semilla de todas estas reflexiones. Procuraba contradecirlas de alguna manera, más no veía en torno de sí

razón, ni pretexto, ni recurso.—Luego preguntábase á sí misma:—¿Cómo no he pensado antes todo esto? ¿Cómo lo he combatido al sostenerlo John y Julia?

La explicación del fenómeno era fácil sin embargo: había en ella dos personas, una inteligente y leal, que no podía repeler la verdad conocida; otra cegada por el odio *antipapista* bebido con la leche, que repugnaba suponer posible la verdad de la iglesia romana, y que no quería resueltamente buscarla en ella. Despojábase por fin de la segunda persona, quedándose solo con la natural, cándida y pura entusiasta de la verdad. El terrible remordimiento indicado por Julia obró esta feliz metamorfosis.—¿Qué hago, pues? ¿Qué resuelvo? gritaba desde el fondo de su corazón inundado de luz que la compelia. ¿Por qué aguardo más...? Hace tiempo que yo era casi católica de mente y me creía protestante.... ¡Ah! no quería fijarme nunca en la verdad.... no tenía otro sostén que la mala voluntad de no ver por aquella parte.... ¡He aquí una especie de pecado contra el Espíritu Santo....! ¿Repugnaré aún?

Comenzó entonces en su corazón una de aquellas batallas nuevas, extrañas, increíbles, inexplicables para quien nació bajo el

cielo puro y sonriente de la verdad católica. La mente de la pobre protestante inglesa estaba persuadida; más al tener que decir á Dios: "Sí, me rindo," el corazón, encadenado por la costumbre inveterada, convertida en naturaleza, se levantó con una mezcla terrible de pavor y desaliento. Presentábase delante un mundo de adversarios, dispuestos á perseguirla: los familiares del castillo, que habíanla conocido hasta entonces anglicana ardentísima; el pastor de la parroquia, que había enaltecido y admirado su fe; los amigos, en fin, los relacionados y todos los habitantes de Parque Verde.—¿Qué diran, no bien se refiera en todas partes que mistress Needle ha renegado de cuanto había hasta hoy férvidamente apoyado ó promovido...? Que soy una loca de remate, ó que hasta el día de ayer fui una hipócrita.... Aquí será preciso mudarlo todo: ¿Es posible? No, no puedo en un instante ver la noche donde antes saludaba el día. ¿Con qué corazón bendiré lo que tantos años maldije? No seré nunca buena católica, y dejaré de ser buena protestante.... no haré nada de provecho.... doy un paso hacia el abismo.—

Volvíase á su alrededor la pobre, como quien busca luz, guía, consuelo; ignorando

á quien recurrir, como privada de todo humano consuelo, cual desolada náufraga en el piélago de las olas bramadoras, ora tocando la orilla de la resolución por sí, ora empujada al alto mar de sus aprensiones; flotando por el flujo y reflujo de la marea interior, imploraba la merced de Dios:—Señor, busco solo la verdad. . . . vuestro beneplácito. . . . No, no quiero pecar contra el Espíritu Santo. . . . No tengo yo razones para titubear; veo el error, lo rechazo. . . . veo la verdad. . . . más ¿la veo bien? ¿la veo de veras?—

Quien desde un sitio secreto hubiese contemplado á la infeliz mujer en el acto de batallar consigo misma, sola y en el silencio de la noche, la hubiese por ventura creído presa de las internas furias de inexorables remordimientos; sentábase á veces, apoyada en una mesa con la frente en las palmas de sus manos, casi sin respirar, con todo el nervio de su espíritu siguiendo una razón, por la cual le parecía, deber confesarse católica en aquel mismo momento: le desaparecía de pronte aquel horizonte apetecido, alzaba la cabeza y ponía las manos en movimiento, como si se quisiera defender contra un enemigo; era la sospecha de poner en falso el pié, que

como nube difundida le arrebatava la claridad manifestada. Miraba al cielo, anhelante, abierta su boca, extendidos los brazos y en actitud de orar; parecíale sentirse algo elevada por una apacible aura que calmaba los golpes acelerados del corazón, prometiéndola casi ya un sereno porvenir en la inmensa fraternidad católica: poco después creía que una voz la amenazaba con el perenne remordimiento de la apostasía y del escándalo dado al abandonar la religión en que había nacido.—Pero apostasía, no, decía excusándose á sí misma, ni escándalo tampoco: sigo la voz imperiosa de la conciencia, estoy convencida, no tengo ya dificultad. . . . ¡Ay de mí si rechazo el llamamiento de Dios!—Levantábase, y esperando mudar de condición con cambiar de sitio, se paseaba impetuosamente por toda la estancia, hablando consigo propia, haciendo ademanes, proponiéndose objeciones y resolviéndolas, envolviéndose en laberintos inextricables, por lo árduo de las cuestiones, y ahora también por la conclusión de las fuerzas quebrantadas. Con frecuencia, entre tales errores se prosternaba en el suelo, gimiendo dolorosa y suplicando con ardientes lágrimas: levantábase confortada, pero sólo un ins-

tante, porque pronto la dominaba un nuevo temor, una nueva angustia, una nueva turbación.

Así, en incesante marea, siguiendo la brillante guía de la razón, ó fluctuando entre los pavores imaginados por la fantasía, pasaba las horas de la noche: cien veces había estado á punto de concluir los graves razonamientos discurridos desde un principio, y terminarlos según la persuasión íntima, esto es, pronunciando resueltamente el propósito "seré católica," pero cien veces le había faltado resolución; el espanto antiguo á la palabra *católica* habíale clavado en los labios la frase. Sin embargo, no era posible cerrar los ojos á la gran cuestión, retroceder y olvidarlo todo, por que sus pensamientos eran, á pesar suyo, absorbidos por la presencia de las verdades que se le presentaban delante, y que parecían condenarla. Resolvió.

Al fin la fatiga dió á su afán un poco de tregua. Comenzaba á lucir el día; aún no había cerrado los ojos para un instante de reposo. Conoció que la necesidad del sueño la vencía. Gritó desde lo íntimo de su corazón.—¡Señor y Redentor mío! Me resuelvo... resolveré lo que conozca ser voluntad vuestra.—Arrojóse según estaba

vestida, sobre un sillón de gran respaldo muy echado hacia atrás. Cerráronse sus párpados, y sus pensamientos se desvanecieron en una especie de sopor. Mas la quietud no fué larga ni profunda. Despertábase frecuentemente con sobresalto, llenos los ojos de lágrimas y con el respaldo humedecido por ellas. Al dormir acusábase unas veces de culpable de resistencia á Dios, y absolvíase otras, por haber resuelto no seguir contrastándole, renovando el propósito: "No pecaré contra el Espíritu Santo." Así conciliaba de nuevo un breve sueño.

Sin embargo, cualquiera que fuese aquel escaso alivio, dió bastante tranquilidad á su espíritu conturbado. Reanudando á la mañana siguiente la obra emprendida durante la noche, aplicó sus fuerzas intelectuales, y con un fuerte acto de voluntad impuso silencio á sus vanas aprensiones. Rehizo atentamente los argumentos por los cuales estaba persuadida de la obligación de trasladarse al cielo católico: el origen oprobioso de la Reforma anglicana, sin sacerdocio, sin verdaderos Sacramentos, sin más jefe supremo que un seglar, sin unidad, sin fe firme, con errores gravísimos y perniciosos á la eterna salvación: enfrente de

tales ruinas miró á la Iglesia romana libre de todo lunar en su doctrina, viva por su piedad y apostolado, batida vanamente por diez y nueve siglos de innumerables persecuciones, y sin embargo invicta constantemente, con su Biblia para predicar y con sus Sacramentos para santificar: una siempre y apoyada en el Pontificado de Roma, remontándose de siglo en siglo hasta llegar á los Apóstoles y á Jesucristo: en esto le pareció contemplar el torrente de honestos y píos correligionarios que, alegres y confiados, pasaban de la iglesia del octavo Enrique á la Iglesia de Pedro, gritando después por sí misma:—Sólo aquí hay salvación:—No soportando la vista de luz que tanto atraía, y temblando bajo la amenaza de su conciencia, si mas resistía, levantóse con ímpetu de su corazón, prosternóse como en la noche precedente al principio de las deliberaciones, y selló el propósito de este juramento:—Juro á Dios que en este instante me hago católica romana . . . de verdadero corazón . . . porque Dios lo quiere . . . y lo seré hasta morir.

LXXVI.

UNA HORA DE TRIUNFO.

Como el náufrago renace cuando, sacudido mucho tiempo por la fortuna furiosa, pone los piés, por último, en la ribera de la patria, donde parientes y amigos, entre mil fiestas le acogen y le compensan de las sufridas agonías, así creyó renacer la piadosa mistress Needle, al acabar la palabra postrera del juramento suyo. La seguridad, la paz y la alegría rebosaban dentro de su alma: en su quietud, en la familia formando un solo corazón (no dudaba de sus hijas), y aún en el contento que imaginaba de

tales ruinas miró á la Iglesia romana libre de todo lunar en su doctrina, viva por su piedad y apostolado, batida vanamente por diez y nueve siglos de innumerables persecuciones, y sin embargo invicta constantemente, con su Biblia para predicar y con sus Sacramentos para santificar: una siempre y apoyada en el Pontificado de Roma, remontándose de siglo en siglo hasta llegar á los Apóstoles y á Jesucristo: en esto le pareció contemplar el torrente de honestos y píos correligionarios que, alegres y confiados, pasaban de la iglesia del octavo Enrique á la Iglesia de Pedro, gritando después por sí misma:—Sólo aquí hay salvación:—No soportando la vista de luz que tanto atraía, y temblando bajo la amenaza de su conciencia, si mas resistía, levantóse con ímpetu de su corazón, prosternóse como en la noche precedente al principio de las deliberaciones, y selló el propósito de este juramento:—Juro á Dios que en este instante me hago católica romana . . . de verdadero corazón . . . porque Dios lo quiere . . . y lo seré hasta morir.

LXXVI.

UNA HORA DE TRIUNFO.

Como el náufrago renace cuando, sacudido mucho tiempo por la fortuna furiosa, pone los piés, por último, en la ribera de la patria, donde parientes y amigos, entre mil fiestas le acogen y le compensan de las sufridas agonías, así creyó renacer la piadosa mistress Needle, al acabar la palabra postrera del juramento suyo. La seguridad, la paz y la alegría rebosaban dentro de su alma: en su quietud, en la familia formando un solo corazón (no dudaba de sus hijas), y aún en el contento que imaginaba de

su querida Julia, vió manifiestos los horizontes del Paraiso. Miraba en derredor como para buscar las nubes ferales, los remolinos devoradores, los abismos abiertos que la martirizaran toda la noche, y sólo descubría serenidad sin confin. Descansaba su espíritu, rindiendo gracias á Dios y ensalzando su misericordia.

Mas al parecer una nubecilla se presentaba en el último borde del cielo azul:— Lo he confesado todo con fe universal, á ojos cerrados....; pero ¿no podría encontrar dificultades invencibles en algún punto que ahora no conozco.....? ¿No he sido necia é imprudente.....?— Reflexionó un rato, y después, como venciendo este obstáculo, dijo: —¿Por qué chocheo? La Iglesia de Jesucristo no yerra.... A todo me someto desde ahora: *La Iglesia es la casa de Dios vivo, columna y fundamento de la verdad... las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.*— Ahogó en estas palabras todas sus ansiedades al momento de nacer, persuadiéndose de que desde entónces sólo le sería posible abandonarse con absoluta confianza á la enseñanza celeste de Jesucristo por boca de la Iglesia. A comprender empezaba la envidiable serenidad de Julia, que parecía des-

cubrir con los ojos lo que confesaba con la boca, y aquella profunda fe incontrastable que admirado había en Italia, sobre todo en las personas de más instrucción religiosa.

Por todo esto, el ansia de recorrer cuanto antes el catecismo católico surgía con gran viveza en su espíritu. Alcanzaba que no encontraría cosas nuevas en él, porque todos los puntos de especial divergencia de las doctrinas anglicanas habíalos visto ventilados una ó varias veces por John y por Julia, sabiéndolos tan bien, que hacía no poco tiempo veíase constreñida á desviar el pensamiento para no rendirse: sin embargo, parecía muy hermoso y dulce hallarlos menuda y ordenamente dispuestos, así como tomar solemne posesión del reino de la verdad, nuevamente conquistado.— Y después ¡qué júbilo para Julia cuando le diga que soy católica y le pida su catecismo....! ¡Pobre Julia! ¡Cuánto ha sufrido por mí! ¡Qué angustias ayer noche!...! Quién sabe! Sin las cuatro verdades peladas y crudas, que me lanzó al rostro, sin humanas consideraciones seguiría en plena rebelión contra Dios; ahora la paz del Señor está conmigo, y la conciencia sólo me reprende la tardanza en ren-

dirme á la misericordia divina.... Ea, consolémosla incontinenti: ¡Pobre Julia...! Le diré que es la primera que sabe la noticia, y que soy católica hace ya. . . (miró el reloj) hace ya un cuarto de hora.—

Se levantó, ébria de gozo, y fué al cuarto de Julia, para derramar en el corazón de la muy amada joven, ahora cien veces más querida y venerada, el exceso del deleite celestial, por el que sentíase dominada. No la encontró allí: hasta entonces no se acordó mistress Needle de que ya estaba el sol alto, y de que se hallaría en la escuela. Entró, sin embargo, pareciéndole que, por ser hermana de Julia en la fe, podía tratarla con mayor familiaridad. Vió el pequeño estudio atestado de libros, todos de controversia religiosa, y que algunos aún estaban abiertos. ¡Buena Julia! exclamó; estudiaba y se desvivía por mí... ¡Comprendo ahora por qué hallábase pronta siempre á responder! ¡Quién sabe cuánto habrá velado sobre estos libros!—Registró varios de la mesa y de los estantes; pero no pudo encontrar un Catecismo. Se metió en la alcoba. Una devota imagen de nuestra Señora de Lourdes estaba sobre el reclinatorio. Háblala Julia llevado consigo de la peregrinación á Francia. La señora

la reconoció al verla: asaltada y vencida por los recuerdos del famoso santuario, cayó de rodillas delante de la imagen. Brotaba de su corazón la plegaria de la fe y de la gratitud con una suavidad nueva é indescrible. Acusábase de haber despreciado tantas veces las impresiones de la gracia, que, después del día del milagro en Lourdes, habíanla incesantemente compelido á la fe, y bendecía el momento en el cual había escuchado por fin la voz de su conciencia.

Un tierno pensamiento la sorprendió en el reclinatorio:—¡Quién sabe cuántas veces habrá rogado Julia por mí delante de la Virgen! ¡Y cuán ardientemente. . .! Ahora puedo yo también orar por ella. . . y como ella, con las propias palabras que salían de su corazón angélico. Cogió uno de aquellos libritos de oración y lo abrió al acaso donde había una estampa. En el principio de la página leíase: "Preparación para la sagrada comunión." Por buena suerte, debajo había una compendiosa instrucción sobre el sacramento de la Eucaristía. Mistress Ana leyó con avidez: no le parecía leer frases, sino que se llenaba de luz; tan evidentes resplandecían aquellas palabras de Jesucristo allí consignadas: "¡Este

es mi Cuerpo, esta es mi sangre!"—No más, gritó ella triunfante; no quiero que un pastor lego lleve un pedazo de pan sobre una bandeja. . . . No, no: ¡el Cuerpo vivo, la Sangre de Jesucristo es la que palpita en su corazón! ¡me lo asegura la Biblia! ¡lo dice Jesucristo! Y le confirma toda la Iglesia católica, que es *columna de la verdad*.

—El corazón excelente y tierno de la nueva convertida lanzábase anhelante á la Persona adorable de su Salvador, que se representaba vivo y hablando mientras permanecía en el altar, prosternada en espíritu á sus piés, largamente imploraba el perdón de sus pecados, y se efundía en amorosos coloquios.

Ardía por flamantes efectos jamás experimentados anteriormente:— Mi Dios no sólo está en el cielo, si no en la tierra, en el Sacramento. . . .aquel mismo que nació en Belem y murió sobre la cumbre del calvario. . . .Y yo, Ana Needle, lo poseeré en el templo católico. . . .lo abrazaré sin duda en mi seno. . . .—Entonces brotó un repentino é impetuoso torrente de lágrimas: —¡Y he aguardado á conocer este bien cuarenta y cinco años! No lo quería. Abominándola profundamente, su alma se desprendía de la secta cruel que le robaba la

felicidad ofrecida por Jesucristo, y se adhería, por el contrario, con ardentísimos impulsos del corazón á la Iglesia católica, que para ella trasportaba el cielo á la tierra. Pensaba en los años precedentes, pareciéndole que hacía casi un siglo que había desterrado los errores: ¡hasta tal punto abandonábase con suprema confianza á los nuevos atractivos de la religión abrazada!

Julia entre tanto terminaba su lección, no sospechando las resoluciones inesperadas de su señora. Empero la fiel Kelerina vió á mistress Needle penetrar en su cuarto con grandísimo asombro. Por amor á miss Julia, había hecho centinela en la antecámara, esperando que la señora saliese, á fin de inquirir lo que allí hubiera escurriado. No viéndola salir nunca, previno á su amante protectora, no bien despidió á sus alumnas:—¿Qué extravagancia será? ¿Qué nueva sospecha habrá concebido la pobre? ¿Querrá fiscalizar también mis papeles, como los de John? ¡Es muy dueña! —No cabía ni de mil leguas en su imaginación que la reprimenda del día precedente hubiera podido obrar tan instantáneo arrepentimiento. Entró en el estudio, con el pié vacilante, é incierta. No había na-

die: asomóse á su alcoba, y vió á mistress Needle arrodillada delante de la Virgen, con el libro delante, y las sienes clavadas en medio de sus dos manos. La oyó mistress Needle, y saliendo de su casi enajenación, fué á su encuentro y la tendió loz brazos, diciendo:—Abrázame, soy tu hermana... católica.—No pudo añadir más: las frases quedaron ahogadas por su profunda emoción. Abrazáronse las dos, se besaron y miráronse mucho rato sin decir palabra, vertiendo las más deliciosas lágrimas que habían derramado en su vida.

LXXVI

CLARA Y CLEMENCIA.

Muchas y cordiales fueron las cosas que dijéronse mistress Needle y Julia después de abrazarse por primera vez como hermanas en Jesucristo, pero las habían dicho con los ojos, con las lágrimas y con el silencio. Por fin prevaleció la precisión recíproca de explicar y entender el misterio de tan subitánea mutación. Refirió mistress Needle, con el ardor de su alma hermosa, todas las peripecias interiores de la noche, refiriendo hasta los detalles más leves, por los que llenábase Julia de gozo.

die: asomóse á su alcoba, y vió á mistress Needle arrodillada delante de la Virgen, con el libro delante, y las sienes clavadas en medio de sus dos manos. La oyó mistress Needle, y saliendo de su casi enajenación, fué á su encuentro y la tendió loz brazos, diciendo:—Abrázame, soy tu hermana... católica.—No pudo añadir más: las frases quedaron ahogadas por su profunda emoción. Abrazáronse las dos, se besaron y miráronse mucho rato sin decir palabra, vertiendo las más deliciosas lágrimas que habían derramado en su vida.

LXXVI

CLARA Y CLEMENCIA.

Muchas y cordiales fueron las cosas que dijéronse mistress Needle y Julia después de abrazarse por primera vez como hermanas en Jesucristo, pero las habían dicho con los ojos, con las lágrimas y con el silencio. Por fin prevaleció la precisión recíproca de explicar y entender el misterio de tan subitánea mutación. Refirió mistress Needle, con el ardor de su alma hermosa, todas las peripecias interiores de la noche, refiriendo hasta los detalles más leves, por los que llenábase Julia de gozo.

magnificando la divina bondad. Cien veces mas grande era el profundo sentimiento de placer exuberante, cuando poco después añadía la neófita:—Era católica, era católica hace mucho tiempo, y no lo advertía; si bien estaba convencida, casi no me atrevía yo á confesármelo, y mucho ménos á mover los piés para obrar según mi conciencia.

En prueba de lo cual recordaba las cosas ocurridas, que se vió en Turin á punto de hacer un acto de fe y adorar la Eucaristía, en la iglesia del *Corpus Domini*, así como que al fin de sus disputas con su hijo, casi siempre le daba la razón á ella, aunque por su timorata conciencia se creía obligada á mostrarse hostil.

—¿Y nunca, preguntó Julia, por espantaros el *papismo* secretamente?

—Demasiado tenía ese miedo, respondió la Needle, persiguiéndome de continuo; mas nunca cometí la perfidia de repeler por un puntillo la verdad conocida: podría jurarlo. Soy orgullosa con los hombres á veces; delante de Dios, nunca: temo en su presencia. Lanzaba de mí las inspiraciones como si me las surgiera el enemigo. A lo más, puedo haber cometido la culpa de cerrar el espíritu al examen de lo verda-

dero, cuando me parecía que brillaba delante de mí: que Dios me perdone por ello.

—Esto me consuela, dijo Julia: á lo menos al confesaros no debéis decir que habéis pecado contra el Espíritu Santo.

—¿Crees que nunca he cometido este pecado?

—Lo creo. Lo hubieseis cometido cuando, después de reconocer la falsedad de la Iglesia en que nacisteis, os hubiérais obstinado en permanecer en ella. El pecado contra el Espíritu Santo supone, no solamente la formal herejía, sino la pertinacia en sostener el error, y aún cierta obstinada animosidad que hace combatir como falso lo que la conciencia íntima ve como verdadero.

—¡Oh! Esto no; no, de veras. Me asustaba tener que afrontar la verdad, que veía de vez en cuando erguirse delante: hé aquí todo.

—Es el caso, contestó Julia, de innumerables protestantes. La hora y el momento en que su miedo se transforma en irracional, así como en malvado y culpable, no más la reconoce la conciencia, y frecuentemente sólo Dios. Muchos heterodoxos, entrando en la Iglesia católica, pueden de-

cir que nunca fueron herejes de un modo formal, sino personas engañadas por el error.

—Y John, ¿crees que fué un hereje?

—Menos que nadie: he descubierto en él sólo un leal adversario de la verdad, detenido acaso algún tiempo por los errores, y después. . . .

—¿No sabes que es católico declarado? dijo la señora.

—¿Es posible! contestó Julia: ¡y no decirme nada!

—Es católico como soy católica yo. . . . hace dos semanas. . . .

—¿Ha hecho la retractación?

—Harémosla juntos. . . .

—Conoce vuestra resolución?

—No: eres la primera que la sabes.

Julia se informó del hecho con ansiedad gozosa, bendiciendo mil veces á Dios, por haberla consolado al fin, según sus ansias supremas. Fué una hora de paraíso.—Ahora, decía la joven, aunque algo suceda que nos separe sobre la tierra, me anima la esperanza de que todos nos volveremos á ver en la gloria: tiempo allá tendré para daros gracias por los beneficios que os debo.

—Los deudores somos nosotros contigo, replicó la Needle. . . . deudores de la sal-

vación eterna, y deudores de todo, después de Dios. . . . aunque también á mi hijo le debo no poco. No te puedo decir qué impresión causaron en mi alma aquellos papeles suyos que á hurtadillas no cesaba de leer. . . . Dolíame no lograrlos refutar, y envolverme yo misma en las dudas que me promovían contra la iglesia anglicana. Otro gran empujón me dió lo que hizo sir Roberto. ¡Cuánto me costó rechazar entonces la gracia de Dios! En la gruta de Lourdes después, estuve á punto de llamarme católica. . . . No gozé de paz desde aquel día. . . . Empero aún no me habías puesto entre la espada y la pared, ni me habías hecho brillar aquella cosa terrible del pecado contra el Espíritu Santo; me lisonjeaba siempre de mi fe, y, para no perderla, tenía cerrados los ojos á la luz que me deslumbraba. En fin, por haber tardado en rendirme, quiero apresurarme ahora. Hablaré con John, entendiéndome con él á fin de que termine la obra en breve. Cada hora me parece que tardo mil años á recibir la santa comunión de Jesucristo real. . . . Sólo falta ganar á mis hijas para que la fiesta resulte completa; y espero. . . .

—¿Que esperar? dijo Julia intrrumpién-

dola: están bellamente convertidas por sí propias.

—¿Qué quieres decir. . . ? Temo violentar su conciencia.

—¿Qué! respondió Julia: ¿ignorais que todos los bautizados son católicos hasta el día en que se posesiona el error de su mente, aceptándolo con su voluntad? Ahora bien: las dos criaturas son vírgenes de todo error voluntario; si alguno hubiesen llegado á tener, es un tósigo que no ha tenido tiempo para envenenarlas. Que no os preocupen: miéntras hablais con vuestro hijo, las llamo aquí, y en cinco minutos haré católicas á esas dos herejitas, inocentes como dos ángeles.

—Obra como quieras, dijo la señora: en tí confío.—Y se despidió para ir en busca de su primogénito.

Oyó éste la resolución de su madre, alegrándose sin entusiasmo, y casi sin dar señales de asombro. Mistress Needle se preocupaba por ello, y dijo:—Al parecer apenas das crédito á mis palabras: hablo de veras.

—No lo dudo, respondió John: esperaba lo que ocurre. Por esto iba ganando tiempo, á fin de hacer la ceremonia con los demás de la familia.

—¡Oh! ¿Imaginabas que yo estaba próxima á seguirte?

—Me parecía cierto que, si no era hoy, sería mañana.

—Pero ¿por qué?

—Porque, dijo el joven, nunca sabíais darme una razón que me contentase cuando os hablaba como católico, y mucho menos que os contentase á vos.—

Se quedó la madre llena de pasmo al ver sus internas disposiciones tan vivamente penetradas y descritas por su hijo. No había nunca sospechado en él un discernimiento tan sagaz.—¡Bendito sea Dios! exclamó. Tienes una penetración cien veces mayor de lo que me figuraba. Exactísimo es lo que dices. Veis mejor en mi corazón que yo misma. ¡Claro! Hasta sir Roberto me lo predijo. Parecíame imposible. Adelante; ¿cuándo quieres que le imitemos?

—Por mí, mañana. Cuando he dicho una cosa, la sostengo. Tomaré vuestras órdenes; cuando esteis dispuestas vos y mis hermanas, haré la retractación y lo demás que sea necesario.

—¿Públicamente?

—Según os plazca: con indiferencia miro que se sepa ó ignore; no quiero ni ostentación ni respetos humanos. Me hago ca-

tólico para contentarme á mí; una vez contento, poco me cuido de que los demás estén alegres ó tristes: ya sabeis como Dios me ha hecho.

Bueno, ven, dijo la madre, llena de nuevo gozo; ven, hijo mío; hablemos con Julia, pongámonos de acuerdo, y veamos qué se debe hacer.—

Movióse John en seguida. La grave y sosegada matrona subía los escalones muy ligera, y casi saltando; parecía tener alas en los piés, sintiéndose remozada y como renacida para los afectos de la familia. Mas vivo, más dulce y más tierno era para ella el pensamiento de los hijos, y el gozo de ser correspondida, ahora que creía poderlos abrazar á todos en un feliz acuerdo religioso. Era la vez primera que pasaba John el umbral del cuarto de Julia, lo que no hizo sin un sentimiento de curiosidad y de respeto. Allí estaba Clara y Clemencia, con los ojos humedecidos, suplicando á su maestra que las condujese á su templo con la mamá y su hermano, prometiendo gustosamente obedecer en cuanto les mandara, á fin de que merecieran la gracia.

Habíalas llamado la joven, y convertido sin la menor dificultad del mundo, siendo las muchachas sólo dos almitas cándidas,

educadas con infinitas consideraciones á su inocencia, y dispuestas á conformarse sin recelo con cualquiera forma de piedad que las presentara su madre ó Julia. Las propias opiniones de la Iglesia anglicana no tenían raíz alguna en sus virginales corazones, sobre todo porque en las sectas protestantes el ejercicio de la religión, siendo heladísimo y aéreo, como llega poquísimo al alma de los adultos, apenas descende á labrar las almas de los párvulos. Un niño católico bebe la religión con la leche, la sorbe con los besos de su madre que le inspira los nombres del Salvador y de la Virgen; la lee en las imágenes sagradas; la ejerce en las funciones de la iglesia á que asiste, y en el pesebre ó en el altarcito que hace en su casa; la estudia en los catecismos y en la historia sagrada; la siente como compañera, por su fe viva en el ángel custodio; prueba sus dulzuras en los afectos á la Virgen y á los Santos tutelares; la practica en la abstinencia de los viernes y del sábado; vislumbra su gracia y su freno en la confesión; atrae su blásamo en las devociones caseras del Rosario, del escapulario y del agua bendita. Mas el niño protestante, si no suple para todo el amor maternal, crece en el desierto como

triste planta pequeña, que casi ni riega la rociada de alguna relación bíblica, y vive á la sombra muerta de un templo que nada dice á su mente, hablando menos á su corazón. Clara y Clemencia verdaderamente sólo tenían de protestantes algunas preocupaciones que soplara en sus oídos su madre, y el horror ciego al *papismo*, preocupaciones y horror desvanecidos por la perenne conversación de Julia, que sin entrar en el dogma, les había inspirado las virtudes propias de su edad, enamorándolas con su ejemplo de la Religión católica.

En su virtud, Julia, que tan bien las conocía, así que las tuvo en su cuarto, les dijo con actitud grave.—Niñas mías, hoy tengo que daros una gran noticia: escuchadla bien, por ser grande y trascendental de veras, debiendo interesaros en esta vida y en la otra, que es eterna... eternamente feliz en el paraíso, ó eternamente atormentada en el infierno, según lo que merezcamos practicando la verdadera Religión, ó la falsa... Hé aquí la noticia: vuestra excelente mamá y vuestro hermano, desde hoy en adelante son católicos...

Un ¡oh! largo y atónito salió á un tiempo de la boca de las dos niñas.

—Sí, son católicos, prosiguió Julia; ca-

tólicos lo mismo que yo y Kelerina. Esto quiere decir que la mamá y John, desde ahora en adelante no tendrán nada que hacer en el templo del ministro Star; irán, por el contrario, á la iglesia de los católicos... Aprenderán el Catecismo, y después harán en la iglesia la ceremonia por la que se cambia de religión; dejando para siempre todos los *Prayer book* en el rincón del olvido. Ya se comprende que para que la iglesia católica los acepte, deberán ante todo confesarse de sus pecados; mas aún aquí hay el consuelo de conseguir el perdón de Dios y de tener las almas puras é inmaculadas como palomas. Mucho más; tendremos el honor y la dicha de adorar á Jesucristo, Salvador de nuestras almas; adorarlo vivo como cuando bajó del cielo á la tierra por nuestra salvación...

Clara preguntó interrumpiéndola— Pero... ¿se ve?

—No, repuso Julia, no se ve con los ojos de la frente, mas si con los del espíritu; porque dice Jesús en el Santo Evangelio que el Pan de la Eucaristía, cuando es consagrado por el sacerdote, se transforma en el Cuerpo y en la Sangre de Jesucristo. Ahora bien. Su palabra nos asegura mucho más que la vista. Por esto nosotros,

convertidos á la verdad, recibiremos amorosamente al buen Jesús en nuestro corazón como los Apóstoles cuando hicieron la santa Cena en Jerusalén.

Clara nuevamente:—¿Con que la mamá y John harán la santa Cena en templo contigo. . .? ¿Y nosotras?

—Vosotras dos, dijo Julia, hareis lo que os plazca. Si os place aprender la Religión católica, os la enseñaré; si no, ireis solas al templo anglicano, acompañadas por miss Mary.

—No, no, respondieron á porfía las pequeñas; queremos ir con la mamá, con John y contigo.

—Pensadlo bien, les dijo la madre, que llegaba entónces, y había oído parte de la conversación de Julia. Nadie os fnerza; libres sois para venir ó no venir conmigo.

—Mamá, queremos ir con vos, John y Julia. . . .

Julia:—Pronto se dice *queremos, queremos*; ¿estais decididas á ser verdaderamente buenas, como es preciso para entrar en la Iglesia católica? ¿Lo quereis aprender todo?

—Todo, todo.

—¿Y confesar tambien los pecados?

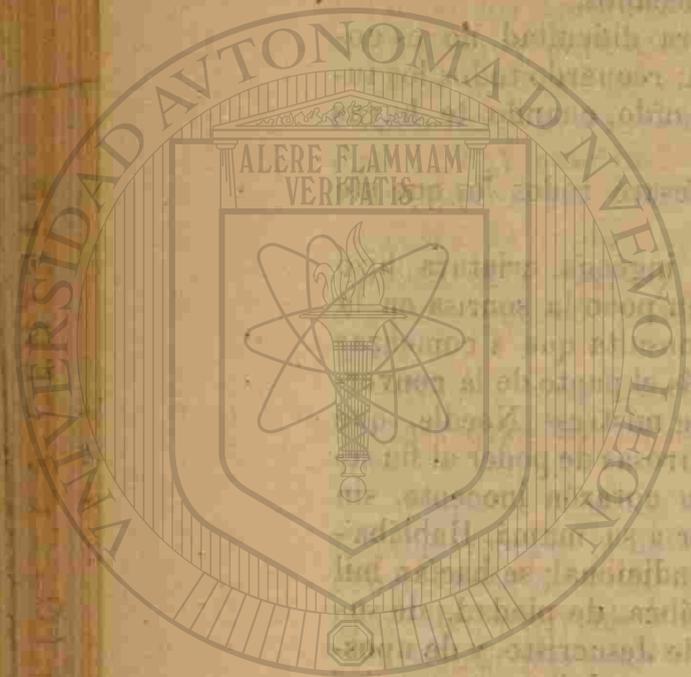
Afirmó Clara que sí:—Si tú lo haces, lo

puedo hacer también.—Más la pequeñita suscitó esta dificultad de paloma:—Yo no sé cuales son mis pecados.

—Si no surge otra dificultad, no es cosa grave, dijo Julia; recuerdo todos los tuyos y te los diré al oído, cuando te hayas de confesar.

—Entonces confesaré todos los que me digas.—

La salida de la ingénua criatura hizo que se mezclara un poco la sonrisa en la grave y solemne consulta que a comenzar iba. No se agitó más el punto de la conversión de las hijas de mistress Needle, que se reputaban venturosas de poder al fin seguir las ansias de su corazón inocente, sin temer descontentar á su mamá. Hablábase del bautismo condicional; se hacían mil planes de vida católica, de piedad, de sumisión al Vicario de Jesucristo, y de apostolado. Era dulce para Julia coger copioso el fruto de la semilla echada con lágrimas y temores durante un año.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y DESARROLLO TECNOLÓGICO

LXXVIII

LA PRIMERA BENDICION CATOLICA.

Quien hubiese visitado á la familia Ne-
edle tres días antes de la resolución de en-
trar en la Iglesia católica, hubiese vuelto
tres después, hubiera con dificultad creído
lo que vieran sus ojos: tan diferentes cor-
rían las nuevas condiciones. En vez de la
división de los ánimos, áspera irremediable
apenas velada por las externas relaciones
de la cortesía, reinaba una concordia pro-
funda y admirable. Parecía el sol nacer
por la primera vez para iluminar aquel
castillo desolado, y difundir los tesoros de

la vida donde antes cada uno se sentía helado por un saplo de muerte. Era una paz apacible y racional, una conformidad sincera de inclinaciones, una concordia de pareceres simpática, una docilidad recíproca y deliciosa, un gozo en el secreto de los corazones y en el comercio familiar, que renovábase á cada momento. Lo que á John gustaba, gustaba también á mistress Needle, y por filial correspondencia, nada displacía tampoco al hijo de lo que á su madre placía. En cuanto á las niñas, amaestradas por tan dulces ejemplos, no oyendo ya ninguna palabra, de disgusto entre su madre y su hermano, entraban naturalmente en la común armonía y abrían libremente su corazón á las religiosas enseñanzas de la maestra, que notaban se había convertido en el oráculo de la familia.

Julia sin, embargo, no se dejaba envanecer por su nueva grande autoridad, y mucho menos admitía la especie de reverencia que su señora le tributaba. Con todo, no podía repeler su afecto, porque le servía de mucho para dar á los convertidos la primera dirección indispensable. Si mistress Needle había querido hasta entonces con maternal amor á la joven, no

obstante la discrepancia religiosa, habiéndose rasgado este último velo de división, no ponía límites á su ternura. Al abandonarse totalmente á los consejos de Julia, añadió un sentimiento mezclado con los de la gratitud, del cariño y casi de la admiración por sus virtudes. No podía menos de ver cuanto aquel noble corazón cristiano había hecho y sufrido para llegar á quitarle la venda del error y encender en su pecho la llama de la verdadera religión.

Al joven, que la consultaba, le aconsejó Julia que se instruyese mucho en la doctrina de la Iglesia, recurriendo á hombres más capaces que ella. Es su virtud resolvió retirarse á su casa de Londres y no volver á Parque Verde hasta el día de la profesión católica. Allí tendría ocasión de oír todas las aclaraciones que deseaba sobre el Catecismo tridentino, que había llegado á ser su estudio cotidiano. Para instruir á la señora y á sus hijas, había deseado Julia invitar á dos religiosas á fin de que pasasen algunas semanas en el castillo; más esto no se realizó, porque la Needle no supo decidirse á recurrir á forasteros, teniendo á la joven en su casa y juzgando imposible hallar una persona más

culta ó más discreta. El prelado de la diócesis confirmó despnes este acuerdo suyo.

Los señores Needle, el dia mismo en que se hallaron de acuerdo en mudar de religión, escribieron una carta muy reverente al obispo de Newcastle, en la cual le suplicaban que los recibiera en el seno de la Santa Madre Iglesia, y le pedían permiso para postrarse juntos á sus pies, á fin de confirmar su solicitud, y recibir las órdenes de su Gracia. Julia hizo llegar al Prelado la carta, por medio de su director, con otra suya, en la cual referia los detalles de la conversión realizada. Los convertidos hallaron pronta y amante acogida. Monseñor limitóse á ensalzar su propósito, alegrándose con ellos por que no habían despreciado la inspiración celeste, y haciéndoles conocer la grandeza de los consejos de Dios, que les concedía tan preciosa merced, cabalmente cuando algunos católicos de nacimiento se revelaban contra su misma conciencia, persiguiendo á la Esposa de Jesucristo. Añadió que custodiasen celosamente la buena semilla echada en su seno por el Sembrador celeste, así como que la promoviesen con la humildad y la oración, procurando con mucho ahineo

poseionarse bien de las verdades católicas y de sus motivos. porque las dudas y las vacilaciones nacen de la mala inteligencia, cuando no parten de una torcida voluntad. Díjoles tambien que para ello no había de ir muy léjos teniendo á la señorita de Nápoles, que ya les había explicado lo preciso para creer y obrar como buenos católicos. Para las disposiciones prácticas que habrían de tomarse, delegaba, si les parecía bien, al confesor de la joven, para que fuese á Parque Verde, y lo arreglase todo con el asentimiento de la familia.

En nombre de la cual respondió mistress Needle (John daba gustosamente á otros el encargo de representarle), que ella y los suyos recibían con viva gratitud las paternales palabras de Monseñor, y aceptaban como de la mano de Dios la guía espiritual que les designaba; que procurarían ser obedientes hijos de la santa Madre Iglesia católica, tanto si hablase por boca del Pastor de la diócesis, como si hablase por otros delegados; que por lo demás, aún consultando su propio gusto, no sabrían apetecer cosa mejor que confiar su conciencia al digno sacerdote, al que profesaba ya gran estimación, por ser el consejero de la señorita Julia de los Laureles.

Al llegar á este punto, el alma tierna de la excelente mistrees Needle no pudo dejar de satisfacer un tributo de gratitud á la muy amada jóven de Nápoles:—A ella, dijo, después de Dios, somos deudores de nuestra conversión; y estámosle mucho más obligados, porque por cariño y por ansiar nuestra salvación, sigue viviendo con nosotros, apartada de su noble familia.

Añadió Julia, grandemente avergonzada:—Os ruego, Monseñor, que deis á cada cual lo que le corresponde; si de lo que dice mi señora dejais aparte las cosas de cortesía, quedará muy poco.—El Prelado sonrió, y levántose sin decidir el pleito, poniéndose á discurrir algo con el joven y distribuyendo después algunos objetos devotos á las niñas. Al fin dió la primera bendición pastoral á las nueve ovejitas, que la recibieron postradas en el suelo. Julia, según la costumbre católica, le besó la mano, y lo propio hicieron los Needle. John se quedó, á fin de hablar á solas con el Obispo. Quería pedirle un consejo.—Yo, le dijo, tengo en mi tierra una capilla, que ya estuvo en poder de un ministro independiente. . . .

Lo sé, añadió Monseñor interrumpiéndole.

—Ahora me gustaría trasformarla para el culto católico. ¿Qué le parece á Vuestra Gracia?

—Pienso, caro señor Needle, que no podíais pensar cosa mejor. Cuando la tengais dispuesta, y esteis resuelto á consagrarla perpetuamente al culto divino, haré que la bendigan, con lo cual gozará de los privilegios propios de los oratorios públicos.

—Sería una providencia para mi familia. Comprendéis, Monseñor, que, convertidos nosotros, y habiendo en el castillo y fuera no pocos de nuestra comunión, miraríamos como un favor singular poder recibir á un sacerdote para que dijese la santa misa en los días de fiesta, y para que admitrase los Sacramentos. Un cuarto para pasar la noche cerca del oratorio existe ya: es el mismo que ocupó el pastor protestante, que, á decir verdad, en asunto de comodidades no anduvo desmemoriado. Ordenaré que las estancias sean provistas de todo lo necesario. Por lo que hace á la dote de la capilla, lo dejo al arbitrio de vuestra Gracia. Mientras todo se acomoda, nuestro castillo suplirá la casa rectoral. Espero que aún Vuestra Gracia se dignará honrarnos alguna vez con su presencia.—El Prelado se maravilló no poco de ha-

llar al joven, neófito de ayer, tan enterado del Derecho canónico y con tan prudentes designios. Ignoraba que miss Julia, sin dejarse descubrir demasadamente, había inspirado tales sentimientos á John, poniéndole, por decirlo así, las palabras en la boca. De todas maneras, aprobó la proposición, afirmando que hubiera con gran gusto ido á Parque Verde para recibirlo en la Iglesia, si graves asuntos no se lo impidieran: añadió sabía que á la señora Needle gustábale mucho contribuir para el recogimiento y la devoción, así como tomar parte en una función solemne. Dijo, en fin, que, arregladas las cosas, abierto el oratorio, y reunida una pequeña grey, no tardaría mucho en dirigirse á Parque Verde, á fin de administrar el sacramento de la Confirmación, y que para entonces admitía desde luego la hospitalidad que ofrecíale tan gentilmente.

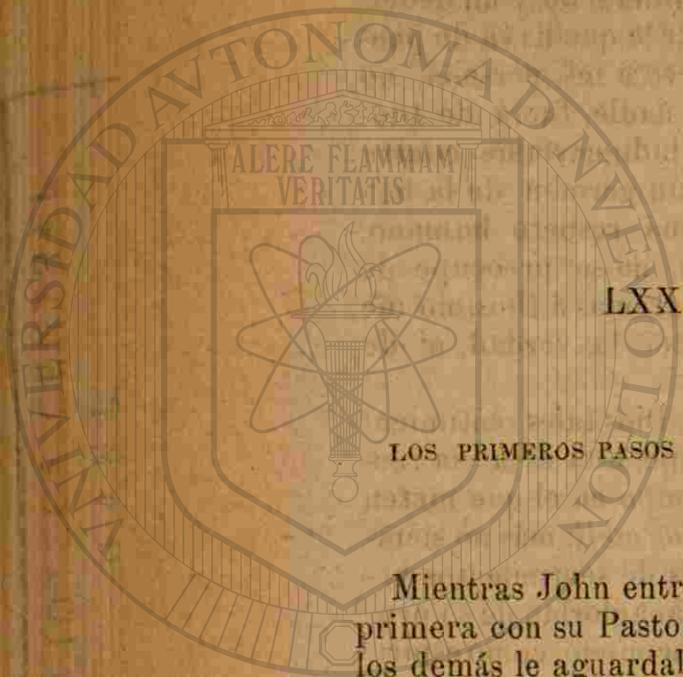
Por tales disposiciones, John dió las gracias más abundantes que había dado en su vida. Añadió que le era indiferente hacer la adjuración con solemnidad ó sin ella.

— Sólo me corresponde admitir con gratitud las órdenes de Vuestra Gracia: por lo que hace á mí, ni busco ni esquivo, la publicidad. Hágame católico por exacto al

par que profundo conocimiento de la mente, y por deliberada resolución de la voluntad: para mí es un derecho y un deber. No me toca investigar lo que haya de pensarse ó decirse respecto á mi persona; no reconozco por juez á nadie, fuera de Dios y de mi conciencia; indignaríame contra mí propio si sintiese un gérmen de la bellaquería que se llama respeto humano. Vuestra Gracia, pues, no se preocupe de mi debilidad, porque gracias á Dios, no me avergüenzo de conocer la verdad, ni de abrazarla.

— ¡Que os conserve Dios tales sentimientos! resyondió el Obispo: esta es la vía recta. Vivimos en un tiempo en el que meten gran ruido con el *valor civil*; más no siempre se hallan hombres de sentimientos viriles entre los que se vanaglorian de su propia independencia. Os aconsejo, como espiritual pastor del alma vuestra, que emprendais y continúeis así la carrera del católico: no ostenteis ni disimuleis vuestra fe; ninguna constancia es más hermosa que la constancia modesta.—

Con pocas palabras más se despidió el Prelado del señor Needle.



LXXIX.

LOS PRIMEROS PASOS HACIA LA IGLESIA.

Mientras John entretañábase por la vez primera con su Pastor, su señora madre y los demás le aguardaban con impaciencia en la antecámara. Tardábales hacer en familia la primera visita solemne á la catedral.—La bendición del Prelado, decía mistres Needle, me ha hecho católica de derecho, y el paso primero de una catecúmena debe ser á la iglesia de Dios.... Quiero tomar posesión de mi puesto, así como adorar á mi Salvador, reinante y vivo en la tierra como en el cielo.... Se viaja, se gas

ta, y se corren peligros para venerar el sepulcro de Jesucristo en Tierra Santa.... ¡Cuánto más de corazón debemos peregrinar á nuestras iglesias! (Al decir *nuestras*, la excelente convertida llevábase la mano al pecho, llena de vivísimo placer, como un conquistador al nombrar un reino nuevamente añadido á su corona.) Hijos míos, adoraremos ahora con plena fe á Nuestro Señor Jesucristo, cual si lo viésemos hoy con los ojos de la cara; nos postraremos á sus pies, cual si lo hubiéramos visto en la Palestina entre sus Apóstoles, y nos hubiese invitado para ser secuaces suyos.—

Con tales sentimientos de su alma se entretuvo en oración más de una hora, circundada de sus hijos, inmoble y en alta quietud: fué para ella una hora de inefable consuelo. Al salir de la iglesia, dijo á Julia:—Es mi fe tranquila y serena.... Si en las otras prácticas hallo tanta paz como al adorar la divina Eucaristía, nada tengo ya que apetecer: vislumbro casi el paraíso en la tierra.—Deseó visitar inmediatamente al sacerdote destinado por el Obispo para que la reconciliase con la Iglesia. Le dió gracias desde entonces por todo el bien que le haría como á su familia, prometándole la más absoluta y entera docilidad

que le fuese posible: tanto. en fin, ofreció y suplicó, que obtuvo promesa de que saldría en dirección á Parque Verde, en el último tren de aquella noche.

No hay que decir si halló el coche dispuesto en la estación para recibirle y llevarle al castillo. Fué John personalmente á encontrarle, y le contó por la vía los designios más urgentes: reducir á oratorio público la capilla protestante, y, provista de todos los ornamentos convenientes, realizar en ella la ceremonia de la retractación. El sacerdote prometió cooperar, teniendo, como tenía, plenas facultades del Obispo. El enviado de este fué acogido en Parque Verde como un mensajero del paraíso. Aquella noche no se determinó nada de lo que hacerse debía. Ansiaba el hombre prudente reunir noticias sobre las condiciones de los convertidos, así como conocer la opinión de Julia, de cuya bondad y óptimo juicio formára exacto concepto.

Al día siguiente la familia se reunió en el salón principal, y el sacerdote de Dios, con sencilla y paternal cortesía, propuso la cuestión del bautismo.—Yo, dijo, por lo que hace á vuestra instrucción descanso en vosotros con toda seguridad. El señor John es hombre de letras; solo se necesitará que

se penetre bien del Catecismo romano, y que se ofrezca á pronunciar la fórmula de fe, que corre con las Actas del Concilio de Trento. Para las señoras que tienen la piadosa voluntad de aprender la doctrina católica, Dios ha hecho venir aquí á esta señorita (mostraba con el dedo á Julia), que las podrá auxiliar no poco; cuando estén dispuestas para la función, serviránse advertírmelo. Todo esto va por sus pasos contados; más el punto capital para entrar en la Iglesia católica es inquirir la forma del bautismo que se recibió. He aquí la doctrina: si consta que se confirió el bautismo con validez, el Sacramento no se puede ni se debe renovar; por la simple abjuración, el neófito puede recibir el sacramento de la Penitencia, el de la Eucaristía después, y el de la Confirmación. Sí, por el contrario, no se consigue desvanecer todas las dudas relativas al valor del bautismo que se recibió, se comienza por este Sacramento, que se administra entonces de un modo condicional. Ahora bien: sobre todo esto, señores, no puedo determinar nada por mí mismo, y solamente vosotros podeis guiarme respecto del partido que se deba seguir para vuestra salud temporal y eterna.

Tanto John como su madre aguardaban este discurso, habiendo concertado la respuesta con Julia. John dijo:—Respecto de mí, solo es competente mi madre para responder.—La señora confesó ingénuamente que á John, nacido en las Indias, le bautizó un sacerdote anglicano durante la enfermedad de ella, vanagloriándose después de haberlo rociado con el agua más preciosa que halló en las perfumerías de Madrás. ¿Lo había rociado antes del bautismo, ó después? ¿Había usado del agua para el Sacramento? He aquí lo que ignoraba ella, y lo que no podía saber habiendo fallecido el bautizante.

—Luego, infirió el sacerdote, el señor John, queriendo hacer las cosas bien, ha de recibir el Sacramento condicionalmente.

Contestó John resueltamente:—Estoy dispuesto. Pasaré algunas semanas en Londres para consultar con hombres doctos algunas de mis ideas. No bien, añadió sonriendo, me sienta muy aferrado á mi religión (poco me falta, porque me juzgo tan papista y ultramontano como los Obispos del reciente Concilio Ecuménico), me volveré quedo á Parque verde para el bautismo, y antes para el exámen anterior á la

confesión. Vos, muy reverendo señor, me ayudareis á devanar la madeja. ¿No es cierto? Como podeis imaginar, tengo poca práctica.—

Este desembarazado hablar del joven niño hizo comprender al delegado del obispo que había Julia preparado el terreno, informando á los neófitos de lo que hacerse debía. Por ello replicó con desenvoltura:—Noto que lo sabeis todo: cuando el corazón es sincero, las cosas se presentan lisas, lisas y no hacen una arruga. Bien (se dirigió entonces á Clara y á Clemencia), vamos á las señoritas ahore.—Animadas por el ejemplo de su hermano, así como por la benigna y sonriente actitud del sacerdote, que era un hermoso viejo, de canas y de aspecto venerable, respondieron que harían como John. La mas pequeña prometió seriamente confesar todos los pecados que le sugiriese su maestra. Había inventado Clara otro expediente, á fin de asegurarse de hacer una buena confesión.—Yo, decía, primero me probaré confesándome con miss Julia, y después con vos....

—¡Oh! Esto no, dijo Julia, riéndose mucho los presentes.

El sacerdote:—Basta; este es un asunto

que se arreglará fácilmente. Ante todo veamos qué hay sobre su bautismo.

Respondió la madre por sus hijas:—Sin duda se administró el sacramento según el *Prayer book* de nuestra . . . quiero decir, de la iglesia anglicana.

—Entonces, replicó el delegado, no se necesita repetir nada, si el ministro tuvo intención de bautizarlas.

—Sólo Dios conoce las intenciones, dijo la Needle; lo que puedo decir es que aquel ministro que bautizó sucesivamente á mis pequeñas, un día que delante de mí tuvo una cuestión con un colega suyo con motivo de las controversias suscitadas hace tantos años sobre la necesidad de la ceremonia, sostuvo que no se requería de ningún modo el bautismo para la salvación, y que no se podía llamar estrictamente sacramento. Según él, para incorporar un creyente á la Iglesia y á Cristo, valía mucho más un acto de fe formado en la edad adulta, que el rito externo del bautismo. Aseguraba que tenía éste igual valor que el acto de inscribir á la criatura en los registros parroquiales. Esta fué además la razón por la que, á la primera coyuntura que tuve, hícelo sustituir en la parroquia por un ministro más ortodoxo.

—Es grave, dijo el sacerdote, la circunstancia. Inclínome mucho á creer que aquel bautizante tenía, sin embargo, la intención de cumplir lo que la Iglesia de Jesucristo quiere, y que confirió el bautismo con validez. La razón es que, á no recibir las niñas, por defecto de intención en el bautizante, la gracia bautismal, no hubiesen crecido tan buenas como las veis.—Asentía Julia y aprobaba con la cabeza, no sin grandísimo gozo de la señora, que difícilmente sabía creer que sus hijas fueran infieles en realidad.—Continuó el ministro:—Sin embargo, tratándose de un sacramento tan esencial para la salvación, páreceme que nos hallamos en el caso de reiterarle, condicionalmente, por supuesto. “Si no eres bautizada, yo te bautizo, etc.” En una palabra, niñas: vuestra excelente mamá y la señora maestra os enseñarán lo que debéis hacer. ¿Estareis contentas de recibir el bautismo, para que, si no hubiese servido el primero, os haga el segundo verdaderamente cristianas é hijas de Dios?

Las muchachas mostráronse alegrísimas de tal disposición. El delegado se volvió, en fin, á mistress Needle.

—Vamos; ahora solo resta que procuréis aconsejaros de las reminiscencias de la

infancia, para determinar lo que hacerse deba respecto de vos misma.

—He aquí lo difícil, respondió la señora: no recuerdo haber oído jamás á mi madre (apenas conocí al autor de mis días) una palabra del asunto.

—¿No tendríais á la mano algún documento de familia, que atestiguase, así en general, que se había realizado el rito?

—¡Considerad si habré registrado yo nuestros papeles antiguos! Sólo hay un apunte del pobre padre mío, que señala el día de mi nacimiento y el del bautismo; pero nada más.

—Pero consultareis á los padrinos, repuso el sacerdote.

—Si viviesen; pero todos espiraron ya. Si bastase un testigo cualquiera, podría quizás encontrarlo. Aquí, en casa, tengo una mujer vieja, que cien veces me contó, cuando muchacha, que fué con la nodriza al llevarme al bautismo, que yo lloraba, y otras boberías propias del caso. ¿Quereis que la interroguemos?

—Según os plazca, señora. Me parecería conveniente que, á solas con ella, aclaráseis la cosa; después se podría tomar un partido con conocimiento de causa.

—La llamaré ahora mismo, si os pare-

ce bien, dijo la señora, que había tomado confianza por la bondad tranquila y flexible del delegado; más os prevengo que nos costará mucho arrancarle la verdad. En fin, lo probaremos.

Mistress Needle corrió á buscar á miss Mary. Ella misma fué, persuadida de que una embajada no hubiese conseguido hacerla mover de seguro. Ni caricias ni súplicas sirvieron para persuadirla de que debía ir al salón para contar lo que supiese del bautismo de su señora. El sacerdote, juntamente con ella, tuvieron que ir á donde se hallaba, y mistress Needle tuvo que alzar un poco la voz:—Mi buena miss Mary me ofenderíais en lo más vivo del corazón, si me desobedeciéseis: nada os pido que no podais hacer con toda conciencia. . . . Vamos, complacedme por el cariño que me teneis.—Constreñida por tales palabras la fiera puritana, respondió con la peor gracia que supo:—No comprendo que pueda decir más de lo que sabeis. Fuísteis bautizada del mejor modo posible. . . . Claro; no conozco iglesia donde se administre mejor el bautismo que en la nuestra; además, el reverendo tal (lo nombró) tenía fama de *clergyman* docto y honrado.

—Todo esto, dijo el sacerdote, discretamente no se pone ya en duda; pero la señora quisiera saber con que solemnidad se hizo la ceremonia.

—¿Qué os figurais? respondió la vieja; en casa de la señora las cosas de la Religión se tratan siempre con decoro y esplendor. A la función concurrieron tres ministros.

—¡Ah! Ya se comprende. dijo el sacerdote; más ¿qué hicieron los tres ministros?

—¡Oh qué salida! Lo que se acostumbra entre nosotros: uno de los tres quiso tomar en sus manos á la criatura, y meterla en la pila; pero al ver que parecía delicada, se contentó con echarle encima el agua bautismal.

—¿Y quién dijo las palabras? preguntó el sacerdote.

Al oír esta pregunta, la honrada mujer, que no quería mentir, se turbó. No lo recordaba, y respondió:—Alguno las pronunciaría: ¡eran tres!

—No os confundais, cara miss Mary, dijo entonces la señora; contad la pura verdad; os lo suplico en nombre de Dios. ¿Quién de los tres profirió las palabras del Sacramento?

—A la verdad, no puedo recordarlo bien. Ignoro si entonces se usaban diferentes sis-

temas, como ahora, y si bien creo seguro que dijo las palabras el que vertió el agua, no me atrevo á manifestarlo con certeza. De todas maneras, podría jurar que el bautismo, de un modo ó de otro, se confirió bien.

—Es lo que deseaba, concluyó diciendo la señora. Os doy gracias, mi querida Mary. —

La pobre se quedó muy enfadada, con una especie de remordimiento, temerosa de haber contribuido á que fuese su señora rebautizada.—Pero ¿qué puedo yo? murmuraba en su interior. Ella lo ha querido. Por mí se bien cómo hubiera respondido al sacerdote papista y bellaco. ¡Ah! ¡Qué cosas me toca ver con mis ojos . . . ! ¡Valía la pena de que fuese bautizada con tal aparato, para que ahora se hiciese, ¡Dios mío! hechizar con un nuevo bautismo?—Mientras miss Mary así refunfuñaba sola, la Needle, con el presbítero, sacaba la última consecuencia del testimonio dado.—Veo que aún aquí, dado que no haya oscuridad completa, tampoco luce un rayo de sol. Ya la señorita Julia de los Laureles nos previno que probablemente acabaría la consulta resolviendo vos rebautizarnos á todos condicionalmente.

—Rara vez, añadió el sacerdote, concluyen tales asuntos de otra manera. Demasiadamente las iglesias que han conservado, según dicen, dos sacramentos, los suprimen en la práctica con la mayor facilidad del mundo.

—Sin embargo, dijo la señora, no puedo acabar de creer que fuéramos realmente cuatro infieles. . . . El corazón me dice que estábamos bautizados, y bien bautizados.

—Si el corazón debiese decidir el asunto, pensaría como vos; más en negocios de tal género es necesario andar con pies de plomo, y siempre con documentos positivos, á falta de los cuales bueno es asegurarse con el bautismo condicional.—

El sacerdote se entretuvo en familiar coloquio con éste ó aquél de la familia, indagando de cada uno en particular si conocían algo que pudiese robustecer ó destruir los testimonios logrados. A pesar de sus muchas indagaciones, ninguna otra noticia pudo adquirir, y confirmó la resolución adoptada. Explicó, además, cómo se debían cumplir en la práctica las ceremonias de la profesión. Dijo que los convertidos se dispusieran los días anteriores con la confesión sacramental de sus culpas, y que inmediatamente después del bautismo

absolvería á cada uno, también condicionalmente; de modo que si el bautismo de la infancia no había sido válido, la gracia santificante se la conferiría por el nuevo; y si había sido válido, la sacramental absolución serviría para santificarle.

Con esto puso fin á la conferencia, más no á las cien preguntas de las gentes del castillo, porque cada uno quería consejos especialísimos, en particulares entrevistas, según sus propias necesidades. Además de la familia de los señores, había varios de la servidumbre, mujeres sobre todo, que, por la vida ejemplar de la joven, se habían aficionado al Catolicismo; la conversión de los señores les había casi resuelto á confesarlo. Respondía el sacerdote con admirables consuelos, exhortándolas á orar y á oír las instrucciones, á fin de que tomáran después su resolución. También Clara y Clemencia debieron tratar de un asuntillo de conciencia. Acogiélas el ministro de Dios con rostro atable, y dejó que dijeran su deseo, según se lo había inspirado, ya se comprende, la maestra que las conducía.—Padre, decía Clara, hablando además en nombre de su hermanita: quisiéramos hacer nosotras también la primera Comunión.

—¿Y para qué

—Para recibir á Jesús vivo en nuestros corazones.

—¿Y para qué deseais recibir á Jesús vivo?

—Para quererlo mucho y ser buenas.

—¡Optima razón! dijo el sacerdote. Y echando una mirada á la más pequeña:—
—¿También tú, la preguntó, quieres hacer la primera Comuni3n?

—Padre, sí señor, si me lo permitís.

—Está bien; más para esto convendría que fuéseris un poco mayores, y sobre todo muy buenas.... ¿Qué piensa la señora maestra?

—Julia:—Vamos, verdaderamente malas no lo son ni la una ni la otra, sino un poco de traviesas; nunca están quietas, y siempre con la cabeza á pájaros.... Para ser admitidas á la Comuni3n convendría que, primero, tuviesen un poco más de juicio, y que después aprendieran á confesarse bien, para que fuesen como dos angelitas. Entonces... quizás....

—Basta dijo el sacerdote: me parece que la cosa no es tan difícil que no pueda ser arreglada. Yo haré lo que diga vuestra excelente mamá y la señora maestra. Cuando sepa que de veras teneis un vivo deseo de recibir á Jesucristo para mucho amar-

le, como dice Clara, y ser buenas, os daré la santa Comuni3n.

Las dos pequeñitas prometieron con candor cuanto supo decir de ellas el sacerdote, y lo demás que su maestra exigía: llenas de gozo fueron á contar á su madre la gracia obtenida, prometiéndola mil veces que serían cada día más obedientes y mejores. Estas escenitas eran vulgares y á los ojos del mundo, de no grandísima importancia. Mas mistress Needle, cuyo buen juicio y corazón rayaban alto, se llenaba de gozo por ellas, comenzando á comprender la energía celeste de las prácticas del Catolicismo, que en las almas de las niñas de poca edad sembraba pensamientos tan sublimes de amor celestial, y tan ardientes propósitos de vida virtuosa.—¿Qué tienen de semejanza, pensaba ella, las prácticas del anglicanismo? ¡Cuán poca impresión producían en mi alma! Verdaderamente aquí, aquí está la vida.—No advertía entre tanto que de esta vida espiritual admirable daba ella propia el ejemplo á sus hijas.



LXXX.

LOS FERVORES PRIMEROS.

Un rayo que hubiera reducido el templo á cenizas no hubiese consternado al ministro de Parque verde lo que le consternó la nueva de la conversión de la familia Needle. El buen hombre no sabía tranquilizarse, ni daba crédito á la noticia; aún después de las pruebas más indudables se preguntaba: —¿Estoy despierto ó soñando? Preveía la deserción de la parroquia, el cesar los subsidios y que sus esfuerzos quedarían reducidos á la nada. —¿Qué puedo conseguir de este pueblo sin el auxilio de

los señores del castillo . . . ? Y después sabe Dios en qué manos caerá el *jus patronato* — Sin embargo, á nada conducían las quejas; apenas se atrevía á lamentarse con miss Mary, que se desesperaba con él secretamente. Entre los del país hubo primero muchas habladurías, y después nada. Hablaba cada uno del suceso como de un hecho consumado, sin inclinarse á un lado más que á otro, esperando que los intereses no sufrirían nada. Sólo se dolían amargamente las pocas cabezas vacías que tomáran á pechos lo de la capilla independiente, así como los que comprendían que convertiríase luego en católica.

En el castillo todo era movimiento, luz y vida, floreciendo todo con una nueva piedad y santos deseos. Habían trascurrido pocos días desde la resolución de convertirse, y mistress Needle había ido muy adelante ya en la nueva vía. Había imaginado nuevos modos de santificar su entrada en la Iglesia católica: limosnas á los pobres, oraciones en común con la servidumbre convertida, ofertas al Sumo Pontífice, la capilla doméstica, y así sucesivamente. Todo esto era el fruto de su piedad sincera; piedad reordenada y firme en su objeto. John no inventaba la menor cosa, con-

tentándose con aprobarlo todo. Retirábase Julia, durante los dos ó tres primeros días que permaneció el delegado del Obispo en Parque verde, y no tomaba parte en conversación alguna, si no la requerían. La señora consultaba con el sacerdote que le habían ofrecido para que guiase su conciencia, y maravillábase de hallar en ella tan pura confianza en un ministro de la Religión, desconocido anteriormente, preguntándose á sí propia de dónde nacía la seguridad filial con que aceptaba sus consejo. Se gozaba en ponerle de manifiesto su vida interior, y sobre todo sus remordimientos por haber vacilado tanto tiempo en abrir los ojos á la luz; é íbale manifestando sus designios de vida católica. El ministro de Dios, después de oírlo todo con digna benevolencia, le contestaba: — Mi buena señora, ó, si quereis que os llame como acostumbramos los sacerdotes tratando de cosas espirituales, mi buena hija . . .

— Gracias, padre mío; este nombre ensancha cada vez más mi corazón.

— Hija mía, pues; todos vuestros propósitos; son buenos, excelentes, germinados por el soplo del Espíritu Santo, que os quiere en breve hacer recobrar el tiempo perdido confío ciertamente que, corres-

pondiendo á las internas inspiraciones, ganareis toda la merced de los fieles operarios, aunque vuestra obra comience sólo á mediodía. Sin embargo, en vuestras prisas hay algún exceso. No queráis abrazar demasiado, y no lo queráis hacer todo de buenas á primeras. Por ahora, pensad sólo en una perfecta conversión.

—Espero en Dios que será completa.

—La del corazón, que es la principal, si; mas la de la mente puede recibir aumento y perfección. Si me ois á mí, os ocupareis, ahora sobre todo, en posesionaros de la doctrina cristiana y del recto modo de recibir los Sacramentos. Lo que os aconsejo á vos aconsejadlo á vuestros hijos, y á cuantos os imiten en el castillo. Para conseguir este bien espiritual y para cualquiera otra dirección que podais ahora necesitar, podría exhortaros á que os encerráseis algunos días en una casa religiosa con vuestras hijitas, según una costumbre bastante común; mas no veo que para vos sea preciso. Teneis, gracias al Señor, en vuestra casa una buena Hermana de la Caridad, y aún mejor, un ángel bajado del cielo, que se llama Julia de los Laureles; con ella entendedos buenamente, y me dice el corazón que dentro de pocas semanas es-

tareis dispuesta á recibir los Santos Sacramentos. Yo en los últimos días (ya nos volveremos á ver en los festivos) vendré á disponerlo todo, de modo que vuestra entrada en la Iglesia católica cause á todos plena satisfacción.—

Contentose mucho por tales consejos mistress Needle, que tenía ya la idea de hacerce instruir y educar por Julia; en su pensamiento oía sus explicaciones y le consultaba todas sus dudas. No sabía imaginar que una religiosa supiese y quisiera instruirle en la doctrina católica mejor que Julia. Con todo, las palabras del hombre venerable aumentaron extraordinariamente su confianza de someterse por completo á las indicaciones de su dulce amiga. Muy alegre dió gracias al ministro de Dios, é invitóle después á visitar la capilla, que su primogénito con feliz inspiración, quería convertir en oratorio católico. Subieron en coche: John y Julia iban también. Poquísimo había de cambiarse en la capilla. John dijo:—Ruego á miss Julia que tome sobre sí el encargo de proveerla de lo conveniente: tengo fé no poca en su buen gusto.

—Yo, añadió la madre, pongo la condición de que Julia no ahorre nada, dispo-

niéndonos la más bella y devota capilla que se puede ver con dos ojos.

Aceptó Julia gustosamente tan digno encargo, y el sacerdote se fue aquella noche á Newcastle, y marchóse John á Londres al día siguiente, para estudiar allí á su gusto durante los días de la preparación al bautismo. Los trabajadores del país fueron llamados prontamente para la obra, y llegaron además algunos de Newcastle. Entre tanto, no se dejaba de la mano el Catecismo. La escuela, las diversiones, las costumbres domésticas é inveteradas, todo, en fin, cedía el sitio al primero y mas urgente negocio de aprender la doctrina de la salvación, una hora por la mañana y otra por la tarde, Julia explicaba el Catecismo diocesano, y hacía repetir las oraciones más indispensables. Concurrían á su escuela mistress Needle, sus pequeñas, y cada dia alguna de las sirvientas, qué movidas por el ejemplo de sus señores, iban acercándose á la pequeña grey de los catecúmenos. Kelerina, siempre la primera en acudir á su sitio, afirmaba que en su parroquia natal no había faltado al Catecismo nunca, y que ahora le placía rehacerse del largo ayuno, escuchando á miss Julia.

Y sobre hacer de alumna, la sencilla cristiana Kelerina en ocasiones hacía de maestra, porque también la consultaban las niñas con ingenuidad cuando al levantarse y al irse á dormir las servía de camarera. No dejaba de inculcarles sus devociones, que no eran pocas, ni de hacerles repetir el acto de contrición, ni de obligarlas á besar amorosamente las llagas del Crucifijo, ni de que rociasen con agua bendita su camita, ni de que se santiguasen. Antes de llevar la luz á su cuarto, las saludaba con el saludo del tirol: "Alabado sea Jesucristo;" y quería que le respondiesen: "Eternamente."

Julia estaba contentísima por aquel auxilio que le prestaba la buena hija del Tirol, porque no podía acudir á todo. Debía entonces proveer á la iglesia de vasos sagrados, imágenes, ornatos, ropa blanca, cuadros y demás utensilios. No obstante todo lo que hizo, sin economizar dinero ni auxiliares, el primer domingo fué imposible celebrar los divinos Oficios en la capilla del pueblo. La señora, con todos los catecúmenos del castillo, fué á oír la santa Misa en Newcastle. Al que le hacía notar que no tenía obligación de ir tan lejos: "¿Cómo! respondía con el fervor de una neófita: ¿he viaja-

do tantísimo para deleitar los ojos con cosas profanas, y no podré ahora gastar algunos chelines para concurrir al divino Sacrificio? A los pobres les excusa la lejanía; pero no á nosotros, que podemos soportar tan leve dispendio.—

A la semana siguiente quedó el oratorio completamente dispuesto, sin excluir un gran custodio ó conserge, que sabía hacer de sacristán si era preciso. Habiendo ido el sacerdote á visitarlo detenidamente, halló que no faltaba ni un alfiler. Con toda la solemnidad posible en un país anticatólico, delante de los señores del castillo y de los católicos del contorno, previamente invitados, lo bendijo, y colocó en el altar la piedra consagrada. Le dió los nombres de San Juan y de Santa Ana, en memoria de John y de la Needle, que abrían el edificio para el culto divino. Habíase ya encargado la pintura. En la primera Misa, acercáronse á la mesa eucarística Julia, Kelerina y algún católico más, con extraordinario júbilo de mistress Needle, que los envidiaba, y prometíase á sí misma pronto una felicidad semejante. Quiso también que se tocase una campanilla pequeña, en defecto de otra mayor.—Si no aprovecha, decía, para llamar gente, servirá pa-

ra publicar el derecho que ha conseguido la Iglesia católica, y persuadir de que nos proponemos hacer uso de la libertad que nos asegura la ley.

No satisfecha todavía con el oratorio público en el pueblo cercano, quiso que una estancia decente del Palacio se trasformara en oratorio familiar. Adornólo con su mano, haciéndose ayudar por Julia y sus hijas. Proponíase colocar en él una devota imagen de Lourdes, que había encargado en Francia, supliendo en el ínterin la pequeña que tenía Julia sobre su reclinatorio. Se usó incontinenti este oratorio para las oraciones de la mañana y las de la noche, así como para el rezo del Rosario en común. Quería introducir en Parque verde cuantas piadosas costumbres había observado ú oído en casa de Julia en Nápoles, ó en la villa de los señores Giacinti, en Toscana. Bastaba que comprendiese que algún bien era posible, para que pronto, aconsejada por su corazón, profundamente inclinado á la piedad, lo ansiase y recurriese á los medios para ponerlo en ejecución. El único papel de Julia reducíase á moderar de continuo aquellas crecientes demostraciones de celo religioso, á fin de que no degeneraran en excesos, ó fue-

ran en demasía gravosas á la ferviente neófito, ó insoportables para los criados.

En el santuario doméstico daba Julia las lecciones de la doctrina cristiana. Decían que duraban una hora, pero frecuentemente la hora no era sino el principio, porque tratándose la maestra y las discípulas con familiaridad absoluta, se proponían las dificultades y las soluciones, sin otra medida que la discreción y el gusto de las ansiosas catecúmenas. La profesora, descubriendo la insaciable avidéz de aquellas amorosas oyentes, pasaba más de una vez de los confines del Catecismo, aprovechando las coyunturas, para referir claramente las preocupaciones anticatólicas y poner de realce su falacia. Habiendo sabido que alguno de la casa iba diciendo que no quería mudar de creencia porque, después de todo, había poca distancia de la iglesia protestante á la romana, procuraba con ahínco demostrar hasta la evidencia las incompatibilidades profundas é irreconciliables entre el anglicanismo y el Catolicismo, haciendo que palpasen con la mano que así como éste enseña esencialmente la verdad, aquél enseña el error esencialmente, no solo en puntos de leve importancia, sino en cosas gravísimas y fundamentales, que

constituyen una recíproca oposición total. Añadía que siendo la una la sociedad de Jesucristo, la otra, contraria, debía ser le sinagoga de Satanás.

Placiále también hacer notar con frecuencia las varias opiniones de las diversísimas setetas protestantes, sus discordias, sus perpétuas vicisitudes y sus metamorfosis, sin concluir nunca de cambiar un error con otro, á fin de oponer á ellos la fé, una, cierta é inmutable de la Iglesia católica. Demostraba el fundamento y las pruebas de ésta con textos de las divinas Escrituras y de los Santos Padres, tomándolos á la letra del B. Pedro Canisio. Dejaba después el libro á la señora, para que con toda satisfacción pudiese examinar á su gusto las citas, y convencerse hasta la evidencia de que la Biblia para los católicos no es un nombre vano, sino un poderoso auxiliar de las enseñanzas religiosas. De tal guisa esfarzabase por echar la semilla de la fe muy honda y para que germinase con actos de piedad grande.

Tal fatiga no era la única ni la más grave que se tomaba Julia, porque no cesaban sus conversaciones sobre argumentos que hacía muchos años presentaba con frecuencia: ocupaba todas las horas del

día en responder á las particulares dificultades que le suscitaban, puerilmente las niñas, y gravemente las personas adultas. La que estuvo en la cuna bajo un cielo católico, y pasó la infancia á la sombra de sus vetustas Basílicas, y bebió á largos sorbos las verdades reveladas, sin oposición ni sospecha, difícilmente puede inferir cuántos y cuáles espantajos surgen en la mente de los anticatólicos cuando de pronto se disponen á penetrar en los dogmas y en las prácticas de la Iglesia. Sobre cien y mil cosas conciben dudas leves, temen y se asustan; frecuentemente, á pesar de la mejor voluntad del mundo, entienden mal las verdades más sencillas, é interpretan de mala manera las costumbres más razonables. Es preciso darles explicaciones sobre cosas que al católico de nacimiento parécenle tan luminosas como los rayos del sol. Julia se resignaba á las interminables consultas; hablaba, insistía en sus explicaciones, y á cada uno dejaba persuadido y contento, según su capacidad.

No era leve trabajo, por añadidura, satisfacer en otras reuniones á las devotas preguntas de su señora, que á ella recurría como á un director espiritual en asun-

to de ascética. Para dar al espíritu de la fervorosa convertida una ocupación templada y útil, la joven puso en su mano toda su librería de devoción, compuesta de algunos libros de oraciones, de una *Filotea* de San Francisco de Sales, y de varios tomos del P. Williams Faber, gratísimos á la piedad inglesa. Además tenía de tres ó cuatro vidas de Santos. Cuando mistress Needle no se internaba en el estudio del Catecismo, poniase con ahinco á revisar aquellos libros. En su virtud, nueva cosecha de dudas, y nuevos motivos de consultas. La excelente señora manifestaba en estas sus sentimientos con un candor maravilloso. Parecíale la cosa más natural del mundo que siendo Julia provecta en la religión, y en la piedad pura, fuese igualmente profesora; por lo mismo parecíale que podía fiarse de ella, revelándole todo lo bueno y todo lo malo de su corazón.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

LXXXI.

LAS CONCIENCIAS TIMORATAS.

Las dudas y las consultas crecieron desmesuradamente cuando Julia, ultimadas las lecciones sobre otras partes de la doctrina cristiana, se puso á explicar el sacramento de la Penitencia. Había reservado este capítulo para lo último, á fin de que sirviese como de preparación próxima para la confesión. Para no extraviarse, se sujetaba estrictamente á las preguntas y respuestas del libro, exponiendo cada parte del Sacramento con las sencillas advertencias que cualquier católico adulto inculcaría á un niño; más que constreñir á las prácticas severas, conociendo que se las había con almas timoratas, inclinábase á dar facilidades. Sólo que con frecuencia

permite, ó dispone Dios que los que por la vez primera se encaminan por el sendero de la perfección, sientan en su alma cierto temor á los juicios del celeste Juez, pareciéndoles que jamás se han atendido bastante á las prescripciones de la ley divina.

Las recién convertidas escuchaban con increíble atención las frases de Julia, pero, vacilantes y temerosas de poner el pie en falso, asaltábanla con mil preguntas: frecuentemente quedábanse maravilladas, viendo que donde se imaginaban rigores y dificultades, Julia les demostraba su error reduciendo las cosas á términos de una facilidad extraordinaria.—Si así es, exclamaban entonces, todos lo pueden hacer.—¡Yo creía lo contrario!—Es la cosa más sencilla y fácil del mundo.

—No puede ser de otra manera, les contestaba Julia. Nuestro Señor instituyó este Sacramento como un refugio lleno de esperanza para los pecadores de todas condiciones: era, pues, natural que formara con él un instrumento sencillo, y casi diré manuable, aun para los más toscos. Es bastante un poco de buena voluntad, para que sirva para la salud. Es imposible casi usarlo mal, con el propósito de hacerlo tan bien como se pueda.

Esto no impedía que, vuelto cada uno á su exámen, pulularan de nuevo las inquietudes y las perplejidades. Clara y Clemencia, recíprocamente aconsejadas sobre la mejor manera de confesarse bien, habian llegado á la conclusión de que debian aprender de memoria el exámen de la confesión, que estaba en el librito de oraciones que les dió su madre, recitándolo todo á la letra desde la primera palabra hasta la última.—Así aseguraban ellas puerilmente, quedaremos seguras de no olvidar pecado alguno.—Llegó Julia, y oyendo lo dicho, se sentó entre las dos ingenuas pecadoras, y admirando su inocencia, les dijo amorosamente:—¿No comprendéis que haciéndolo así, dirías una porción de mentiras? ¿Cuándo habeis blasfemado vosotras? ¿Cuándo habeis deseado la muerte de otros? ¿Cuándo habeis robado? Otros muy diferentes son vuestros pecados.—Entonces le fué recordando las faltas propias de su edad, con grandísimo consuelo de las pobres neófitas, que, con incomparable candor y suma confianza en su maestra, se reconocían muy culpables de las imperfecciones, por las cuales pedían perdón á Dios y á su profesora, prometiendo llegar á ser mejores. Julia, después de haberlas exhortado con to-

das las razones á propósito para no cubrir nada que les causase vergüenza ó remordimiento, dejólas alegrísimas por haber descubierto al fin sus pecados.

Mucho más larga y difícil resultaba la empresa de reducir á términos razonables á su madre. Mistress Needle tenía una alma muy buena, una índole suave y un corazón libre de ruines bajezas; su educación, llena de severas máximas de honradez, habíala inclinado al escrúpulo en los deberes religiosos. La piedad protestante no tiene bases fijas ni doctrinas ciertas: corre también, como la interpretación de las Escrituras á discreción y capricho de cada persona. Entre los no católicos, para unos la piedad es un vago sentimiento de respeto á las cosas de la Religión, para otros una rigidez casi supersticiosa en las prácticas rituales, y para otros, en fin, un profundo terror de los juicios del Señor, contra los cuales luchan, intentando tener confianza en la redención de Jesucristo. En mistress Needle la piedad, hasta el día de su conversión, había sido una mezcla de todo esto, dominando el terror. No se había nunca representado al Salvador divino como un Padre amoroso, sino como un

Juez inflexible. Por esto había llegado á su edad con una conciencia delicadísima, que le proporcionó el grandísimo bien de cultivar en todo tiempo las virtudes propias de su estado. Transportando ahora la inveterada costumbre de la timidez á las prácticas del Catolicismo, convertíase en semilla de graves turbaciones, si bien embriagábase de gozo y esperanza con el pensamiento de conseguir el perdón sacramental de sus culpas y de renacer á una vida nueva: cuando aplicaba su mente para el exámen de conciencia, eran tantas sus dudas y sus espinosos temores de no poder conseguir acusarse debidamente que la esperanza y el gozo se convertían en cruel desaliento.

Una noche, cansada de batallar consigo propia, fué tras de Julia, su gran refugio en todas sus dudas internas, llevando escrito en su rostro el afán que atormentaba su corazón:—¡Oh dulce amiga mía! exclamó; Dios sabe cuán sinceramente estoy resuelta de todo punto á entrar en la Iglesia católica, y con qué espíritu sumiso acepto y abrazo todas sus prácticas. . . ; pero, cóntame y dime una palabra de consuelo: al pensar que debo confesarme, me pierdo y me falta el valor.

Julia, con su faz riénte:—¿Qué decís?
¡Os habeis confesado tantas veces!

—¿Cómo confesado tantas veces?

—Pues sí, dijo Julia; recordad cuántas veces, antes y después de vuestra conversión, me habeis recitado toda vuestra vida.

—Está bien; mas entonces no tenía el escozor que da la idea de someter mis acciones á un tribunal; te decía lo que hallaba en mi mente, á fin de aliviar mi corazón. Ahora se trata de un asunto muy diverso. El Catecismo, como tú misma dices, manda examinar los pensamientos, las palabras, las obras y las omisiones: ¿es posible recordar siquiera un vez, todos los pensamientos de cuarenta años?

Julia:—No puedo ni quiero entrar en vuestra conciencia; mas me dice un angelito que áun para vos. como para los demás, es posible, y áun fácil, bastando presentar las cosas según son. Se distribuye, por decirlo así, la vida en varia partes: desde el uso de la razón hasta el matrimonio; luego hasta la viudez, y así sucesivamente. Basta; sobre todo esto pedid el domingo próximo parecer al sacerdote.

—A tí te pido el consejo: ¿qué puede sugerirme para que recuerde lo que no puedo recordar? ¿Sabes lo que acabo de hacer?

He cogido á miss Mary, conjurándole para que me contase todas mis diabluras de la infancia mía y de la juventud

—¡Pero que tonterias haceis! dijo Julia.

—¿Y por qué? preguntó la señora; cuando se quiere un fin, es preciso poner los medios. Lo peor es que no he podido sacarle una palabra, por pretender que siempre fuí un modelo, un ejemplar y un espejo. Cierto es que ella, desde pequeña, me habló del santo temor de Dios, temblando en su virtud, á la idea de pecar Mas después ¡Quién sabe! Quizás

Julia:—con los *quién sabe* y los *quizás* no se adelanta un paso, mi buena señora: la acusación sacramental no se forma con los *quién sabe* y los *quizás*, sino con todo el mal hecho, si es grave, y se ha cometido con toda conciencia. Tómase para esto el exámen que hay en el libro, y se pasa en revista: las cosas de las cuales remuerde la conciencia se fijan en la mente con el fin de acusarlas; sobre las demás no es menester sofisticar. Puede suceder que sobre algún hecho quede la duda; en tal caso no hay estricta necesidad de convertirla en materia de acusación, y si se quiere satisfacer una delicadeza laudable, basta que se confiese como duda.

—Tú lo dices muy bien, replicó mistress Needle; esto me has explicado y vuelto á explicar en el Catecismo; ¡más si supieses cómo me confundió en aquél bendito examen! Paso las horas en él, y me levanto con la cabeza como un tambor, sin haber conseguido casi provecho alguno. Siempre estoy en el principio. Es necesario que tengas la santa paciencia de hacerme el exámen de conciencia, como lo has hecho á mis niñas.—

Así diciendo, mistress Needle sacó el libro, empeñándose en que Julia la interrogase, artículo por artículo, sobre sus pecados. La joven se resistía, insistiendo la dama. La señora no dejaba de promover dificultades sobre esta ó aquella cosa, ni de penetrar en los particulares de su vida, ni de decir á cada paso:—¿Es pecado esto? ¿Esto lo debo decir? A ser Julia poco discreta, la fervorosa neófita le hubiese recitado su confesión general con sus pelos y señales, con la intención única de asegurarse de lo que era pecado y de lo que no, de lo que debía decir y de lo que debía callar, y del modo de hacer la confesión de sus culpas. Viendo Julia que vanamente procuraría impedir con cualquier otro expediente la confianza excesiva, tomó una resolución terminante. Le quitó de la ma-

no el libro con amorosa violencia, le puso en el cajón, y cerrándolo con llave:—En una palabra, exclamó; decid lo que recordéis, y dejad lo que hayais olvidado. Jesús bendito, según la doctrina católica, no es un tirano, sino un Padre; la confesión es un bálsamo que cura las heridas, y no un veneno que las encona: alivio debe haber y no tortura. Querer recordar todos los actos y pensamientos, á fin de analizarlos y escudriñarlos, es una bobería. Basta que uno se haga culpable de lo que la conciencia le remuerde: si nada le remuerde, nada se debe confesar. No os volveré ya este libro, que os hace perder la chaveta, como no mande vuestro confesor que lo toméis de nuevo.—

Mistress Needle por este acto de amistad autorizada, quedó aturdida y muda, como una niña delante de su madre, sin atreverse á resistir. Lo más asombroso para ella fué que al domingo siguiente, contando ella toda conpungida el acto de la joven al sacerdote que debía recibir su confesión general, soltó éste una careajada, y dijo:—¡Muy bien, muy bien! Seguid teniéndola por maestra de novicias: la necesitáis. Vamos, decid: ¿estais arrepentida de todas las ofensas inferidas al Señor en la vida pasada?

—¡Buen Dios! respondió la mujer: ¿quién no se arrepentiría de haber ofendido á Dios? Así me asista el Salvador de mi alma, que me condujo al buen camino, como me duelo del mal que hice; si me ayuda como ansío, espero llevar al sepulcro intacta la gracia bautismal, ó la de la primera confesión.

—Siendo así replicó el viejo sacerdote, vámonos incontinenti al confesonario. (Lo había hecho poner, para mayor comodidad de los neófitos, en la capilla doméstica, que bendijo con sencillas oraciones, careciendo de Breve pontificio para convertirla en oratorio privado.)

En vano mistress Needle protestaba temblando que le parecía mejor diferirla para el domingo siguiente, por no estar aún preparada, y porque aún había de consultar con Julia este ó aquél detalle, no teniendo tampoco presentes muchas cosas que hubiera querido apuntar en el papel. Cortó el ministro experto todas las dificultades diciendo: —No os doy más tiempo que el necesario para que os echeis un velo; id después á la capilla y arrodillaos; dentro de algunos instantes iré á oíros.

Forzoso fué que la miedosa neófito bajase la cabeza. Pasando por delante del

cuarto de Julia, se asomó á él, diciendo: —¡Oh Julia mía, ruega por mí . . . , el padre espiritual me manda que me confiese ahora mismo! ¡Quién sabe como irá esta confesión!—Animóla la joven, diciendo que obedeciese sin temor, y que Dios la socorrería. Ayudóla para que se arreglase, extendió el velo sobre su cabeza, acompañóla á la capilla y le dió el libro para que leyera el *Confiteor*, que la neófito, en aquella turbación, no sabía ni encontrar. La pobre penitente cayó de rodillas sobre su reclinatorio, mirando la rejilla con los ojos llenos de lágrimas y el corazón consternado.

Entre tanto la fama del gran acontecimiento se difundía por el castillo.—La señora se confiesa. La señora está confesando.—Los neófitos inferían que les había llegado la hora de disponerse para el Sacramento, y se reunían en la capilla. Eran al todo seis ó siete mujeres y dos criados los que asistían al catequismo. Con más gusto que las demás habían comparecido allí Clara y Clemencia. Supieron el gran suceso de su madre por Kelerina, y asaltaron á su maestra, rogándola que las condujese incontinenti para confesarse. No hubo medio de persuadirlas de que aguardasen á ser llamadas: querían á todo tran-

ce presentarse después de su mamá, pretendiendo que Julia las asistiera en el confesonario y les sugiriese al oído los pecados que debían confesar. La joven, no sabiendo hacer otra cosa mejor, tomó el partido de contentarlas, á lo menos en la parte razonable. Dispuso que se pusieran de rodillas con las manos juntas delante de su reclinatorio, ordenó el exámen de sus culpas, y les hizo prometer que se acusarían sinceramente de cualquiera otra falta que se acordasen, por secretísima que fuese cuidando no responder siempre que sí á las preguntas del confesor, sino sólo según verdad. Habiéndolas entretenido después un poco para que hiciesen acto de contrición y buenos propósitos, les puso un velo en la cabeza y las llevó á la capilla.

Allí no se oía respirar á nadie: cada uno, concentrado y absorbido en su propio asunto, aguardaba el instante de cumplir santamente aquel gran acto. Sólo de vez en cuando se oía el cuchicheo de las niñas, que consultaban á la maestra las leves dudas de su conciencia, si tal cosa era ó no pecado, y si debían confesar ú omitir tal otra. Entre tanto salía del confesonario mistress Needle con el velo profundamente echado sobre su cara, vió el inesperado

espectáculo de la capilla llena de neófitos, así como á sus hijas junto á ella. Indicó á Clara que la sustituyera en la rejilla, diciéndole al oído que no debía tener temor alguno, y que Jesucristo le perdonaría todos los pecados, si los confesaba sinceramente. Lo propio repitió á la pequeña cuando llegó su turno. Todo aquel tiempo y mientras Julia hizo que las niñas dieran gracias, estuvo en un ángulo, á vista de todos, siempre orando con gran recogimiento, pasándose con frecuencia el pañuelo por la frente y por los ojos.

Llevábala por fin á Julia un potente y delicioso ímpetu de su corazón para rendirle cuenta de su confesión. Entró en su cuarto y encontrála con sus discípulas, las cuales, sumamente gozosas, le contaban que lo habian dicho todo, y referian los consejos recibidos de su confesor. Sin decir más, dió un beso á sus hijas, y luego echó los brazos al cuello de su amiga, exclamando—¡Oh Julia, qué delicia...! ¡Me he confesado bien y en un instante!

—Me alegro, señora; pero no lo dudaba poco ni mucho, dijo la joven.

—Cuando fuí casi no veía: agolpada la sangre en la cabeza, me daba el corazón golpes mortales, y no hallaba las primeras

palabras; un embrollo que no podía imaginar. . . . Tranquilizóme con dos palabras, me interrogó y me puso en el camino. . . .

Mis pensamientos se ordenaron, y héme confesado como una vieja Hermana de la Caridad. . . . Ahora, por mucho que mire mi vida, no veo nada más que decir; nada, nada. . . . La mano de Dios está en este Sacramento. ¡Me parecía tan difícil, cuando es tan fácil! ¡Qué bien queda una después!

—Sin embargo, dijo Julia; no habeis aún gustado lo mejor, esto es, la absolución, que sólo recibireis después del bautismo.

—No importa; lo he gustado bastante para comprender que los hombres no inventan estas cosas. ¡Es imposible! Una cosa humana no tranquiliza ni consuela el corazón de tal suerte. Aquí está la mano de Dios.

Durante estas palabras, salió Clemencia precipitadamente, volviendo á ponerse su velo, y retornando pocos minutos después.

—¿A dónde has ido? le preguntó la madre.

—A la capilla

—¿A qué?

—He dicho á Kelerina que, al confesarse, le confiese que una vez la llamé *fea*. Me había olvidado.

—Entonces, dijo la madre sonriéndose por la inocente equivocación de su hija, á tí te toca decirlo.

—¿No es lo mismo que se lo diga por medio de Kelerina?

—Vamos, vamos, dijo Julia, no te apures se lo diras otra vez.—

Las niñas se fueron. La señora se quedó para derramar la desmesurada alegría de su corazón en el corazón de Julia, y darle gracias por haberle quitado el libro del exámen de conciencia.—¡Hiciste perfectamente! También has estado feliz en hacerme confesar ese ex-abrupto; á tardar una semana más, hubiera enloquecido sin utilidad. Ahora comprendo que en determinadas cosas vuelvo á niñar de veras, y necesito ser llevada como una niña de siete años. Basta: demos gracias á Dios porque todo ha salido bien. Ahora ya sé prácticamente lo que es la confesión católica: es una cosa que se hace por sí misma cuando se tiene un poco de buena voluntad. Quisiera pedir la ceremonia del bautismo. Voy á escribir á John que torne tan luego como le sea posible: estoy impaciente por recibir la santa Comunion. . . .

—Esta bien, dijo Julia; más no son cosas que se deben hacer volando; mejor es

ir poco á poco. De John no dudo: es un hombre serio, y no hace las cosas á medias. Menos aún dudo de vuestras hijas. ¡Pobres pequeñas! Se han confesado con el candor de un angel: Jesucristo irá con placer á tomar posesión de aquellas dcs almas inocentes.—

La buena madre se llenó de ternura por este testimonio que rendía Julia de la bondad de sus amadas hijas, y dijo con una dulce lagrimita que asomaba en sus párpados:—¡Tú eres la que has hecho todo esto!—

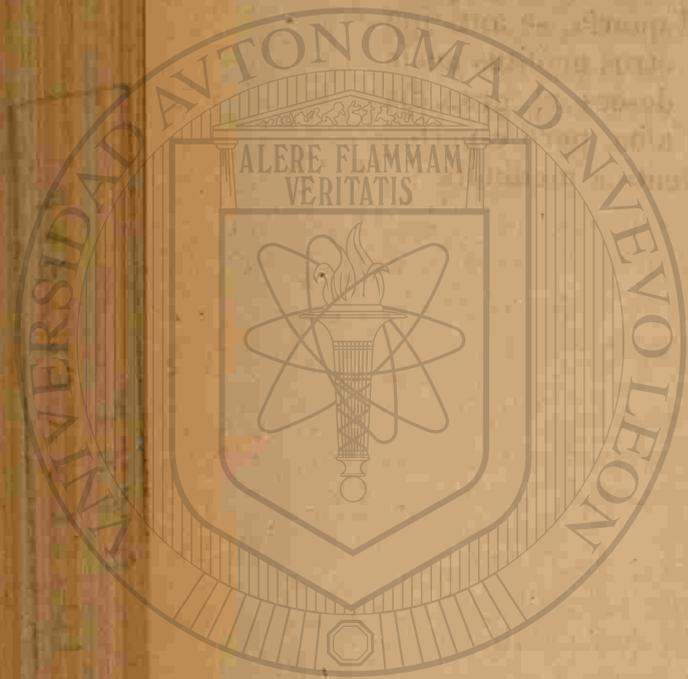
—El bien lo hace sólo Dios, respondió la joven. Dejémosle el tiempo de obrar con su gracia. Si estais en disposición vos y vuestros hijos, acaso alguno de los demás no se halla dispuesto aún.

—¿Qué dices? replicó la Needle; esto no puede ser. Se han confesado todos, ó están para confesarse, y cuando uno se ha confesado, está pronto para todo: no hay dificultades, ni temores, ni sombras. Puede ser que algunas cosas las ignoree aún; las aprendere sin dilación. En el ínterin, me acomodo con plena certidumbre á la seguridad de la Iglesia; lo creo y lo admito todo sin la menor vacilación.

—¿Sabeis lo que se puede hacer? Oír al

delegado de Monseñor, dejando que fije, no sólo el tiempo, sino lo demás.—

Gustó el consejo. El delegado aprobó que, venido John, si él quería, se anticipase la ceremonia. Los otros neófitos aceleraban con sus vivos deseos el gran día: hermosa les parecía el alba, pero esperaban un sol más resplandeciente á mediodía.



LXXXII.

EL BAUTISMO.

Había John vuelto de Londres muy dispuesto á ultimar su conversión cuanto ántes. En la casa seguían los catequismos, más para secundar los deseos de los catecúmenos que por precision. Todas las dificultades habian quedado enteramente resueltas. Ya Julia sólo debía exponer llanamente, con el libro delante de los ojos, las creencias de la Iglesia, ó más bien recordarlas, mostrando su excelencia práctica y extrínseca. Se fijó un domingo para la sagrada función del Bautismo. Todo el día

precedente lo pasó el delegado del castillo en Parque verde en consolar á los neófitos con su espiritual ministerio. Visitó el oratorio del pueblo, encontrándole, no solamente provisto de todo lo necesario, sino también adornado de ricos tapices y lleno de cera como para una fiesta solemne, habiendo sido llamados al efecto adornistas de New-castle. Dió sus órdenes al sacristán, á fin de que todo estuviera corriente para la ceremonia.

Primeramente deseó la señora que se realizase á puertas cerradas, presentes sólo los que debían intervenir por necesidad. Más luego, aumentando el fervor, vino el acuerdo de celebrar su conversión como lo pedía su espíritu, sin humanos miramientos, á vista de cuantos quisiesen presenciarse, y con todas las solemnidades que ordena el Ritual Romano para la recepción de los herejes. Requerido John por su madre para que diese su parecer sobre esto, respondió:—¿Qué? Yo hago lo que cumple á mi derecho y á mi deber, no importándome hacerlo en privado ó en público, bajo tierra ó á son de trompeta: contenta vos, contentos todos.—Ni ella se contentó con la poca publicidad, añadiéndose una propia de su vocación genial, según las

nuevas inclinaciones que producía el fervor de su fe; invitó á los señores católicos del contorno, y dióles como punto de reunión el castillo, desde el cual se dirigirían al oratorio. A un pariente suyo de fe romana, con el cual hasta entonces había conservado relaciones frias por demás, hizo le rogasen que asistiese á la fiesta, aunque distaba no poco su casa del castillo: John añadió el ruego de que fuese su padrino. Para madrinas de Clara y de Clemencia, mistress Needle escogió dos jóvenes, hijas precisamente del padrino de John. Mistress Needle, para madrina suya, eligió á Julia. A los reparos que sobre tal elección hicieron otras personas, contestó resueltamente que á nadie más que á Julia correspondía este honor, si honor había en él: añadió que si la madrina debía instruir en la fe, faltando los padres, á su ahijada, ¿quién hacerlo podría mejor que ella, habiendo sido, después de Dios, la primera y la única autora de su conversión, y su profesora religiosa? A su edad temprana, muy abundantemente suplía la madurez de su juicio y su piedad ejemplarísima. Al que oponía la condición de la joven:—¿Qué os figurais? replicaba con la viveza propia de su gratitud y del afecto que á su amiga

profesaba: ¿imaginais que ha nacido en esta condición? Es mucho más noble que yo: hace tiempo que continúa en casa sólo por el amor que á mi familia tiene; y si la bondad de su corazón no la contuviese, podría vivir en su casa con renta propia, con holgura, si no con el esplendor de su ilustre raza.—En fin, la señora quiso que Julia fuese su madrina; á todo trance lo quiso, y la tuvo.

En el día precedente á la función, el sacerdote, después de oír en particular á cada uno de los neófitos, fijó y explicó todo el ritual de las ceremonias, exponiendo su significación y sus místicas interpretaciones lo que había hecho antes Julia en el catequismo doméstico. En el pueblo había una expectación muy curiosa, aunque tranquila. Reinaba en el castillo gran silencio: preparábase cada uno con el recogimiento y la oración para recibir al día siguiente los Sacramentos. Julia no tenía un momento de reposo, por ser muchas las cosas que debía poner en orden, aun prescindiendo de las neófitas, y especialmente de las discípulas, que á ella recurrían á cada momento. Aquella noche, por la vez primera, la señora reunió para orar en común á todos los de la familia y de la servidumbre,

unidos á ella en la misma fe, anunciando que tal sería el uso cotidiano en adelante. John tomó su puesto de jefe de la familia, entonó el Rosario, y lo dijo todo, sin esfuerzo ni afectación, y sin detenerse. Cada uno infirió en su virtud que hacía no poco tiempo que lo rezaba. El sacerdote, por cuyo consejo se había establecido é iniciado la oración familiar, dijo algunas sencillas palabras, propias del suceso, y bendijo á la reunión.

Brilló al fin la aurora del anhelado día. Desde sus primeras horas llegaron los convidados. Recibíalos John, según iba subiendo cada uno al primer piso del palacio, é introducíalos en el salón principal, poniendo buena cara igualmente á varios señores protestantes, que por amistad quisieron concurrir lo mismo que los católicos. La madre y las hijas no se dejaban ver, á fin de no distraerse con los cumplimientos: presentáronse sólo un instante, casi á la hora de ir á la Iglesia. La señora, que hacía mucho tiempo no pensaba en vanidades, por creerlas incompatibles con su viudez, se vistió aquel día con elegancia, presentándose con un traje de gran valor, embellecido según la moda última, brillando como una estrella por sus joyas y sus dia-

mantes. Al que la felicitaba por su buen gusto:—Es la gala postrera, respondía ó casi la postrera; hasta que se casen mis hijos, no perderé un cuarto de hora en arreglarme. Hoy empero, debía componerme un poco para dar á entender que voy á esta función como á bodas.—Había puesto á sus pequeñas ceñidas faldas de raso blanquísimo, realzadas con abundantes y ricos encajes; les puso también un amplísimo velo blanco, que, con lindos adornos, descendía hasta sus piés, envolviéndoas por completo á guisa de manto, por el cual hubieran parecido jóvenes esposas, si por el candor de su rostro, la modestia de su mirada y el piadoso recojimiento de su porte, no se hubiesen asemejado á unas angelitas bajadas del cielo. John iba sencillamente de frac.

Nunca el pueblecito de Parque verde había visto recorrer su gran calle única, que se dividía en dos, á comitiva señorial de tan espléndida pompa. Precedía un batidor con el uniforme propio de su servicio, siguiendo los carruajes descubiertos, todos los arreos de gala, cocheros y servidores con librea. John iba en la primera carroza, como jefe y representante de su casa; en la segunda mistress Needle, y en

la tercera Clara y Clemencia, siguiendo los demás neófitos, cada uno de los cuales tenía á su derecha á su propio padrino y á su madrina. Les aguardaba el clero en la casita al oratorio agregada, en aquel nido fabricado con tantas esperanzas por el infeliz ministro independiente, y tan presto abandonado por el celo anglicano infatigable de mistress Needle. Allí bajaron solo los que se habían de bautizar; los demás de la comitiva fueron directamente á la puerta del oratorio. Una vez dentro y en su sitio, les ciñó una barrera de bancos, inundando el pueblo el sitio sobrante. Alrededor había una multitud de curiosos, apretada, quieta y atónita por el gran acontecimiento que presenciaba, y al que apenas sabían dar crédito con sus ojos.

Propuso el delegado, para ganar tiempo, que recitaría él mismo la retractación delante del altar, aprobándola después cada uno de los convertidos con el juramento final de costumbre y la imposición de la mano sobre el Evangelio: más John de mal talante admitía el expediente, á pesar de ser necesario para no alargar la función demasiado: deseaba decir toda la fórmula, como la había pronunciado sir Roberto en su lecho de muerte. Se vino, pues,

al siguiente arreglo: sólo él la leería en su idioma propio, presentándose después los neófitos uno á uno á jurarla según la costumbre. Colocóse, por tanto, un reclinatorio á la puerta que desde la sacristía llevaba á la iglesia, poniéndose un misal sobre su tapete. Allí había de arrodillarse John, vuelto al sacerdote, quien al lado del altar recibiría su profesión. Los otros neófitos rodearían las espaldas del joven, de rodillas, asistiéndoles los padrinos ó las madrinas, que estarían de pie.

Admirable pareció la actitud de John al proferir en alta voz y distintamente cada uno de los artículos de la fe católica. Resplandecía en su faz, se notaba en su tono y se leía en su actitud la serenidad de su mente y la seguridad de su ánimo viril. Parecíale que maldecir lo que había bendecido hasta entonces, aliviaba mucho su corazón, y que afirmar solamente ante Dios las verdades conquistadas con tan largos combates, le proporcionaba como un triunfo. Después de él, los ojos de los presentes miraban con curiosidad grande á mistress Needle, cuya conversión subitánea y cuyo celo anterior por la secta nativa eran conocidísimos. Superó la común expectación, porque sin vacilar un punto, con un senti-

miento de profunda persuasión, pronunció las sagradas frases, extendiendo la diestra sobre el Misal, y alzando los ojos al cielo al invocar á Dios en testimonio de su sinceridad: no contenta con esto, invitó á sus hijas, y sin el auxilio del sacerdote asistente, les mostró con el dedo la fórmula del juramento que debían leer, poniendo su mano en el sacro volumen, con visible gozo de su corazón maternal.

Entre la multitud de los espectadores no católicos reinaba el silencio y el estupor: fuera de la iglesia se empujaban, se oprimían y se levantaban sobre la punta de los pies, á fin de observar alguna parte del espectáculo. Mucho más aumentó el ánsia furiosa de ver cuando, concluida la retractación de cada uno de los convertidos, el celebrante y el clero, al pie del altar, entonaron la salmodia, é hicieron sobre cada uno de los electos los ritos bautismales. Aquellas renunciaciones á Satanás, aquellas señales de la cruz, aquel libar la sal, aquellos exorcismos que hacen pensar á los que alcanzan su significación en las misteriosas operaciones de la gracia interna, eran ceremonias de simple curiosidad para los profanos.

Un leve murmullo se alzó en el pueblo

cuando el sacerdote, alargando á John el extremo de su estola, lo introdujo en la iglesia y después al grupo de los neófitos. Cada uno los contaba, mostrándoles á los que tenían más cerca. Entre tanto prosternábanse profundamente hácia el lado del altar, y levantándose juntos á una señal del que hacía de maestro de ceremonias, recitaron con el sacerdote el Símbolo apostólico y el Padre nuestro. Renováronse los exorcismos y las renunciaciones; cada uno recibía la unción de los catecúmenos. Los padrinos les ayudaban; las madrinas asistían á las mujeres para extender las ropas hasta el pecho y las espaldas, cubriéndolas con escrupulosa modestia de la vista del público durante el sagrado rito; plegados después los velos blanquísimos, que tenían suspendidos del brazo, conducíanlos para que circundasen la fuente bautismal, que era una gran palangana de plata, puesta al otro lado del altar.

Terminada la bendición de la fuente, se fué administrando el Sacramento. No se oía respirar á ninguno de los presentes. Ciertamente era un espectáculo encantador la piedad que resplandecía en el semblante de cada neófito. De uno á uno arrodillábanse al pié del ministro de la Iglesia, re-

citaban su propio nombre y rendían cuenta de su fé, según las preguntas del rito, siendo, por último, interrogados.—¿Qué pides ahora?

—El bautismo, respondían.

—¿Quieres ser bautizado?

—Quiero.—

El sacerdote sacaba luego agua con una cuchara de plata, y los padrinos disponían al catecúmeno: alargaba éste la cabeza sobre otra palangana al efecto dispuesta, descendía el agua sacramental, y oíase resonar la fórmula solemne “Si no estás bautizado, yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.” Primero se bautizaron todos los hombres, y después las mujeres. Se vió la compungida y grave actitud del joven John, el recogimiento majestuoso de su madre, y más aún los angelicales movimientos de las niñas, que con los ojos bajos y las manos juntas, sostenidas por sus madrinas, doblaban sus rubias cabezas para el divino acto. El bautizante, después del Sacramento, ponía sobre la cabeza de cada uno el paño simbólico, y pronunciaba la fórmula: “Recibe la veste cándida, procurando llevarla inmaculada al tribunal de Nuestro Señor Jesucristo, á fin de que logres la vida eterna.”

El bautizado respondía: "Amén." John por sí mismo se lo puso, á modo de corbata; las mujeres, con el auxilio de las madrinas, tomaron nuevamente sus velos blancos, que habian servido para el ritual. Con el órden del bautismo se acercaron despues los bautizados al tribunal de la penitencia, entreteniéndose sólo lo suficiente para declararse reos de las culpas confesadas antes, y recibir la absolución. Entonces dispusieron y adornáronse los bancos para ellos. Subía, por fin, el sacerdote al altar, y celebraba el Sacrificio divino. No hubo en la asamblea corazón tan duro que no se enterneciese á la vista de la primera comunión de los nuevos católicos. Eran conducidos á las gradas del altar uno á uno por sus padrinos ó madrinas, que adoraban profundamente también la sagrada Hostia; una vez recibida, volvian á su puesto, irradiando en su rostro la fe y la devoción! Mistress Ana no pudo contener las lágrimas que regaban sus mejillas á rios: ni aún despues de comulgar los demás fieles y de rendir gracias á Dios, cuando el celebrante entonó el *Te Deum*, sabía levantarse; continuaba llorando y haciendo sus oraciones con la cara entre las manos, casi fuera de sí.

Como habían venido á la iglesia, volvieron al castillo. Entonces comenzaron las felicitaciones recíprocas y los abrazos entre los parientes. La buena mamá estrechaba contra su seno á sus hijos, uno despues de otro, dándoles besos que se desprendían de su alma, sin decir una palabra: parecía extática de gozo. A los que hablaban con ella les respondía más con el júbilo del semblante que con las palabras. En el momento de pasar al salón para comer, con graciosa desenvoltura dijo á los convidados:—Señores, hoy dejamos aparte las ceremonias mundanas: que los padrinos y las madrinas den el brazo á sus ahijados. Tomo la mia (se apoderó del brazo de Julia), y confieso con gusto, en presencia de mis parientes y amigos, que yo y mi familia somos deudores á esta noble joven de la felicidad presente. Le doy el brazo; mi amistad y mi gratitud hácia ella durarán siempre.—Julia hubiese querido corresponder á la cortesía con otras frases; pero la señora, abrazándola vivamente, no le dió tiempo y la introdujo en el comedor. A su derecha colocó Mistress Needle al sacerdote, delegado del Obispo, á Julia á la izquierda, enfrente á John y á sus hermanas, y á los lados á los padrinos y á las ma-

drinas mezclados. Sentáronse todos alegres; alegre, con templada pero profunda alegría, floreció la conversación en la mesa.

También estaba contenta la gente del pueblo. John, ya caballero cristiano, había hecho distribuir con motivo de la solemnidad mil panes, carne y cerveza; habían conseguido su parte los pobres todos, y cuantos pidieron. En su virtud, muchos á quienes nada importaba el papismo ni otra religión, hicieron buenos pronósticos para el porvenir, y exclamaron:—¡Ojalá hubiese cada día un bautismo en el castillo! Sólo dos personas sentían gran pena por lo sucedido, y estaban inconsolables: el reverendo Star y miss Mary. El pobre cura todo aquel día estuvo arrinconado en su casa, sin atreverse á pasar de la puerta, como si le hubiera herido un rayo. No le causó poca maravilla ver llegar del castillo un abundante presente para que regalase su mesa, y con él una carta del señor John, que decía: "Reverendo señor: El acto realizado hoy por mi familia y por mí, corta las relaciones religiosas entre vos y mi casa. Pasaré dentro de pocos días el *jus patronato* á un pariente mio católico, y en forma de ley: vos no sufrireis por mi parte la menor molestia. Por el contrario, hallareis

abierta mi casa siempre que querais honrarla en calidad de simple caballero: si puedo serviros en algo que no desdiga de un católico, seguid disponiendo según os plazca de vuestro servidor afectísimo.—*John Needle.*"

Esta carta enjugó un poco las lágrimas del pastor protestante y de su desolada familia. Mas ¿quién podía consolar á la llorosa miss Mary? En vano la buena mistress Needle, con las más amorosas caricias, le prometía más de una vez que no se alterarían poco ni mucho sus condiciones; en vano le daba seguridades de su afecto, más como buena discípula que como buena señora; en vano encarecía su perpétua gratitud por las máximas virtuosas que le inspiró cuando joven, como también por los buenos y dilatados servicios que hasta entonces le prestó; la infeliz vieja no sabía consolarse, y no la vieron ya sin sobrecejo. Pasó el día del bautizo encerrada en su cuarto desde que amaneció hasta por la noche, y hasta tomó en él la comida de mal talante. En los días siguientes cambiaba con gran dificultad algunas frases secas con los nuevos católicos; con los protestantes, que eran los más, no vacilaba en desahogar la hiel que rebosaba de su cora-

zón. No cesaba de lamentar la ruina y la perdición eterna de mistress Needle, á quien con tantos afanes había cuidado para que fuese una buena protestante, y la de sus hijas, que hubiera educado como si fuese su madre, á no intervenir para echarlo todo á perder la bruja de Nápoles. Amenazaba con los castigos celestiales, y hacía profecías.— Vereis á la casa Needle hundirse con mil desventuras. . . . Veo y no veo esta familia, este castillo y esta abundancia de todo. Nunca los apóstatas dejan de recibir su castigo. Cuando las tribus de Israel idolatraban, encendíase la ira de Dios, y los azotes no tardaban en caer sobre la nación extraviada.—

Aunque nadie prestaba fe á sus profecías, un hecho pareció darle la razón.

LXXXIII.

UNA NUBE EN EL HORIZONTE.

Los días posteriores al bautizo corrían para la familia Needle bendecidos por una paz profunda, así como por un gozo tranquilo y sereno, sobre todo para la señora, que, segura ya de la concordia doméstica, y correspondida según sus ansias por sus hijos, miraba el porvenir tranquilamente, pudiendo consagrar todos sus pensamientos presentes á las amadas prácticas de la Religión. Habiendo por divina merced llevado de continuo una vida muy buena, le parecían naturalmente suaves y encanta-

zón. No cesaba de lamentar la ruina y la perdición eterna de mistress Needle, á quien con tantos afanes había cuidado para que fuese una buena protestante, y la de sus hijas, que hubiera educado como si fuese su madre, á no intervenir para echarlo todo á perder la bruja de Nápoles. Amenazaba con los castigos celestiales, y hacía profecías.— Vereis á la casa Needle hundirse con mil desventuras. . . . Veo y no veo esta familia, este castillo y esta abundancia de todo. Nunca los apóstatas dejan de recibir su castigo. Cuando las tribus de Israel idolatraban, encendíase la ira de Dios, y los azotes no tardaban en caer sobre la nación extraviada.—

Aunque nadie prestaba fe á sus profecías, un hecho pareció darle la razón.

LXXXIII.

UNA NUBE EN EL HORIZONTE.

Los días posteriores al bautizo corrían para la familia Needle bendecidos por una paz profunda, así como por un gozo tranquilo y sereno, sobre todo para la señora, que, segura ya de la concordia doméstica, y correspondida según sus ansias por sus hijos, miraba el porvenir tranquilamente, pudiendo consagrar todos sus pensamientos presentes á las amadas prácticas de la Religión. Habiendo por divina merced llevado de continuo una vida muy buena, le parecían naturalmente suaves y encanta-

dores los ejercicios de la piedad; y si antes había procurado en los ejercicios religiosos más cumplir un deber que alimentar un afecto, era sólo por falta de doctrinas ascéticas en la Alta Iglesia. Por esta razón, abrazada la fe con toda sinceridad, le parecía casi rejuvenecer, espaciándose por los jardines de la piedad católica y haciendo guirnaldas con cada una de sus flores. Abandonábase con vivo sentimiento de felicidad á la frecuencia de los Sacramentos, y multiplicando en secreto las prácticas devotas, nadaba en un mar de consolaciones deliciosas.

A veces, hablando con Julia, comparaba el estado anterior con el presente.—No llenaba de ningún modo mi corazón la iglesia anglicana... alguna oración hecha bien en el *Prayer book* y un poco de Biblia incompleta que me dejaban en la mano á fin de que sacase yo sola el jugo que pudiese.... Cada domingo, además, me ofrecía un bocado de pan, asegurándome primero bien que recibía verdaderamente un poco de pasta cocida en el horno, ¡pasta figurativa!

—Claro, respondía Julia: ¿qué piedad quereis que inspire la iglesia anglicana, cuando su *Prayer book* parece con fre-

cuencia católico, y casi calvinista en sus artículos de fe, cuando niega el valor y el mérito de las obras buenas, cuando rechaza las obras de supererogación? Esto es extirpar de raíz el gérmen de la piedad; la devoción en la iglesia anglicana, como en tantas otras protestantes, es ilógica y opuesta á los artículos de la fe profesada.

—Sin embargo, contestó la señora, alguna chispa de piedad me parece que de cuando en cuando calentaba mi corazón, aún siendo protestante.

—¡Qué maravilla! contestó Julia; sucedía con vos lo que pasa, por gracia del Omnipotente, con tantos y tantos no católicos que, por un instinto invencible del corazón, reniegan de lo que afirman con la mente por culpa de su secta. Los cristianos que leen con sencillez la Biblia, dejan decir á Lutero, Calvino, Zuinglio, Enrique VIII, que la fe lo es todo y las obras nada; enamorándose de su Salvador, procuran obedecer sus preceptos, oran, son honrados, y socorren á los pobrecitos; en una palabra: resultan católicos en las obras, quedando protestantes en la fe.

—Basta; á mí me parecen sus iglesias, otras tantas madrastras, de corazón seco, envidiosas del bien de los hijos, y prontas

siempre á quitarles el pan de la boca, al paso que la Iglesia católica es para mí una buena madre, con los pechos llenos de leche para sus hijos y las manos llenas de alimentos sustanciosos y dulces.—

En tales conversaciones, mistress Needle, con frecuencia, hacía gustosamente exponer á Julia las costumbres de la piedad católica que iba leyendo en las vidas de los Santos: como no le faltaba fino criterio, gozábale comprendiendo cada día mejor las íntimas bellezas del *Via Crucis*, del Rosario, de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, del amor filial al Vicario de Jesucristo, y de los sufragios por las almas benditas del purgatorio. Habíase ocupado Julia en tales estudios para instruirse y defender las prácticas de la Iglesia contra los ataques de John; además, tenía el hábito de hablar bien, y por añadidura una suavidad grande, para que se comprendiese la excelencia de aquellas y se gustase mucho. A poco que hubiese secundado los deseos de la neófita, la buena señora se hubiese enamorado de tantas prácticas, que su espíritu hubiera quedado rendido. Mas Julia decía de continuo:—¡Poco y bien! He oído decir siempre que el punto esencial á que deben conducirnos las prácticas

devotas es á conservar y aumentar la gracia santificante: deben además ayudarnos á la compunción y al ódio de todas las faltillas; deben, por último, dirigirnos con afecto ardiente al Salvador, que nos ama de un modo eficacísimo, si amamos al prójimo para complacerle.—

El bello corazón de mistress Needle abrióse como una flor, merced al rocío de tales enseñanzas familiares, fortaleciéndose y dilatándose. Parecíale que la lectura de las Escrituras era más dulce y más luminosa desde que en las divinas páginas no buscaba la religión sino sólo avisos celestiales, á fin de consolarse con la verdad conocida. Había temido que, haciéndose católica, si no se la vedaban, le aconsejarían que dejase la lectura del Libro sagrado, maravillándose grandemente de que su director la exhortase, por el contrario, á estudiarlo constantemente, escogiendo con preferencia los libros históricos del Antiguo Testamento y los Evangelios del Nuevo. Hacía que participase Julia, y mucho más sus hijos, en tiempo oportuno, de la superabundante suavidad saboreada en las lecciones de la Biblia.

John no era tan comunicativo; más la profundidad de su fe descubriase muy á

las claras en su hablar discreto y completamente ortodoxo, hasta el punto de que no hubiera podido pedirse más á un viejo y sabio católico. Gustosamente renovó su costumbre de iniciar las oraciones comunes, con la diferencia de que así como antes leía el *Evening Prayer* su hermana menor, ahora tenía que llamar con la campanilla á los familiares católicos. Julia además se había puesto á formar de propósito el corazón de sus alumnas. Añadía en su virtud á las demás lecciones veinte minutos de instrucción religiosa, que venía por fin á parar á la explicación del Catecismo para los adultos. Presentábase frecuentemente, cual oyente honoraria, mistress Needle, que oía las lecciones con la sencillez de una ferviente neófita. Cuando la maestra se extendía y daba ciertos avisos morales á propósito para las jóvenes:—¡Ah, hijas mías! exclamaba la excelente madre, ¡atesorad estos consejos! ¡Ojalá me los hubiesen dado á mí siendo joven!

Esta especie de paraíso doméstico, que llenaba de delicias los primeros fervores de la conversión, fué tan breve como delicioso. Para destruir su serenidad (¡consejos de Dios!) la primera nube surgió de una obra que más bien parecía deber atraer

sobre la familia las bendiciones del cielo. Mistress Needle, que antes habíase contentado con distribuir generosamente á los pobres la lluvia de sus beneficios, una vez católica, por haber leído la vida de ciertas damas piadosas, no se pudo sobreponer al deseo de convertirse en visitadora y consoladora de los enfermos. Ocupada en obras tan laudables, levantóse una mañana con la cabeza pesada, y poco después tuvo que acostarse por un malestar que no sabía definir, pero que sentía grande y extraordinario. Julia le tomó el pulso y parecióle que tenía fiebre. Se mandó por el médico, y la joven le dijo que la doliente había pasado más de una hora en una cabaña, donde tres de sus arrendatarios tenían el tífus. Los síntomas, por desgracia, confirmaron el semipronóstico; por lo cual el doctor, no queriendo espantar á la enferma desde luego, prescribió los remedios propios del caso, calificando, empero, el mal de ligera gástrica, que esperaba destruir en pocos días; añadió que volvería después, á fin de hacer mejor el diagnóstico, una vez conocido el efecto de las medicinas.

Así dijo. Mas la señora, que tenía óptimo entendimiento, no tardó en compren-

der más y mejor de lo que le habían dicho, sobre todo al observar en sus brazos ciertas manchas encarnadas, indicio notorio de verdadero tífus. En un instante previó el curso probable de la dolencia que había observado en otros, y la posibilidad de perder más tarde la razón. No se desalentó sin embargo. Hizo sus reflexiones, y llamando después á la fiel Julia, enseñóle las manchas, y le participó el presentimiento de la enfermedad grave, preguntando:—¿Qué haríais tú en mi caso?

Demasiado comprendía Julia que aquel temor era racional, porque el facultativo pidió vinagre para lavarse las manos, y porque ni aun se había marchado del castillo, á fin de hallarse pronto para ver nuevamente á la señora dos horas después. Respondió, empero, desviando la cuestión:—No veo verdaderamente motivo para suponer lo que decís; aún no ha calificado el médico la naturaleza del mal....

—La califico yo, dijo la enferma interrumpiéndola. ¡Notas qué abatimiento y qué postración! Ninguna parte de mi cuerpo está buena. No es una indisposición pasajera, sino una enfermedad que nace....; me parece casi hermana de la fiebre amarilla, que pasé ya en la India, si bien fué

ligera. Dime: ¿qué haríais si te halláras en mi lugar?

Apremiada Julia, contestó con pura caridad cristiana:

—Espero, ciertamente, que os engañeis; de todas maneras, si conociese que debíais habéroslo con una enfermedad peligrosa (no será), procuraría no perder un punto de tranquilidad, ni un instante de tiempo. Dispondría bien los asuntos del alma y los intereses temporales, abandonándome después en manos de los médicos, y sobre todo en brazos de la divina Providencia.—

Sin embargo de que Julia procuraba con ahinco mostrar desenvoltura y seguridad al decir estas frases, mistress Needle vió sus ojos llenos de lágrimas, que la muy afligida joven enjugó con disimulo, haciendo ver que arreglaba la cubierta del lecho. En aquel instante anunciaron al médico. —¡Tan pronto! exclamó la enferma: ¡Mala señal!

—No es mala señal, no, señora, dijo él; es solo que deseo no equivocarme desde un principio. Sabéis que ninguna enfermedad es peligrosa, sorprendida oportunamente.

—Esperémoslo, dijo la Needle. El doctor se hizo repetir extensamente

las condiciones del mal; observó las manchas y la lengua, tomando varias veces el pulso de la doliente: parecía mascar las palabras, y que vacilaba.

—Vamos, dijo la enferma sonriéndose; no me tenga indecisa: confiéme, sin humanos miramientos, que se trata, ni más ni menos, de un tífus que avanza por grados. Así podré poner mi corazón en paz y recibir los Sacramentos, ántes de que la mente se oscurezca.—

Por tan resuelto hablar, se animó el doctor, confesando á medias que una gástrica podía ciertamente confinar con una tifoidea; pero que no podía pronosticar aún el tífus propiamente dicho.

—Julia mía; dijo entonces la enferma dirigiéndose á su amiga, que con cruel ansiedad estaba presente; tífus ó tifoidea, ¿no es lo mismo que sopa ó pan mojado...? ¿Sabes lo que me aconseja el Angel custodio? Precisamente lo que indicabas tú para el caso de los casos: que vaya uno expresamente á Newcastle á buscar á mi confesor.—Luego dirigiéndose al médico nuevamente:—Sabeis, doctor, que soy católica, y que, con la gracia de Dios, tal quiero morir.

—Respeto la Religión, dijo el médico;

más la situación no es tal que sean precisos tales extremos: no se trata de morir, sino de sanar.

—Lo uno ó lo otro, replicó la enferma: las dos cosas me parecen bien. Por ninguna cosa del mundo me quisiera exponer al peligro de llegar tarde.—

El médico se despidió visiblemente preocupado; pero mistress Needle, á pesar de la subitánea debilitación de sus fuerzas, se entretuvo con la joven con suma quietud. —¿Sabes lo que me disgusta sobre todo en esta enfermedad? ¿No el sufrir, ni aun la muerte. Ahora que soy católica, me parece que moriría con tranquilidad.... Lo que me duele y pincha, es pensar en la pobre miss Mary.... ¿Quién le quitará de la cabeza que esto es un castigo de Dios...? ¿Quién sabe cómo y cuánto atormentará los oídos de mis servidores, que persisten aún en la herejía....! ¡Y aquella gente tosca la creerá como si fuese un oráculo...! En cuanto á mí, sin embargo, si Dios me llama, será una merced quizá y un premio no merecido. Saldré del mundo antes de haber perdido la gracia del bautismo.... La vida iba siendo para mí tan dulce, que

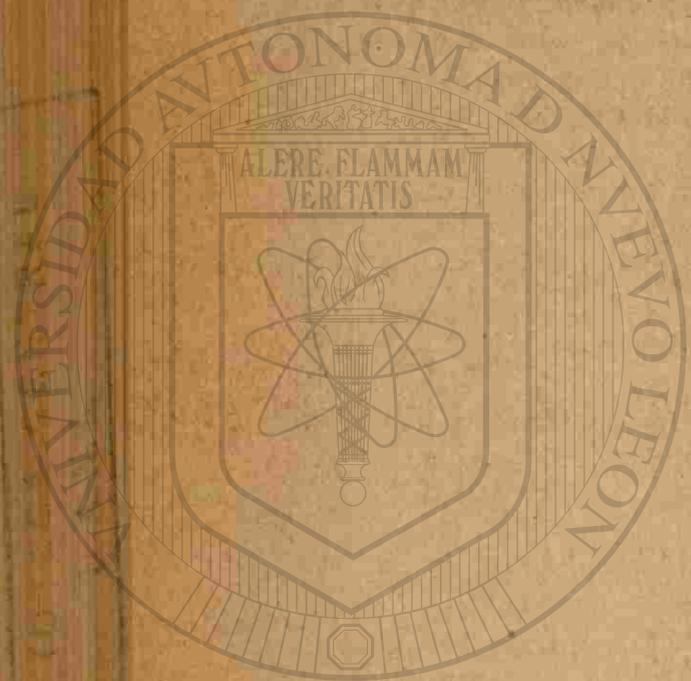
quizá me hubiese apegado con exceso á las cosas caducas. . . ¡Ah! ¡Si á lo menos las dos pequeñas tuviesen diez años más. . . ! Pero vive John, y sobre todo vive Dios.

Y la pobre doliente, muy penetrada de que tenía el tifus, y de que se hallaría muy pronto á las puertas de la otra vida, hablaba con Julia de la providencia amorosa de Dios, que no le daba en este mundo el premio de su docilidad á la gracia, reservándoselo todo para el cielo.

Es grande alucinación, respondía Julia, la del que por el bien que hace sobre la tierra quiere también el premio en la tierra. Dios, por el contrario, sólo ha prometido tribulaciones á sus amados. Ya dijo en el Evangelio que destina á sus amigos la cruz en la tierra, y sólo la gloria en el cielo. . . . Y sin embargo, no lo queremos comprender: nos lamentamos incesantemente de ver á los buenos atribulados y á los malos en la prosperidad. Quisiéramos á todo trance la corona de un instante. la corona del fango terreno. Quién sabe cuántos se escandalizarán por que apenas bautizada sufrís una enfermedad!

—Yo no, añadió la enferma; gracias á

Dios me siento sometida del todo á la bondad celeste, y ansiosa de la corona eterna, que es de la beatitud perdurable. Por esto suplico que des todas las disposiciones necesarias, á fin de que pueda gozar cuantantes los consuelos de la Religión.



LXXXIV.

LOS ÚLTIMOS SACRAMENTOS.

Poco después de haber salido el médico de la estancia de la enferma entró John, y oyó que su madre decía á Julia:—haz que te acompañe mi camarera ó Kelerina; si es posible, haz que llegue aquí mi confesor ántes de la noche, y si no, que venga mañana: quisiera ultimar mis cosas y tener mi pasaporte sellado ántes del delirio. Y tú, John (volviéndose á él), haz que el notario....

—¿Qué? dijo John interrumpiéndole: no quiero ciertamente impedir vuestras devo-

ciones y lo demás; pero ahora no estamos en ese trance.

—Querido John, dijo la enferma: ten la caridad santa de no contradecirme. Puede ser nada, y puede ser todo. El médico dice que es una tifoidea: puede ser el tifus. A éste lo conozco: en pocos días ofusca la mente. Además tengo un presentimiento...

—Oíd, madre mía; no me faltan á mí presentimientos, aunque son contrarios. Por lo demás, si os consuela ver á vuestro confesor, lejos de oponerme, soy hombre capaz de disponer que pongan el coche incontinenti: ir á Newcastle volando en tren especial y en otro especial traeros al sacerdote. Lo que os place á vos, me place á mí. Sólo digo que no debemos dejarnos vencer por las aprensiones, ni colocarnos la venda ántes del golpe. Ayer estábais sana y robusta: no podeis estar hoy en peligro de muerte.

—Ten la bondad de no proseguir, replicó la madre, deja que cuide á mi gusto de mi alma. Precisamente para no hacerlo después de prisa, quiero adelantarme al momento en que surja verdadera necesidad. ¿No podría suceder que mañana ó pasado perdiese la cabeza? ¿Qué mal me hará recibir tranquilamente los Santos Sa-

cramentos algunas horas ántes? Te cojo, pues, la palabra: ve á Newcastle. No hay precisión de que salgas en tren especial; bastará que vayas con el ordinario. Si llega el sacerdote antes de la noche, mañana temprano podré recibir al Señor, y arreglar en los otros días los intereses de la casa.—

John no supo qué responder en contrario, y se fué profundamente afligido. Halló al sacerdote, y habiendo decidido que partirían en el tren último de la tarde, lo indicó por el telégrafo á su madre. Así en la noche del primer día de su enfermedad, mistress Needle pudo satisfacer su santa impaciencia. Antes, empero, de recibir al confesor, reunió á sus hijos. Era un espectáculo sublime el fervor y la serenidad con que la tierna madre, reservando y casi suspendiendo los mil trabajosos pensamientos de la familia, á la cual temía razonablemente deber abandonar para siempre, pensaba en los intereses supremos del alma. Su primogénito se sentó á su lado, y sus hijas permanecieron derechas al pie del lecho: no había nadie más. Dijo la enferma: —Hijos míos, os recomiendo que no os dejéis vencer por vanas aprensiones: quiero pensar en la salud de mi alma con desaho

go y quietud, lo cual no aproxima la muerte una línea, ni agrava la enfermedad un punto. Como yo, debéis, pues, tranquilizaros y no entristeceros. ¿No os afligiríais cien veces más, si el mal me impidiera después recibir debidamente los consuelos de nuestra Santa Religión? Esperamos que no será nada; más ¿qué se pierde asegurando las cosas? Quiero que si mañana ú otro día se presentan las señales claras de la enfermedad peligrosa, los que me asistan lo hagan con las más diligentes precauciones que prescriba el médico. Que Clara y Clemencia vengan sólo una vez al día, sin acercarse á mi lecho, y solo después de airear la estancia John, cuida de miss Julia, porque conozco que no se cuidará ella poco ni mucho; la he visto cerca de los enfermos. Tendrás que dar órdenes y hecerte obedecer. Abre los ojos, para impedir que ni ella ni otros me sirvan con exceso y con peligro de adquirir el mal.

—Perdonadme, madre mía, dijo John; pero vuestras precauciones son excesivas. ¿No os basta creeros perdida para que os considereis apestada?

—Hijo ¿qué riesgo hay en prever el peligro? Una cautela más no puede perjudicar, sino tranquilizarnos á todos. Recoged

mis palabras como un consejo de vuestra madre: cuando vuestra vida corra peligro grave ó leve, considerad que os avisa el cielo, y haced lo que haré ahora: recibid los Sacramentos de Jesucristo con todo conocimiento y paz inmensa del alma.—

Al oír estas frases, Clara y Clemencia se deshicieron en llanto; aún á John costó mucho contener sus lágrimas. Su madre continuó:—Bendigo, hijas mías, vuestras lágrimas, si prueban el amor que me profesais; pero no las podría de ningún modo aprobar, si llegase á creer que os amarga el anuncio de los divinos Sacramentos. No debe una hija cristiana lamentarse de que su madre asegure la eterna salvación.... Cuando era hereje (lo fuí por ignorancia en gran parte, y espero que Dios me perdonará), el pensamiento de la muerte me llenaba de terror: ahora, si no me da consuelo, no me desespera. Otro tanto debéis hacer por lo que á mí toca. Miremos todos á la muerte cuando se aproxime; miremos su faz, consolándonos con la esperanza del próximo paraíso, que nos anuncia nuestra santa Religión. Aun cuando quisiera Dios disponer de vuestra madre, no os contristéis á guisa de los que no tienen esperan-

za, como dice la Biblia, queriendo indicar que al llanto de los fieles ha de ir siempre unida la confianza de ver de nuevo á las personas perdidas, allí donde no se muere—

Después fué introducido el sacerdote. Si bien no creyó desesperada la cosa, ni gravísima siquiera, aprobó lo hecho por la enferma. No solo recibió su confesión, sino que, atendidas las condiciones de la dolencia, que podía dentro de poco traer el delirio, resolvió administrar el santo Viático á la mañana siguiente. La misma mistress Needle lo anunció á la familia, rogando á Julia que ordenase los preparativos más espléndidos que pudiese. Con la venia del Prelado, el incruento sacrificio se ofreció en la pieza contigua, trasformada en capilla, según lo permitió lo angustioso del tiempo. Hermosísimas flores del jardín, arbustos muy bellos, yerbas olorosísimas, paños blanquísimos, tapetes, vasos de plata, adornos en las paredes, pebeteros ardientes, todo se hizo servir para que la función resultase más digna.

Al acercarse los momentos de recibir la Hostia divina, la enferma se hizo levantar sobre las almohadas y meter en los brazos un abrigo de terciopelo, así como ceñir el

cuello con un rosario bendecido: antes de que le administraran el Sacramento, quiso que su primogénito le leyese la retractación de los errores anglicanos, repitiéndola con voz clara y tranquila. Luego unidas las manos, continuó:—Pues creo y admito las verdades que me ha enseñado la Santa Madre Iglesia católica apostólica romana, dignese Dios perdonarme mi larga resistencia á su vocación, los demás pecados, las faltas que acaso he cometido contra el prójimo, y los malos ejemplos que dí á mis hijos. . . . Perdono á cuantos me hayan hecho mal, aunque no creo tener enemigos. . . . Si ha llegado mi hora, quiera Dios recoger mi alma en su infinita misericordia.—Extendió entonces los brazos, y mirando piadosamente la Hostia encima del copón, comenzó un coloquio tan ardiente con el divino Salvador sacramentado, que sus hijos y familiares, presentes con velas en las manos, no pudieron contener sus lágrimas, mayormente cuando, acordándose de que era madre; dijo:—En vuestras manos pongo á mi familia. . . ., á mi querido primogénito, para que siempre sea digno de su profesión católica. . . ., á mis amadas hijas. . . . ¡Ah, Jesús bendito! Si es vuestra voluntad que queden huérfanas, sed vos

su Padre, y sea su Madre vuestra Madre.—

Recibido el celestial alimento, quedó largo rato absorbida en acción de gracias. Pasó lo restante de la mañana en una quietud placidísima, oyendo con frecuencia algún trozo de la Pasión de Jesucristo, que Julia leía. Dando así tregua á los asuntos del cielo, dirigió su espíritu á los de la tierra. Frecuentemente hablaba con John de las cosas de familia. Entró el notario, que se detuvo hora y media. Entre tanto los síntomas de la enfermedad terrible erau más evidentes á cada momento.

LXXXV.

EL TESTAMENTO Y UNA MEDIA IDEA.

En la tarde del tercer día desapareció toda duda sobre la naturaleza del mal: tífus declarado. Con todo, Julia estaba siempre alrededor del lecho de la enferma querida: á los avisos amorosos para que obrase con cautela, respondía:—No temais, señora; tomo precauciones.—Seguía su obra, como si hiciese un ramo de flores. Sobre todo por la noche parecía que no hallaba medio de separarse de su pobre calenturienta; salía del cuarto y volvía preguntándole si le faltaba ó no algo, después

su Padre, y sea su Madre vuestra Madre.—

Recibido el celestial alimento, quedó largo rato absorbida en acción de gracias. Pasó lo restante de la mañana en una quietud placidísima, oyendo con frecuencia algún trozo de la Pasión de Jesucristo, que Julia leía. Dando así tregua á los asuntos del cielo, dirigió su espíritu á los de la tierra. Frecuentemente hablaba con John de las cosas de familia. Entró el notario, que se detuvo hora y media. Entre tanto los síntomas de la enfermedad terrible erau más evidentes á cada momento.

LXXXV.

EL TESTAMENTO Y UNA MEDIA IDEA.

En la tarde del tercer día desapareció toda duda sobre la naturaleza del mal: tífus declarado. Con todo, Julia estaba siempre alrededor del lecho de la enferma querida: á los avisos amorosos para que obrase con cautela, respondía:—No temais, señora; tomo precauciones.—Seguía su obra, como si hiciese un ramo de flores. Sobre todo por la noche parecía que no hallaba medio de separarse de su pobre calenturienta; salía del cuarto y volvía preguntándole si le faltaba ó no algo, después

quería recordarle una oración, componerle la almohada, ó darle á beber un cordial. A poco de salir volvía nuevamente á entrar, ya diciendo que se había olvidado de renovar una medicina; ó que tenía precisión de avisar á la que velaba: pronto con un pretexto cualquiera comparecía otra vez porque deseaba encontrarse allí en la hora prescrita para dar algo á la enferma.

Una tarde, apenas se podía sostener, quebrantada por los asíduos servicios del día, y de las noches precedentes. John vió sentarse un poco y dormir.—Miss Julia, le dijo; es necesario que salgais y descanséis una noche cómodamente.

—Pero

—Os lo pido por merced; sea cual sea vuestra excelente voluntad, las fuerzas humanas tienen sus límites.

—Continuaré sobre un sofá en la estancia próxima, por si acaso

—No es menester. Si ocurre algo, la que vele por la noche os llamará.—

El joven hizo esta cortés indicación de una manera tan firme, que la pobre Julia tuvo que inclinar la cabeza, y después de continuar un rato con la doliente, como para despedirse de ella, se retiró á su cuarto: John se sentó en una butaca en el salón

próximo á la alcoba de su madre. Muy tarde, la enferma se quedó algo más tranquila que de costumbre, por haber dormido un par de horas. Asomose John, y le dijo ella:—Pues estamos solos, tengo que decirte una cosa. Abre mi cajón, y toma sus papeles.—Hízolo el joven; contenía la copia de un codicilo. Al ver de qué se trataba, lo encerró con horror, diciendo:—Madre mia, no tengo duda de que volveré á veros buena y sana Sólo al pensarlas, me dañan estas cosas.

Sin embargo, ¿qué mal sufrirías leyéndolo, aunque yo sanase? Toma el asunto por su parte buena: lee, y dime si te gusta. Hace años que hice testamento, y no juzgo deber mudarło: creo que lo dispuse con toda la conciencia de una buena madre. Aquí he querido asegurar alguna cosa nueva que me ha ocurrido después de mi conversión, y que requiere tu buena voluntad: vamos, lee.—

Para no contradecir John á su madre, leyó pero de mal talante. Halló palabras de fe, retractaciones de algunas expresiones protestantes del testamento, legados en sufragio de su alma, y otras disposiciones semejantes, que John leía ligeramente, con voz muy baja. La madre lo detuvo en cier-

ta parte:—Fijate aquí.— El párrafo decía: “Dejo la más rica de mis joyas, esto es, la diadema de brillantes con los pendientes y el alfiler del pecho, para Nuestra Señora de Lourdes. En aquel Santuario me hirió el rayo más vivo de luz, y me obstiné, con todo, en cerrar los ojos: la joya será una prenda de gratitud y un acto de enmienda. Como para la fábrica del Santuario será más útil el dinero, mi hijo John comprará la joya por su justo precio, reteniéndola con el fin de adornar á su esposa. Sobre su etuche se pondrá: *Joyas compradas á Nuestra Señora de Lourdes*. Así, haciéndola modificar según la moda, si es preciso, verá resplandecer sobre la frente de su compañera un recuerdo de su Madre celeste y de su madre terrena.”

Leídas estas palabras, dijo John:—Si es necesario, cumpliré todo esto al pie de la letra; pero el corazón me dice que mejor lo hareis vos con toda comodidad cuando llegue la hora.

—Será lo que Dios quiera; de todas maneras, me consuelo pensando que tú ó yo haremos lo que ansío. Viene ahora un capítulo en favor de miss Julia....

—No lo quiero leer, dijo John interrumpiéndola, apruebo cuanto hayais escrito;

tenemos con Julia tantas obligaciones, que ninguna demostración de gratitud será bastante. En el caso improbable, improbabilísimo, de que deba yo cumplir vuestra voluntad, procuraré poner de realce con obras que tengo más corazón del que parece.

—Te doy gracias, hijo amado, por estas frases, que verdaderamente me hacen mucho bien; al dictar estos capítulos al notario, lo hice sin poner en duda que tienes corazón; pero he contentado el mio... De todas maneras, me darás gusto si lo lees y me dices si correspondo bien ó mal á sus beneficios aún estamos á tiempo.

Resignóse John, y leyó: “La señorita Julia, de los condes de los Laureles, ha estado en mi casa cerca de un año como dama mía y maestra de mis hijas. Me ha querido como una tierna amiga, y aún como una hermana; á mis hijas como á una madre. Ha educado á éstas como se podría esperar de un ángel del cielo, franqueándome además el camino de la salvación, así como sosteniéndome hasta el día en el camino de la virtud con sus consejos, y mucho más con sus ejemplos. Nunca podrá mi familia enaltecerla y recompensarla bastante; tanto más, cuanto no he descubierto

nunca ni sombras de miras interesadas. Por estos títulos lego á la señorita Julia, de los condes de los Laureles: primero la miniatura de la Virgen, pintada por ella misma, que fué como el primer anillo de nuestra feliz amistad; segundo, le dejo también, mientras viva, la pensión que ahora disfruta, la cual le pagará mi primogénito anualmente, á no ser que la citada señorita Julia prefiriese recibirla de una vez, computándose la suma entonces al cinco por ciento, no bien se abra este codicilo."

—¡Quién lo duda! exclamó John: no hacemos más que cumplir nuestro deber. Estad segura de que lo cumpliré todo, según lo prometo, no sin añadir la mayor prueba de cortesía de que sea capaz.... Mejor dicho, vos misma, cuando os pongais buena, hareis lo que os plazca.

—¡Pobre Julia! prosiguió la enferma: le debo más que la existencia.... ¡morir tranquila y llena de esperanzas en el paraíso...! ¡Ojalá pudiese llevar conmigo la confianza de que concluirá la educación de tus hermanas! Más comprendo bien que, si Dios me llama, no podrá seguir aquí decorosamente.

—¿Y por qué? preguntó John.

—Porque es joven y bella...., demasia-

do joven y demasiado bella. Si tuvieses mujer...., entonces quizás, quizás.... Empero sólo en una familia donde no hay una señora de la que pueda llamarse dama, es imposible; ni querrá, ni sería conveniente que tú lo quisieras.—

Miraba John la copia del codicilo distraídamente, sin oír los amorosos consejos que con su madre había terminado. No faltaba una eficaz exhortación para que se casase á la brevedad posible y escogiese una compañera que, sobre su piedad cristiana, reuniese las cualidades precisas para cuidar de Clara y de Clemencia, que debían naturalmente hallar un padre en su hermano y una madre en su esposa. Mistress Needle, no advirtiendo la distracción de su hijo, imaginó que leía muy atentamente dicha maternal recomendación, y preguntóle:—¿Qué contestas sobre mi último consejo á tí dirigido?

—Esperad un momento para que lo lea, dijo John:—Y después de dar un vistazo al escrito:—Madre mía, añadió, todo esto lo arreglaremos con amor y en armonía cuando consigais la salud. Entonces no necesitareis darme prisa, cosa que me gusta tanto como el humo en los ojos. No lo dudeis: nos entenderemos.

—¡Dios lo quiera! replicó la madre; pero ¿no ha pasado por tu mente alguna idea?

Si dijese que ni aún algun idea vaga, vaguísima, me ha pasado por la mente, no diría la verdad; pero propiamente un pensamiento, un propósito, no.

—¿No puedes manifestar á tu madre esa vaga idea?

—Más oíd; ignoro si se puede llamar idea; refiérese á miss Julia.—

La madre no dió la menor muestra ni en pró ni en contra. Sin maravillarse, después de meditar un poco, preguntó:—¿Nunca le has hecho indicación, remota si quiera?

—Qué yo sepa, no.

—¿Y hace mucho que te ha venido tal idea?

—Hará unos seis meses. . . . Estabamos en Florencia, y mirabamos en una ocasión ciertas fotografías de la Aurora de Guido Reni. . . . Observaba yo aquella docena de jóvenes en miniatura. . . . no encontraba ni una fisonomía inglesa. Explicábalo miss Julia, diciendome que Guido Reni solia tomar por modelo las muchachas de Roma, cogiéndolas en el acto de rogar en la iglesia devotamente, ó de acercarse á la Sagrada Mesa, por lo cual salían de su pin-

cel con sus cabezas tan airosas, radiantes de belleza y de noble modestia al propio tiempo. Así lo explicaba miss Julia. Al decir estas palabras: la miré yo, confrontándola con una de las figuras pintadas: ¿qué direis? Julia estaba retratada, viva y parlante. Se puso muy encarnada, sin atreverse ya en lo sucesivo á mentar delante de mí la hermosura ó la fealdad de las mujeres. . . . Fantaseé luego un poco algunos días: es literata, y buena, y de índole dulce. . . . y . . . ¿qué sé yo!

—¿Y nada más? preguntó su madre.

—Nada más.

—También me había ocurrido lo propio, dijo la madre; pero me pareció una quimera.

—¿Por la dote? Me parece que, por mi gran fortuna, no necesitaré de la dote de mi mujer

—¿La dote! replicó mistress Needle: en pocos años una mujer casera y económica se gana, por decirlo así, cualquier gran dote. La dificultad insuperable está en la pública opinión. En nuestro país, un caballero no puede dar la mano á una joven que ha sido dama de su madre: sería decaer y adquirir una mancha indeleble. Así es la sociedad civilizada de Inglaterra, y

casi la de todas partes: no la podemos mudar.—Calló la enferma un rato; prosiguiendo después:—Si esto no fuese, convengo también en que sería difícil encontrar más belleza, más juicio y más corazón en una muchacha: no podría imaginar una compañera más digna para tí, ni una madre mejor para tus hermanas. . . . Pero ¿de qué sirve discurrir más con el corazón que con la cabeza? Sólo para formar castillos en el aire. Por lo que puedo inferir, tú, á causa del mundo, no puedes menos de atar la voluntad al clavo. . . . Una idea destruye la otra.

—Oid, mamá, dijo John; por ahora sólo ha sido la idea de un día: no necesito desecharla con otra; la puedo deshacer como una burbuja de jabón, soplando encima. Más si llegase á tenerla y aprobarla, diría de veras: en vez de atar la voluntad al clavo, haré lo contrario.

—No te lo aconsejo. Podrías pregonar á son de trompeta por toda la Gran Bretaña que es más noble que nosotros; que su padre lleva uno de los más claros títulos de Nápoles, y que miss Julia se refugió en nuestra casa por un eclipse momentáneo que no le dejó la menor tacha: podrías demostrar todo esto de la manera más victo-

riosa; pero todo sería inútil. Tú y Julia tropezaríais siempre con las personas de nuestra clase; debería ella temer siempre que alguna desvergonzada la increpase indirectamente por su antigua condición de dama de tu madre.

—Lo sentiría por ella, dijo John animándose; más si me resolviese (no estoy aún en este caso), si me resolviese á tomar mujer, respetaría ciertamente las conveniencias sociales, pero nunca los caprichos de los demás. Si me prendara, por ejemplo, de miss Julia, y le diera en efecto mi nombre, exigiría que escribiera en sus tarjetas de visita, según la costumbre italiana, *Julia Needle, nacida en casa de los condes de los Laureles*; y quisiera ver quién se tomaría en mi casa una libertad atrevida. . . . Ya sabeis que me río sabrosamente de las bur-las, de las cóleras y de las caras serias; sabría, si quisiese, devolverlas con usura. En cuanto á ella, si alguna persona osara herir á una mujer de tal sangre y de tal mérito, que tuviese además mi nombre, sabría darle una dura lección. Somos independientes, gracias á Dios, y á cualquiera desvergonzado podemos, si es menester, darle con la puerta en los hocicos.—

Comprendió la enferma por tales pala-

bras que la idea de John no era tan aérea, y había encarnado un poco. No sabía aprobarla, ni desaprobala del todo por absurda: la mente y el corazón no estaban de acuerdo, por lo cual añadió:—Hijo mío, no te puedo aconsejar que te cases con una de mis.... Basta; dejemos esta conversación. Te digo solo que tú haces las cosas demasiado fáciles.... Hablaremos cuando pase el día de mañana: ahora estoy rendida, y quiero ver si descanso una hora más. Dame una cucharada de aquel calmante.—

Obedeció John. Al día siguiente se agravó el mal tanto, que ni la madre ni el hijo pudieron hablar de cosa seria.

LXXXVI.

EL DELIRIO Y SUS EFECTOS.

Mistress Needle se prometía una hora de quietud para conversar con su hijo, pero no pudo al día siguiente ni después. Llevaba casi una semana de enfermedad, y el decaimiento de sus fuerzas era sumo. Permanecía la enferma punto menos que inmovil de todos los miembros, comenzando á veces algunos adormecimientos que daban no poco en qué pensar. Con los ojos abiertos y estupefactos, parecía no reconocer á las personas, ni verlas distintamente. Movidá é interrogada respondía siempre

bras que la idea de John no era tan aérea, y había encarnado un poco. No sabía aprobarla, ni desaprobarla del todo por absurda: la mente y el corazón no estaban de acuerdo, por lo cual añadió:—Hijo mío, no te puedo aconsejar que te cases con una de mis.... Basta; dejemos esta conversación. Te digo solo que tú haces las cosas demasiado fáciles.... Hablaremos cuando pase el día de mañana: ahora estoy rendida, y quiero ver si descanso una hora más. Dame una cucharada de aquel calmante.—

Obedeció John. Al día siguiente se agravó el mal tanto, que ni la madre ni el hijo pudieron hablar de cosa seria.

LXXXVI.

EL DELIRIO Y SUS EFECTOS.

Mistress Needle se prometía una hora de quietud para conversar con su hijo, pero no pudo al día siguiente ni después. Llevaba casi una semana de enfermedad, y el decaimiento de sus fuerzas era sumo. Permanecía la enferma punto menos que inmóvil de todos los miembros, comenzando á veces algunos adormecimientos que daban no poco en qué pensar. Con los ojos abiertos y estupefactos, parecía no reconocer á las personas, ni verlas distintamente. Moviéndose é interrogada respondía siempre

acorde; pero le costaba recordar las palabras, y sobre todo los nombres: no aferraba una frase un poco larga, y mucho menos sabía componerla bien.

Habiale John hablado un ratillo de cosas indiferentes, más para inquirir el estado mental de la enferma que por otra cosa. Imaginaba que había conocido ella su intención, porque dijo: Hay razones en pró y en contra.—Calló luego la madre; el hijo sentóse á su lado, triste y pensativo. A poco entró Julia, trayendo en un plato algunos gajos de naranja, á fin de humedecer los labios encendidos de la doliente: al pasarlos por su boca entreabierta, mistress Needle iba mezclando alguna jaculatoria: —Jesús mío, me pongo en vuestras santas manos.—María, Madre mía, obtenedme la paciencia.—No reconociendo á Julia, continuaba el discurso ó el delirio, si se quiere, con su primogénito.—Te ayudaría á completar la educación.... Clara y Clemencia.... casarlas....—Descubriendo Julia un principio de enagenación, y adivinando con la prontitud de su ingenio algún designio de familia tratado antes con el joven, se acercó á la oreja de la pobre, diciendo de un modo persuasivo: —Tranquilizaos, señora; no está solo el señor John;

aquí teneis á vuestra Julia.—Todo en vano: los nombres de John y de la joven unidos jugaron en la fantasía de la delirante, que murmuró: —John y Julia.... sería madre en mi lugar....—Añadió Julia más eficazmente: —Sed buena, mistress Needle; no os confundais ahora. Decid más bien: —Jesús mío, tened piedad de mí.—Como callase la enferma: —Vamos, añadió Julia, no os fatigéis; tranquilizaos y descansad.

La dulce voz de Julia obtuvo el efecto de interrumpir aquellas palabras, con vivo placer del joven, quien fué tan dueño de sí, que no dió señal de que comprendía ni de que estaba muy atento. Atribuyó Julia las palabras de la Needle al ansia de que siguiese allí por las niñas: ¡tan lejos estaba de sospechar á donde iban! La conversación del matrimonio casi había sido el trabajo último de la mente de la enferma, y dejó en ella naturalmente una impresión profunda. En los frecuentes delirios que siguieron al cambio primero de personas, no fué posible que Julia dejara de oír algo relativo á ella. Procuraba bellamente romper las palabras en la boca de la enferma, y desviar aquellas frases truncadas: las mujeres de la casa la llenaron de habladurías, poetizando sobre las

frases del delirio, con cien invenciones fantásticas, pronósticos y augurios. Miss Mary, que ¡pobrecita! procuraba como Julia servir asiduamente á la señora, después de abandonar la cámara, desahogábase con gemidos y lamentaciones con los que creía de su propia manera de pensar. No vacilaba un punto en descubrir un manifiesto castigo de Dios en la enfermedad, y sobre todo en la boda infeliz que veía en lontananza. La mayor parte de los familiares acariciaban con poco gusto la idea de saludar como señora á la dama de mistress Needle, pero no se persuadían de aquel extremo desastre que imaginaba la vieja rencorosa: las mujeres, por regla general, se conformaban de buen grado con el pensamiento. Kelerina estaba llena de gozo, y no dejaba de inferir mil chismes á Julia, que la reprendía, si bien inútilmente, diciendo: ¿Hasta tú das valor á estas necedades? ¡Ay de tí como llegues á repetir las chácharas de las mujeres!—

Naturalmente, ninguno de la familia baja se atrevió á participar al señor las disertaciones del marmitón ó del guardarropa. Ni pensaba el joven en averiguar lo que sucedía, encontrándose ocupado en su madre, á la que servía con solicitud. Había

escrito á un banquero de Newcastle, gran fachendón y gran amigo de los Needle rogándole que tuviese pronto una pequeña habitación en su casa, á fin de retirar allí á las niñas, con una camarera, si la crisis de la semana tuviese mal resultado. Había también acordado, antes de perder su madre el conocimiento, que no se fuera el sacerdote de noche ni de día. Dos ó tres veces los mejores médicos de Newcastle y de Carlisle tuvieron consulta en las habitaciones de la enferma: esperaban, pero sobre todo temían. John se acostumbraba, contra todas sus inclinaciones, á ser jefe de la casa, siempre oprimido por mortales angustias, pero disimulándolas bajo aparente conformidad.

Entre tanto, quiso Dios que, contra la expectación de los médicos y las profecías de miss Mary, el parasisimo fuese ménos terrible de lo que pareció indicar la marcha de la fiebre en los dias anteriores. En el nono y en el décimo refflorecieron vivísimas esperanzas de salvar aquella vida tan amada. La enferma volvía en sí de vez en cuando, aunque con una mente tan débil, que parecia una criatura. Lleno el período de la enfermedad con la segunda semana, las esperanzas se convirtieron casi

en certidumbre: la convalecencia declarada por los médicos hizo renacer el gozo en la familia y en el castillo.

Desde que la señora recobró un tanto el uso de la razón, no dejó escapar de su boca palabras alusivas de cerca ó de léjos al matrimonio de su primogénito; en su virtud, pasado el delirio, quedó como un enigma, en torno del cual ejercitaban su talento los familiares. Julia hubiera querido que se olvidasen y que se desvaneciesen todas las reminiscencias. Entre tanto supo que John se había enterado de las habladurías corrientes, y advirtió por las relaciones de los criados que no procuraba poco ni mucho decir las, confirmarlas, ni explicarlas. Dábale sobre todo en qué pensar que John, que habíala tratado de continuo muy cortésmente, pero con frialdad, después de la dolencia de su madre, le dispensara tantos miramientos, que no hubiera podido dispensarlos mayores á una señora ilustre albergada en el palacio Needle.—Nada, decía, revela ciertamente amor en su modo de obrar, y mucho menos en sus palabras; pero su actitud ha mudado; y no poco. ¿Habría en los delirios algo de verdad? ¿Tendrían algún fundamento las charlas de los sevidores? Julia no sa-

bía poner en claro sus sospechas, y mucho ménos pensaba iniciar asunto tan escabroso; pero estaba firmemente resuelta á interrumpir cualquier indicación que le hicieran, y á tomar al día siguiente el camino de Nápoles. Creía tener para ello dos ó tres razones perentorias. No tardó mucho en verse precisada á probar su ánimo varonil.

Las muchas habladurías del palacio no pudieron contenerse tanto que no llegasen á traslucirse un poco fuera. Miss Mary, que era la que más temía lo que consideraba el exterminio de la casa Needle, echó mano de sus medios para impedirlo, y aprovechando la coyuntura de las visitas de convalecencia que recibía frecuentemente la señora, aludió á los designios que juzgaba ruinosos, pintando á Julia con muy negros colores, siempre con el propósito de merecer el título de salvadora de la casa. Consiguió, como efecto natural, que los parientes y amigos supiesen lo que pasaba, y que John viera dentro de poco llover cartas confidenciales, en donde algunos benévolo amigos le contaban las habladurías corrientes sobre su persona, y encajecían la conveniencia de callarlas, indu-

ciendo á su madre á enviar á Nápoles, á la señorita italiana.

Pues bien. Esta inesperada intervención de los extraños en las cosas que le correspondían íntimamente, obraron en John diametralmente lo contrario al intento concebido por las personas referidas. Parecióle sobre todo encarecimiento mal que la noticia se hubiera traslucido, y principalmente que otros se quisieran meter de tal guisa en sus asuntos. Ciertamente que, según su propia confesión, no veía como si fuese de piedra las brillantes circunstancias personales de Julia, y que mucho más sensible había venido á ser á consecuencia de las conversaciones con su madre; pero no había concebido un verdadero plan de casarse con ella. La oposición le hirió en lo vivo, estimulándole como un espolazo en nno de los ijares; las veleidades hipotéticas se convirtieron en voluntad seria, deteniéndose en ella con espíritu firme, con toda la energía de sn índole profunda, fiera, incontrastable.

Respondió á los consejeros dándoles gracias por el interés que su reputación les inspiraba, y añadiéndoles que Julia era de una casa más noble que todas las de su parentela; que su familia estaba exenta de to-

da mancha, y que no le deshonoraban las hablaturías. Añadió que fuesen éstas las que fuesen, no debían arrancar del lado de su madre, aún no restablecida del todo, la amiga y confidente de su corazón; que no había dicho una palabra ni media sobre casarse con Julia, y que si tomaba la resolución de buscar una compañera, consultaría las leyes del honor, aún cuando los demás no le aconsejasen.

La madre de John, salida de su convalecencia, no recordando nada, y no advertida de los delirios pasados, sólo pensaba en las cosas dichas con la mente sana. No quedó poco maravillada cuando encontró á su hijo resuelto á cambiar la media idea en una idea fija. Antes de manifestar su parecer, procuró descubrir los lados del partido: todos le parecían ventajosos y respladecientes, menos dos: la dote y la opinión pública; es decir, las dos dificultades desde un principio traslucidas. De la dote se podría prescindir si John estaba enamorado realmente de Julia; más ¿cómo provocar sobre la familia la reprobación de los parientes? Sobre la primera dificultad, John no se dignaba siquiera responder: á la gran razón de las consecuencias, responde terminantemente:—Nos corresponde á no-

sotros formar la opinión justa. Veis que no disparato, sino que voy adelante, racionando cual un filósofo. Si quisiese, podría hoy mismo prescindir de este amor: no quiero. Más que los otros me parece bien, y por añadidura veo motivos brillantes para no retroceder. No me apasiono fácilmente de cualquier mariposa que vuela delante de mí, por cuanto en cada joven descubro un yugo para mi carácter independiente. Sólo Julia me parece que no sería una cadena, porque sabría soportarme y descubrir á través de mi rudeza que tengo corazón para estimarla.... Vos tendríais en ella, más que una nuera, una hermana, con la cual viviríais en la mayor armonía: mis hermanas acabarían de instruirse ó educarse bajo su dirección.... estas son razones; las demás son chácharas, que no me importan un bledo... Que ha estado aquí como dama de compañía... ¡Gran cosa! Digo, y diré siempre, que Julia, por su nacimiento, por su educación, por su porte y por todo, es tan superior á las damas de compañía, que cuantos la encuentren en un salón, se verán constreñidos á cumplimentarla.—

Los días pasaban, sin que tales conversaciones condujesen á novedad alguna. Mis-

tres Needle sufría mareos. Algunos días su corazón iluminaba su porvenir como un paraíso terrestre al lado de Julia, la cual, después de hacerle la más dulce compañía, cerraría sus ojos juntamente con sus nietos. En otros días el verdadero espantajo de la desaprobación del mundo la llenaba de terror irresistible. John por el contrario, no vacilaba.—No tenía prisa, exclamaba dirigiéndose á su madre; pero, después de tantas habladurías, es preciso concluir de una vez.—En su virtud, teniendo mistress Needle que al fin su hijo pusiese término á la cosa diciendo: "lo he decidido, y ha de ser," resolvió decir algo á la misma Julia; pero sin ultimar nada, con el objeto de saber con certeza cómo escucharía una proposición tan grave, no bien llegase la oportunidad de formularla.

Comenzó, pues, á hacerle muy en el aire alguna indicación vaga. Julia, que comprendía perfectamente la cosa, no quería darse por entendida, y desviaba la conversación; estaba decidida de todo punto á esperar una propuesta formal para declararse. Fué preciso que la señora tomase la resolución de manifestárselo con alguna claridad. Estudió tres días, y después de preparar no poco las frases en su boca,

con muchas vueltas y raevueltas, llegó á las palabras inevitables:—¿Qué dirías si John tuviese algún designio sobre tí? No es una cosa segura . . . nada de firme.

Julia no se avergonzó, ni se conmovió, ni titubeó un instante, respondiendo únicamente:—Señora, son preguntas á las cuales podría sólo contestar desde mi casa.

—Ya te comprendo, dijo mistress Needle; más cuándo te hallases en ella, ¿debería esperar ó temer?

—Respondería demasiado si dijese lo uno ó lo otro.

—¿Qué fría eres! exclamo mistress Needle: ¡que prudente! ¡Y sin embargo, estás con la que llamas tu madre! No te pido una respuesta definitiva en un instante; sólo quiero saber si te ofenderá que trate yo la cosa un día ú otro con todas las conveniencias; no comprometes nada tu libertad.

Julia tomó las manos de su señora, y estrechándolas afectuosamente:—¡Ah, madre mía! dijo; no empleo con vos frialdad ni política . . . hace algunas semanas que estoy en un potro, esperando una palabra vuestra que me permita hablaros con el corazón: tengo razones que me fuerzan á confesaros que no podría ni ahora ni des-

pués aceptar el honor á que os referís. ¿De qué sirve que revele las razones? Sería poner en tela de juicio lo que para mí está fuera de toda discusión. Únicamente deseaba poderos decir hace tiempo que, después de las muchas habladurías que han circulado, yo, con gran disgusto, no tengo más honrosa salida que huir inmediatamente á Nápoles. No puedo continuar aquí un día siquiera como dama vuestra, habiéndose dicho de una manera ó de otra que me suponía esposa: padecerían vuestro honor, el del señor John y el mío.

Mistress Needle quedó un momento herida por la descarga á quema-ropa, sin saber qué replicar. Después, reponiéndose un tanto:—Julia mía, dijo, haz cuenta de que nada he dicho . . . Yo hago cuenta de que nada me has contestado. Pensaremos en otras cosas. En cuanto á salir de aquí . . . me destrozas el corazón: ¿pobres hijas mías! ¿cómo las dejas . . . ? Pero tienes razón: con el honor no caben pactos. Empero, no es menester huir: basta que te vayas cómodamente, con un motivo plausible que hallaremos, de lo contrario, daríamos una campanada.

—Es mejor, dijo Julia, no diferir la re-

solución; las cosas que se dejan por hacer no concluyen bien. Está mi padre advertido, y me contesta que, no bien avise por telégrafo, hará partir á mi tío y curador; lo encuentro en Newcastle, y torno con él á Nápoles.

Por estas palabras, mistress Needle infirió que Julia lo había previsto todo, y que la propuesta negativa era un propósito largamente madurado. Veía un nudo intricable, . John estaba decidido á obtener la mano de Julia, y Julia resuelta á no oír hablar de la cosa. De todas maneras, no pudo menos de alabar en su corazón el digno y delicado proceder de la joven. Su primogénito no dijo por entonces palabra, y su madre no tuvo valor para participarle la categórica negativa de la napolitana: hízole sólo comprender que habiéndose pronunciado la palabra matrimonio, era indecoroso que continuara ella en Parque Verde.

Llegado el día, Julia partió entre los llantos inconsolables de sus discípulas y de la pobre Kelerina, como también entre las lamentaciones de los familiares. Sólo triunfaba miss Mary, que decía á los que la que-

rían oír: "Si hubiese tomado este partido un año antes, cuando lo aconsejaba yo, no hubieran llovido tantos infortunios sobre la casa Needle." Acompañó John á Julia, pronunciando algunas palabras corteses y nada más, añadiendo sólo una sonrisa y una mirada que tenía no poco de cordial y de triste. Mistress Needle no había visto nunca en él aquella sonrisa ni aquella mirada. Quiso acompañar á la joven hasta Newcastle; la recomendó á su tío curador, y encargóle una multitud de obsequios para el Conde Octavio de los Laureles. Al despedirse por última vez, abrazando estrechamente á su amiga muy amada, le dijo:—Te llevas gran parte de mi corazón.

—Sabeis cuanta parte dejo aquí del mío, respondió Julia.

—¿Pero nada para John? ¿Propiamente nada? ¿Nada en efecto?

—Estimo á vuestro John por cien razones.... Si con su compañera fuese á Nápoles, haríale la visita más cordial del mundo.... ¿Quereis algo para Lourdes?

—¿Pasarás por allí?

—Sin falta.

—Pues bien: pide á la Madre de Dios

que afirme aún más mi fe, y nos obtenga otra gracia, que á todos interesa.

—Rogaré, dijo Julia, que nos quite de la mente todo pensamiento inútil; para vuestro hijo la cosa no será difícil. Habrá mañana desaparecido todo, y pensareis en dar una justa dirección á sus sentimientos. La hora de partir iba pronto á dar: mistress Needle condujo á Julia á la portezuela del coche: su beso último no sonó sin lágrimas sinceras de la una y de la otra.

LXXXVII.

EL CORAZON EN LA FAMILIA.

Julia se entretuvo un día deliciosamente en Nuestra Señora de Lourdes, con su tío; tenía precisión de templar su espíritu en los pensamientos de la bienaventuranza, y fortalecer su corazón con los consuelos religiosos. Si bien el hecho de cumplir el propio deber cede no poco en honra y alabanza de las almas generosas, la naturaleza frágil se resiente con frecuencia, y gime bajo la cuchilla del sacrificio. Ella observaba deshecho su nido en un instante, cuando más dulce le parecía, y rotos de

que afirme aún más mi fe, y nos obtenga otra gracia, que á todos interesa.

—Rogaré, dijo Julia, que nos quite de la mente todo pensamiento inútil; para vuestro hijo la cosa no será difícil. Habrá mañana desaparecido todo, y pensareis en dar una justa dirección á sus sentimientos. La hora de partir iba pronto á dar: mistress Needle condujo á Julia á la portezuela del coche: su beso último no sonó sin lágrimas sinceras de la una y de la otra.

LXXXVII.

EL CORAZON EN LA FAMILIA.

Julia se entretuvo un día deliciosamente en Nuestra Señora de Lourdes, con su tío; tenía precisión de templar su espíritu en los pensamientos de la bienaventuranza, y fortalecer su corazón con los consuelos religiosos. Si bien el hecho de cumplir el propio deber cede no poco en honra y alabanza de las almas generosas, la naturaleza frágil se resiente con frecuencia, y gime bajo la cuchilla del sacrificio. Ella observaba deshecho su nido en un instante, cuando más dulce le parecía, y rotos de

manera bien desagradable los vínculos de una familiaridad suavísima. ¿Por qué había debido retirarse, casi fugitiva, de Parque Verde? Porque su fortuna no estaba seguramente al nivel de su nobleza, y porque, á los ojos del mundo, lo ilustre de su linaje parecía empañado por el oficio, casi servil, por ella ejercitado; sentíase sin fuerzas para entrar en su casa donde se hallarian mal ella y su esposo. Renunciar á la mano de John no era para el corazón de Julia una herida sensible, porque aún no había sentido un amor tan inesperado; pero la causaba dolor grandísimo deber abstenerse hasta de pensar en él, por lo distinto de su condición.

La herida interior hallaba su bálsamo en la conciencia de haber dignamente declinado una honra inconveniente, y de no haber comprometido por su propia utilidad el honor de la familia que consideraba su bienhechora. La fe y la piedad dulcificaron la humillación, presentándose de nuevo con frente serena y semblante tranquilo. En el ínterin su curador le iba informando minuciosamente de las condiciones de la familia y de sus asuntos. Había logrado arreglar bastante sus intereses, y esperaba poder rendirle cuentas de su ad-

ministración apenas llegaran á Nápoles, por haber ella llegado á la edad legal. Había conseguido al fin los cuatro mil ducados que manejaba en nombre de su pupila y que habían ido á lo profundo en la común desventura. No era ciertamente un gran capital, pero sí una cosa regular, que podía unirse al considerable legado de Smith. Quedábale además á Julia la casa de la Sandía, salvada del desastre.

En Nápoles halló á su familia muy alegre y gozosa por verla nuevamente, después de tan larga ausencia. El conde Octavio, socorrido regularmente por su hija, había vuelto á vivir en la ciudad, y había montado una habitación no señorial, pero decente. La condesa madrastra, durante la ausencia de la joven, había, por fin, aprendido á tenerla en el buen concepto que merecía, y que no le dispensó estando presente. Llegaba Julia, por otra parte, con el semblante lleno de paz y la sonrisa en los labios; lejos de recordar las ofensas y los servicios prestados á la familia, preséntase respetuosa y afable con su madrastra é hijos de ésta, á los cuales afectuosamente llamaba hermano y hermana.

Tomóla su padre aparte, queriendo que le manifestase con todos sus pelos y seña-

les la causa de su vuelta repentina y misteriosa. Julia en pocas palabras le confesó la verdad, siendo su conducta grandemente aprobada y encarecida por el viejo noble.—Esto no impide, añadió, que debamos gratitud eterna á tales señores. Escribiré una carta de gracias. . . . Quiero que conozcan que, por haber decaído de nuestro rango: no nos faltan sentimientos cristianos y caballerosos. No me pesa manifestarme reconocido á quien nos alargó la mano en nuestra desventura.—La carta para mistress Needle partió aquel mismo día, escrita dignamente, sin la más lejana alusión al motivo por el cual Julia habíase alejado de Parque Verde. Julia incluyó dos hojas de papel finísimo, llenas de gratitud, de cortesía y de afecto. Mandaba innumerables besos á sus discípulas: de John no hablaba sino en general, prometiendo conservar diariamente más vivo el recuerdo de Mistress Needle y de su familia.

Respondió á vuelta de correo la señora, en términos de la más afectuosa cortesía. Dijo al conde que no entendía que hubiera Julia salido de casa Needle, ni dejado la educación comenzada de sus hijas, creyendo que habíase alejado temporalmente por motivos de delicadeza que la honra-

ban mucho, haciendo que la familia la respetara y quisiera más aún que antes. Añadió que juntamente con el capital que había Julia dejado en su poder; le haría llegar cada trimestre toda entera su pensión ordinaria. Así respondía mistress Needle al padre de la joven. A ésta, sin tocar la cuestión de los intereses, hablaba con el corazón en la mano, llorando desoladamente su propia condición, por verse privada de su amiga dulcísima; afirmaba que no sabía tranquilizarse ni conformarse con su suerte, como también que volviera de la muerte á la vida cuando, desvanecidos todos los obstáculos, pudiera confiarle nuevamente á sus hijas. No había en toda su larga epístola un saludo de su hijo, ni la menor indicación á su persona. Por el contrario, Clara y Clemencia correspondían á las ternuras de su Maestra con cien besos, y le daban las gracias por cuanto había hecho por su instrucción, y sobre todo (añadía la madre) “por el incomparable y celestial amor con que nos has encaminado á todos por la verdadera vía de la salvación eterna.”

No dejó trascurrir tiempo para replicar el conde Octavio de los Laureles. Dijo que agradecía extraordinariamente la inago-

table generosidad de mistress Needle, y que aceptado había sus favores cuando la mala fortuna le constriñó á salvar su honor con las fatigas honradas de su hija; pero que habiendo mejorado las condiciones de los suyos, no podía de ningún modo admitir la pensión, que carecería de título real, porque Julia se consideraba ya libre de su cargo de aya; finalmente, manifestaba que sin embargo quería asumir la obligación de la gratitud por la graciosa oferta, como si la hubiese aceptado en realidad.

Después de cuyas tres cartas hubo silencio casi cerca de un mes por ambas partes. Cuidaba Julia de su familia. Su padre que había envejecido mucho durante los dos años de vicisitudes domésticas, parecía rejuvenecer y renovarse con el nuevo sostén, porque su hija, además de las tiernas solicitudes con que le hacía olvidar su ausencia larga, le hizo entender que para la educación de sus hijos podía descansar en ella. —Ahora, decía, tengo todo el espíritu recogido en casa. Después de dos matrimonios que han fracasado con tan cruel humillación, sólo tocar semejante punto me daría fiebre. Tengo algo con que formar un nido para mí: entre la parte de la dote que ha vuelto á pescar el tío, la casi

ta que no pudo ir á pique, y aquel poco me hizo llover el Señor, hay bastate para que vivamos todos en quietud y caridad: viéndoos á vos y á toda la familia prosperar y crecer venturosa, experimentará gran placer mi corazón, que no busca otros objetos de complacencia.

—¿Crees tú que el hijo de mistress Needle te haya verdaderamente olvidado?

—A decir verdad creo ciertamente que nunca me amó de corazón. Figuraos que habiéndole visto durante un año ó más todos los días, no advertí nunca que me dirigiese una mirada simpática.

Entonces ¿cómo su madre de buenas á primeras manifestó deseos de que te casaras con él?

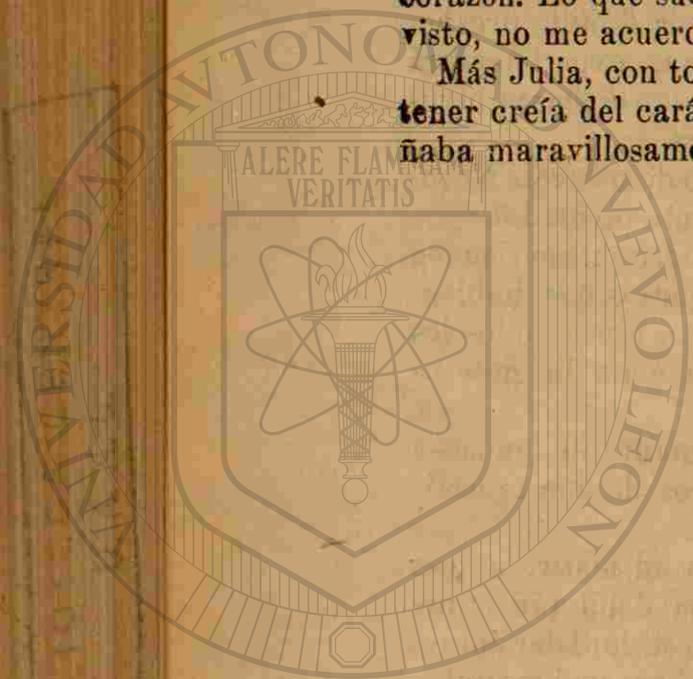
—No lo entiendo; en mi sentir, la cosa debió suceder así. estaba débil aún, y me quería mucho (¡ho! esto sí; lo debo confesar), me quería con el alma, ¡pobrecita! y parecíale bien dejarme acomodada con su hijo, así como dejar á sus hijas bajo mi tutela.

¿Y él?

—Connigo no dió señales de vida con una palabra siquiera, ni una indicación. Imagino que habrá tenido alguna vez el pensamiento de contentar á su madre; res-

ablecida ésta, más que otra cosa, dejaba hacer. Ahora, léjos de los ojos, léjos del corazón. Lo que sucedió sucedió, y si te he visto, no me acuerdo.—

Más Julia, con todo el conocimiento que tener creía del carácter de John, se engañaba maravillosamente.



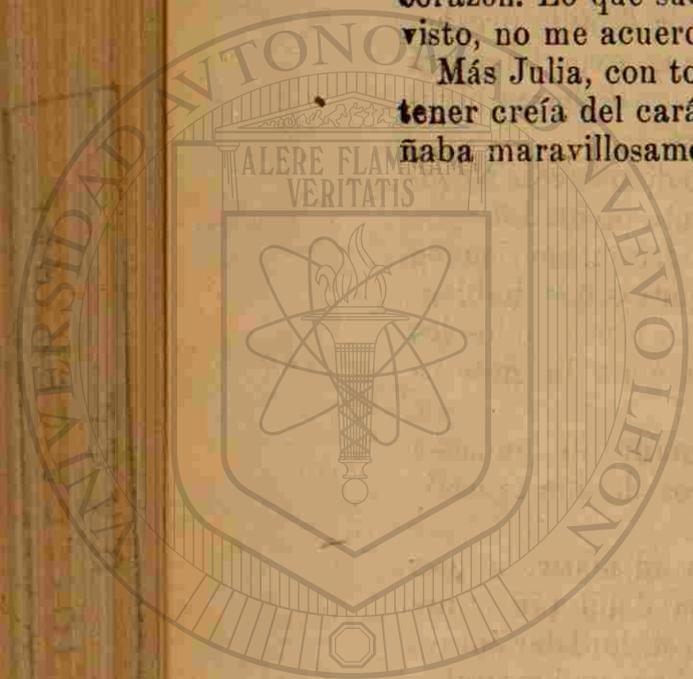
LXXXVIII.

UNA CABEZA DE HIERRO.

Mientras Julia en Nápoles consagróbase tranquilamente á cuidar con amor de su padre, de su madre y de sus hermanos, deseando sólo la quietud de una joven dedicada por completo á cumplir sus deberes de hija y de hermana, su recuerdo no dejaba tener paz en Parque Verde á los que habíanla conocido y amado. Los amigos de la casa Needle, á los cuales no se pudo encubrir la razón de su precipitado acuerdo, decían á su favor cuanto bueno imaginaban, reconociendo que nada más decoroso

ablecida ésta, más que otra cosa, dejaba hacer. Ahora, léjos de los ojos, léjos del corazón. Lo que sucedió sucedió, y si te he visto, no me acuerdo.—

Más Julia, con todo el conocimiento que tener creía del carácter de John, se engañaba maravillosamente.



LXXXVIII.

UNA CABEZA DE HIERRO.

Mientras Julia en Nápoles consagróbase tranquilamente á cuidar con amor de su padre, de su madre y de sus hermanos, deseando sólo la quietud de una joven dedicada por completo á cumplir sus deberes de hija y de hermana, su recuerdo no dejaba tener paz en Parque Verde á los que habíanla conocido y amado. Los amigos de la casa Needle, á los cuales no se pudo encubrir la razón de su precipitado acuerdo, decían á su favor cuanto bueno imaginaban, reconociendo que nada más decoroso

se podía desear en una doncella cristiana y celosa de su honor: aquella renuncia tan terminante á la dicha que le ofrecieron demostraba, según ellos, inteligencia y corazón: en su sentir, el muchacho debía dar gracias á Dios por haber tenido Julia más juicio que él. Por el contrario, Clara y Clemencia que ignoraban las semi-negociaciones estipuladas, no concluían de llorar á su amada maestra, cuyo nombre tenían á cada momento en la boca, sin saber consolarse de su partida sino con la esperanza de su vuelta próxima.

Lisongeábalas su madre, de un modo vago, con la esperanza del retorno, á pesar de creerlo muy difícil, y de reputarlo inoportuno, á no ser que John se casase pronto y pusiese casa, separandose de los demás de la familia. Aun en este caso, nada probable, dudaba mucho de la voluntad de Julia, poco dispuesta indudablemente á tomar de nuevo la batuta, una vez dejada. Esto no impedía que, al cabo de algunas semanas, más aún que en el primer momento de su despedida, sintiese destrozado su corazón por la pérdida de su incomparable amiga. Cien veces al día necesitaba de la joven, y cien veces experimentaba la gran amargura de tenerla tan le-

jos. Al fin se tranquilizaba, resignándose á medias, y diciendo:—Es una necesidad; lo quiere Dios: nadie puede hacer nada.—

No así John. Dejaba decir á los amigos de la casa que haría muy bien pensando en cualquier otro enlace; dejaba repetir á los parientes, convertidos todos en consejeros, que olvidase á la de Nápoles: por única respuesta murmuraba para sus adentros:—¡Hum! Veremos.—A su madre, que alguna vez le compelia con amor para que se casase, contestaba terminantemente:—No tomo dos partidos contrarios sobre un mismo negocio. Este grupo de consejeros que me disuaden de mi resolución sirve cabalmente para confirmarme más en ella. ¡Oh! Ninguno ha sabido darme una razón de valor; todos concluyen con un ¿qué se dirá? Pues bien; soy un sér racional: por medio de la razón, todo; por medio de chácharas, nada.—

—Esta bien; pero hay una razón buena: porque falta el consentimiento de Julia. ¿Te parece poco?

—Apuesto á que se ha retirado precisamente por prever el zumbido de los avispones, y que, si se cesase, otro gallo me cantara. Además, ¿quereis que lo diga todo? Si, arrojándose Julia en vuestros brazos,

hubiese dicho un sí bello, inmediato, sonoro, solemne, me hubiera hecho el efecto de un chorro de agua helada sobre mi cabeza. Empero su oposición al matrimonio por la disparidad de fortuna (no puede haber otro motivo) le ha dado á mis ojos la postrer aureola, si le faltaba. . . . O ella, ó ninguna. . . . A lo menos por diez años. —

La pobre madre no sabía que resolver. Por una parte parecía dulce que fuese su nuera la joven angelical adornada de todas las nobles prendas personales hacia la que sentíase compelida en el tiempo y en la eternidad. Conociendo, por otra parte, su índole piadosa y mansa, comprendía que ninguna sabría soportar á su hijo tan bien como ella, dominarlo á buenas y quererlo, á pesar de su naturaleza, leal, sí, pero inepta para demostrar una ternura: tales eran las consideraciones en favor de la joven. Empero ¿cómo ir contra la corriente general de los parientes? ¿Cómo se conducirían con ella, si quedaban descontentos los amigos y conocidos?

John no daba muestras de abandonar su propósito: su amor á Julia parecía confirmarse tanto más por el raciocinio, cuanto menos tenía de novelesco y de fantástico: dominábase para no romper con toda su

parentela; pero era más fácil atraer á los demás à su opinión, que hacerle desistir á él.

Aprovechó la madre una buena coyuntura para ponerse de acuerdo con la mayoría ó venir á una solución, fuese la que fuese. Esperaba en el castillo á varias excelentes mamàs, que de un modo especial procuraban con ahinco persuadir á John de que debía fijar su mirada en otro semblante. Habiéndolo traslucido el joven, dijo á su madre:—Mañana debo ir á Newcastle, haced mis veces, y presentad mis excusas.— La Needle comprendió su propósito; disimuló y dióle dos líneas para el banquero que tenían en aquella población. Era precisamente el designado por John para que cuidase momentaneamente de las pequeñas, si la enfermedad de su madre se agravaba muchísimo: hombre de mundo y protestante que sólo pensaba en su dinero y en sus negocios, pero amigo de la familia y de los parientes que acudían à él para los asuntos importantes, considerándole un cumplido caballero.

Decía el billete: “Amigo; conocéis lo que me tiene trastornada, como también à mi John y à mis parientes. Hoy se reuniràn, por una feliz coyuntura, cuatro ó cinco en mi casa. Me haríais un verdadero favor si

vinieseis à Parque verde, y me ayndada-seis à conseguir que los adversarios de mi hijo entraran en razón, ó me convencierais de que debía reducir al deber à mi primogénito. Dejo à vuestra prudencia la elección.—Vuestra afectísima, Ana Needle.”

Leida por el banquero la carta, miró maliciosamente al portador; tomóle de la mano y lo condujo á un salón, diciendole:—Señor Needle, soy el servidor más antiguo de vuestra casa y de muchos parientes vuestros; todos los cuales por su bondad, me juzgan hombre de honor y de corazón. Creo que igualmente vos me considerais tal. . . .

—Y también amigo, añadió John estrechando su mano, amigo verdadero y leal.

—Pues bien; dejad que os hable como amigo. ¿Creeis que un hombre que triplica vuestra edad puede ver más claro que vos en el asunto de las conveniencias mundanas?

—Lo creo, respondió John, adivinando á donde iba la pregunta.

—Podeis pensar que haya tomado un partido, fuera del que conviene á vuestro interés y á vuestro honor?

—Vamos, vamos; dejad los preliminares, y venid á la conclusión.

—Vedla, dijo el banquero: háceme sa-

ber vuestra madre que hoy han llegado á Parque verde algunos parientes vuestros...

—Para no hablar con ellos hoy, he venido á Newcastle.

—Vuestra madre, continuó el banquero, quisiera que interviniese y os aconsejase lo mejor, como también á ella. Oid, señor John; eso de no haber precipitado el asunto os honra mucho.

—No procedí de tal manera por las dificultades de los parientes, sino por un acto de conciencia. sobre todo desde que soy católico, no quiero disgustar á mi madre, santa mujer que me dió la sangre una vez, y me la daría veinte.

—Pues bien: por conciencia, es preciso que devolvais la paz á vuestra casa mediante una determinación definitiva.

—La he tomado.

—¿Cuál?

—Pedir la mano de Julia, ahora que está en su país, haciéndolo con las palabras más honrosas y eficaces: profundamente olvidarla el día en que no me permita el honor insistir más.

—Amigo, me choca no poco este amor de conveniencia, que se marcha ó acude á vuestro gusto.

—¡Oh! ¿Qué quereis? dijo John: soy así;

amo con el corazón, y más aún con la cabeza. Julia me gusta y conozco que la querría de veras: ésta me lo dice. (John se tocó la frente.) Siento que sería mi media naranja. Si después viera claro que la luna es hermosa, pero que no se puede coger con la mano, aguardaría tranquilamente que otra se me pusiera delante... Creo que me costaría diez años encontrar una semejante. Basta; persuadidme vos de lo contrario, y renuncio á mi capricho, aunque me cueste sangre confesar que dí un tropezón no bien quise disponer la cosa por mi mismo.

—Habladme claro, John (he vivido no poco en el mundo, y sé apiadarme de la juventud): este convencimiento, ¿nace todo de la reflexión, ó media compromiso formal por alguna galantería?

—Os aseguro, respondió John bastante ofendido, qué á no sufrir mi madre aquel delirio de que teneis conocimiento, ignoraría Julia si la quiero á ella ó á la emperatriz de la China.

—Os creo por vuestra palabra. Entonces, decidme, si la pregunta no es indiscreta, qué razones os mueven. Ella es un sol; esto lo he visto con mis ojos: decidme lo demás que os compele.

John, cobrando alientos por el amor racional que latía en su pecho, dijo con fuerza:—No me compele sólo la circunstancia de ser una de las más bellas criaturas que vivieron bajo la capa del cielo; como ella podría encontrar fácilmente una docena. Lo que no hallaría es una joven que, cual Julia, fuera de mi gusto por completo. Yo lo sé por mi mismo; soy todo de una pieza, incapaz de aprender las mil flexibilidades que la sociedad exige: ella, por el contrario, es tan amable como las *silfides* de nuestros poetas, y compensaría, por consiguiente, mi rigidez. Por lo demás, todos mis gustos son sus gustos: ha estudiado religión más que no pocos pretendidos maestros de Teología; sabe la lengua latina, historia natural, y tantas cosas más, que todos penden de sus lábios en las conversaciones... Para mí, que me quedo en Parque verde con más gusto que si recorriera en carroza las calles de Londres, no es poco encontrar una mujer así, que no se fastidiaría estudiando en mi biblioteca, sin echar de menos las diversiones de las ciudades. Prescindo de la nobleza de su carácter. Baste decir que á mi madre (ya sabéis si es mujer que se deja mandar por los otros) la dominaba como una niña; o-

bedecíala como mis hermanas, y no porque Julia quisiera señorear con atrevimiento. No por mi vida; pero hacíase respetar por la prepotencia de su mente tan educada, y por los atractivos de sus maneras tan amables. Si soy católico, lo soy por su ingenio, y mi madre se convirtió por su razón.

—No es gran mérito à mis ojos de protestante.

—En mi sentir, prosiguió John, es una prueba de su grande y noble carácter. Un año atrás hubiese jurado que primero se haría el Papa protestante que católica mi madre. Sin embargo, con sus buenos oficios, la dejó en una disposición de todo punto contraria, haciéndose, por añadidura, querer mucho de ella. Creo que no hay sobre la tierra una persona que le inspire tanta confianza como Julia. Estoy cierto de que metería yo en casa tal nuera, que envejecería en sus brazos tranquila y feliz, sin que debiese oír nunca una palabra desagradable, ni media. Al propio tiempo pondría una granmaestra junto à mis hermanas, que la quieren con frenesí. ¡Y ahora salen los prudentes diciéndome al oído que Julia no es de igual condición! Preseindiendo de que hay en su escudo nobiliario una

corona condal, que no pueden mostrar nuestros parientes, créola noble por sus cuatro costados, con nobleza de veinticinco quilates, por más que un inesperado infortunio la obligase algún tiempo à retirarse à nuestra casa. Su padre es un caballero distinguido, dos veces más hoy que dos años antes, por haber pagado à sus acreedores hasta el último céntimo, y por haber preferido quedarse solo con la camisa à figurar una quiebra que salvara lo que pusiese aparte! En fin, miss Julia es noble, es hermosa, es buena, y està modelada según mi gusto: para llegar à ser una cumplida señora fáltale solo mi nombre, que le daré sin falta, como no desdeñe mi amor.—

El maduro banquero dejó llover este discurso filosófico amoroso con la impasible frialdad con que hubiese oído los informes de una nueva operación mercantil que quisieran ultimar con él. Dijo solo à John, por vía de respuesta:—He comprendido. —Y se marchó à Parque verde. Allí, como buen juez pacificador, se puso à oír à la parte contraria, y à examinar à los testigos, pero muy especialmente à mistress Needle. Temia que hubiese John estudiado la materia, dejándose deslumbrar como la

mayoría de los que aman. Por el contrario, por las varias respuestas de la madre infirió que Julia, según la creencia de todos, tenía cualidades más bien superiores que inferiores á las que John le atribuía, no existiendo otros motivos de disgusto que la dote y la condición. — Pues bien, dijo; si tratára de un caso teórico, me decidiría por el no, aconsejando de todas maneras á John que desvaneciese su pensamiento; mas toda vez que las cosas han adquirido la publicidad que concebimos y está enamorado perdidamente....

— Poco á poco, añadió interrumpiéndole una buena tía de John, de trenzas que blanqueaban: me parece que no ha llegado á tal punto. Aquí en casa nunca le han visto haciendo zalamerías á la dama de su madre: su carácter noble no lo hubiera tolerado, y mucho menos lo hubiera sufrido mi hermana.

Perdóneme, respondió el banquero con galantería, perdóneme mi adversaria graciosa; mas debe saber que, así como hay dos especies de borracheras, la del vino y la de la cerveza, hay en el mundo dos clases de enamoramientos: la de los fántásticos y la de los razonables. La primera se distingue por su amor ligero, ruidoso y

rondador, que se manifiesta por medio de monadas, tonterías, dengues y otras locuras, que hacen todos los maricas cuando requiebran y dan de vueltas en torno de la sentimental: hé aquí el vino. La otra especie produce un amor fuerte, duradero y tenáz, que se demuestra del modo siguiente: Se fija uno en determinada mujer, y dice: "Aunque se oponga el mundo, la quiero." Hé aquí la cerveza. Yo conozco un amor racional, nacido por la lectura de un libro, que empolló bajo la ceniza muchos años, cada vez más encendido. Al fin, el autor, que es un cumplido caballero, encontró felizmente á la lectora, que es una perla.... En aquellos años no se habían visto personalmente, ni en pintura, ni se habían escrito nunca una línea. El primer conocimiento se hizo por fotografía, cuando la negociación estaba ya casi sellada y bendita. ¿Qué le haríamos si John hubiese cojido una embriaguez de tal clase? En mi sentir, tendríamos sólo que acabarle de arreglar la cosa. ¡Pero la dote! Volvemos á lo mismo: si hubiéramos de comenzar, diría: — Atiéndase también á esto; habiendo la chanza ido tan adelante digo: Hagáse de la necesidad virtud. Por fortuna, el señor John no adelantará mucho con ocho ó diez mil

libras esterlinas, ni retrocederá mucho si no las logra; por añadidura, el que se contenta, goza.

—Además, observó mistress Need'e, conviene decir que la señorita Julia tiene dote sin duda: una casa junto al mar, á dos pasos de Nápoles, y unas cien mil libras en poder de banqueros . . . y acaso alguna cosa más que saldrá; en suma, no se puede decir que venga sólo con lo puesto.

—Son bagatelas, respondió el amigo, más algo es. No veo sino una dificultad seria: la de haber llevado el nombre de dama de compañía, y maestra, cabalmente aquí (los circunstantes oyeron entonces con más fijeza). Ciertamente, debiendo el señor John elegir en el ramo, no le diría: Arroja esta carta; más habiéndola tirado, conviene indagar si toda regla sufre excepción. No se trata de una joven del vulgo, que ha subido con un poco de mónita, sino de una doncella de clarísima sangre, que cualquier noble de su país hubiera podido llevar á los altares dos años atrás con grande honra; de una doncella de carácter hermoso y de fina educación, que, si bien eclipsada un instante por la suerte infeliz, no lleva en sí ni en sus parientes mancha alguna deshonrosa. Sostengo que

la casa Needle no se rebaja emparentando con su familia . . . Mucho más si el marido y los parientes saben con leales y generosos miramientos poner á la esposa en el grado debido. Así no le obligarían á él á dar ninguna campanada con disgusto común, manteniéndose, sin detrimento del decoro, la paz de la familia.—

Calló entonces el consejero. Nadie tenía contra Julia personal adversión; habíanla visto y admirado en las conversaciones muchas veces, conociendo además á qué lado se inclinaba la madre del joven. Oídas las sensatas reflexiones de un hombre desinteresado y conocedor del mundo, comenzaron á retroceder, casi desdiciéndose:—Nunca he dicho yo que la casa quedaría deshonorada, comenzó uno.

Otro:—No ha sido mi ánimo hacer la oposición; aduje solamente algunas observaciones.

—Al fin de cuentas, replicó una señora, mistress Ana dirá si quiere á Julia por nuestra.

—Contento John, contentos los demás, añadían otros: trataremos á la pareja feliz como corresponde.

En una palabra, una conversión general, en la que todos caían: primero los hom-

bres, y después las mujeres. Parecía que cada uno deseaba decir:—Yo no me opuse.—Mistress Needle, logrado así su propósito, y creyendo concluido lo fuerte de la guerra civil, licenció á su corazón para que obrase según sus afecciones, en armonía completamente con las de su primogénito. Dirigió sus solicitudes á la guerra exterior, procurando vencer las dificultades de la propia Julia, que hasta entonces había disimulado, para no proporcionar nuevas armas á sus enemigos. Tomó sus medidas con el joven antes de que surgieran otras contradicciones. Pensaba éste ir derechamente á su fin, escribiendo al conde Octavio de los Laureles y á Julia: no sabía imaginar otro medio.

—No, dijo la madre; estos asuntos los arreglan mejor las mamás entre sí que los hombres, y sobre todo los jóvenes, que suelen echarlo todo à perder. Escribe un billete tú, destilando en él una gota del corazón, y pensaré yo en lo demás.

Escribió ella realmente una carta cumplidísima al conde de los Laureles, exponiendo el designio de John, protestando que lo aprobaba, y pidiendo formalmente la mano de Julia para su hijo. Recibió á vuelta de correo una cumplidísima respues-

ta, en la cual el conde francamente rechazaba el partido propuesto, indicando con dignidad la razón de las conveniencias sociales, por las que Julia no accedía, sin que pensara contradecirla. Mistress Needle calló enteramente á John la negativa. Escribió de nuevo que no se le ocultaba que podrían surgir algunas dificultades; pero que limitándose á la de las conveniencias, la discutiría personalmente, puesto que tardaría poco en ir á Italia, con el fin de pasar el invierno.

La joven, á quien su padre dió á leer la réplica, dijo:—Sabré desvanecer esta maquinación. Halladme un convento en Roma, donde me pueda retirar, si es necesario. No bien sepámos que vienen, me iré á él. Les direis:—Perdonad; el otro día precisamente Julia se marchó, á fin de hacer ejercicios espirituales. Entonces comprenderán que no quiero entrar en este asunto.—Agradó al padre de Julia el enérgico expediente, por haber aprobado de todo punto las intenciones de su amada, por si mismas, y también por no descubrir en ella ningún afecto al joven solicitante. Para el retiro de Julia, se designó el monasterio de Villa Lante, en Roma, donde no se halló dificultad alguna. La excelente joven tuvo

pronto dispuesto el saco de noche para su padre, y para sí lo suficiente, durante algunas semanas á fin de poder siempre subir al tren y tomar las de Villadiego.

Sólo que ni ella ni su padre habían contado con la huésped. Cinco días después de su carta, y nomás, mistress Needle llovía sobre Nápoles, dirigiéndose con sus pequeñas derechamente á casa del conde. ¡Casualidades que ocurren! El conde, la condesa y Julia estaban á punto de salir á paseo: quedaron sorprendidos casi á la puerta. Todas las políticas y estrategias, meditaciones con gran estudio, resultaron inútiles por el hecho, y Julia se halló en los brazos de mistress Needle, así como devorada por los besos y caricias de sus alumnas. La idea de huir á Roma después que su dulce amiga y bienhechora había llegado á Nápoles, convertíase para Julia en una grotesca grosería y en una verdadera ridiculez. No le quedó más partido admisible que armar su corazón para la inevitable batalla, en la cual estaba resuelta firmemente á quedar vencedora.

LXXXIX.

EL AMOR RACIONAL.

Durante los primeras días que mistress Needle pasó en Nápoles, no dió batalla contra el corazón de Julia; ni siquiera la intentó con una escaramuza. Sacábala, sí frecuentemente de su casa, queriéndola consigo durante el día para los paseos, así como temprano para ir á las iglesias y hacer las devociones. En esto la convertida y la napolitana iban acordes como Cástor y Polux. El primer fuego se abrió una semana después, presentando la señora una carta de John, dirigida "A la noble dama

pronto dispuesto el saco de noche para su padre, y para sí lo suficiente, durante algunas semanas á fin de poder siempre subir al tren y tomar las de Villadiego.

Sólo que ni ella ni su padre habían contado con la huéspedea. Cinco días después de su carta, y nomás, mistress Needle llovía sobre Nápoles, dirigiéndose con sus pequeñas derechamente á casa del conde. ¡Casualidades que ocurren! El conde, la condesa y Julia estaban á punto de salir á paseo: quedaron sorprendidos casi á la puerta. Todas las políticas y estrategias, meditadas con gran estudio, resultaron inútiles por el hecho, y Julia se halló en los brazos de mistress Needle, así como devorada por los besos y caricias de sus alumnas. La idea de huir á Roma después que su dulce amiga y bienhechora había llegado á Nápoles, convertíase para Julia en una grotesca grosería y en una verdadera ridiculez. No le quedó más partido admisible que armar su corazón para la inevitable batalla, en la cual estaba resuelta firmemente á quedar vencedora.

LXXXIX.

EL AMOR RACIONAL.

Durante los primeras días que mistress Needle pasó en Nápoles, no dió batalla contra el corazón de Julia; ni siquiera la intentó con una escaramuza. Sacábala, sí frecuentemente de su casa, queriéndola consigo durante el día para los paseos, así como temprano para ir á las iglesias y hacer las devociones. En esto la convertida y la napolitana iban acordes como Cástor y Polux. El primer fuego se abrió una semana después, presentando la señora una carta de John, dirigida "A la noble dama

Julia, de los condes de los Laureles." Sucedió en casa del conde y en el mismo cuarto de la joven. Ella dijo sin conmoverse.

—¿Sabeis, señora, de qué trata el billete?

Figúratelo, respondió la señora con una sonrisa.

—Bien, entonces permitiréis que, sellado, lo envíe á mi padre.

—Pero, ¿que dudas, hija mía? Hace poco, cuando salió de casa, le pedí permiso.

—No importa respondió Julia: tendré el gusto de que rompa los sellos.—

Dijo, y llevólo incontinenti, al conde, dejandolo sobre su escritorio. Mistress Needle no se ofendió por la delicadeza, ni dijo una palabra del propósito de la epístola. Habiendo salido y vuelto el padre, Julia recibió la carta abierta, que decía:

"Muy gentil señorita Julia: Creo que mi madre habrá tratado con vos y con vuestra familia de los designios de mi corazón; pero faltárame á mí mismo dejando de comunicároslo también directamente. No los demostré cuando alegrábais con vuestra presencia nuestro palacio, porque mi propósito no estaba maduro, y las circunstancias no eran oportunas para manifestarlo. Ahora puedo afirmar que figurará entre

los dias más dichosos aquel en el cual sepa que la señorita Julia no desdeña mi amor. Esta revelación me parecerá una gracia incomparable del empíreo. No añado esfuerzos de palabras afectuosas, por que no las sé imaginar. Mas tampoco sé mentir, y mucho menos hacer traición á la joven con quien tengo supremas obligaciones, á la cual solicito para compañera de mi vida. Miss Julia puede tener la seguridad de que, dandome su corazón, será correspondido constantemente con un respeto y amor tan verdadero y profundo como se lo ofrece ahora.—John Needle."

Al leer Julia estas frases francas y dignas, sintió cierta simpatía especial por el joven: era la primera; más bien compasión que amor.

—¡Pobre joven! exclamó: es el mismo de siempre; durillo, más sincero... Merecería una compañera que supiese leer en su corazón bueno y leal... Mas no seré yo: él no toca la cuestión... y es insoluble.—

Así hablaba Julia; mas desconfiando de sí misma, fué á pedir nuevamente consejo á su director espiritual. Era un respetable canónigo que la dispuso para la primera Comunión, confortándola después en el bien

hasta que salió de Nápoles. No habiéndole hallado por la mañana en la iglesia mandó á su casa la epístola de John, rogándole que le aconsejara una respuesta oportuna.

Al día siguiente lo encontró en la sacristía, oyendo esta contestación.

—Oid hija; la carta de ayer no cambia las cosas. Aunque estuviérais decidida completamente á recibirle por marido, y resignada, con perpétuo sacrificio del amor propio, á sufrir en paz todas las mortificaciones, todos los agravios y todos los ataques que por desgracia deberíais esperar de los ingleses, no veo que vuestra conciencia peligre. Por este lado nunca tendríais que reprocharos á vos misma de haber entrado en aquella familia: os quieren de común acuerdo el hijo y la madre, lo cual es claro como la luz. Mas para que podais dignamente meteros en el laberinto, no basta que os determineis á sufrir y á callar, es menester también que sintais en vuestro corazón un principio de afecto formal hacia el amante, prometiéndoos razonablemente mantener vivo el fuego hasta la muerte. Sin esto, es cosa inmoral prometer el sagrado amor delante de la Hostia y del Cáliz. Examinaos vos misma y resolved, por

que no quiero ir más adelante: ni aconsejaros ni disuadiros.—

Volvió la joven á su casa confirmada en su propósito, á lo menos por entonces.— A lo más dijo, podría someterme para corresponder á los beneficios de mistress Needle.... Empero mucho amor á él.... No le tengo aversión, siempre lo aprecié, y lo aprecio diez veces más que cuando sólo le juzgaba por las apariencias; ¿pero amarle, propiamente amarle....? La primera palpitación un poco tierna la he sentido al leer su carta.... hay algo bueno en ella.... es franca.... prueba también que tiene corazón.... un carboncito latente.... Mas no se trata de su corazón, sino del mío.... Necesitaría casi una resolución heroica.... ¡Ah! ¡Si tan bendita señora hubiese tardado tres días! ¡A saber yo su llegada!—

Mientras Julia pedía consejo y reflexionaba, mistress Needle no permanecía ciertamente ociosa. Cogió á solas al conde Octavio, poniéndolo entre la espada y la pared, á fin de que con su autoridad persuadiese á Julia. Con todas las cuestiones posibles de intereses; formó un haz, y le cortó diciendo:—Nosotros no queremos sino á vuestra hija: es bastante para que sea

feliz mi hijo, que tendrá una esposa excelente, para que sea feliz yo, que tendré una nuera inmejorable, y para que sean felices mis hijas, que tendrán una segunda madre. Esto vale más que cualquier grandísima dote. Lo que llevará consigo, está resuelto que sea para sus alfileres, y al ir de vuestra casa á la mía no se llevará un céntimo de aquí; dicho sea esto una vez para siempre.—Y prosiguió exponiendo las razones que, según ella, podían determinar á un buen padre en semejante asunto, sobre todo dejando entender que Julia sería bien recibida aún por los parientes.

El conde Octavio se conmovió. En el gran argumento de la disparidad de condición se fijó poco desde su principio, pareciéndole, por ser viejo y honrado caballero, que el nombre de los Laureles no había caído tan bajo que pudiese deshonorar á una familia británica, sin título alguno de nobleza. Con respecto á la dote, comprendía que la Needle no se fijaba en ella, quedando sólo la repugnancia de su hija. En cuanto á esto último, tenía pocas ganas de intervenir, y exclamaba con frecuencia:—Mi Julia tiene ya edad, y tanto juicio, que puede disponer de sí, no conviniendo que intervenga con mi autoridad en cosa de que pen-

de su dicha futura.—Mistress Needle tomó estas palabras á la letra, y dijo:—Ahora bien: ¿no os disgustará que trate yo directamente con vuestra hija?

—Lo podeis hacer, señora; tengo confianza en vuestra discreción.

—¿Y ratificais desde ahora sus determinaciones?

—A fin de hacerlo con una respuesta definitiva, me tomaré tres días.—

Aún no habían terminado estas palabras vino Julia que no viendo claro, llegaba con el fin de recomendar á su padre que permaneciera firme, á lo menos una hora. Mistress Needle fué á su encuentro:—Julia mía tengo precisamente necesidad de verte. De tu padre no estoy descontenta; veremos si me descontentarás tú.—

Julia echó á su padre una mirada, con la cual parecía preguntarle:—¡Oh! ¿Me habeis abandonado?

El padre le dijo:—Oye á esta señora: yo no he dicho nada en pró ni en contra.

—Sin embargo, estoy contenta de vos, señor conde, dijo mistress Needle.—Tomó en seguida afectuosamente á Julia de la mano, y con la plena confianza, como amiga de corazón que con ella tenía, se la llevó á su cuarto.

Allí cerró la puerta, diciendo:—De aquí no se sale.—Incontinenti, ayudándola á quitarse el velo (Julia no lo había soltado aún después de regresar de la iglesia. ¡tan preocupado estaba su espíritu!) y alisando maternalmente su pelo, la condujo á una silla, y se sentó á su lado, diciéndole:—Hemos de hablar de un asunto; ya sabes cual es. . . . —

A Julia le salían los colores, y suspiraba. La señora:—No te confundas, bella mía; no te quiero compeler con inoportunidades ni con engaños: te hablaré como habla una buena madre á una buena hija, con el corazón en la mano, según el Evangelio; sí sí, no, no. Dime ante todo con sinceridad (no me ofendo, y me ofendería sólo si por la primera vez en tu vida usases conmigo subterfugios): ¿tienes algo en el fondo de tu corazón que te diga: "No puedo vivir con él?"

—¡Pero, buen Dios, que cosa me decís! Dirigíos á mi padre.

—Contéstame á mí, Julia: tu padre, como te ha dicho, hará lo que queramos. . . . Si tu tienes algo contra él, yo respeto las leyes del corazón: después de darte un abrazo y un beso, me volveré á Parque verde.

Dime la verdad, con la franqueza que siempre hallé yo en mi Julia.

—No está en esto la cuestión, respondió Julia. ¿Qué puedo yo tener contra vuestro hijo? Es vuestro hijo, y tiene todas las cualidades que constituyen á un cumplido caballero; además, nunca ví en él sino señales de respeto, y últimamente me dirigió una carta que me honra demasiado. No está la cuestión aquí, vuelvo á decir.

Sin embargo, dijo la señora, me parece que la cuestión está toda en esto. ¿Qué otro punto puede ofrecer dificultad? Nos harías felices á todos.

—Todo lo contrario, replicó Julia: la felicidad de vuestra familia es la que me compele á contradeciros. . . . ¡Oh amiga y madre mía! me parece imposible que tratis de impelerme á. . . . ¿Mas por qué debería. . . .? No puedo y no quiero corresponder con mala moneda. . . . Perdonad; hablemos claramente de una vez. ¡Casarse con la dama de compañía de su madre! ¡Con una dote insignificante; que es una bagatela comparada con su fortuna! John sería la fábula del país: sois inglesa, y debéis saber que si en otras partes se logra indulgencia, en la sociedad británica ni él ni yo seríamos perdonados.

—¡Bendito sea Dios! dijo la señora, has sacado al fin una vez la gran razón. ¿No tienes otra?

—Esta basta y sobra: es definitiva.—

Dijo entonces mistress Needle, circundando con la derecha el cuello de Julia:—
Doy gracias á Dios y á la Virgen María porque no tienes otra dificultad....: esta es una fantasía que se desvanece con un soplo.

—Y luego mi padre....

—Tu padre se pone en nuestras manos. Por lo demás, oye: mira; la dote la tienes aquí, Julia mía (y le puso la izquierda en el pecho); la tienes en este corazón de ángel, que sobre nosotros ha derramado tesoros de amor celestial; y nos ha traído la dicha de la fe católica.

—Estos no son méritos (aun cuando tuviesen algún valor) á los ojos del mundo.

—Para los mercaderes ciertamente no, dijo la señora; pero á mis ojos, á los de mi primogénito y á los de cuantos tienen corazón, es mucho, y es todo, aun cuando nada más hubiese. Pero, aun considerando el mundo, hay más: tu nacimiento, tu parentela, tus cualidades y tu educación, sin contar lo que tienes. Nuestros amigos y parientes están conformes, y te aguardan con los brazos abiertos; te harán muchas

fiestas.... He procurado echar la sonda, y conozco que ni tú ni John hallareis nunca un mal semblante. Por otra parte, mientras se madura la cosa, te dispondremos aún mejor la entrada.

Esta refutación cortaba la cabeza del toro: Julia sentíase con un golpe maestro desarmada de la única razón que podía dignamente aducir contra una madre que peroraba en favor de su hijo. ¿Podría decir: no amo á John hasta el punto de poder admitirlo por esposo? Callábase, por lo tanto, con la vista clavada en el suelo. Mistress Needle, cada vez con el corazón más abierto, añadió.—¿No piensas que, aún cuando concibieses alguna dificultad, deberías vencerla, considerando el bien que puedes hacer á la familia y al país de Parque verde? Con tu auxilio esperamos establecer allí una verdadera parroquia católica....

—Vos, dijo Julia interrumpiéndola, me considerais demasiado: para todo esto bastaría John.

—Sí, bastaría John; pero con Julia hará diez veces más que solo. ¡Pobre hijo mío! Tú sabes que no es malo. Su corazón es diez veces mejor que su corteza. ¡Con qué respeto y amor habla de tí á todos

nuestros parientes! Quisiera que le oyeses. . . . Soy madre, y no puedo menos de querer su felicidad: dice que tu eres la única joven del mundo que puede dársela. De mis hijas no te hablo: tú sabes si te quieren. En cuanto á mí, yo.. tu Ana la que tú has hecho católica. . . . después de la esperanza del paraíso, no me consuela otra esperanza que la de pasar gozosa el resto de mi vida contigo, y contigo dirigir bien á mis hijas. . . . y luego fallecer en tus brazos. . . . —

Enterneciase mistress Needle al decir estas palabras, y también Julia estaba profundamente conmovida.

—Tú dices siempre, continuó la señora, que estás obligada conmigo á mucho: la verdad es que nosotros te debemos cien veces más; pero te cojo la palabra. Si algo me debes, me pagarás con usura cuando me digas: "Os acepto por madre, y seré con él vuestra hija". —

Julia se sintió vencida por este llamamiento á su gratitud. Sin embargo, para no precipitar la cosa, respondió de una manera modestísima:—Sí os llamé madre ya, y madre os llamo con motivos de sobra; más para llamarme hija propiamente del modo que ahora os dignáis pedirme

es preciso que lo piense más. . . . ¿Me concedéis tres días.

—También tu padre los pide, y es justo. Yo los pasaré rogando al Señor que te ilumine para que conozcas la verdad de cuanto digo. Nada exagero: créeme. —

Con este acuerdo, mistress Needle salió de casa de los condes, y quedó abandonada la joven á sí propia. Por mucho que se aconsejase y volviese á pedir consejo, no recibió más contestación que la siguiente:—Después de las informaciones de la señora, no existen obstáculos de conciencia y de honor; sólo toca ver si estais dispuesta ó no á quererlo como debe una esposa. La pobre, pues, pasaba las horas en su cuarto completamente sola, preguntando incesantemente á su corazón:—¿Le amarías?—Y por mucho preguntar no variaba la respuesta:—No le tengo aversión, ni repugnancia, pero tampoco amor. . . .; quizá con el tiempo ¡quién sabe!—

En la tarde del segundo día estaba fatigada de navegar en aquel océano sin orillas. Cuando su padre y su madrastra la invitaron para que saliese un poco á paseo, respondió:—Dejadme en casa; debo escribir. — Se metió en su cuarto; encomendándose ardientemente á Dios y á la Virgen.

Después tomó una hoja grande de papel, y la dobló por enmedio de arriba abajo, comenzando por escribir rápidamente todas las razones que la compelián á tomar la mano de John. Para este bastole resumir las aducidas por mistress Needle, y llenó toda la columna, pasó después á escribir al otro lado todas las razones contrarias, y se quedó maravillada de que, al querer determinarlas con exactitud, desapareciesen por haberlas desvanecido las vivas refutaciones de la señora. Todo reduciase á un temor vago de hallar alguna vez cumplimientos semi venenosos, y de tener que sufrir alguna humillación posible: para socorrer á su familia, quedaríanle las manos tan libres como antes ó más.— ¡Cómo! exclamó ella; ¿no he sufrido toda mi vida mortificaciones, y sangrientas. . . .? todo pasa. Queda sólo el corazón, que aún no dice sí. . . . Lo tomaré con mis dos manos, dirigiéndolo á donde me plazca. . . . No me lo dió el Señor para que amase por capricho y pasión, sino para que amase racionalmente. La familia Needle exige que pague yo los beneficios que me ha hecho. . . . y lo debo hacer, porque me abrió un refugio cuando estaba casi en la calle; me dió el pan para mí y para mi familia. . . .

Allí satisfizo Dios mi gran deseo de convertir á todos los de la casa. . . . ¿Quién sabe si quiere también bendecirme allí en adelante. . . .? ¡Esta muy cara convertida, después de haberme favorecido y amado como una madre, se me pone delante de rodillas! John. . . . pobre joven, ¿dónde hallará un corazón capaz de amarle como merece. . . .? Me suplica que acepte su amor con una lealtad y modestia tales que sería orgullosa y cruel si lo rechazase. . . . Señor mío, veis que no tengo ambición, ni ánsia de riquezas, y que no me compelen pasiones viles: me resuelvo á quererle. . . . para siempre. . . . con puro y digno amor, como vos mandais á una esposa.

Dijo, y tomó un pedazo de papel, escribiendo: "Padre mio, prometed á mistress Needle todo lo que os plazca de vuestra Julia." Llevó el papel al conde, que al volver de paseo lo halló sobre la mesa. Entre tanto se arrodillaba en su reclinatorio, y, conociendo que su padre consentiría sin duda en nombre suyo, renovaba su propósito con toda la energía de su alma:— Desde ahora en adelante no miraré sino los bellos lados de la resolución adoptada, fijándome solo en lo que puede hacer agradable á Dios y á la familia en que voy á

entrar . . . Sea cual sea el pensamiento que me trastorne, ¡fuera; ¡fuera! No quiero hacer las cosas á medias; sino completamente bien.— Oyó entonces las pisadas de su padre. El conde Octavio entraba, diciendo:—Hija mía, creo que has escogido perfectamente y con la debida madurez. Dios te conceda su bendición, como te concedo yo la mía.—

Aquella misma tarde mandó el conde á la fonda de mistress Needle una carta anunciándola para el día siguiente, á hora determinada, una visita y una decisión que confiaba contentaría á todos. La señora dijo por telégrafo á John: “Buenas esperanzas, pero no te muevas: disponte á venir.” Al día siguiente la señora esperó al conde como si fuera un enviado del paraíso. Leyó en su rostro la respuesta favorable, rindiéndole luego las gracias más afectuosas que pudo en su nombre y en el de su hijo. Ratificó el conde los acuerdos del día precedente, y luego con familiar desenvoltura, la rogó que la diera el brazo, como consuegro suyo, para que fuese á dar las gracias á su nuera.

Julia cogió el primer fruto de dulcísima satisfacción en la inefable alegría de su bienhechora; estrechóla contra su seno, lla-

mandola el ángel de la casa Needle, así como la conductora de las felicidades mayores que se podían desear en la tierra y en el cielo.

—Después de mi viudez, dos días he tenido de alegría grande y profunda: el de mi conversión y éste; de ambos te soy deudora . . . Ahora, vamos; demos á John la parte que le toca de nuestro gozo, dirigiéndole un parte telegráfico en común.— Como era natural, la señora escribió primero estas palabras: “Miss Julia, aquí presente con el conde Octavio y la condesa, admite tu mano. Ven; tu madre felicísima.” El conde Octavio añadió: “Octavio de los Laureles y mi consorte confiamos alegres al señor John nuestro más caro tesoro.”

—Ahora tú, hija mía, dijo mistress Needle á Julia, presentándole la pluma; en lo que le digas, tutéale.—

Julia cogió la pluma, y más hermosa que nunca, con una llama virginal en el rostro, escribió con mano temblorosa: “Quiera Dios unirnos en el cielo, como place á nuestros padres unirnos en la tierra!—Tu Julia.”

El parte pasó por las manos de los presentes; que leyeron con placer el noble pesamiento de la joven. El conde prestaba,

se á llevarlo él mismo á la oficina del telégrafo, para no diferir un instante la grata noticia al señor John.—Un momento, le dijo la señora: es menester que os dé la dirección.

—La sé de memoria, respondió el conde.

—Conde, no es la que sabeis; escribid: Caserta, Fonda Victoria. —

Una exclamación de maravilla salió á un mismo tiempo de todos los lábios. Dijo la señora: Sí; John está en Caserta, siempre con las alas tendidas para volar á Nápoles: aquí llegará esta noche sin falta.—Realmente, John, como sucede á todos los amantes, no había podido persuadirse nunca de que Julia no admitiría por fin el amor tan sincero que por ella sentía, deteniéndose por ello á una hora de distancia de la joven amada, aguardando su consentimiento, que suponía indudable. Dos veces al día llegábanle nuevas de la marcha de las negociaciones. Tres horas después de haber salido el parte, estaba en casa de los condes con su madre. A sus amorosas solicitudes, que Julia no hubiese imaginado en John, correspondió ella dándole á entender cuanto apreciaba sus finezas. Ni escaseó las más gentiles y francas demostraciones, que sabía perfectamente hacer cuando le acom-

daba. John quedó dulcificado hasta la médula de los huesos.

Permaneció unas dos semanas después de los esponsales, cada día más penetrado de que había escogido perfectamente, así como de que allá en Inglaterra, después de la borrasca de las oposiciones, encontraría la calma, y un coro unánime de parabienes por haberse mantenido firme contra todos. Julia, conocida en su casa paterna, y circundada de su familia, crecía en su imaginación más bella, más piadosa, más apacible, más grande y más noble que antes. No pasaba día sin que la visitase, acompañado de su madre, ó sin que á lo menos la encontrara con estudio en paseo. Correspondía la joven á sus deferencias amorosas, demostrándole que lo veía de nuevo gustosamente, con ciertas frases risueñas, así con ciertas miradas afectuosas y cordiales, que tanto más llenaban á John de suave delicia, cuanto más exquisita brillaba la reserva de la virgen católica.

Quien hubiese contemplado en tales entretenimientos el grupo de los prometidos y de sus padres, hubiera podido discernir con dificultad si estaba más enamorado de Julia John, ó mistress Needle. La grave y pía matrona observaba con la penetra-

ción de una mujer las actitudes del hijo y el aire de la joven, no escapándosele un gesto, una media palabra, una sonrisa, ni una mirada, unida á la modestia más relevante.—Verdaderamente, exclamaba, se ve lo que dice la Biblia: “La piedad para todo aprovecha.”—Y á Julia la frase cuadraba mucho más de lo que *mistress Needle* creía; porque la joven angelical sólo había sentido de humana pasión lo bastante para ofrecerse como amante y buena esposa á su prometido; lo demás era en la joven deliberada operación de la voluntad, que rendíase á los dictámenes de la virtud. Otras veces la señora, con la confianza natural, ponía la mano en la espalda de su futura nuera, y decía:—Eres también, cuando te place, una gran hechicera. Me has trasfigurado á mi John, y le has hecho mudar de naturaleza; no le reconozco.—

—Tampoco yo le reconozco, respondía Julia; le hallo cada día más abierto, más decididor, más afectuoso y más amable.—

Así pasaron los quince días después de los sponsales, pareciendo breves. Ninguna novedad varió la dulce quietud, fuera de una carta de miss Mary. Divulgada en Parque Verde la fama del gran aconteci-

miento de Nápoles, miss Mary se sonrió malignamente, creyéndola una calumnia contra su señorito. Más no tardaron mucho en llegar noticias, ciertas é indudables. Entonces tuvo la fiebre del miedo. Se imaginaba un estado insoportable de sierva maltratada por su rival, compelida nada menos que á saludarla y á llamar *mistress Needle* á la que había querido echar de la casa no bien se presentó en ella, á la que había lastimado por perenne guerra de alfilerazos, y á la que había querido convertir dos meses antes en seductora del señor John. En el desorden de ideas producido por la espectación de las venganzas de la nueva señora, escribió á *mistress Needle*, pidiendo secamente su retiro.

Rióse sabrosamente la señora con John, y John se rió con Julia, que le dijo:—Por caridad, conténmela de todas maneras. Me parecería que me faltaba un ojo si encontrase á faltar allí la pobre vieja. ¿A dónde irá á caer sin el pan de la casa *Needle*?—Contestó á miss Mary la señora que por entonces era imposible darle permiso para irse, por ser su presencia demasiado necesaria en el castillo, y por ser demasiado el afecto que le tenía su antigua maestra; añadió que recibiera en el futuro los

saludos más cordiales de miss Julia, la cual le prometía tantos y tantos miramientos, que quedaría contenta.

Al florecer la primavera despuntó el día fijado para las bodas. Veinte días antes, mistress Needle había vuelto á Nápoles con su hijo. Llevaba también á sus hijas, felices por el modo inesperado con que recobraban á su querida maestra; por añadidura, había traído á la fiel Kelerina, que tocaba el cielo con las manos, no sabiendo ansiar para sí mayor fortuna que vivir y morir sirviendo á la nueva señora, que siempre había sido para ella tan gentil y amorosa.—¡Oh! ¿Lo veis?, decía la pobre á Julia. ¿Eran necedades mías cuando lo anunciaba? ¿Qué fortuna para todos! ¿Si supiéseis lo que yo he pedido á Dios!

—Sí, sí: está bien; te doy las gracias, pero exijo aún de tí otra cosa.

—Mandad; sabe la señora que siempre la obedecí puntualmente y con placer.

—Quiero de tí que no hagas nunca sentir á miss Mary una mortificación, ni una palabra desagradable: ¿lo prometes?

—¡Considerad, señora mía, puesto que así lo quereis!

Para el día solemne de las bodas, mistress Needle obtuvo que llegasen de Ingla-

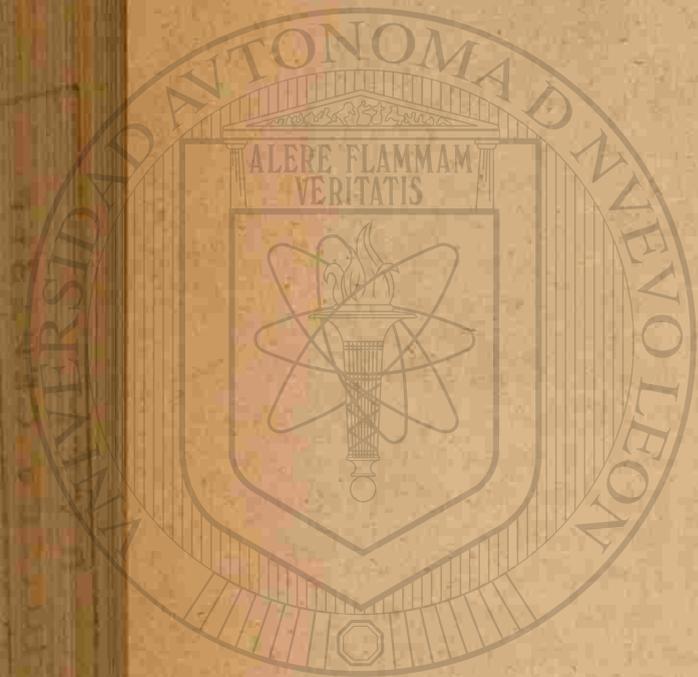
terra algunos parientes suyos, y el banquero amigo que facilitó el matrimonio. El oculto secreto de la discreta mujer fué mostrarles la ilustre parentela de la esposa, para que hablasen bien al regresar á su país. Y le salió maravillosamente, porque los testigos de Julia eran caballeros de las más ilustres familias de Nápoles. En la iglesia, á la Misa del anillo, los pocos que acudieron para honrar á los señores Needle halláronse rodeados de una electísima corona de caballeros y de nobles, parientes todos ó amigos de la familia del conde. Persuadiéronse así los señores ingleses de que, si la fortuna había batido cruelmente á la familia de la esposa, no había conseguido siquiera deshojar su reputación. Mistress Needle en aquel intermedio recogió una porción de tarjetas de visita, que parecía un álbum de los más claros escudos nobiliarios de Nápoles; haciendo ver que lo hacía *descuidadamente*, las dejó dentro de un hermoso cestito en la sala de Parque Verde.

John quiso reservar las fiestas más brillantes para su regreso á Inglaterra. Su madre le precedió para ordenar los preparativos. El y Julia fueron á Roma, donde lograron audiencia y bendición del Santo

Padre; después anduvieron largamente por el Alta Italia, y comulgaron en Turin en el templo del *Corpus Domini*, donde brilló para John el primer lampo de la fe católica, precursor de su conversión. Vieron nuevamente á Génova y visitaron á Milán, deteniéndose algunos días en Venecia causandoles increíble placer atravesarla de todas maneras en las góndolas, que se deslizan á modo de saetas; no dejaron de alimentar con su mano, como los demás ingleses de pura raza, á las mansas palomas de la plaza de San Marcos. Le procuró Julia este gusto con una broma. Conociendo perfectamente tal novedad de Venecia, llegados á la plaza, se apartó un momento de su esposo, entró en una tienda, y salió con un cucurucho de panizo en la mano. —¿Qué es esto?—preguntó John.—Ahora lo veras, respondió Julia. Metiéndose adentro, comenzó á dar algunos granos á un grupito de palomas, y pronto tuvo á su alrededor una multitud; entonces, derramando el alimento á manos llenas, se vió semicubierta por los animales, con gratísima sorpresa de su marido, que veía las hermosas aves acudir volando de todas partes, ponerse sobre las rodillas y las espaldas de su esposa, comiendo familiarmente

en su misma mano, como si hubiera sido su proveedora de siempre. Dando las espaldas á Venecia, John y Julia volvieron á subir los Alpes, y gozaronse dos días visitando á Nuestra Señora de Lourdes, desde donde dijeron por telégrafo á mistress Needle que los crecientes ardores de la estación invitaban á refugiarse en las sombras de Parque Verde.

Eran allí esperados con alegría universal. Sólo miss Mary estaba muy abatida. Empero Julia, como cristiana, se acordó de la perseguidora suya rabiosa y tenaz; era casi la única que continuaba siendo protestante en la casa Needle, á pesar de ser buena en el fondo, sumamente honrada y amante de la familia, en la cual había envejecido; entre el estrépito y las distracciones de su primer ingreso la colmó de respetuosas atenciones. Lo que no lograron las exhortaciones de la señora, ni el ejemplo de las compañeras, obtúvolo la joven con su dulcísimo perdón; la pobre vieja miss Mary fué la última de toda la casa que se convirtió al Catolicismo un año después de las bodas de John y Julia.



EPILOGO DEL AUTOR

A LOS

CORTESES LECTORES.

Poco diré por vía de epílogo. Cuanto quise publicar en LAS VIAS DEL CORAZÓN lo dije por extenso en los capítulos precedentes. Réstame sólo añadir dos palabras sobre el trabajo hecho. Una para un crítico en particular, y otra para los benévololectores en general.

Si bien el Relato se desarrolla en muchos lugares distintos, desenvolviéndose en escenas variadísimas, versa propiamente

sobre una historia de íntima conciencia. Al tejerla, me propuse descubrir las costumbres protestantes de Inglaterra y de otros países. Sobre lo cual un ilustre publicista inglés se dignó favorecerme con algunas observaciones. Ahora bien; si aquel clarísimo literato se pone á hojear la segunda edición, que sale á luz juntamente con este último capítulo, conocerá desde luego cuánto valor he concedido á sus corteses advertencias, aprovechandolas para mejorar mi obra. Sírvale esta contestación, mejor que ninguna otra, de público testimonio de mi gratitud.

Al mismo tiempo descubrirá también que no siempre creí debía aceptar sus indicaciones. Entre otras, me advierte que algunos nombres propios, algunos incidentes cómicos y algunas miserias de protestantismo sacadas á relucir, no servirán para obtener la benevolencia de los lectores británicos, á los cuales, sin embargo, bondadosamente juzga provechosa mi novela. Quiza advertencia hizo en mi singular impresión por lo grave de la censura, y por la condición del crítico, que tiene gran fama. É indudable competencia en las cosas patrias. Por esto, si bien á otras advertencias tuyas respondí con una simple acla-

ración al pié de la página, quiero aquí dar á la mencionada satisfacción cumplida.

Observe, pues, y con él cualquier otro lector honrado, mayormente no católico, que no escribí LAS VIAS DEL CORAZON en país protestante, donde el error es desventura de muchos y quizás culpa de pocos. Es justo, sin duda, que un católico respete allí en el hermano de distinta religión la honrada conciencia y el convencimiento, más digno de compasión que de reproche. Si en Inglaterra, ó en otra parte, donde los católicos están mezclados con los protestantes, hubiese debido dar á luz esta obra, muy gustosamente hubiera supuesto con frecuencia la honradez posible de mis compatriotas. Tanto es verdad, que dirigiéndome en cada página á personas nacidas fuera de la Iglesia católica, rindo tributo á su virtud moral con abundantísimas demostraciones. Hasta me parece haber en esto superabundado, de manera que ningún hombre no católico de sensatez puede juzgarse ofendido, y más de un católico pusilánime atribuirme podrá una credulidad excesiva. Si sale alguna pincelada dura de mi pincel, la reservo para los lugares donde los mismos protestantes honrados no las escasean: para el calvi-

nismo arriano y casi ateo de Ginebra; para el apostolado vengativo de sacerdotes y frailes que han tomado mujer; para las orgías obscenas de algunas regiones de América, y para más de una secta torpe, que á un tiempo deshonran á la religión y á la especie humana. Sólo una vez en el curso del Relato describo á un predicante con colores de carbón; pero considérense las circunstancias, y se verá que no he querido con esto asemejarme á los libelistas que apestan ahora la Italia con odiosas calumnias contra la Religión y el clero. Realmente no hablé de un ministro de una comunión protestante determinada, sino de un impostor sin fe ni ley, disfrazado de sacerdote. Ahora bien; así como ningún católico se resiente cuando la policía se apodera de uno que se supone ministro del Señor, ningún católico puede lastimarse si se saca á la vergüenza á un fingido sacerdote.

Todo esto era necesario para el desarrollo de mi plan. Escribo en Italia, donde la herejía no es un convencimiento erróneo de conciencias honradas, sino un oficio de sacrílega ganancia; donde el error contra la fe y el odio á la Iglesia de Jesucristo son predicados á fuerza de menti-

ras, introduciéndose por la perfidia; donde aventureros de diez ó veinte sectas divertidísimas conspiran para que caigan en el abismo mis compatriotas, comprando con dinero contante las almas, y cometiéndolo otras execrables imposturas (¡los he oído y visto yo!) que sus propios amigos rechazarían como impías y aborrecibles. Tenía, pues, precisión de presentar á mis lectores italianos, no solo el protestantismo de los que yerran de buena fé, que poco á poco acogen gustosamente la luz cuando la descubren, sino también el protestantismo de los apóstatas en toda su amplitud, con sus últimas consecuencias, y con sus variantes más á propósito, para dar una idea correspondiente á la historia contemporánea. Si no lo hubiera hecho así, la única análisis de conciencia que me proponía presentar en escena, hubiérame salido truncada, fría, muerta, inútil, inexplicable casi para los italianos; la circunstancia de haberlo hecho de dicha manera, me ha valido un coro uánime de aprobación por parte de mis lectores, que no me permiten dudar de que procedí con rectitud.

Ciertamente, hablando así en abstracto, puede ser que en la ingrata precisión de

desmentir à los embusteros y desenmascarar á los viles, me haya salido alguna es tocada demasiado terrible; pero anotando ahora de nuevo tranquilamente por la reimpresión las cosas escritas, veo con mis ojos que no sale una palabra que dulcificar; y que si consulto mi corazón, no hallo una sola fibra que acredite mala voluntad á los protestantes de nacimiento, ó á otros hermanos míos envueltos de inculpable modo en las tinieblas de los errores: siento, por el contrario, tales disposiciones, que si llegasen á encontrar en mí semejante fibra, la extirparía, por no convenir en aquel precepto de San Pablo: *Charitas omnia sperat*. Me persuado también de que ningún no católico que tome mi libro, podrá no quedar penetrado de que las VIAS DEL CORAZON corren sencillamente á su meta, mirando solo la estrella de la verdad; me será grato haberle abierto un más ancho horizonte para estudiar las condiciones del moderno protestantismo.

Esto basta al benemérito crítico inglés. A los otros benévolos diré algo ahora. Ante todo las más vivas gracias à los que dentro y fuera de Italia me han proporcionado abundantes consuelos, mientras la novela venía publicandose en *La Civiltà*

Católica, y principalmente al clarísimo abogado D. José María Carrulla, que casi contemporáneamente la difundía por España, traduciéndola en buen castellano para los cuadernos de LA CIVILIZACION de Madrid (1) Es tanta la deuda y tantos mis deudores en este particular por los alientos recibidos, que no puedo sino reconocerme, sin dolo alguno, deudor en quiebra, incapaz de satisfacer nunca la cuenta pendiente.

(1) Aquí aprovecho la buena coyuntura para darle también mil gracias por las fieles traducciones de *Los Cruzados de San Pedro*, del *Tigranate* y de *Los Corazones populares*

(Nota del autor.)

El traductor dá las más rendidas y afectuosas gracias al ilustre novelista por sus palabras benévolas en extremo, que no puede aceptar, por ser de todo punto inmerecidas. Si hay defectos en el libro admirable, llamado á fama imperecedera, están indudablemente en nuestra pobre traducción. La penúltima obra del eminente P. Franco, gloria de la religión de nuestro insigne compatriota San Ignacio y ornamento de las letras, requería un traductor sabio, castizo, profundamente conocedor del idioma italiano, de gran tranquilidad de espíritu, y de otras circunstancias de que carecemos sin disputa.

Por lo demás, nuestro amor propio, al vernos elogiados de un modo tan lisonjero, no nos ha impedido dar vueltas al pensamiento de suprimir las líneas referentes á nuestra persona insignificante. Persuadidos al fin de que no lo podíamos hacer salimos del terrible compromiso en que nos ha puesto el respetable redactor de *La Civiltà Cattolica* diciendo que su favor es tanto más de agradecer, cuanto faltan títulos para él. Ojos amigos no ven defectos, y no es maravilla que el Padre Franco disimule ó no vea los de nuestra versión, con ser tantos y tan deplorables.

Por lo demás, cuando empezamos á publicar las VIAS DEL CORAZON, el P. Franco no había escrito aún el Apéndice. No podíamos pensar que deberíamos traducir elogios de nuestra humilde persona.

A lo menos quiero persuadir á mis deudores de mi buena voluntad de satisfacer la deuda (lo que no hacen siempre los que adeudan dinero), respondiendo á ciertas preguntas que cien veces me han hecho, para que no sigan criticándome. Sí señores: el Relato es *histórico* en su sustancia: los incidentes de Nápoles, de Turin de Génova y de Florencia hablan por sí siendo de los que ocurren todos los años diez veces á lo menos: las escenas de Ginebra y de los Estados Unidos las saqué de documentos irrefragables; á la Virgen del Casentino, adornada con un collar de perlas, del modo con que se cuenta, la ví con mis propios ojos; el prodigio de Lourdes, como conviene á tal linaje de sucesos, es uno de los mil registrados en las públicas memorias. Lo mismo podría repetir de otras narraciones que en el curso de la publicación despertaron grandemente la curiosidad de los lectores.

—Pero quisiéramos saber, sobre todo, dice aquí uno de los aludidos, si la familia inglesa cuyos casos se cuentan, es una creación de mera fantasía, ó bien si aquella mistress Needle, aquel John y los demás vivieron en el mundo realmente.

—Pues bien, sí; los he copiado todos del

natural y del vivo, bien que, tomándome alguna licencia permitida, haya modificado los lineamentos para acercar la naturaleza al ideal.

—Y aquella Julia, replican algunas jóvenes lectoras, ¿es propiamente una criatura de carne y hueso?

—¡Precisamente! Aún ella “come, bebe y viste paños:” me consta que algunos lectores míos podrían citar su nombre y su familia ilustre. A mí, para inventarla, bastábame traerla á la memoria y mudar sus condiciones, para que al mirarse en el espejo del libro no debiese avergonzarse su modestia.

—¿Pero es realmente tan docta y tan fecunda?

—Poco á poco: Julia sabe su catecismo, y lo sabe todo; si entiende algo más, ¿tengo yo la culpa? Leyó no pocos buenos libros, y con su ingenio napolitano vivasísimo, los aprovechó: ¿qué maravilla que recuerde las cosas aprendidas con oportunidad en sus conversaciones, y que su saber brille por algunas sabias reflexiones? Por lo demás, ella no es tan decidora que no sepa muchas veces ponerse á un lado con mucha gracia, y dejar que teologicen personas doctas, así católicas como protestan-

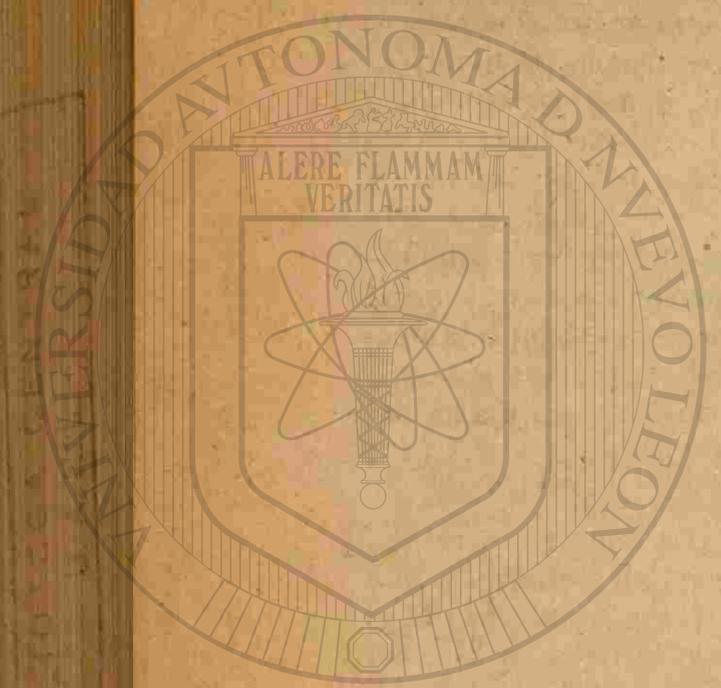
tes, que deben saber y saben más que ella.

—Pase lo de la cultura religiosa (me replica una pizpireta no mala, si bien con la cabeza llena de lazos, de caprichos y de locuras); pero ¿cómo puede ahondar tanto en la historia natural, aprender el latín, y hasta decir algo del griego?

—Oiga: había Julia estudiado mucho, como otras discretas jóvenes que conocí, las cuales nutrieron su educación con semejantes materias. Me ha sucedido á mí propiamente á mí pasar algunas semanas en la mansión hospitalaria de un ilustre caballero italiano escritor célebre, quien me rogó que le dejase memoria de mi presencia, entreteniéndolo á su familia con ocho ó diez lecciones de literatura. Ahora bien: ¿qué tema se creará que yo elegí? ¿Acaso una novela en boga, para hilvanar un poco de crítica fantástica? No por cierto. Me puse á comentar un poeta griego, y aseguro que al contrario asistían, además del cultísimo caballero, su esposa, sus hijos y su hija, con el texto clásico en la mano, suscitando dudas y pidiendo aclaraciones. Ahora bien. ¡Vea mi lectora cortés como aún las jóvenes pueden saber algo más que la danza y las cavatinas de Verdi! Persuá-

dase también de que hay cien doncellas italianas que añaden á su persona humilde alteza, y que mil más existirían si, en vez de malgastar el tiempo delante del espejo y de consumir las noches en las diversiones, lo aprovecharan como corresponde á una virgen cristiana. Aprovéchese de esto la aludida, y, si quiere, dígalo también á su mamá.

Con esto, paréceme haber dado suficiente descargo de mi persona y de mi libro. Ahora, cediendo por algún tiempo la pluma á un novelista mejor, ruego á Dios que dé prosperidades á mis lectores y á los suyos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE DEL TOMO PRIMERO

	Págs.
Una simpatía casual.....	7
Desconfianza y sospechas.....	15
Mútua confianza.....	35
El Parque verde y su curato.....	54
¡Pobre Julia!.....	66
Soledad del alma.....	78
Los empobrecidos.....	94
Una historia de lágrimas.....	103
Lo más amargo de la copa.....	124
Escrúpulos y preparativos de guerra.....	137
El concordato patente y las intenciones reservadas.....	151
Candor y chismografía.....	176
Fréjus.....	199
Chácharas para evitas chácharas.....	210
Un defensor y una defensora de los Valdenses.....	228
Un desígnio de batalla.....	242
Más consejos aún.....	257
Cómo se hace la colada en familia.....	270
Detrás de la puerta.....	292
El milagro y su lógica.....	307
De silla á silla.....	327
Un cuarto de hora en la estación de Alejandría.....	342
Armonía y desentono en Génova.....	356

II

Primeras auras de Florencia.....	391
!Lo he visto yo!.....	404
Una escaramuza encarnizada.....	421
Con la vela en la mano.....	441
Sir Contraveneno.....	456
Mis estudios, ó la pureza protestante.....	468
Un viaje á Nápoles.....	490
Al teatro en Florencia.....	503
Los vendedores de biblias y libros.....	519
Cree y peca.....	531
Una desobediencia biblica.....	547
Mina y contramina.....	555
A la caza.....	577
Ansiedad materna.....	610
Lógica y sofisma.....	624
Cositas de nada.....	652
Cositas de menos que nada.....	665
La orn.tología moral.....	677
Coquetas y pisaverdes.....	687
Cazadores y cazadoras.....	696
La procesión.....	714
El sermón de las perlas.....	728
Martillo y yunque.....	742
Consulta de conciencia.....	754

INDICE DEL TOMO SEGUNDO

	Págs.
Un golpe de estado.....	7
Un proceso secreto en familia.....	39
Una noche borascosa.....	59
Fortuna y virtud.....	75
Una abjuración y media.....	86
La herencia.....	104
La fuente de Lourdes.....	116
Apariciones y revelaciones.....	133
Rosario católico y rosario protestante.....	153
¡Y es protestante!.....	170
El balance del viaje.....	189
El domingo de los pietistas.....	210
Cuidados parroquiales de una señora.....	219
Una terrible desgracia, ó sea la capilla independiente.....	240
Confesión protestante.....	261
Trataríamos, puseistas y ritualistas.....	283
Jerkers, Jumpers, Barkers.....	301
La mayor edad.....	321
Principia el fin.....	331
La última cuestión y la caída.....	347
Los preparativos de la lucha.....	363
La resolución.....	371
Melancolía.....	391
El concilio y el motete.....	401
La ira del cordero.....	421

IV

Una hora de remordimiento	433
El pecado contra el Espíritu Santo	441
Tempestad y luz	451
Una hora de triunfo	467
Clara y Clemencia	475
La primera bendición católica	489
Los primeros pasos hacia la Iglesia	498
Los fervores primeros	515
Las conciencias timoratas	529
El bautismo	547
Una nube en el horizonte	563
Los últimos Sacramentos	577
El testamento y una media idea	585
El delirio y sus efectos	597
El corazón en la familia	613
Una cabeza de hierro	621
El amor racional	639
Epílogo del autor á sus corteses lectores	665

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UEN

OTE